

UN
SUEÑO DANTESCO

POR

ABDÓN ARÓZTEGUY

Dibujos de Fortuny, fotografados de Ortega.



BUENOS AIRES

Librería Nouvelle «LA ANTICUARIA» Imprenta, Litografía y Encuadernación
DE TEODOMIRO REAL Y PRADO
141 — CALLE BOLÍVAR — N.º

1896



Abdón Aroztegui

ABDÓN ARÓZTEGUY

SEMBLANZA

I

Todo cuanto hice fué en vano, para convencerlo de que debía ser otra pluma más autorizada que la mia, de vuelo más airoso, la que se viera distinguida para escribir las primeras páginas de esta nueva obra, que el ingenio de Abdón Aróztegui, lanza hoy á los vientos de la publicidad.

Yo creo siempre que esa misión difícil, á la par que agradable y honrosa, debía ser confiada á una autoridad superior á la mia para que la presentación fuera necesariamente válida; y acude en pro de mi creencia, una práctica de mucho tiempo establecida, para robustecer mi opinión. Y con mucha mayor razón, si el libro, como ocurre en el presente caso, tiene tintes filosóficos pronunciados y observa, estudia y analiza una sociedad, cuyos defectos y vicios ataca franca y enérgicamente.

Yo debo una explicación al lector por mi audacia, al presentarle una obra de este género, careciendo en absoluto de títulos de suficiencia.

Hace tiempo que SUEÑO DANTESCO debía darse á la publicidad. Abdón Aróztegui, á quien estimo mucho y á quien

distingo por sus méritos y sus virtudes, me había honrado grandemente, pidiéndome un prefacio para su nueva obra. No supe qué contestarle: tal fué el asombro con que recibí su inesperada propuesta.

Mas tarde, cuando me envió los originales y lei su libro, recién me di cuenta de la situación harto difícil en que me colocaba el amigo, y con la franqueza natural de mi carácter, le expuse los mil inconvenientes que tenía para aceptar la honra que me dispensaba, atribuyéndome, inmerecidamente, condiciones que no poseo. Consideraba que aceptar era un atrevimiento de mi parte.

Y no han bastado mis continuas y reiteradas manifestaciones en ese sentido, para convencerlo de que no soy yo la persona indicada para escribir este proemio, que irá á encabezar una de las obras de más aliento de Arózteguy.

La amistad tiene muchas veces exigencias verdaderamente abrumadoras, y aunque para mí es verdad axiomática que *audaces fortuna juvat*, sin embargo, en este caso, nada justifica esa audacia mía, á no ser la amistad y el afecto que profeso al compatriota, que, como yo, se ve obligado á vivir fuera del ambiente dulce y siempre querido de la patria.

Arózteguy, no ha querido oír mis razones ni hacer caso de mis temores; hace pocos días me anunció que solo se esperaba en la imprenta mi trabajo, para empezar la impresión de la obra; y heme aquí, lector amable, con la pluma en la mano, sin saber cómo desenvolverme.

II

No se trata en el caso presente, de un autor novel, ni de un desconocido. Abdón Arózteguy, ha publicado ya varias obras, folletos, opúsculos, y llena continuamente las columnas de los diarios con artículos varios, que le han merecido el justo nombre que tiene como escritor, en ambas orillas del Plata.

Su obra *La Revolución Oriental de 1870*, obra de aliento, en dos gruesos volúmenes, editados en esta Ciudad, ha obtenido un éxito lisongero y ha sido juzgada por críticos seve-

ros y exigentes que le han tributado aplausos: no tan solo por la sencillez y elegancia del estilo, sinó también, y muy principalmente, por la narración histórica é imparcial de los acontecimientos; que nada hay tan elocuente como la verdad, y la frescura de colorido con que están pintadas las escenas de aquella revolución «tan justa en su concepción, tan generosa en sus tendencias y tan profundamente humana en sus aspiraciones», de uno de los Partidos más grandes, más poderosos de la República Oriental, que durante tres años conquistó siempre en los campos de batalla, después de cruentos sacrificios, la palma de los triunfos y el laurel de las victorias.

La Revolución Oriental de 1870, es la narración verídica y documentada, de aquella homérica campaña que llevó por lema las palabras con que fué bendito el nieto de Franklin: *Dios y Libertad*; y tiene para mí el doble mérito de la verdad histórica, del criterio sin prevenciones mezquinas, sin la sugestión del sentimiento partidista con que generalmente se escriben las obras de este género; y el hecho de ser su autor uno de los que actuaron en ella, en calidad de oficial, y que, por lo tanto, tiene motivos para conocer ciertos hechos, ciertos detalles, que la documentación calla, pero que el testigo presencial relata.

Por consiguiente, como actor de todas esas campañas en que se han hecho proezas de valor, esos rasgos culminantes y esos perfiles secundarios los pinta con una fuerza de colorido y de verdad narrativa que, al leerlos, nos transporta la imaginación, el pensamiento y el corazón al suelo de la patria, muchas veces cubierto con los huesos de tantos héroes y donde parece haberse perpetuado misteriosamente el eco de los suspiros de tantos mártires, legando á las postreras generaciones, elocuentes enseñanzas que debiéramos aprovechar.

—

Como rasgo de valor temerario, tenemos, por ejemplo, entre otros muchos, aquel del coronel Pampillón, que basta por sí solo, para evidenciar el indomable valor del criollo de nuestro suelo, del hijo de nuestros campos,

Me refiero á aquel duelo á lanza, que presenciara el ejército de ambos bandos, con el coronel Gil Aguirre; grande por lo noble, sublime por el arrojo y la altivez de ambos combatientes, que Arózteguy nos relata con toda sencillez, pero con un entusiasmo vehemente, arrebatada, sin duda, su imaginación, por el homérico cuadro que presenciara.

«Era el 16 de Marzo, dice el narrador, y en las primeras horas de la mañana se encontraba el coronel Pampillón de avanzada con un escuadrón de 100 ó 150 hombres, por las inmediaciones del Arroyo Sarandí, próximo al pueblo de Porongos, cuando avistó una fuerza enemiga como de 300 soldados, que recorría aquel paraje. Verlos, preparar su gente é irse sobre ellos, todo fué obra de un instante».

«La fuerza gubernista, mandada por el coronel Gil Aguirre jefe valiente y aguerrido, se preparó á su vez y salió á recibirlos, cargándolos también á galope. El choque no se hizo esperar; fué terrible y en un momento cayeron allí varios muertos y heridos de ambas partes».

«En lo más recio de la pelea, ambos jefes se divisan, se retan mutuamente á batirse, los dos solos, y aceptado el duelo mandan rehacer sus escuadrones, los forman á distancia de varias cuadras, y quedan en el centro, los valientes jefes que iban á realizar aquella Justa de la Edad Media».

«Los dos combatientes son igualmente prestigiosos, ambos son jóvenes y bizarros, consumados ginetes y diestros en el manejo de la lanza, con que van á batirse».

«A un mismo tiempo se acometen al galope de sus corceles; pero uno á otro se desvían los golpes, por medio de movimientos rápidos que hacen hacer á sus caballos, y el choque de las lanzas, demuestra que ninguno aventaja al otro en el conocimiento de su manejo».

«Así pasan mas de veinte minutos; tan pronto retroceden como tomando espacio, vuelven á acometerse de nuevo, cada vez con mayor brío, hasta que es herido, bastante mal herido el coronel Pampillón, que recibe un lanzazo».

«Lejos de desanimarse, parece que la herida infunde más valor al jefe nacionalista, que redobla sus impetuosos ataques, estrecha sin cesar á su adversario, no le da un momento de respiro, y, por último, en un último encuentro, se hieren

los dos igualmente valerosos caudillos, recibiendo á su vez el coronel Aguirre una grave herida en el cuello».

«Entonces, ambos combatientes se arrojan de sus caballos, dejan las lanzas y echando mano á sus facones, se acometen una vez más, deseando poner término á aquella lucha de honor».

«Pero ya fuese porque su herida molestaba mucho al coronel Aguirre, ó porque perdía mucha sangre, ó porque no se encontraba dispuesto, por cualquiera causa, á continuar la pelea bajo esta nueva faz, empezó á batirse limitándose á defenderse y á retroceder, hasta que, encontrándose cerca del caballo que había dejado el coronel Pampillón, huye de pronto, monta de un salto en él y sale á toda carrera hacia el sitio en que se encontraban formados sus soldados».

«Fué tal el furor que le dió al coronel Pampillón la acción de su contrario, que, de una manera brusca, le arrojó por elevación el facón, primero, y después, la lanza que estaba allí cerca, y no alcanzándolo, saca las boleadoras, y le arroja un tiro de bolas al caballo, errándole también. Monta entonces, en el caballo de su enemigo, vuela á donde está su gente, la proclama en dos palabras, y carga, resuelto á todo, al escuadrón de Gil Aguirre, derrotándolo»...

«Después, á los cuatro meses, en la batalla de Severino, dando una carga de caballería al enemigo, el coronel Pampillón vió á uno de estos que iba en su caballo con todo el *chapeado* de él; verlo y voltearlo de un lanzazo, fué obra de un instante, recobrando de ese modo, su propiedad».

¡Qué cuadro más sublime! Y de estos rasgos temerarios está llena la historia revolucionaria de la República Oriental.

—

Esa obra de Abdón Aróztegui, abrió ancho campo á su actividad intelectual dándole personificación literaria para abordar trabajos de índole superior, más caracterizados, diré así, para consolidar la fama y nombradía de que goza en ambas Repúblicas del Plata.

Abdón Aróztegui, es un trabajador infatigable, que hace un culto de las letras: un observador sagaz y un espíritu ele-

vado, al que no intimidan el aguijón de la crítica que, por otra parte, le ha sido favorable, ni la indiferencia con que generalmente se miran los libros del país, las obras esencialmente nacionales, de carácter sério, que importen un estudio, revelen un análisis, ó signifiquen una observación filosófica. Estas, poco se leen, se estiman ni se compran.

Obligado á ganar la vida fuera de la patria, y con el fruto de su trabajo honrado y perseverante atender las exigencias de una numerosa familia, se le ve siempre en la labor, rodeado de prosaicas atenciones, inherentes al destino oficial que desempeña, escribiendo, empero, folletos y artículos, en las revistas y diarios, sobre los vinos y otros asuntos que tienen conexión con su empleo.

Su ocupación es una esclavitud, noble si se quiere, pero es esclavitud, que exige asídua consagración á su objeto. Por consiguiente, son pocos los ratos que esa lucha sin tregua por la existencia le dejan libre, para dar rienda suelta á sus inspiraciones de escritor.

Me recuerda esto, lo que le ocurre á un distinguido, á un notable poeta argentino, por el que tengo vivisimas y respetuosas simpatías, y al que la materialidad de la vida, le ha obligado á ahogar sus afecciones literarias, para aprisionar su pensamiento estético, entre los librajos descoloridos de una oficina de Registro Civil!

Pero Abdón Arózteguy, las horas que debiera dedicar al descanso, las emplea, repartíendolas, entre los trabajos políticos y los trabajos literarios que desenvuelve con prodigiosa rapidez, y produce con una fecundidad rarísima.

Le he visto muchas veces publicar en un solo día, al igual del distinguido literato General Mansilla cuatro ó cinco artículos sobre diversos temas en distintos diarios de Montevideo, atravesando así largas temporadas, sin que nada le arredre, ni haga decaer el vigor de su entusiasmo.

Á manera de sus artículos, hace sus libros. La pluma corre rápida sobre el papel, y en ese vertiginoso correr, pasan las horas, suspende su trabajo para concurrir á su empleo, vuelve á

tomarla de noche, y no la deja hasta que la palabra *fin* viene á coronar ese esfuerzo de imaginación y de paciencia. Jamás lee lo que ha escrito, y rara vez, por consiguiente, corrije sus trabajos. Todos ellos tienen un carácter de espontaneidad, que obliga al lector á no dejarlo hasta el final.

Yo recuerdo este hecho que lo caracteriza en ese sentido.

Hacia varias noches que se representaba su drama JULIÁN GIMÉNEZ que entonces solo era en un acto. Conversando una noche en el camarín del artista principal, se le ocurre que era necesario agregarle un acto más, para completar el pensamiento que había pretendido desarrollar. El artista-director piensa lo mismo, y discurriendo sobre los nuevos cuadros que convendría crear para la unión del pensamiento principal de la obra, termina la función y Arózteguy se retira á su casa.

Á la mañana siguiente, con gran asombro de todos, le presenta el acto y cuatro cuadros que faltaban, perfectamente terminados y prontos para entrar en ensayo, como así ocurrió en efecto, pudiendo estrenarse el drama entero, ocho días más tarde.

Así también, con esa fiebre de actividad que distingue todos sus actos, ya en la vida del trabajo material, como en la del trabajo intelectual, nació su otro drama HEROÍSMO, inspirado, según tengo entendido, en una conversación lijera con un amigo, para presentarlo, pocas horas después, concluido y listo para ser representado, como lo fué efectivamente.

Del mismo modo, escribió sus otros dramas ITUZAINGÓ y VENGANZA CORSA.

Todos estos, á excepción de VENGANZA CORSA son los llamados *Dramas Criollos*, escuela completamente nueva, que recién se incorpora á la vida literaria, para formar con el tiempo y con la perfección y solidaridad que irá sucesivamente adquiriendo, las bases de nuestro Teatro Nacional, aunque esto parezca á simple vista, una blasfemia estética.

De igual manera que aquellos, escribió rápidamente una comedia, estrenada el año último, en el Teatro Nacional, con el título de PERSONAJES EN AMÉRICA; cuatro actos largos, en que distribuyó y desarrolló su cuadro satírico.

Al contrario de los otros, PERSONAJES EN AMÉRICA, es una crítica severa y dura; y como el arte dramático es el único que

tiene el privilegio de penetrar, no solo en el seno de la vida doméstica y social, sino en el fondo de la conciencia y poner de relieve todas las miserias, como todas las grandezas de que es capaz el corazón humano, ha tenido Arózteguy ancho campo para desarrollar ampliamente su pensamiento.

Ha sentido y siente repulsión contra el medio social de ex-céptica relajación y de indigno epicurismo que caracterizan la vida de estos pueblos y estos tiempos y ha querido presentar á sus personajes, tal como los encuentra, como los ve en sociedad, según dice, sin el ropaje con que los histriones, encubren sus flaquezas y ocultan sus pasiones innobles.

La crítica es mordaz, es sangrienta; tal vez haya en ella un poco de exageración; y algunos diarios al juzgar el estreno de su obra, la han considerado demasiado acerva; pero no piensa así su autor, y no hay sobre su conciencia jurisdicción alguna, porque está guarecida tras el escudo inviolable de la dignidad personal del aludido.

No es infundado el concepto de que el mismo arte dramático, dispone de grandes remedios contra las enfermedades del alma, y que puede obrar la redención de un ser endurecido en el crimen, por la ficción de escenas y situaciones desgarradoras, donde el alma se purifica como el hierro en el crisol.

Con el esfuerzo y el ejemplo de filósofos de ~~este~~ ~~temple~~, puede contenerse la amenaza del epicurismo francés del año 30, cuyo decálogo se reduce á estos preceptos:

«Enriquécete y goza».

«Busca el oro por cualquier medio; que con el oro tendrás la gloria y los placeres que apetezcas».

Y á combatir esto se ha lanzado Arózteguy, valiéndose, además, de la sátira, del ridículo y el sarcasmo, para acentuar aun más, esa purificación, que es el objetivo de su obra.

Conceptuando los altos destinos del arte dramático, como el maestro de la vida, el modelo de la conducta y el censor implacable de las ~~malas~~ costumbres, la crítica se impone, pero con cierto tino y sin dejarse arrebatar por una exageración que, muchas veces, perjudica hasta la misma seriedad de la obra.

—

A igual manera de aquellos otros trabajos, hijos de un tem-

peramento extremadamente nervioso y apasionado, surgió de su pluma «SUEÑO DANTESCO» que hoy se presenta al público, ataviado con todas las galas de la forma.

Pero al contrario de las primeras, es ésta, obra de observación, de análisis, de crítica, abarcando mayores horizontes que «PERSONAJES EN AMÉRICA»; denota en su autor un estudio peculiar de las miserias de la sociedad moderna, en sus varias manifestaciones, un conocimiento perfecto de los tipos que la representan, la dirijen y la mueven; nada hay, efectivamente, que enseñe más, que las imágenes del vicio y la virtud.

Presenta á sus personajes, que hace desfilan uno á uno, con la imperturbabilidad del cirujano que se prepara á practicar una operación; y como éste, corta, sin compasión, sin miedo, sin vacilaciones, para señalarnos el cáncer que corroe el organismo social, la causa generadora del mal.

Descubre con minuciosidad y profundiza, á veces, los pensamientos y las tendencias escondidas de los que se presentan ante el mundo, como apóstoles de una idea, de una religión etc., y que, en verdad, no son más que falsarios, viciosos, egoístas, sin otros sentimientos propios que la villanía, el servilismo, y la explotación, y, como consecuencia natural, con la doble prostitución del cuerpo y del espíritu.

Al leer las páginas de este libro, en más de una ocasión me he detenido á meditar sobre ellas.

Tal vez la inesperienza de mi edad, y como resultante de ella, la ignorancia de estas miserias tan arraigadas en la sociedad, me hagan pensar aún despues de leidas esas páginas, que todavía no está tan pervertida, por mas que creo también que va en camino de estarlo.

Pero, no debo yo entrar aquí á juzgar, ni á discutir un problema filosófico, que, á mi ver, no encuadra en los dominios de este sencillo prefacio.

En las primeras obras dramáticas citadas, así como en la generalidad de los trabajos políticos ó literarios de su ingenio, Aróztéguy les imprime el sello característico del patriotismo; y sobre ese tema hermoso, vasto, con horizontes am-

plios y brillantes, borda su producción intelectual, y desenvuelve su pensamiento.

La historia patria; es cierto, dadas las mil luchas que se ha visto obligada á sostener nuestra nacionalidad, desde los notables y heroicos comienzos de su independencia, ofrece ancho campo á la investigación, al estudio filosófico, á la novela y al drama. Han sido tan varias las fases de esas luchas, ya nacionales, ya de los partidos, que presentan, por consiguiente, matices que á todo se adaptan, pero que, desgraciadamente, no han sido todavía objeto de una seria investigación por parte de nuestros escritores nacionales, salvo los ensayos felices y valiosos del Dr. Eduardo Acevedo Diaz, que se inspiran en esas corrientes simpáticas y que dan entonación á nuestra naciente literatura nacional.

Los espíritus superficiales, los hombres de segundo orden, suelen despreciar los sentimientos y las ideas; y algunos de esos, pretenden ver en este empeño laudable de Abdón Arózteguy, de transportar al teatro escenas de nuestra historia, un sentimiento estrecho de egoísmo, de especulación; un sistema puesto en práctica exclusivamente, para halagar el sentimiento nacional del pueblo; y hasta un diario de esta Capital, en ocasión del estreno de su drama «JULIÁN GIMÉNEZ» parece increíble! se hizo indirectamente eco de esa injusticia.

Nada más erróneo ni gratuito. Abdón Arózteguy, que ama á la Patria con un cariño vehemente; que tiene por nuestra historia y por los hombres que actuaron en aquellas luchas homéricas de la independencia, una profunda veneración, un respeto absoluto, transporta al teatro los hechos que más le tocan al alma, sin otra ambición que la natural, legítima y honrada, de perpetuar en el corazón del pueblo, en esa forma fácil, penetrante, viva, el amor á la patria y la memoria eterna de los que se sacrificaron por ella.

Si á todo esto se agrega el cariño que tiene, como debemos tenerlo todos los americanos de esta parte del Continente, por nuestro gaucho, por esa raza de Centauros, no obstante tan olvidada y perseguida, que ha sido la base de nuestra propia nacionalidad con la cual se obtuvo la Independencia y que aún nos sirve para sostenerla, se verá sin extrañeza, que sea ese el tipo preferido para dar colorido ameno y simpático á los

cuadros que nos pinta y nos presenta llenos de vida y de gracia.

Efectivamente: ahí tenemos á su «JULIÁN GIMÉNEZ», que encarna al gaucho patriota y valiente en las diversas manifestaciones de su carácter; que reúne y proclama á sus amigos, para concurrir con el contingente, nunca esquivo, de su brazo y de su abnegación, á la obra de la regeneración de la Patria.

En todo ese trabajo se mantiene nuestro tipo legendario, indomable á todas las vicisitudes de la vida errante; es esa la nota principal á que están subordinadas las varias escenas del drama, por más que se maticen con riquezas de detalles, que estudian y presentan las costumbres del gaucho de nuestros campos, que lo hacen tan fuertemente simpático y lo unen á nosotros con vínculos tan estrechos como dulces.

«HEROÍSMO» fué escrito expresamente para hacer resaltar, como su título lo indica, heroicidades de nuestros gauchos, cuando estallaron, con sacudimientos terribles, esas campañas por la Independencia y esas cruentas luchas de los partidos.

En «ITUZAINGÓ» se mantiene igual tendencia é idéntico fin, aunque estos desempeñan en la dirección del drama, un papel secundario, aunque muy principal é importante en el desarrollo y en el triunfo que corona la obra.

Es obra de patriotismo lo creo y lo sostengo, perpetuar en una ú otra forma, pero si de alguna manera, en el corazón del pueblo, los esfuerzos titánicos de esa raza de héroes que tanta parte tuvo en la eterna borrasca de nuestra turbulenta democracia, y que, desgraciadamente, va desapareciendo en virtud de la acción evolutiva, según los optimistas é indiferentes, llevándose con ellos, sus costumbres, sus hábitos, sus trajes y su verdadero carácter, que debiera ser el nuestro, pero que por una de esas anomalías, despreciamos con tanta vanidad como ligereza.

El tipo del gaucho, nos honra y nos honrará siempre. Raza de titanes, pronta en todos momentos á los más grandes sacrificios por la libertad, que es la característica de su ser y que, según Lamennais, es la gloria de los pueblos, apesar de haber cambiado hoy sus armas por útiles de labranza, es sin embargo, acechada y perseguida como bestias feroces!

Raza infeliz que, con la fé sublime
Del que lleva en el alma una esperanza,
Espera que algún Cristo lo redima
De su culpa soñada!

como dijo un poeta, hablando del gaucho americano, en una hermosa carta al colombiano Jorge Isaacs.

Es que nuestro espíritu está completamente sugestionado por la influencia de la Europa que nos trajo, con su civilización, una organización social, que nos induce, en virtud de preocupaciones insensatas, al desprecio de nosotros mismos, de nuestra propia raza, de nuestras hermosas costumbres abandonadas. Y hace que nos avergoncemos de nuestros gauchos y los persigamos como dijo un escritor «ni más ni menos que «como en otro tiempo se hacían las correrías de las yegüadas y ganados baguales».

Abdón Arózteguy, los ama con profundo cariño (1), como los amo yo, como debemos amarlos todos, por lo que representan en las luchas por la emancipación del Río de la Plata, por su patriotismo, por la constancia con que, apesar de todas las adversidades, sostiene sus ideas, por su honradez innata, por sus sufrimientos y por el temple generoso, leal y altivo que constituye su carácter.

La historia, no hay duda, inscribirá con letras de bronce, la epopeya grandiosa que sostuvieron estos héroes oscuros del sacrificio, sin ambiciones, en esta parte del Continente americano.

Y ya que, desgraciadamente, están condenados á desaparecer de nuestros campos, es deber de patriotismo, lo **repito**, hasta de gratitud, perpetuar en los libros, en los dramas ó en otras obras, como lo han hecho Francia, Italia, Alemania, Inglaterra y casi todos los países del mundo con los tipos primitivos de sus pueblos, ese carácter lleno de altivez y de colorido, que tantos sacrificios hizo para ofrecernos la libertad de que hoy gozamos y que es tan necesaria al hombre como

(1) Además de hacer uso del gaucho, como protagonista de sus obras dramáticas, Arózteguy, no hace mucho tiempo, dedicó una conferencia sobre este tema en el Ateneo de esta ciudad, que leyó ante una concurrencia ilustrada.

el pan, según la hermosa frase de Cicerón: *Ubi panis et libertas ibi patria*.

Pero, digresiones son estas, hasta cierto punto inoportunas é impertinentes aquí.

III

Abdón Aróztegy, es un hombre joven aún, de mirada bondadosa, de trato amable, sencillo é insinuante, que en seguida predispone á la simpatía.

Nació en Montevideo, el 30 de Julio de 1853, siendo sus padres, el doctor Manuel Aróztegy, notable médico y cirujano y doña Bernarda López y Saraiva, distinguida matrona, por cuyas venas corre sangre de uno de los patricios que formaron en las filas de los Treinta y Tres Orientales.

Por consiguiente, sus primeros años se deslizaron tranquilos rodeado de los halagos y satisfacciones que proporciona un hogar puesto á cubierto de las necesidades de la vida.

Su padre, el doctor Aróztegy, vasco español, hombre de mundo y de inteligencia preclara, no obstante su experiencia de la vida, se dejó dominar por esa bondad, esa generosidad, que constituye la idiosincracia del vasco genuino, y destinaba sus ahorros á socorrer y proteger á sus amigos.

En tales circunstancias, le sobrevino la muerte, y el hogar antes risueño, donde nada faltaba para hacerlo feliz, se vió privado, con la ausencia del jefe, hasta de lo más indispensable. Abdón Aróztegy contaba entonces 14 años y se educaba.

«Este hecho, me decía en cierta ocasión hablándome de la muerte de su padre y de la posición en que quedaba su familia, me impresionó fuertemente. Abandoné el colegio y me dediqué con ahínco, con verdadero ardor al trabajo, para atender á mi madre. Me establecí con una agencia de comisiones en la Plaza de Frutos de la Aguada (R. O.), encargándome de fletar carretas, vender guías para las mismas y todo lo relativo á esa clase de negocios. Así trabajé hasta el

año 1870, cumpliendo religiosamente con mis compromisos y haciendo una vida modelo de joven y de hijo».

«Entretenido en estos trabajos, continuó diciéndome, me sorprendió la invasión del general Aparicio al levantar la enseña de la revolución y yo, que entonces, como ahora tenía la cabeza llena de las ideas y gentilezas del hidalgo; que creía, como los antiguos caballeros, que los deberes del hombre se deben distribuir en el orden de Dios, Patria y Familia, considerando al Partido Blanco como la expresión pura de la Patria, abandoné todo, y con un entusiasmo extraordinario, fui á engrosar las filas del popular caudillo nacional, contando á la sazón 17 años».

Empezó entonces para él una nueva vida, la azarosa y difícil del hombre que, acostumbrado á las caricias risueñas del hogar, se ve de pronto aislado, sin más sostén que su propio esfuerzo, sin otro guía que sus sentimientos y la educación que recibiera su espíritu.

Es, precisamente, en esos momentos, que llamaré psicológicos, donde se revelan las tendencias del hombre, el desenvolvimiento de su espíritu: si es la pasión brutal la que lo domina y lo subyuga, ó bien si su educación y sus instintos nobles refrenan las pasiones de la bestia humana.

¡Cuántos han sucumbido, en ese instante, por desgracia, para la sociedad y para la Patria!

Abandonados á la corriente de sus propios instintos, sometido apenas su espíritu por una educación deficiente, esos hombres, rara vez triunfan en la lucha, la rudeza de la vida los abrumba y caen, por consiguiente, envueltos en el fango.

Pero al revés de éstos, Arózteguy llevaba en sí todo el esplendor y la fuerza viva de una educación moral que supo aprovechar en el ejemplo de sus padres. Y dotado de una voluntad de hierro, se formó hombre y se hizo útil á la Patria, á la Familia y á la Sociedad.

Nada hay que pervierta más el sentimiento moral de un hombre ni más peligroso para un jóven, que la vida del campamento, entre la soldadesca desenfrenada, llena de vicios y de instintos salvajes. Y mucho más todavía, si esa gente con la que forzosamente se comparte el lecho y la mesa, vive en continua camaradería, está movilizad para hacer correrías

ó para sostener acciones de guerra, donde la sed de sangre y de venganza, hacen de los hombres, animales irracionales, sin que ningún sentimiento humano pueda retemplar ó contener esa perversión.

Y sin embargo Aróztegui, supo mantenerse siempre con la dignidad del hombre que comprende y que cumple su misión; sin que haya manchado nunca sus manos ni su conciencia, con acción alguna que pudiera menoscabar, ni siquiera poner en duda la hidalguía de sus inclinaciones.

Los campamentos en estas circunstancias, llegan á ser verdaderas escuelas del crimen, y ellos se perpetran á la sombra de la guerra y escudados con la impunidad del delito.

Se mata por placer, por gusto de ver morir ó por el capricho de conocer el gesto desesperado, horrible, del hombre que es sometido violentamente á una agonía brutal.

Como refinamiento de crueldad, se mata por pueriles apuestas, en medio de cínicas carcajadas, á sangre fría, cobarde y miserablemente.

¿Quién se salva del contagio?

Mas que una voluntad firme y decidida para no caer en ese precipicio, se necesita una fuerza moral poderosa, que neutralice los malos ejemplos y destruyéndolos, mantenga siempre vivos los sentimientos que Dios puso con mano pródiga en el corazón del hombre.

Yo recuerdo que una vez, en la intimidad, me contaba Aróztegui el siguiente hecho de que fué protagonista en esa campaña revolucionaria:

En un *alto* que había hecho el ejército, después de un encuentro sangriento con el enemigo, un capitanejo le ordenó que *degollara por la oreja*, expresión que significa el más horrible de los asesinatos, á un infeliz soldado, de las filas contrarias, que había sido hecho prisionero.

Aróztegui se negó terminantemente á obedecerle, é increpó con rudeza la orden que se le daba.

Como el capitanejo insistiera, iracundo y le amenazara con someterlo á igual suerte, aquel le replicó:

Capitán: yo no he venido á la revolución á asesinar á hombres indefensos y rendidos. Mi conciencia, y mi deber se rebelan. Yo no acato, yo no debo acatar, esas órdenes!

Fué tan vehemente y altiva la réplica, que el capitanejo se limitó á arrestarlo y apostrofarlo, diciendo que se negaba á hacerlo por cobardía.

Sin embargo, me decía Arózteguy, yo le demostré al miserable, en el primer combate que tuvimos, que sabía matar en la pelea, en el sitio de peligro á donde él no fué capaz de llegar.

De hechos análogos está matizada su vida de soldado revolucionario, en todos los combates á que asistió, prestando á la revolución el contingente de su brazo y de su sangre.

—

Terminada la Revolución con el desgraciado «Pacto de Abril» aún no suficientemente condenado; Arozteguy, que no se avino á ese arreglo, no quiso tampoco someterse, y conjuntamente con otros amigos se guareció en los Montes del Rosario.

Haciendo la vida del montaráz, con todas las privaciones inherentes á esa situación difícil, permanecieron allí algún tiempo, hasta que, perseguidos por las tropas gubernistas, tuvieron que asaltar un Pailebot que entró á la boca del río Rosario y á viva fuerza obligar al capitán á que los condujera á Buenos Aires.

La vida de Arózteguy desde ese entonces, ha sido una larga cadena de vicisitudes y de trabajos. Sería interminable tarea, si narrara minuciosamente los hechos que han dado colorido simpático á su personalidad, y que sin duda han sido causa generadora de su carácter, en esa edad en que se deja de ser niño para formar como soldado en las filas de los hombres.

Baste decir que por mucho tiempo desempeñó empleos y comisiones humildes, pero conservando siempre, en todos sus actos, una corrección, una honradez acrisolada.

—

A principios del año 1875, después de los sucesos vergonzosos y sangrientos del 10 de Enero, á instancias de su familia, Arózteguy regresó á Montevideo,

Hombre de mundo ya, de gran resistencia física, con experiencia retemplada en el crisol de esa lucha constante por la vida, con un carácter formado á toda prueba, un gran amor á su patria y un entusiasmo vehemente por su Partido, se incorporó en seguida á la fracción que preparaba un nuevo movimiento revolucionario, ofreciéndole decididamente el concurso desinteresado y patriótico de su sangre y de sus bienes.

Como no era un desconocido entonces en la política, pues en la revolución de Aparicio y después, en la expatriación, su nombre tuvo alguna resonancia, su ofrecimiento fué aceptado y su incorporación dió lugar á que tomara en los trabajos una participación activa, con la decisión y entusiasmo de costumbre.

Perseguido por el gobierno brutal y corrompido de Varela, con un encarnizamiento increíble, cuando gobernaba en toda la plenitud de su arbitrariedad, tuvo que huir una noche de su domicilio del Paso del Molino, en medio de una turba de sajonos que lo espiaban para asesinarlo; sistema que estuvo entonces en todo el apogeo de su vigor, para hacer desaparecer á las personas que estorbaban los planes del oficialismo, y que importó al país otros atavismos semejantes y aún con mayor crudeza y cinismo, bajo las tiranías del Coronel Latorre y del General Santos, que esgrimían, como aquél, el puñal de sus venganzas, y á despecho de las leyes, en aquellos horribles tiempos, llegaron hasta á impedir la libre emisión del pensamiento.

Arózteguy emigró nuevamente á Buenos Aires, donde permaneció tres meses, para regresar, disfrazado, á Montevideo, á continuar sus trabajos de conspiración política, hasta que, habiendo estallado la Revolución con la designación de «*Tricolor*», fué uno de sus colaboradores, siguiéndola hasta el fin de la jornada.

Podría citar numerosos hechos y episodios que han puesto en transparencia su valor y su abnegación en esa campaña revolucionaria, pero dejo esa tarea al historiador imparcial que acometa el trabajo de estudiar y relatar esa nueva página de la vida turbulenta del Partido, á cuyo fallo inapelable la someto.

Pacificado el país, Arózteguy permaneció en Montevideo desempeñando la profesión de Procurador, primero, y estableciendo después, una casa de comercio, que vendió más tarde, para ayudar al Partido Blanco en trabajos políticos en que estaba empeñado (1).

Como Procurador, tarea tan ingrata y difícil de desempeñar con satisfactorio éxito y conciencia, por la condición de su propio ejercicio, fué tal vez una de las excepciones. Jamás tomó á su cargo la defensa de asunto alguno en que la justicia y la razón no estuvieran perfectamente claras y definidas en favor de sus clientes.

Mas que por el oropel de la vanagloria de ganar un asunto encomendado á su ilustración, trabajaba por el triunfo de la verdad y el imperio del derecho.

Al revés de la generalidad de los que se ocupan de estas defensas, nunca explotó sus éxitos, ni le preocupó jamás su interés personal.

Teniendo un respeto profundo por la Verdad, por la Justicia y por el Derecho, trabajaba con apasionamiento porque ellos resplandecieran siempre, sin importársele la condición social ó de fortuna de la persona que solicitara su ayuda.

De ahí que no haya explotado jamás á sus representados, haciendo casi siempre la defensa del pobre y del desvalido, sin obtener muchas veces, no ya la recompensa de su trabajo, sino siquiera el reembolso de las sumas que empleara en los primeros trámites del asunto.

Como comerciante, su paso ha sido breve, lijero, puesto que los acontecimientos políticos que se preparaban, hicieron que sacrificara en holocausto de ellos, la casa poco antes establecida.

Pero en ese breve tiempo, dejó su nombre honrado á cubierto de toda sospecha, y mereció del alto comercio oriental, tan difícil para acordarla, la nota de crédito más amplia y la estimación con que siempre se le distinguió.

Por otra parte, no es el temperamento de Arózteguy, impetuoso, agitado, aventurero, el más apropiado para encua-

(1) Véase la explicación que hace Arózteguy en su folleto « *Antecedentes Políticos* », Buenos Aires, 1890,

drarse en los marcos reducidos de una ocupación comercial, generalmente monótona, egoísta casi siempre, en la que predomina sobre todo, el interés vulgar, el tanto por ciento, con horizontes limitados y estrechos.

Esa misma esfera, reducida á fines tan materiales, está reñida con su modo de ser.

«Nunca he ambicionado fortuna, me decía en cierta ocasión, habiendo tenido tantas oportunidades para hacerla; y siento algo así como repugnancia por el dinero y por los ricos que no saben hacer otra cosa que ser ricos, y en general, por todos los que son interesados. Si alguna vez, así como una ráfaga, se me ha cruzado por la imaginación, el deseo de tener fortuna, ha sido cuando he visto desgracias á mi lado, sobre todo entre los míos, ó mis amigos. Entonces sí la hubiera deseado, para socorrer esas desgracias y enjugar esas lágrimas».

Aún en el mismo empleo de confianza que actualmente desempeña en la Aduana, ¡cuántas oportunidades ha tenido para labrarse una fortuna sólida, con que poner á cubierto en su ancianidad sus necesidades y las de su familia! Cuán-
tos, en su mismo caso, la han hecho sin escrúpulos!...

Y sin embargo, ha preferido llevar con honra, con dignidad, la relativa pobreza en que se desenvuelve, y de ahí la estimación, el respeto que se le tiene; pudiéndose decir de él, lo que de la mujer de César, que es insospechable.

—

Apesar de los limitados recursos que posee, su casa es algo así como un asilo, á donde concurren muchos de los Orientales menesterosos, que vienen por millares á buscar en esta tierra bendecida y generosa, el pan que no encuentran ó se les niega en su propia patria; en el cual encuentran siempre una protección, una ayuda, un alivio, ya pecuniario, ya moral, para sus miserias é infortunios.

¿Quién de ellos no debe un servicio á Aróztegy? ¿Quién no ha encontrado en él, en la adversidad, un brazo robusto que lo sostenga en su desgracia? ¿Quién puede decir que no ha sido socorrido por él, cuando las necesidades de la vida lo obligaron á recurrir á su ayuda?

Estoy seguro que de los millares de orientales que se encuentran en esta tierra hospitalaria, que por tantos motivos obligan á la gratitud oriental, por lo menos una buena parte de ellos, han recibido de Aróztegui, la protección franca y decidida que pudiera darle dentro de la esfera de sus facultades, con la más buena voluntad, con el interés vivísimo, con que trata de servir siempre á los pobres compatriotas que buscan en sus fuerzas, ayuda para sobrellevar el peso de la vida en la expatriación.

Para hacer el bien, nunca pregunta el Partido á que están afiliados; le basta y sobra que sean orientales. Y es por todo esto, que ha logrado formar alrededor de su persona, entre ellos, esa aureola de simpatía, de respeto y de cariño, que tanto lo enaltece.

No es extraño, por consiguiente, que goce de prestigio, de nombradía entre esa pobre gente, y que lo acompañemos con nuestro afecto, por esas acciones generosas de desprendimiento y de cariño, los que nos encontramos felizmente á cubierto de aquellas necesidades y contribuimos también, en la esfera de nuestras fuerzas, á secundar su acción siemprepreciada.

De ahí, que ese prestigio sea siempre mirado con desconfianza, con pueriles temores por parte del gobierno oriental, atribuyéndolo á trabajos revolucionarios en viva y permanente gestación; temores y desconfianzas, que traspasan los límites de la intimidad del gabinete, para producir ridículas reclamaciones al gobierno argentino, que, felizmente, no han sido nunca tomadas en seria consideración.

Y esas simpatías y ese afecto, lo ha merecido hasta de los hombres que dirigen el Partido Nacional; de los viejos campeones de nuestras luchas, soldados cargados de laureles y de sacrificios; de los hombres distinguidos de la colectividad; respondiendo todos á su llamado, desde los confines más apartados de la República, cuando se acordó reunirlos en Asamblea, que él presidiera, en el Teatro Politeama de esta Capital, el 19 de Abril de 1893 (1), y en la que demostró todo el contingente de su prestigio y de su valimiento.

(1) Léase el folleto «Asamblea del Partido Blanco Nacional» Buenos Aires, 1894.

¿Y este prestigio á qué se debe? ¿A qué responde?

Se debe á la moral pública y privada á que ciñe todos sus actos, á su honradez sin tacha, á su vida sin sombras, á la abnegación con que ha soportado todas sus desgracias, á la pobreza por el sacrificio de su pequeña fortuna á la colectividad, y á la fe con que espera, como esperamos todos, el triunfo no lejano del gran Partido Nacional, llamado por mil causas á hacer la felicidad de nuestra hermosa y desventurada tierra; sentimiento de todas las conciencias honradas, y aspiración que flota en el espíritu patriótico, como flotaba Jesús sobre las aguas.

IV

Poco después de la «Revolución Tricolor», unió su suerte á la distinguida dama doña Irene Medina y Payan, compañera virtuosa, que en los días de la adversidad, supo siempre retemplar el espíritu de Aróztegy, haciéndole sobreponerse á las miserias de la vida y á los ataques groseros con que, en el hervidero de las pasiones que fermentaban, trataban sus enemigos de anonadarlo.

Espíritu varonil, alma templada en la fragua del sacrificio, en el molde de las antiguas patricias, en más de una ocasión soportó con estoicismo las desventuras más dolorosas, en homenaje al Partido Nacional.

Dotada de un espíritu fuerte, al mismo tiempo sereno, pensador, reposado, fué muchas veces la que reprimió los arranques nerviosos y violentos de Aróztegy, en los momentos difíciles en que se vió envuelta su personalidad, atacada duramente en la prensa y en la tribuna, con increíble tenacidad.

Penetremos en su hogar, santificado por esa esposa y por sus hijos, y conoceremos á Aróztegy bajo la faz simpática del Padre y del Esposo.

Allí se respira un ambiente puro, que eleva los sentimientos del alma, conforta el espíritu y arraiga y fortifica el amor á la Patria, á la Religión y á la Familia.

«Y es precisamente en la familia, como dice un escritor uruguayo, casi olvidado hoy, en su bella obra *Estudios Políticos*, donde aprende el ciudadano á amar á la Patria y á respetar las instituciones democráticas, porque en ella es donde el principio de la responsabilidad tiene origen y donde las verdaderas y modestas virtudes encuentran su verdadera sanción».

Y así lo ha comprendido Aróztegui y así, también, lo comprenden y lo practican los suyos.

En la vida privada, podemos, sin temor alguno, declarar bien alto, que es un modelo de virtudes. Enemigo irreconciliable del vicio, con una repugnancia intransigente por los viciosos, llega muchas veces hasta la exageración su condena-ción por ellos.

Acostumbrado á hacer siempre una vida austera, su repul-sión no tiene límites cuando se trata de esos vicios que son la causa de la perdición de tantos y que dejan sedimentos venenosos en la tranquilidad y en el porvenir de la familia.

En las páginas de este libro, que, sin duda alguna, tengo el presentimiento, han de ser fuertemente combatidas, está reflejado el espíritu que á ese respecto domina á su autor, constituyendo su inquebrantable propósito.

Es á los vicios á los que ataca con ardoroso empeño en este libro; al lujo, al sibaritismo y á todos los refinamientos del sensualismo embrutecedor; á esas pasiones violentas y funestas que lo mismo desatan el sagrado lazo de la familia, enfrían el calor del hogar y matan en el corazón del hombre los más nobles sentimientos; que empañan las reputaciones más puras y acaban para siempre con la honradez de aquellos que, en un momento de irreflexión, se dejan arrastrar por su influjo.

¡Cuánta escena de miseria, cuánto crimen, cuánta perversión moral no tiene su origen en esas casas, donde el alcohol, las cartas y la sensualidad, exaltan las pasiones y perverten el corazón! El individuo arrancado al trabajo por los vicios, se convierte de esta manera en un ente peligroso para la sociedad de que forma parte, en una verdadera negación de su destino.

Y combate con tenacidad esa ráfaga pestilencial de sensualismo é inmoralidad, (de que nos hablaba hace poco tiempo un

distinguido escritor argentino), que sopla hoy sobre la redondez de la tierra, produciendo el espectáculo de una ancianidad escandalosa en el viejo mundo y en este joven continente, la triste, la tristísima comedia de una niñez precoz, con la precocidad más espantosa; la precocidad del vicio, la negación de todos los nobles y elevados sentimientos, que son únicamente los que deben agitar el corazón del hombre.

—

La larga y estrecha amistad que me une á él, me ha dado suficiente motivo para poder juzgar su carácter íntimo, y declarar que no le conozco vicio alguno, ni siquiera esas lijerezas alegres, llamadas hijas del siglo, á que difícilmente escapan la generalidad de los hombres por más serios y graves que sean, y que los conducen por pendientes floridas, tan seductoras como falaces.

De ahí, pues, que la educación moral que imprimiera á su hogar, sea tan completa y absoluta, que, puede decirse, constituye un santuario donde solo se encuentran las más esclarecidas virtudes.

Padre estremadamente cariñoso, esposo bondadoso, amigo leal, hace de estas afecciones un verdadero culto á que siempre se inclina su excelente corazón.

Bajo estas faces íntimas que he presentado, tengo por Arózteguy además del cariño del amigo la estimación que siempre me inspiran los verdaderos hombres de bien; los hombres dotados de todas las excelencias del espíritu y de todas las virtudes del corazón, tengo el convencimiento de que nadie se atreverá á pensar de una manera contraria; por lo menos, aquellos que como yo, han podido penetrar sus sentimientos, estudiar sus tendencias y analizar sus intenciones.

—

Pocos son los hombres que pueden llamarse completos en la acepción amplia de la palabra; y por consiguiente Arózteguy, tiene, como la generalidad, sus defectos y debilidades; pero ellas más que en el fondo, se manifiestan y reflejan en la forma, en la esterioridad.

Son defectos y debilidades veniales, diré así, que quedan, naturalmente relegados y oscurecidos ante el resplandor vivo de sus valimientos y cualidades, que he puesto de transparencia en estas humildes páginas.

Y desgraciadamente, eso lo perjudica aunque ligeramente, en todas las esferas en que actúa. Es cierto que es una ráfaga, es un instante de neurósis, de nerviosidad, de delirio, de cólera, y que, cuando éste pasa, cuando puede raciocinar, se inclina bondadoso ante su adversario y le da espontáneamente toda clase de satisfacciones.

En algunos casos, el hecho se comprende, hasta se justifica, cuando se ataca la Patria, la honradez, la virtud, la familia, por ejemplo, pero en casi todos los demás se condenan.

Yo recuerdo que en cierta ocasión, á consecuencia de una polémica ruidosa que sostenía en la prensa, con un inteligente periodista italiano, á propósito del General Garibaldi, éste al levantar el cargo que se le dirigía al compatriota, aprovechó la oportunidad para zaherir á su contendor de una manera violenta.

Arózteguy, dejándose arrastrar por el ímpetu de ese carácter de que he hablado no replicó esas ofensas por la prensa sino que corrió á la redacción del diario italiano, rebenque en mano, y dilucidó de esta manera, bastante incorrecta, una cuestión que debía haberse solucionado en la forma que la sociedad ó la costumbre señala para estos casos.

Otro hecho, que no hace aún mucho tiempo ocurrió en esta ciudad, pone asimismo en transparencia la incorrección y la ligereza á que lo subyuga su carácter.

En una cuestión judicial que sostiene en su condición de empleado de la aduana, con un comerciante que pretendió introducir una mercadería por otra, el defensor de éste, en un alegato de bien probado, trajo á colación, con bastante ligereza por cierto, el hecho de haber sido Arózteguy diputado durante el Gobierno del General Santos; atribuyéndole torpemente, culpabilidad ó dirección en los sucesos políticos que se desarrollaron en la República Oriental, en aquel vergonzoso período.

Cuando éste tuvo conocimiento del escrito, fuera de sí, sin escuchar razones de ningún género, de los amigos, se fué al

estudio del abogado aludido y penetrando en él, cerró las puertas interiormente con llave, y trató de abofetearlo en presencia de los empleados, *escurriéndosele como una anguila*, según la gráfica y pintoresca expresión de Arózteguy.

Cierto es que trató después de batirse, como queriendo de esa manera lavar las ofensas dirigidas, no aceptando el duelo su contendor, pero ello en manera alguna justifica una acción que conceptúo de todo punto vituperable.

Debo confesar, no obstante, que una vez realizados estos hechos, Arózteguy se arrepiente sinceramente de haberlos cometido, como ya he dicho, pero esto, en mi concepto, no basta: la acción siempre subsiste, elocuente, irrefutable.

Si Arózteguy pudiera moderar esos impulsos, esos arrebatos que empequeñecen la faz simpática de su personalidad, en la intimidad, en el hogar, como amigo, como padre, ¡cuánto más ganaría para su porvenir político!

V

Si ha habido entre los hombres de su generación personalidad discutida, es, sin disputa alguna, la suya.

En la efervescencia de las pasiones políticas, se le ha analizado, acechando, paso á paso, todos sus actos; se le ha criticado y atacado con rudeza, algunas veces con motivo y otras y estas son la mayoría, con insidia, con perversidad, desleal é injustamente.

En muchas ocasiones, halló á su paso numerosos enemigos congregados por la emulación y la envidia, pero es muy cierto que Arózteguy dió motivo para que su personalidad política sufriera esas alternativas y esas contrariedades, porque ella tuvo su vigoroso desarrollo y se ostentó en toda su plenitud, en una época difícil para la patria, que gemía bajo el yugo de una dictadura que todo lo pisoteaba, que sembró tantos odios, vertió tanta sangre, y estableció, por consiguiente, entre ella y el pueblo un abismo.

Me creería capaz de todas las injusticias, si pretendiera á impulsos de la amistad encubrir ó disculpar un error.

Y aquí consignaré un aforismo que sirve de norma á mis actos y al cual siempre he rendido ferviente culto: *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

Hay en política errores injustificables aunque se disculpen, se expliquen y se perdonen, cuando en ellos se ha incurrido á impulsos de móviles elevados y cuando, sobre todo, se abandona el poder, como dijo Sarmiento *con los bolsillos vacíos y las manos limpias.*

Arózteguy se equivocó, como se equivocó el general Aparicio, cuando creyeron poder hacer bien á su partido y á la Patria, procurándose por la *evolución* fuerzas en el gobierno, para contrarrestar los desmanes del oficialismo prepotente.

Y sugestionado por aquella idea que dominaba sus sentidos y ofuscaba su razón, no vieron el precipicio en que irremediablemente iban á caer, y donde sus personalidades perderían su importancia, al hacerse acólitos de la comupidad ó procesión política del oficialismo.

Estimulado por el ejemplo del general Aparicio y de otros correligionarios distinguidos, Arózteguy hizo el sacrificio de actuar con hombres de antecedentes innobles, así en política como en administración; con hombres que conservaban las manos manchadas con la sangre de inocentes víctimas, que Arózteguy tenía el deber de reconocer como lo tenía el general Aparicio, como enemigos irreconciliables de nuestro partido al cual no cederían jamás nada que pudiera hacerles perder sus posiciones en el gobierno del país, que desde hace tantos años usurpan.

Para el porvenir político de Arózteguy, fué esta una caída ruidosa, del pedestal en que lo habían colocado sus antecedentes y sus sacrificios.

Y es, en verdad, una lástima, que haya demostrado en aquella ocasión, que requería todas las energías humanas, todas las habilidades y destrezas del talento y de la sagacidad, que conservaba verdaderas ilusiones é inocencias de niño, cuando con semejantes compañías y en tales situaciones, nunca se triunfa en política.

Y, sin embargo, Arózteguy entonces no era un inocente, ni un novicio.

Había actuado en tempestades revolucionarias, había concurrido á las luchas armadas, había sufrido la expatriación, que es precisamente en ese alejamiento de los hombres y de las cosas, para concentrarse en su propia conciencia, donde se resuelven los problemas, que forman opiniones absolutas y se analizan fríamente las personalidades y las situaciones.

Y un hombre de alguna experiencia conquistada al precio de duros sacrificios, de amargas privaciones y hasta de la expatriación, como digo, no se concibe que tan fácilmente se haya dejado seducir con promesas, imposibles de cumplir, como también de aceptarlas nuestro Partido, á tal extremo de convulsionar completamente su espíritu y sus ideas.

Ha habido lijereza, precipitación por conquistar, por obtener alguna ventaja que el tiempo, los acontecimientos, vendrán á dárnoslas expontáneamente, por una ley sociológica ineludible.

Con la precipitación en política, nunca se obtiene nada sólido ni durable. La historia se ha encargado de demostrar la verdad de este aserto.

Apesar de la inexperiencia de mi poca edad y de la vida pública, yo creo, como un escritor argentino, y tengo la seguridad que hoy pensará así Arózteguy, que los verdaderos hombres políticos casi nunca yerran, porque nunca se precipitan ni se dejan llevar del entusiasmo casi siempre peligroso. Piensan y analizan los arduos problemas y se deciden al fin con profundo conocimiento de las cosas que han estudiado paciente y acabadamente.

Estos hombres, nada deben temer, porque estuvieron antes entregados á profundas meditaciones y hallaron la solución de sus dudas en el silencio de la conciencia y escucharon solamente su voz.

Yo recuerdo haber leído, que la lucha larga y penosa en la que se camina paso á paso, y palmo á palmo se conquista el terreno en que ella ha de producir sus frutos, es obra de los fuertes, mancomunados en la jornada contra el error y la mentira; es la manifestación de las sanas tendencias que se encarinan á la conquista de ideales de virtud y de justicia; es la que pone á prueba el valor moral de las colectividades convencidas de la causa que defienden; es la convicción aferrada á la conciencia de los individuos y de los pueblos.

Y en esas condiciones se halla nuestro partido y nuestro pueblo.

Aunque lo parezca, no está resignado, nó; sufre en silencio y discute su porvenir, mientras la mentira y la infidencia apura los medios de que dispone para engañar al pueblo y alejarlo de las urnas y de la cosa pública.

Nuestra entidad colectiva, que representa las aspiraciones del pueblo, que es el pueblo, no cede ni cederá jamás, ni permanecerá inactiva, aunque no la veamos precipitarse ni hacer estruendosas manifestaciones.

Ya le veremos desplegar la hermosa bandera de la reacción, que hicieron flamear en Norte-América, Adams y Schurtz, y llevar al pueblo, como dice un publicista, al culto de las ideas, al ejercicio tranquilo de la libertad y á las prácticas de la vida republicana.

—

Así, pues, nada justifica esa precipitación juvenil, inocente, con que obró Arózteguy, para formar parte de una situación que dió á la Patria días tan terribles.

Y, desgraciadamente, para nuestro partido, y para nuestra patria, son muchos los que han errado y muchos los que yerran todavía, los que han servido y sirven de acólitos á todas las dictaduras y carecen del sentimiento de la propia responsabilidad, y que, fascinados por el brillo de los broqueles enemigos, traicionan el Partido y la Conciencia para obtener una diputación.

¡Estos son los hermosos mirajes creados por la moderna sabiduría política!...

Y los vemos, desde su alto solio, pontificar sobre la libertad, sobre la patria, sobre los deberes del ciudadano y se llaman apóstoles del bien en la eterna lucha de la perfectibilidad, cuando no son otra cosa que adalides del positivismo que sacrifican su conciencia, su honor, su dignidad, y se dejan fascinar por las ofrendas y las dádivas que á su paso interponen los bribones para apartarlos de las sendas del deber.

Pero antes de seguir más adelante, en este escabroso pe-

riodo de su actuación pública, conviene conocer los antecedentes que lo impulsaron al error; la historia real y efectiva de aquella época, y esa tarea la dejamos á él mismo.

Dice Aróztegui en sus ANTECEDENTES POLITICOS:

«Corría el año 1880.— El coronel don Lorenzo Latorre, acababa de dejar el gobierno. Después de su renuncia, su alejamiento del país hizo concebir esperanzas á algunos ciudadanos, de que se abriría una época de mayor libertad, y se trató de organizar los partidos políticos que habían permanecido en la abstención y el retraimiento mientras aquel estuvo en el poder.

Me encontraba á la sazón al frente de una casa de comercio y allí fueron á buscarme varios amigos para pedirme que colaborase en los trabajos de unión y reorganización del Partido Nacional, á cuyo pedido, como siempre, me presté gustoso sin vacilar.

Pocos días después se celebró una reunión de correligionarios en la Ciudad de Montevideo, á fin de ponernos de acuerdo acerca de los primeros pasos á dar, para reunir nuestros elementos y organizarlos en forma.

Con esta reunión coincidió otra en igual sentido verificada en la casa habitación del Dr. don Martín Aguirre, quien, al tener conocimiento de nuestros proyectos, me pidió una entrevista por conducto del coronel don Agustín Urtubey, de la cual resultó que nos pusieramos de acuerdo y me encargase de llevar varias cartas á los amigos de la campaña, solicitando su adhesión al pensamiento de organización á que respondían estos preliminares.

En este intervalo, se anuncia la llegada al país del Sr. Agustín de Vedia, y la reaparición de su diario *La Democracia*. Fue entonces llamado al escritorio de los señores Susviela y Novoa, con objeto de que les ayudase en la tarea de buscar adhesiones á la propaganda de aquel diario y de colocar acciones para su sostenimiento.

Consecuente con mis compromisos anteriores, antes de dar una respuesta definitiva consulté con el Dr. Aguirre, el que aceptó los nuevos trabajos, y yo no tuve inconveniente en aceptar lo que se me encargaba.

Llegó el Señor de Vedia y reapareció *La Democracia*; pero, por desgracia, la propaganda que inició este diario, sembró la anarquía en el seno de los elementos de nuestro partido, que se dividió en dos grupos.

Producida la escisión, yo creí que el grupo á cuyo frente formaban los ciudadanos don Federico Nin Reyes, uno de nuestros más caracterizados hombres, y el coronel Dr. Juan Pedro Salvañach, interpretaba con más fidelidad las aspiraciones del partido y contaba también con mayor opinión, y me puse de su lado tomando parte activa en la labor que proseguían.

Mientras tanto seguían adelante los trabajos de la fracción, cuyo órgano era *La Democracia*, y se preparaba una reunión de todos sus adeptos, que tendría lugar en la Capital.

Se convino en que á esa reunión concurriría el coronel Salvañach y que hablaría en nombre de nuestros amigos, á fin de impedir que tomasen vuelo los trabajos contrarios, pero impedido de asistir, me rogó dicho coronel que lo hiciera

yo en su nombre, acompañado del señor Juan M. Rodríguez Gil y otros amigos, y que él enseguida daría, como dió, un manifiesto, y procedería á la organización del partido, para lo cual contaba con todos los elementos de acción de nuestra campaña.

Yo fuí á la reunión; hice lo que se me había encargado, apesar de que me esponía á sufrir las consecuencias del desagrado de la fracción opuesta, pero cuando se trató de organizar en forma nuestros hombres, fracasaron los trabajos por falta de cohesión entre los elementos con que se contaba.

En esta situación nos encontrábamos, cuando empezaron á circular rumores acerca de trabajos revolucionarios que iniciaba en la frontera del Brasil, el coronel Latorre.

Sin probabilidades de éxito, como nos hallábamos, sin rumbos fijos, sin combinación política alguna que seguir, mis amigos el coronel Salvañach y el Dr. Aguirre, como yo mismo, nos adherimos á esos trabajos que también fracasaron lastimosamente.

Solo entonces, y de acuerdo con el general Aparicio, principal jefe militar del partido, cuya autoridad todos reconocíamos, se intentó evolucionar con Santos, que se presentaba como único candidato á la futura presidencia, pero que necesitaba, sin embargo, más que nunca, de elementos de opinión que prestigiasen su candidatura y era oportuna nuestra aproximación en aquellos momentos, porque acababa de romper con el Centro Colorado que componían el general Pagola, el Dr. D. Pedro Bustamante y el Dr. D. Julio Herrera y Obes.

Al proceder así, pensábamos que podrían obtenerse algunas ventajas para nuestro partido y sus hombres, alejados casi por completo de los puestos públicos y sin la menor influencia en la administración del Dr. Vidal.

El primer paso para aproximarnos al candidato que aspiraba á la presidencia, fuí yo quien lo dió, sin anuencia, debo confesarlo, de los demás compañeros en aquellos trabajos.

Concurrí á una casa frecuentada por personas que mantenían íntima relación con el general Santos, entonces Ministro de la Guerra, y hablando de otras cosas, insinué que mis correligionarios podrían concurrir á prestigiar su candidatura en caso de que el candidato entrara en algunos arreglos patrióticos y diera á nuestros amigos mayor participación en el gobierno, de la que tenían, mediante la renovación del Pacto de Abril, observado hasta aquella fecha.

Preguntándoseme cuales serían los jefes que entrarían en esa evolución, me atreví á nombrar, pues ya conocía sus ideas al respecto, al general Aparicio y al coronel Salvañach, que tenían, agregué la representación del partido.

Después de esta conversación á la cual aparenté no dar mayor importancia, me retiré esperando que mis palabras no caerían en el vacío, como así sucedió. No habían pasado tres horas, cuando se presentó una persona en mi casa, pidiéndome una entrevista en nombre del general Santos.

Acompañado por el enviado de éste que me sirvió de introductor, fuí al Ministerio de la guerra y me encontré por primera vez en presencia del candidato el cual me recibió de la mejor manera posible y me colmó de atenciones; me dijo que los acontecimientos lo habían colocado en la situación en que se encontraba, que estaba arrepentido de sus errores durante la administración del coronel Latorre, y que ellos procedían de su ignorancia, que le había llevado á obedecer y

cumplir ciegamente como subalterno, las órdenes que recibía de su superior; que si nuestros amigos lo apoyaban haría un gobierno con los dos partidos tradicionales, y, por último, que sabría imprimir á su marcha administrativa la legalidad y honradez, como condiciones principales de su programa.

Tales fueron, reseñadas con fidelidad, las promesas que, con aparente sinceridad, me hizo en aquella entrevista el general Santos.

Yo le contesté que no estaba autorizado para ofrecerle nada; que el paso que daba, era personal; pero que, como conocía el modo de pensar al respecto del general Aparicio, el coronel Salvañach y otros amigos, creía que no tendrían inconveniente en sostener su candidatura, siempre que él estuviese dispuesto á celebrar una transacción provechosa para nuestro partido.—Que á lo único á que yo me comprometía era á hablarle al coronel Salvañach, que se encontraba en Montevideo, y que si él, Santos, me autorizaba, le pediría también que concurriera á una entrevista para fijar los puntos que fueran materia de un arreglo.

En el acto se prestó Santos á mi indicación, fijándome el día siguiente para celebrar la conferencia con el Coronel Salvañach en la casa particular del señor D. Francisco L. Barreto, y pidiéndome dijese en su nombre á Salvañach que le rogaba concurriese sin falta á ella.

Del Ministerio de la Guerra, me fué sin pérdida de tiempo á verme con el Sr. Nin Reyes, el que me felicitó al tener conocimiento de mis trabajos, diciéndome que fuera enseguida á ver al coronel Salvañach, que estaba á la sazón en el pueblo de San Isidro, asistiendo á un hermano que se hallaba gravemente enfermo, y que le dijese en su nombre que había alta conveniencia política en concurrir á la entrevista que se le pedía.

Trasladéme á San Isidro; pero el coronel Salvañach, aunque aceptó la conferencia, creyó conveniente aplazarla por algunos días, hasta que tuviera un desenlace la enfermedad de su hermano; teniendo que volver á verme con Santos para comunicarle el aplazamiento, conviniendo con él en que le avisaría inmediatamente que se pudiese realizar.

Pero en ese inter, otros correligionarios, que no quiero nombrar, tuvieron conocimiento de lo que se trataba y sobre tablas se pusieron en campaña para intrigarlo al coronel Salvañach; habiendo conseguido admirablemente su objeto, pues cuando volví á ver á Santos para decirle que aquel jefe estaba dispuesto á celebrar la conferencia aplazada, me contestó muy fríamente que me avisaría mas adelante, porque había pensado otra cosa sobre el particular.

Debo hacer constar, sin embargo, que la conferencia se efectuó posteriormente; pero no bajo los halagüeños auspicios que yo le había preparado, sino como una simple entrevista en que no se arribó á nada.

Puestos en esta corriente evolucionista, traté de fundar un diario para hacer nuestra propaganda, y dar á luz *El Pueblo*, de mi peculio particular, para lo cual tuve que vender mi casa de comercio. El señor Nin Reyes, fué redactor de aquel diario, escribiendo algo también el coronel Salvañach, y particularmente yo.

Cada día nos comprometíamos más con la situación hasta el punto de defenderla casi en absoluto, concluyendo por proclamar *El Pueblo* la candidatura del general Santos, después de haberla proclamado en la Florida el general Aparicio.

Pero aquí debo relatar otra entrevista que tuve con el general Santos á la cual concurrí llamado por él,

Santos volvió á hablarme de su vindicación, de la Patria, de hacer un gobierno con los dos partidos tradicionales, y tanto me dijo y con tanta elocuencia y aparente sinceridad me hizo sus promesas, que yo, novel en política, creí al pié de la letra todo lo que me decía, saliendo completamente entusiasmado de su lado. En ese momento y hasta mucho tiempo después, creí con toda mi alma en la sinceridad de las palabras de Santos.

En esa entrevista también me confió el general Santos que había convenido ya con el general Aparicio en el número de diputados blancos que saldrían electos en las próximas elecciones, y que entre ellos estaba yo también. Más adelante supe que no solo había sido candidato de Aparicio, sino también de Santos, desde los primeros tiempos en que entré á evolucionar, recomendándome en ese sentido á todos sus amigos del Departamento de Canelones.

Era posible no aceptar un puesto tan elevado, propuesto en tan brillantes condiciones? No digo yo, que era un muchacho, puede decirse sin experiencia ni falsa alguna; otros más viejos y más conocedores del mundo hubieran incurrido en la misma falta. Por eso hoy (sea dicho entre paréntesis) me cuesta mucho creer en las promesas políticas, sobre todo si son muy pomposas, que quedan luego sin realizarse, ni siquiera en parte.

Durante los últimos tiempos, anteriores á mi elección se habían enfriado mis relaciones con el coronel Salvañach por nimiedades que yo he olvidado hace tiempo, y algunos amigos, que tampoco quiero nombrar, trataron de intrigarme con el general Aparicio á fin de que no fuese electo Diputado, lo que no pudieron conseguir.

El coronel Salvañach, continuó etiquetado conmigo, sin que por esto se opusiera en lo más mínimo á mis proyectos, ni yo á los suyos, que, mas experto en estos asuntos, vió las cosas con mas claridad, y á raíz mismo de la elección de Santos, empezó á conspirar contra él. Sin embargo debo confesarlo con franqueza á mi me daba pena verme separado del coronel Salvañach, pero mi entusiasmo por Santos y la confianza ciega que tenía en sus promesas, así como la conducta del general Aparicio, mi jefe principal, que le fué fiel al gobierno hasta sus últimos momentos, dieron lugar hasta que reprobese, en el fuero interno de mi conciencia, los trabajos revolucionarios de mi antiguo amigo, que pronto también yo debía iniciar, reconciliandome con él.

Debo advertir, igualmente, que el Sr. Nin Reyes, en completa posesión de mis procederes, los aprobó ampliamente, escribiéndome una carta en ese sentido, que fué publicada mucho después en *El Diario* de Montevideo.

Estas son las causas que me llevaron á ocupar una banca en la Representación Nacional, creyendo de buena fé, por otra parte, que mis antecedentes de partidario, como sucede en cualquier parte del mundo, fueran una garantía para mis correligionarios de la sinceridad de mis intenciones.

Yo no era un desconocido para el Partido Nacional: además de los antecedentes de familia, que ha prestado servicios desde los tiempos de la Independencia de la Republica, yo, joven de 17 años, me enrolé casi de los primeros, en la revolución del 70, concurriendo á todos los sucesos, hasta el final, que emigré para el extranjero. De regreso al país, el año 74, estuve por ser asesinado en mi casa, por el solo hecho de ser partidario, teniendo nuevamente que emigrar para volver con la revolución del 75, y posteriormente, no hubo conspiración de nuestro

partido en la cual yo no tomase parte; entrando á evolucionar de buena fé cansado de tanto fracaso como habíamos sufrido, y en la creencia, muy razonable repito, que en nuestro país, la política era igual que en todas partes.

Y hoy comprendo que no estaba tan equivocado, pues estoy viendo que esa evolución se ha producido ó se produce, quizás en peores condiciones de las que yo quise poner en práctica. Ahora, todos evolucionan. Evolucionan la prensa, evolucionan los puritanos, y hasta una mayoría del pueblo evoluciona. Y todo ¿porqué? ¡vive Dios! Por unos cuantos miserables progresos materiales, que cuestan sendos millones al Estado, y por ese afán insano de hacer fortunas rápidas, de cualquier manera, para tener palacios y carruajes, que está corrompiendo á estas sociedades.

Advierto para que no se crea que incurro en contradicción, que lo que he dicho anteriormente, era mi modo de pensar entonces. Hoy, como ya lo he espuesto en el exordio de esta publicación, pienso diametralmente en oposición de aquellas ideas.

Pasemos ahora á lo que hice ó dejé de hacer durante el tiempo en que fui diputado.

Pero antes que todo, voy á transcribir algunos párrafos de unas cartas que cambié hace tres años, con el honorable ciudadano Don Nicolás Lenguas, y que existen en mi poder. Me decía este amigo:

«Creo concienzudamente que no fué tan malo su proceder al tomar parte en el gobierno del general Santos, y hasta que lo haya defendido en sus primeros tiempos desde que, al hacerlo, solo lo guiaba á Vd. la noble idea de hacer política en pro de nuestro partido, cuyas aspiraciones representan para nosotros los ideales mas puros del patriotismo, y desde que se conservó Vd. honrado, que es la primera cualidad de un funcionario, á pesar de la inmensa corrupción que lo rodeaba; pues está probado evidentemente, que no hizo ni intentó Vd. hacer negocios durante su permanencia en la diputación, no obstante haber tenido espléndidas oportunidades, como me consta, para haberlos hecho.»

«Aprovecho esta oportunidad para agradecerle lo que Vd. hizo en mi obsequio, cuando el general Santos me constituyó en prisión por creerme complicado en los trabajos revolucionarios del coronel Salvañach.»

A lo que yo contesté:

«Esto quiere decir, mi amigo, que aunque erróneos quizás, tuve propósitos honorables, no llegando jamás ni á pensar siquiera en aprovecharme de mi posición para medrar, rechazando irás de una vez, negocios importantes, y hasta regalos que pretendieron hacérseme, porque repugnaban á mi conciencia de hombre honrado y porque creía y creo, que ese era mi estricto deber como miembro de una comunidad política, que en lo que más han descollado sus principales hombres, es por su honradex intachable, tanto pública como privada. Por consiguiente, podré haberme equivocado—¡quién no se equivoca!—pero no me deshonré usurpando los dineros del pueblo, ni cometiendo, según mi ciencia y conciencia, otros actos bastardos que merezcan la reprobación de mis conciudadanos.»

Bien, pues, ingresado en la Cámara y confiado, como ya he dicho en las promesas de Santos, era natural y lógico, á no ser un inconsecuente, que fuera uno de los sostenedores de su política y que lo ensalzara mientras cumpliera fielmente lo pactado. Esta circunstancia, sea dicho de paso, dió lugar para que tanto Santos como los demás prohombres de la situación, no me negaran absolutamente nada

de lo que les solicitaba en carácter particular, coyuntura que otros hubieran aprovechado para sus conveniencias, como lo estamos viendo sin cesar, aún entre algunos que se creían puritanos, pero que yo solo acepté para obtener pensiones para nuestros correligionarios, grados, empleos, y para sacar á muchos de los batallones y de las cárceles, librando á otros de multas y persecuciones: son innumerables los casos que podría citar, llegando á tal punto mi deseo de servir á los míos, que en la Cámara todos me habían puesto por sobre nombre, *el padre de los pobres*.

Y cuidado que en muchos casos llegué hasta chocar con las ideas generales del gobierno, como cuando pedía por el señor Lenguas, los hermanos Galais y otros revolucionarios! . . .

Sin embargo, con cuanta injusticia eran juzgados mis actos por muchos de mis correligionarios, así como lo había sido mi entrada á la Cámara, sin tener en cuenta siquiera, para juzgarme por las apariencias, sus antecedentes en los años 56 á 60, y sin detenerse á reflexionar que para ciertas situaciones, suponen algunos que es preferible la *curva* á la *recta*, ó que debe echarse mano de las dos, siempre que el fin justifique los medios. Y quién sabe lo que yo hubiera podido hacer, si en vez de atacarme, me prestigian mis correligionarios, y me gufan con sus consejos, y me estimulan con su aprobación!

No obstante, yo sé muy bien que si en vez de engañarme Santos, hubiera cumplido sus promesas, ó que por los acontecimientos, como en la época ya citada del 56 al 60, hubiese obtenido resultados prácticos, sería aplaudido hoy en vez de ser censurado, ante la vista de aquellos que todo lo aceptan y lo escusan, siempre que se alcance el éxito en cualquiera empresa.

Pero entonces mi delito, mi gran crimen no estaría precisamente en haber ocupado un puesto público en mi tierra, con un gobierno *colorado* (son muchos los *blancos* que lo han ocupado), ni en que pudieran haber sido malos mis propósitos al entrar á ocuparlo, sino en haber sido engañado en esos propósitos, aunque ese engaño provenga de una vileza cometida por un gobernante sin pudor, cuya cualidad notable era la falsía de su palabra, quebrantada sin escrúpulo en la mayor parte de sus más solemnes compromisos.

Y no se crea que esta sea una opinión antojadiza. Nó; la he oído á muchos de nuestros correligionarios defendiendo la actitud de los miembros del Partido Nacional, que tomaron parte en el gobierno de D. Gabriel Antonio Pereira, y, por último, recordando hechos más recientes, la he oído también repetir en favor de los que tuvieron participación en el gobierno de Latorre, porque, aseguran, ignoro con que fundamento — dicho gobierno protegía á nuestra colectividad.

Desgraciadamente, este ha sido siempre el criterio estrecho de nuestros partidos: más que en la prosecución de sus ideales, si los tienen, calculan la bondad de los gobiernos, en la mayor ó menor participación que se les dá en la vida pública. Y yo incurrí en el mismo error por una consecuencia lógica: por haberme educado como partidario, en la misma estrechez de vistas.

Hoy que miro las cosas bajo otra faz, alcanzo á comprender perfectamente que mi error, mi verdadero error, no está precisamente en el hecho de no haber conseguido ventajas materiales para nuestro partido, sino en haber aceptado un puesto en las condiciones que lo acepté.

Mis propósitos pueden haber sido honorables y lo fueron, porque eran sinceros, dada mi educación política; pero yo no debí haber ido á la Cámara, como no iría

hoy á ningún puesto público en mi país, por medio de acomodamientos, siempre ilícitos, y menos iría con la única y exclusiva idea de sacar ventajas para mi partido: solo me era permitido haber ocupado aquel puesto, elegido por el pueblo, y no llevar otras ideas que las de pugnar por hacer feliz á la Patria, desnudo completamente el ánimo de todo ropaje partidario.

Creo que mis declaraciones no pueden ser más francas, ni más noble la confesión de mis errores.

Pero dejemos este tópicó y juzguemos los hechos con el criterio partidista, que es como debe juzgárseme.

Yo entré al gobierno de Santos, como ya he dicho, sosteniéndolo y defendiéndolo á capa y espada, y hubiera seguido así contra todo viento y marea (¿por qué negarlo?) si él hubiera cumplido sus compromisos con nuestro partido, dándonos por lo menos mayor número de Jefaturas Políticas. Era la lógica brutal de los hechos: yo había ido á la Cámara, no porque el pueblo me hubiese llevado allí, sinó por un pacto inmoral con Santos, y debía ser consecuente el fin con los medios.

Sin embargo, debo hacer una aclaración: yo nunca hubiera transigido, como no transigí, ni transigiré jamás, con los robos y crímenes que se consumaron después; pero en esto, más que otra cosa, lo que en mi primaba, era la rectitud de mi conciencia, que me aconsejaba rechazarlos.

Así las cosas, y habiendo fallecido el general Aparicio, se produce el falseamiento del Pacto de Abril, otro convenio más inmoral aún, desde el día que, *ipso facto*, no tuvo razón de ser, por haberse cumplido, bien ó mal lo que en él se había estipulado, y aquí fué Troya: sin titubear, importándome muy poco Santos y su gobierno, sin medir las consecuencias del paso que daba, escribíle inmediatamente una carta al Presidente en la que le hacía presente su falsedad respecto de las promesas que me había hecho, y le protestaba que en lo sucesivo no contara conmigo para su política, salvo que se arrepintiera y volviera sobre sus pasos.

Esta carta naturalmente, le causó un malísimo efecto á Santos, y yo quedé, desde entonces, mirado por él con aversión y desconfianza. Siempre recuerdo con cariño cuando pienso en este hecho, la defensa que de mí hizo D. Isaac de Tezanos, en aquella emergencia, que si no destruyó en Santos todo el mal efecto producido con la lectura de mi carta, atenuó en mucho las consecuencias personales que pudo haberme acarreado, pues debo advertir, que en aquella época no se jugaba.

Desde ese día, aunque de una manera suave, porque tuve la candidez de esperar siempre, hasta el último momento, en una reacción de Santos, persuadido de que se convencería del mal que había hecho y que comprendería también el papel ridículo que hacía, pretendiendo imponerse como jefe del Partido Colorado, como si los jefes de partido se impusiesen tan fácilmente; suavemente, digo, empecé á hacerle la oposición en la Cámara y en la prensa.

Mi posición se hizo completamente difícil, como sucede con todo lo que es ambiguo: ni era opositor declarado, ni amigo decidido de la situación. Yo había ayudado á levantar aquel gobierno; me había creado amigos en la situación, y aunque Santos me había dado derecho para ser su enemigo político, me era difícil, sin embargo, romper absolutamente, por los vínculos de amistad, y porque tenía que tropezar á cada paso con los obstáculos inherentes á mi posición falsa en aquella situación de fuerza, puesta sin limitación como el poder mismo en un hombre veleidoso y arbitrario.

Esto no quiere decir, empero, que secretamente, no dejara de tomar una actitud más resuelta, que, en mi opinión, estaba más en armonía con los intereses del partido.

En compañía de algunos honorables compatriotas y correligionarios políticos residentes en esta Ciudad de Buenos Aires, algunos de los cuales viven y pueden confirmarlo, (el Dr. Eustaquio Tomé es uno de ellos) combinamos un plan revolucionario, el que debería producirse primero en varios departamentos y después en la misma Capital. Iniciamos en ese sentido nuestros trabajos, que, para asegurarnos nos pusimos al habla con los coroneles don Constancio Quinteros, don José María Pampillón, don Basilio Muñoz, don Laudelino Cortés y otros importantes jefes; pero después de tenerlos muy adelantados y contar con otros recursos, viniéndome por segunda vez á esta ciudad para completarlos y enviar desde aquí mi renuncia de diputado, fracasó todo; ó mejor dicho, se creyó inconveniente y poco político llevarlos adelante, para no interrumpir los que había iniciado el coronel D. Juan Pedro Salvañach, que se preparaba en esta Ciudad á invadir en breve plazo y que aseguraba tener elementos suficientes para derrocar al gobierno de Santos.

En cuanto á mi, para regresar á Montevideo, como me lo aconsejaron los amigos con quienes había realizado estos trabajos revolucionarios, y á fin de garantizar á los jefes que estaban en el movimiento, le hice escribir una carta al coronel Pampillón, que fué portador de ella el comandante Don Pedro Alvarez y que todavía conservo, en la cual aseguraba este amigo, desmintiendo algunos dichos que corrían al respecto, que ni él, ni los jefes ya nombrados, estaban metidos en conspiración alguna, pues eran amigos del gobierno, etc. etc.

Inmediatamente de haber llegado á aquella ciudad, y a pesar de la desconfianza con que sabía se me miraba, no obstante la gran reserva que habíamos empleado en conspirar, me trasladé á la casa del general Santos, que encontré acompañado del coronel D. Juan José Martínez, Jefe Político del Departamento del Durazno. Me recibieron con una frialdad glacial, como jamás me había sucedido; pero comprendiendo el porqué de aquel recibimiento, y haciéndose cada vez mas embarazosa mi permanencia allí, abordé la cuestión diciéndole á Santos que tenía que hablar á solas con él, á lo cual accedió enseguida, retirándose Martínez á una pieza inmediata. Entonces le manifesté que había tenido necesidad de trasladarme á Buenos Aires por un asunto de familia; que en esta ciudad oy rumores de que el coronel Pampillón y otros jefes de mi partido, fraguaban una revolución; que constándome la falsedad de esos rumores, por la intimidad que tenía con estas personas, se lo había comunicado así á Pampillón para que los desmintiese formalmente; que la carta que le presentaba de aquel jefe era la contestación categórica y demostraba la falsedad de los dichos revolucionarios.

Santos creyó mi fábula, pues en el acto cambió de modales, transformándose de taciturno y reservado que estaba, en alegre y decididor; lo puso por las nubes á Pampillón y á los otros jefes que la carta nombraba, concluyendo por decirme que los hiciera bajar á la capital para premiar su lealtad con un ascenso á cada uno de ellos. Yo me rehusé á esto último, protestando que les era imposible abandonar sus quehaceres de campo, y que no habían hecho nada para merecer los grados que me prometía: lo que yo no quería entonces, que había comprendido el mal que uno se hacía arrimándose á Santos, pues su sombra dañaba mas que la venenosa del manzanillo, era que nuestros jefes se desprestiasen en el con-

cepto público, codeándose con el tirano y recibiendo sus dádivas: creo que pensando así procedía con delicadeza.

En fin, nuestra conferencia concluyó pidiéndole á Santos que le escribiera al coronel Pampillón, para que este á su vez transmitiera la carta á los demás jefes, haciéndoles saber que el gobierno conocía su lealtad y que podían estar tranquilos en sus estancias: lo que así se hizo, enviándoseme á mi casa esa carta, con un edecan de la Presidencia, y haciéndola yo llegar por el comandante Alvarez al Coronel Pampillón.

Fracasada esta revolución continué mi oposición en la Cámara, un poco más subida de tono que antes, pero siempre manteniendo cierto equilibrio en la esperanza de poder llegar á un arreglo con Santos que diera por resultado el cumplimiento de sus promesas falseadas. Cuantos asuntos de impuestos improcedentes ó de negocios leoninos, no fueron combatidos por mí!... Además de lo que constará en el Diario de Sesiones de aquella época, puedo citar la interpelación que hice al gobierno sobre los asuntos Gounouillhu, Plazoleta de Zabala, Caza de Lobos, etc, á la cual concurrieron los Ministros de Guerra y Marina, general Máximo Tajés, de Relaciones Exteriores, Dr. Manuel Herrera y Obes, y de gobierno, Dr. Carlos de Castro; la reclamación del Ferrocarril á Higuertitas; el Puente de las Brujas, Faros, Peajes etc. etc., á todos los cuales les hice fuerte oposición.

Por estos como por otros asuntos, despues de pedidos y exigencias á que yo nunca accedí, se me ofrecieron mas de una vez, palizas y hasta se me amenazó con asesinarme; llegando el caso tambien de que un diputado gubernista, el Sr. Ruperto Fernandez, me dijera en plena Cámara, al ver mi oposición decidida á un impuesto innecesario é injusto:

— *Vd. es un opositor sistemático de los impuestos! ¿Pretenderá, quizas, que el Estado viva del aire?*

A lo que yo contesté: — *Lo que pretendo, es que no se esquilme mas á este pobre pueblo!*

Cuando la interpelación á que he hecho referencia (disculpéme que sea tan minucioso) el mismo general Santos, con quien muy pocas veces nos veíamos, pidióme una entrevista en la casa de gobierno, en la cual me suplicó retirase aquella interpelación, ó que me diera por satisfecho cuando se presentaran sus Ministros en la Cámara. Negandome á ambas cosas, insistió él, diciendome *que no me ofrecía parte en aquellos negocios, porque sabía positivamente que yo no aceptaría*, pero que me pedía, en nombre de su amistad, desistiese de mis propósitos temerarios, asegurándome, por último, que eran *pichuleos* de los *muchachos*, y nombró á Tajés, Carve y á otros que no recuerdo. Como tampoco accediera á este pedido me amenazó diciendo *que me pescaría*, concluyendo por declararme que no contara absolutamente con la pretensión de ver los expedientes que existían archivados en los Ministerios, como efectivamente así sucedió.

¿Y cuál fué mi proceder el día que se contestó en la Cámara á mi interpelación? No darme por satisfecho con las esplicaciones de los tres Ministros, que á nadie satisfacían, y pedir que se nombrara una comisión especial para que solicitase del gobierno los expedientes relativos á los asuntos que eran motivo de la interpelación, — los cuales, declaré, no había podido conseguir de los Ministros, — para que, en vista de ellos, diera su dictamen á la Cámara y pudiera yo estar, habilitado para aprobar ó desaprobar la conducta del Poder Ejecutivo.

Pero sucedió lo que tenía forzosamente que suceder. El diputado don Manuel A. Silva, dijo que las explicaciones dadas por los señores Ministros, eran plenamente satisfactorias y que invitaba a la Cámara, en su consecuencia, á que se diera por satisfecha. Y por satisfecha se dió, no votando conmigo sino los señores Jaime Mayol, Juan D. Larriera, Juan Carballo y Orgaz Pampillón.

Debo también hacer presente, para que así conste, que no fui de los diputados que menos me preocupé de los intereses generales durante mi estadía en el cuerpo Legislativo. Ahí están la cantidad de proyectos que presenté, entre otros el de Tierras Públicas, que mereció un folleto, escrito por el ilustrado doctor D. Angel Floro Costa; el de Descentralización de Rentas Departamentales, que lo veo ahora proclamado por el doctor Julio Herrera y Obes en su manifiesto programa; el de Economías en el Presupuesto General de Gastos; el de Supresión de Costas Judiciales y Expropiación de las Escribanías Públicas, que no solo mereció el aplauso de toda la prensa, sino que fui invitado por el Ministro de Hacienda, doctor José L. Terra, para que confeccionase la tabla sobre escala de papel sellado, pero que después quedó en la nada, como todo lo que revestía alguna mejora pública; el de organización de las Empresas de Gas y Aguas Corrientes, para evitar el fraude que venían haciendo, etc., etc.; defendiendo, por último, al pueblo, contra las explotaciones de las empresas de Mercados y Peajes, protegidas por el general Santos, y pidiendo para el departamento por el cual era diputado, la creación de escuelas y otros adelantos.

Volviendo á la cuestión de partido, ¿cuantas veces no levanté mi voz en el Cuerpo Legislativo y en la prensa, para rechazar los torpes ataques que se dirijían á nuestra colectividad? Citaré, al acaso, la discusión que sostuve en la Cámara, cuando se trató de acordarles una medalla á los sobrevivientes de la Defensa de Montevideo, que se pretendió hasta impedirme la palabra, en el momento que yo describía á grandes rasgos, los crímenes y robos que había cometido el Partido Colorado. ¡Cuántas protestas y amenazas no se me hicieron por algunos de mis colegas y por el mismo gobierno!

Recordaré también una publicación violenta que hice contra el señor D. Enrique Kubly y Arteaga, que había atacado injustamente en *La Nación* al Partido Nacional, y otra vez que afirmaba lo siguiente en un artículo: «Los derechos de los blancos están tan desconocidos en la actualidad; son mirados de tal manera sus personas é intereses, que ya no falta sino que los colorados se posesionen de nuestras mujeres y de nuestros hijos».

¿Qué han hecho y qué hacen otros personajes conspicuos de nuestra colectividad política que han ocupado y ocupan puestos más elevados que el que yo ocupé, escalados en las mismas ó peores condiciones? ¿Por qué no se les dice nada á ellos, y á mí se me ataca?... Yo no hago cargos á nadie, pero no quiero, tampoco, que seamos unos hijos y otros entenados.

También traté de unir y reorganizar á nuestro partido después de la muerte del general Aparicio; pues sin la unión y organización (lo he dicho muchas veces) ni hemos ido, ni iremos á ninguna parte; quedaremos convertidos en *fosiles*, relegado el Partido á la historia, y continuará explotándose su nombre por los gobiernos colorados y algunos blancos posibilistas.

Estos trabajos, me dieron más de una vez, buenos dolores de cabeza: me acordaré siempre, de una ocasión en que Higinio Vazquez, Jefe Político de Cerro Largo,

cometió la debilidad de presentarse á Santos, exhibiéndole una carta que yo habia escrito á un correligionario de aquel departamento, en la cual historiaba la situación del partido, y le pedía su adhesión á los trabajos que habia iniciado. Santos se irritó contra mi de una manera violenta y dispuso algo así como una *paliza* ú otra cosa peor; pero el señor D. Javier Laviña, mi buen amigo, me hizo saber enseguida aquella resolución, y yo, que conocía el procedimiento espeditivo de don Máximo, pero que también sabía que solo obraba en las sombras, en el misterio, fuíme inmediatamente á *La Tribuna Popular*, y le pedí á su director que diera la noticia en su diario: dado este paso, no tuvo ulteriores consecuencias el incidente.

Otra vez, se me dirige un *brutote* en el diario oficial *La Nacion*, en forma de carta, y con este título: *El General Timoteo Aparicio, desde el otro mundo, al diputado Abdón Arózleguy*.

En dicho artículo, como era costumbre en aquel diario, se me insultaba de la manera más procaz, firmándolo, no me acuerdo que pseudónimo.

Contesto en otro diario, exigiéndole al autor anónimo que declarase su nombre, sinó era un cobarde y un calumniador. Nadie me replicó, y cuando ya habia dado por concluido el asunto, recibí una carta con el mismo pseudónimo lo más insultante, y amenazándome con *acribillarme a puñaladas, arrancarme las entrañas etc*, sinó me retractaba de lo que habia dicho en mi publicación.

No pude soportar aquellos insultos y amenazas, y, sin reflexionar lo que hacia, me dirigí á la imprenta *La Nacion*, donde por *fas* ó por *nefas*, le hice declarar á su director quién era el autor del escrito que habia publicado, que era nada menos que mi correligionario Don Narciso del Castillo!

Enseguida fuíme á la quinta de este señor en el Paso del Molino y me le aperseñé, pidiéndole que me arrancara, si se creía capaz, aquella parte de mi cuerpo que ofrecía sacarme en su anónimo. El Sr. Castillo, despues de un cambio agrio de palabras por mi parte, contestome que, en efecto, él era el autor de la carta de *La Nacion*, pero que me juraba por sus hijos, que no habia escrito aquel anónimo; diciéndome además: *que aquella publicacion él pidió hacerla, para evitar que me asesinase la gente oficial, pues de esto se habia tratado en un conciliábulo donde él también asistiera; que diese gracias á su astucia, que era la que me habia salvado, pero que si querta llevarme de sus consejos, abandonara mis propósitos de unir y reorganizar el Partido Nacional, porque me iría mal seguramente*.

No obstante estas *observaciones*, que mas tarde supe eran rigurosamente exactas, continué adelante en mis proyectos, proponiendo y trabajando para que se fundara un diario que hiciese propaganda en ese sentido, fundándose *El Nacional* por los Dres. Duvimioso Terra y Herrero y Espinosa, en sociedad con la respetable matrona Doña Virginia Muñoz de Valdez, que me representaba á mi. Yo quería unir y organizar á nuestro partido, pretextando ir á la lucha electoral, pero el verdadero objetivo era organizarlo para hacer la revolución.

Posteriormente á estos trabajos, y despues que fracasó mi política en *Ei Nacional*, debido á un disgusto entre los directores y los señores Garcia Leguizamo y Smith, que se hicieron cargo del diario y le imprimieron rumbos distintos, fundé *El Diario*, instado por varios amigos, con el doble propósito de evolucionar, llevando una minoría de nuestro partido á las Cámaras, unida y compacta, para hacerle al gobierno una oposición declarada, ó de provocar la revolución con una propaganda violenta si fracasaba la primera intentona, siempre bajo la base

en cualquiera de los dos casos, de la unión y reorganización del Partido Nacional. Cuando creíamos haber conseguido lo primero, se perdió todo por las intrigas y miserias de algunos correligionarios, enemigos de mis trabajos; proponiéndoseme á mi, empero, por el gobierno, la reelección de Diputado, á lo que nó accedí y, de acuerdo con nuestro plan, traté de cambiar la propaganda de *El Diario*. Pero, también tuve la desgracia de no conseguir mi objeto, pues el Dr. D. Ambrosio Velazco, que se había hecho cargo de su dirección y redacción, me cohartó completamente mi proyecto prefiriendo matar el diario, como así lo hice en efecto.

Todos estos son hechos que no pueden oscurecerse; hechos públicos y notorios, y si no hice mas, fué, como ya lo he dicho, porque mis correligionarios, en vez de ayudarme, me hacían una guerra sin cuartel, inventando hasta calumnias para denigrarme, y, porque, muchas veces, me escaseaban los fondos, viéndome en la apremiante necesidad de vender mis sueldos adelantados y empeñar las alhajas que tenía para resistir á los gastos que todos estos trabajos me demandaban, despues de haber gastado el capital que tenía cuando entré á hacer política, ganado con mi trabajo honrado, concluyendo por último, por tener que emigrar perseguido y vejado por mis enemigos, pobre, con seis hijos, viendo morir cuatro de ellos en el ostracismo, despues de haber pasado, solo y abandonado, miserias y penurias sin cuento!

Y, ¿porqué se me perseguía? Precisamente porque andaba mezclado en trabajos revolucionarios á favor de mi partido. Por ellos, hice un viaje á esta ciudad, y por ellos regresé á Montevideo, que fué cuando me quisieron *secuestrar*, pues conocían mis propósitos; separándome, mas tarde, de su *maternal y cariñoso seno* la Honorable Cámara de Representantes, porque me había asilado en la Legación Argentina y ausentádomelo del país, sin su permiso.

He aquí la nota que se me pasó, con ese motivo, que transcribo apesar de haberla publicado en mi obra *La Revolución Oriental de 1870*, por creer oportuna su transcripción; advirtiendo, que guardo el original, como un timbre de honor de mi corta pero agitada vida política.

«Honorable Camara de Representantes de la República Oriental del Uruguay—Montevideo, Enero 19 de 1885—Cumplo con el deber de comunicar á Vd. que la Honorable Camara de Representantes, en sesión de esta fecha, ha resuelto declararlo separado de su seno, por el hecho de haberse asilado en una Legación Extranjera; no haberle dado cuenta de las causas que motivaron el asilo y haberse ausentado del país sin la correspondiente licencia. Saluda a Vd. con su mas distinguida consideración.— JOSÉ LUIS MISAGLIA, Secretario-redactor.— Al Diputado por Canelones, SR. D. ABDÓN ARÓZTEGUY (1).»

Hubiera sido inútil el dar cuenta, en aquella época, de las causas que motivaban mi asilo en una Legación extranjera, á aquella *Honorable* Cámara, que por orden de Santos, me separaba de un puesto que solo podría hacerlo por las causas terminantemente espresadas en la Constitución de la República, y cuando se tra-

(1) En la siguiente legislatura fui electo, no sé por qué causas, primer suplente de Diputado por el Departamento de Cerro Largo. A los tres ó cuatro meses de instalarse la nueva Cámara, renunció uno de los titulares, el Dr. Vila y, forzosamente, tenía que convocárseme á mi; pero el general Santos que supo que yo no aceptaría de ninguna manera, y que tampoco le convenía que aceptara, me hizo declarar *prófugo* por sus Diputados, convocando al segundo suplente, que aceptó el cargo.

taba de un hecho gravísimo que era de su estricto deber pedirle explicaciones al Poder Ejecutivo.

Cómo para dar cuenta de las causas que motivaban el asilo en una Legación extranjera, era mi situación del momento, cuando en la noche del mismo día que me asilé, se presentaba en la Legación, el Jefe Político Dr. D. Angel Brian, á hacerme amenazas en nombre de Santos, flagelándome al día siguiente la prensa situacionista de la manera mas brutal; y el Sr. Ministro Argentino, Dr. D. Enrique Moreno, que me colmó de atenciones con la amabilidad que le es característica, me habia notificado que se veria obligado, por las apremiantes prescripciones del Derecho Público Internacional, á entregarme á la Cámara si esta me solicitaba, en mérito de las inmunidades que eran inherentes al alto puesto de Diputado que desempeñaba.

Debo hacer constar, que no faltaron Diputados, en esa ocasion, que protestaran contra la resolución arbitraria de la Cámara. Entre ellos cuéntanse los caballeros Cándido Bustamante, Isaac de Tezanos, Felix Martinez, Monseñor Estrázulas, Jaime Mayol, Juan Carballo, Orgaz y Pampillon, Solsona y Lamas, Constant, Lacueva, Larriera y Carlos Viana.

Y ya que se trata de confidencias, hoy que ha cesado el compromiso que me hacia sellar los labios, quiero también agradecer una vez más á la persona que me mandó aviso que se me iba á *secuestrar* para enviarme al siniestro cuartel del 5º de Cazadores, cuyo aviso me llegó en momentos precisamente que acababa de fracasar la tentativa del secuestro, debido á mi actitud resuelta de hacerme matar antes que permitir me tocaran, siquiera, los sayones de Santos, á quienes conocia perfectamente. Esa persona lo fué D. Javier Laviña, que, por segunda vez, puede decirse, me salvaba, quizás, la vida.

Aquí, en Buenos Aires, he tenido varias veces que levantar mi voz para contestar ataques infames de la prensa santista, y he creído y creo que era un deber imperioso, en mi mas que en cualquiera otro, de fustigar los malos actos de su gobierno y de los gobernantes que lo han sucedido, llevados allí por él ó por sus amigos.

Ya se verá, por este relato verídico de los hechos, si afirmo con razón, que he tratado de hacer cuanto estaba á mi alcance en pró de mi partido y eso que prescindo de narrar muchos otros episodios que me sucedieron y las *conspiraciones* en que tomé parte durante aquel gobierno con los mismos situacionistas, procurando siempre por todos los medios derrocarlo á Santos, que era el hombre de mas suerte que he conocido, porque sería cuestion larga y de escaso interés actual, creyendo, por otra parte que, con lo expuesto, juzgando los hechos con el criterio partidista, se reconocerá que mi conducta se ajustó, en todo y por todo, á los propósitos que tuve en vista al aceptar el puesto de Diputado, á propuesta del Jefe mas caracterizado de mi partido, y que, considerada la cuestion bajo ese punto de vista, como debe considerarse, he cumplido honrosamente con mi deber.

Voy á concluir, haciendo una observacion. Hay tan mala voluntad contra mí entre algunos compatriotas, que no me estrañaría el que, apesar de la exposicion clara y verdadera que acabo de hacer, rebuscaran algo en contra para seguir atacando mi reputación, trayendo el recuerdo de las cuestiones de Volpi y Patroni, Sanchez Caballero, la prision del Dr. Juan José Segundo y las muertes de Antuco

y Nogueira. Pero, en breves palabras, espondré mi participación en aquellos desgraciados sucesos.

En el hecho de Volpi y Patroni, censuré enérgicamente las torturas inquisitoriales que se le habían aplicado á estos infelices, por los que hoy pasan hasta por eminentes ciudadanos; pero, me indigné patrióticamente contra la actitud insolente del Comandante Amezaga y los que lo secundaron; subiendo de punto mi indignación, como así se lo hice sentir á Santos, cuando me mostraron la nota por la cual quedaba arreglado el asunto, pasando antes por las horcas caudinas. Eso hice y lo sostendré siempre; si hice bien o hice mal, no me importa: tengo mi conciencia tranquila, y estaría dispuesto á proceder lo mismo en cualquier circunstancia análoga.

En la cuestión de Sanchez Caballero, yo no tuve más participación, que en el desaforo del Diputado don Manuel Suarez. Cuando el Dr. Juan José Segundo, fiscal del crímen, pidió ese desaforo á la Cámara de Representantes, se nombró una comisión especial para que dictaminase, en la cual se contaban los señores Bustamante, Laviña y yo. Estudiamos el asunto, y no encontrando bastantes causas justificadas en los autos para acordar el desaforo (téngase presente que nosotros procedíamos como jueces) pues legalmente no existía ni la semi-prueba de rigurosa necesidad para encausar á un individuo, segun nuestra legislación, se convino en aconsejar á la Cámara el rechazo de la petición fiscal, como así se hizo, produciéndose un estenso informe, fundado en claras y terminantes prescripciones legales; debiendo advertir que previamente consultamos la opinión de los principales tratadistas del Derecho Constitucional, encontrando contradicción en sus conclusiones, y consultamos también á varios jurisconsultos que nos dieron la opinion que dejo sentada.

Pero, antes de despedirnos y queriendo dar una satisfacción á la opinion pública, con quien, en conciencia, estábamos de perfecto acuerdo, nos apersonamos al Sr. Suarez, pidiéndole en nombre de los intereses generales, que él mismo por dignidad, solicitará su desaforo. El Sr. Suarez se negó rotundamente protestando que era completamente inocente del crímen que se le imputaba; que sus enemigos deseaban hundirlo, etc., etc., comprometiéndose, empero, á batirse con uno de sus más encarnizados fustigadores, como así lo intentó, siendo Bustamante y yo los padrinos, no efectuándose el lance por no haberlo aceptado el enemigo que eligió.

Y si posteriormente, cuando se le desaforó por la Cámara, deshaciendo lo hecho, sin más antecedentes que su sola petición, yo me opuse decididamente, no obstante los muchos empeños que se me hicieron y hasta una carta suplicatoria que nos dirigió Santos, á Bustamante, Laviña y á mi, fué porque el mismo Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. don Manuel Herrera y Obes, nos confió que aquella actitud contrariaría á la que se había tomado antes, de acuerdo con la legislación vigente, respondía á arreglos verificados con el Ministro Español, Sr. Vazquez Llorente, que consideré vejatorios para nuestro patriotismo.

Respecto de la prisión del Dr. Segundo y el asesinato de los ciudadanos Antuco y Nogueira, quizás sean errores míos, pero accedí á la primera, por evitarle á ese compatriota, algo peor que pensaba decretarse, y en cierta clase de situaciones, *atenuar los males, ya es algo*; y en cuanto á lo segundo, no interpele al gobierno, como se me pidió por algunos correligionarios y yo también lo deseaba, porque no me munieron ni siquiera de la declaración de un testigo, que yo les exijí, y no

quise esponerme á otra corrida como en la de la interpelación que he historiado anteriormente, ó quizás peor: todo el mundo señalaba al asesino, pero nadie lo afirmaba ni ofrecía pruebas para hacer la luz sobre el asesinato. Y si es muy fácil hacer una denuncia por la prensa, en términos velados, no acusables, como la que se hizo entonces, no es lo mismo formular una interpelación, que exige pruebas perentorias, si no se quiere hacer el papel ridículo de tenerse que someter á falsas explicaciones y á sumarios farsáicos. Sin embargo de estas razones que tuve en aquellos momentos para no desplegar mis lábios, hoy lo siento; debí haber interpelado, saliera por donde saliera.

Sobre lo manifestado acerca del Dr. Segundo, desearía que este caballero averiguase de los señores Francisco L. Barreto, don Carlos Honoré y don Francisco Fernandez, como me conduje yo en la entrevista que tuvimos en la Jefatura Política de la Capital con el general Santos, la noche antes de su prisión. Si esos señores quieren decir la verdad, le expondrán que yo me opuse absolutamente á que se le incomodase para nada; sosteniendo, con este motivo, un fuerte altercado con todos ellos, inclusive Santos, y que si accedí, al fin, á su prisión, comprendiendo que nada conseguiría con oponerme, fué con la imprescindible condición de que se concretara exclusivamente á constituirlo preso, encargándome, yo mismo, de tomar la iniciativa para estar más garantido de su seguridad personal.

Será un error, lo reconozco: no debí haber accedido á nada, sucediera lo que sucediera; pero, confieso, que lo hice con la mejor intención de servir á un correccionario.

—

Queda así en las páginas anteriores, demostrada con verdad, mi actitud en la Cámara; las causas que me llevaron á ese puesto, y la participación que tuve en los hechos públicos de aquella época.

No llegué nunca á tener bastante influencia sobre el ánimo de Santos, para que fueran escuchados mis consejos sanos, así es que, tampoco, se me puede enrostrar con fundamento, la responsabilidad de actos á que me mantuve ajeno y que no estaba á mi alcance el poderlos impedir.

Era aquella una situación que se resentía del personalismo que le había impreso el general Santos, que lo era todo, desde Jefe del Poder Ejecutivo hasta inspirador de sentencias en los juicios que tramitaban ante el Poder Judicial. Su gobierno, que tenía por base la fuerza, por medio la corrupción y por único fin la satisfacción de la voluntad omnímoda del mandatario, voluble y falso, era impropio para tentar evolución alguna, que diera cabida á otros partidos políticos en la cosa pública, y, mucho menos, desde que algunos aduladores acabaron de marear á Santos, haciéndole creer que era en realidad jefe del Partido Colorado y que debía, por consecuencia, hacer, como hizo, administracion partidista, estrecha y raquítica.

Pero antes de llegar á convencerme de ello, era, para mí, un deber, no ahorrar esfuerzo alguno ilícito, á fin de sacar, como me proponía, algunas ventajas para mí colectividad.

Alhagado, en los primeros tiempos, por las falsas promesas de Santos, creí que al llegar á la primera magistratura, arrepentido de los crímenes que había cometido,

tratara de vindicarse ante la opinión, buscando el concurso de todos los buenos ciudadanos, para iniciar una marcha de progreso y de tolerancia en que tuvieran cabida todas las aspiraciones nobles, sin hacer distinción entre los hombres por su color político.

Cuando comprendí que serían inútiles todas las tentativas que se hicieran para arrancarle algunas concesiones en pró del partido que yo representaba en la Cámara, no tuve inconveniente en romper toda clase de relaciones con Santos, lo cual me espuso á arriesgar mi vida, que tuve que salvar viniendo á buscar refugio en este hospitalario suelo argentino, albergue, siempre, de mis compatriotas, en las épocas de persecución y de tiranía porque ha atravesado la República Oriental.

Por otra parte, yo bien me daba cuenta de que, aún distinguiéndome en la Cámara como un opositor decidido al orden de cosas imperante, tampoco hubiera sacado el menor resultado. Unos por temor; otros por conveniencia propia, los demás representantes se abstienen de oponerse en lo más mínimo, á los deseos del general Santos, porque, sabían de antemano, que no encontrarían eco entre sus colegas, las resistencias á los desórdenes gubernativos y sus vidas mismas se verían amenazadas, al primer síntoma de oposición que quisieran manifestar.

Hubiera sido en vano intentar en aquella Cámara, — y yo lo pretendí, sin embargo, — formar un núcleo, aunque pequeño, una minoría diminuta, para discutir y desaprobado las arbitrariedades que, á cada paso, cometía el gobierno. Al mas pequeño acto de reprobación, no habría hesitado Santos, como intentó conmigo, en tomar inmediatamente algunas de sus medidas espeditivas y bárbaras, que dieron tan siniestra nombradía á su administración.

Y no era que faltasen á su lado hombres capaces de darle buenos consejos y de indicarle medios acertados de hacer un gobierno digno. Sus ministros todos, eran ciudadanos ilustrados é inteligentes, cuya acción sin embargo, fué ineficaz para apartarlo de la senda perjudicial en que marchó incesantemente. Si esos hombres colocados en mejor posición que yo, en diario contacto con el Presidente no consiguieron siquiera impedir la ejecución de una sola medida desatinada ó cruel, no ejercían ningún dominio moral sobre aquel mandatario, calcúlese lo que pude hacer yo desde el puesto secundario que ocupaba.

Sin embargo, por una anomalía que no me puedo explicar, esos ministros de Santos, están viviendo en el país, ricos, ocupando puestos públicos elevados, en amigable consorcio con el gobierno, sin que á nadie se le haya ocurrido, hasta ahora, fulminarlos con ningún anatema por sus responsabilidades como altos funcionarios en aquellos tiempos. Y á mi, que vivo pobre, trabajando diariamente para subvenir á mis necesidades, alejado de mi patria desde esa época, se me quiere fustigar á cada paso, echándome al rostro faltas que no cometí y los pequeños errores en que pude haber incurrido, como si hubiese sido uno de los inspiradores de la arbitrariedad y un ciego instrumento del despotismo.

Hasta los actos que para otros constituyen timbres de honor, se quieren volver en perjuicio de una reputación que he sabido conservar ileso.

Un diario gubernista de Montevideo, me llamó cortesano de Santos, porque al frente de unos cientos de honrados trabajadores, á los que no quise aceptar regalos de ninguna especie, fui á solicitar del mandatario, que era adverso á los peticionarios, la derogación de una medida arbitraria con que se les pretendía esquilmar más de lo que lo estaban.

¡Cómo tuercen las pasiones políticas el sano criterio de los hombres y la severa imparcialidad que debe reflejar la prensa!

No tengo la menor duda de que aquellos que me juzguen sin prevención, han de convenir conmigo en que basta, para mí más completa justificación la exposición simple y verídica que acabo de hacer, acerca de mis actos y de mis propósitos.

Es porque estoy firmemente persuadido del poco fundamento que revisten los cargos que se me han dirigido, que doy á la publicidad estos antecedentes, respecto de mi conducta y del rol que jugué en los acontecimientos de la época en que fui diputado.

Desde que sean conocidos mis actos y apreciados á la luz de la razón serena, nada tengo que temer acerca del juicio que de mí hayan de formar mis compatriotas, cualquiera que sea su filiación política.—Buenos Aires, Marzo 15 de 1890.—
ABDÓN ARÓZTEGUY. »

VI

Las páginas que acabo de transcribir, escritas, con sinceridad, llevan el convencimiento á nuestra alma de que toda la agitación en que envolvió su espíritu Arózteguy en aquellos últimos meses de su actuación en el gobierno, que fueron de verdadera lucha para él y que nos relata con tanta minuciosidad, ha sido motivada por este doble juego puesto en práctica: el de continuar demostrando un asentimiento aparentemente absoluto, incondicional casi, á la política Santista, mientras que, por otra, se preparaba á su sombra y escudado de ese engaño, un movimiento revolucionario con tendencias á poner término á esos gobiernos arteros que tienen por origen la usurpación del poder.

Es un error, y grande, á mi modo de ver, que se pretendiera obtener, con esos artificios que llamaré inocentes, las ventajas que Arózteguy perseguía para el Partido Nacional; y la prueba mas elocuente de este aserto, es la esterilidad absoluta de sus resultados.

No soy partidario de un sistema, en que la sinceridad no brille con todo su esplendor.

Si la política de un gobierno, como la de aquel, como la del de hoy, que era y es un poder personal, es decir un gobierno hecho hombre y un hombre hecho Estado, algo así co-

mo lo que fué gráficamente definido por aquel monarca francés, que dijo: *L'Etat c'est moi*, es digna de la mas acerba censura, de una protesta armada, ¿porqué, entonces, no declararlo públicamente? ¿porqué no abandonar el puesto oficial, no sin antes fulminar con todas las energías del alma, sin pusilanimidades, esas situaciones absorbentes y demoleadoras, y concurrir con franqueza á esos trabajos subversivos, sin ocultarlos en la sombra, siempre ingrata, de una hipocresía política convencional?

¿Cuánto más simpático, más altivo, más patriótico, hubiera sido, una actitud así, levantada, resuelta y grande, de combatir con todas las energías de que es capaz el corazón humano, desde su banca de diputado nacionalista, los avances del oficialismo prepotente, los robos, los crímenes sangrientos, la opresión de la sociedad, los ultrajes á las leyes y á la soberanía del pueblo, y abandonar después el puesto de combate, como debiera ser, cuando se comprendiera que esa lucha pacífica de las ideas era completamente estéril y que para abatir ese predominio absoluto, había necesidad de armar el brazo del pueblo, para reconquistar sus derechos y sus libertades?

No es ni siquiera susceptible de discusión, la tésis de que, «cerrar á un partido las avenidas de la legalidad, es forzarlo á largarse por el camino de la revolución».

Oh! la evolución! —proclaman muchos insensatos, como remedio moderno, para esos grandes males que afligen nuestra desventurada tierra; la evolución pacífica, sin sacrificios de fortunas ni de vidas, sin derroche de sangre!

Y, sin embargo, nada más erróneo que la evolución, nada más imposible que su realización sincera, en nuestro país. La experiencia nos lo ha demostrado.

La pasión de los partidos, apesar de todo, es latente; la intransigencia del uno respecto del otro, es absoluta. Se explica: son dos los partidos en que se halla dividida la opinión allí: uno representa el progreso, la honradez cívica, la grandeza de la Pátria, el respeto á las instituciones; el otro en cuyo nombre se gobierna actualmente significa el retroceso, la perversión, el latrocinio, la prosperidad personal, el aniquilamiento moral y material del país, sin más gloria que haber levantado el sensualismo político, con su cortejo de codicias,

desenfrenos y concupiscencias, formando camarillas centralizadoras de todos los poderes, de todas las garantías y de todas las representaciones.

Luego, pues, esas idéas, esas dos aspiraciones tan absolutamente encontradas, tienen que vivir y viven en lucha perpétua, en alejamiento completo. Es la lucha recíproca y permanente del bien contra el mal.

¿Podrán conciliarse alguna vez por medio de una evolución, idéas tan contrarias? Jamás!

«Confiar en la evolución lenta de las idéas para ir imponiendo gradualmente un régimen democrático, es una utopía» — ha dicho un escritor oriental, que vive de los favores del oficialismo, en su hermosa obra *«Las Grandes Revoluciones»*. No ha dado nunca la humanidad un paso gigantesco en el camino de las instituciones liberales, sin el auxilio de la violencia. El espíritu del absolutismo, apoyado en la fuerza, se opondrá siempre á todo progreso que tienda á anular ó restringir los medios de acción con que opera.

Y pensar que desgraciadamente son nuestros correligionarios, los que nos dán todavía la nota ingrata del sometimiento inmoral á ese sistema personal de gobierno; que son ellos, los que sin la energía viril del ciudadano honrado para combatirlo; sin la honestidad en la fortaleza de sus condiciones, nos ofrecen el tristísimo espectáculo de una cortesania vergonzosa, de una esclavitud moral sensiblemente repugnante!

Y con cuánta razón Arózteguy, cuyos errores en política no han dejenerado jamás á ese extremo, dice en esas páginas transcritas, que esos viven *«sin que á nadie se le haya ocurrido hasta ahora fulminarlos con ningun anatema, por sus responsabilidades como altos funcionarios»* etc.!

¿Quién de aquellos puede decir que en su actuación pública en el gobierno, ha escuchado siempre á su conciencia, que ha obedecido siempre la voz de su razón y ha servido siempre los intereses de la Pátria?

¡Qué hermoso para nuestra colectividad política, qué hermoso para ellos mismos, poder declarar bien alto á nuestro pueblo, que la representación de nuestro partido en el Gobierno Colorado—representación que niego en absoluto en la actualidad, pues el Partido Nacional no la tiene allí,—es de

hombres fuertes, de hombres de conciencia, que marchan en medio de la luz, sin bajezas ni cobardías, porque sus actos se informan en el decálogo de la justicia, del patriotismo y de la razón.

Pero desgraciadamente, lo repito, ellos no dejarán huella luminosa de su paso por el gobierno, sinó las sombras de una absoluta decrepitud moral, de un servilismo vergonzoso, como instrumentos dóciles del despotismo y de la tiranía y responsables copartícipes de todas las violaciones de las instituciones patrias.

Si algo puede aminorar al menos, ya que no justificar el error cometido por Aróztegui, y que este se apresura á confesar y á reconocer y del que con toda sinceridad se arrepiente, como lo declara en las páginas transcriptas de sus «ANTECEDENTES POLÍTICOS», es el hecho de haberse conservado honrado en aquella época de corrupción moral, y haber salvado del naufragio, sin abusar de la influencia de su posición, como lo han hecho y lo hacen todos los que se unen á esa camarilla palaciega, que ni al partido colorado representa, y que un día con Varela, otro con Latorre, más tarde con Santos ó con Vidal y por último con Herrera ó Idiarte, se multiplican y hace años conculcan las libertades públicas, deshonoran y saquean nuestra patria.

Y Aróztegui, puede, á ese respecto, marchar en medio de la luz, sin temores ni vacilaciones, y repetir con noble orgullo, la arrogante y austera frase de Sarmiento en el Congreso Argentino, de que ya hice mención, que se retiraba al silencio de la vida privada *«con los bolsillos vacíos y las manos limpias»*.

Y es triste confesar que esto no es poca cosa, cuando vemos, en nuestro país, labrarse fácilmente fortunas fabulosas sin escrúpulos en la conciencia, ni vergüenzas en el corazón, á costa de los más grandes sacrificios del país.

Y aquella idea la fundo en que si la virtud es un sentimiento espontáneo en el hombre, las vicisitudes y miserias humanas la han convertido en un deber difícil de cumplir, y que enaltece al individuo cuando la observa, como una regla invariable de su vida.

Y opina de igual manera el austero ciudadano don Eustaquio Tomé, en la carta siguiente, que dirigió á Abdón Arózteguy, con motivo de la publicación de sus «*Antecedentes Políticos.*»

Dice el Doctor Tomé:

Sr. Abdón Arózteguy.—Estimado compatriota: Me pide Vd. mi juicio imparcial sobre sus procederés sucintamente manifestados en las páginas que se propone publicar.

Mi creencia por lo que se deduce de ellas y por otros antecedentes que tengo de su persona, es que Vd., guiado indudablemente por patrióticas intenciones, creyendo ir á servir á su país y á los intereses de su partido, alentado, por otra parte, con el ejemplo dado por otros correligionarios nuestros, aceptó y ocupó el puesto de Diputado en la Administración del general Santos y me afirmo en esa creencia puesto que Vd. durante esa administración de inmoralidades y corrupciones, no aprovechó ninguna de las ocasiones que se le presentaron para realizar negocios ilícitos, ó tomar parte en los muchos escándalos que se cometían.

Razón, pues, tiene Vd. para decir, que al respecto no tiene que avergonzarse de ninguna bajeza, ni de ninguna inmoralidad.

Aceptada la Diputación con esas intenciones, procurando en algunas de las ocasiones que se le presentaron dar un testimonio de la sinceridad de sus propósitos, considero que es muy disculpable, pero no justificable, su conducta y sus errores cometidos, mientras desempeñó ese puesto y estuvo en relación y contacto con el general Santos y los hombres que lo rodeaban.

Creo que ahora estará Vd. convencido de que hubiera sido más correcto y más patriótico, que tanto Vd. como sus amigos políticos, á que me refiero, hubiesen guardado sus sanas intenciones y sus deseos de servir al País, para otra oportunidad, conservando una actitud digna y absolutamente prescindente en las administraciones vergonzosas porque ha pasado nuestra Patria, llenando así los deberes de todo buen ciudadano, que nunca, ni por razón alguna, debe prestar su contingente, ni escudándose con la protesta de sus buenas intenciones, para ayudar á gobiernos despóticos, corrompidos é inmorales.

De otro modo, además de las responsabilidades en que incurren los ciudadanos que en ese sentido proceden, se verán expuestos á lo que á Vd. le pasa; que no obstante ser Vd. un hombre honesto, laborioso y patriota, es con frecuencia atacado por los que no le quieren bien, poniendo en duda su lealtad y su consecuencia política y recordándole sus actos y procederés, en la época de la referencia, actos y procederés, que me persuado fueron ejecutados con la más sana y patriótica intención, pero sin la bastante reflexión por su parte, como creo Vd. ahora lo reconocerá.

Sírvale también de excusa su inesperienza de entonces, y el mal ejemplo dado por otros ciudadanos, que, desgraciadamente, continúa repitiéndose.

Me parece que con lo expuesto, dejo satisfecho su pedido, aprovechando la oportunidad para repetirme de Vd. su compatriota y afmo. amigo — *Eustaquio Tomé.*

Marzo, 31 de 1890.

VII

Dos palabras mas para concluir esta *semblanza* que lleva ya, tal vez, excedidos los límites de lo discreto.

He diseñado á grandes rasgos, los caracteres salientes de Abdón Aróztegui, observando y analizando, según mi criterio, su fisonomía íntima, tan simpática y tan llena de atractivos; y ¡con cuánto placer me he detenido en el bosquejo! — ¡con cuánto cariño lo he analizado en el santuario de su hogar, en su vida privada llena de virtudes!

Tal vez al juzgarlo bajo la faz del hombre público, en su actuación política, haya sido un poco duro, comentando errores que otros han clasificado de leves, al establecer una comparación entre los que él cometió y los que han cometido y aún cometen numerosos ciudadanos de nuestra colectividad; pero la virtud política yo la considero una sola é indivisible. Mas que todo, es según el criterio con el cual se analizan los hechos y las situaciones.

Además, estimo á Aróztegui y conservo con él una amistad tan íntima, que me da derecho para juzgarle, friamente, y decirle con franqueza y sinceridad lo que pienso.

Nuestra patria, nuestro partido, espera, y con justísima razón, mucho y bueno de él.

Purificado ya de aquellos errores, en el Jordán de diez años largos de austeridad cívica, de verdadera labor patriótica, luchando incesantemente para dar poderoso impulso al perfeccionamiento de las prácticas republicanas en nuestra tierra, donde, desde hace tantos años, no existen ni gérmenes de moralidad en la atmósfera enrarecida del oficialismo.

Tengo la convicción profunda, de que, ahora, con el caudal de experiencia que ha adquirido en la adversidad, y con los resultados que obtuvo en su evolución política y en este alejamiento de los hombres y de las cosas de nuestra patria, Aróztegui cumplirá inexorablemente con los grandes ideales de nuestra colectividad, á cuyo fin sacrifica generosamente sus afares y su modesta posición,

No le veremos jamás, estoy seguro, hacer pactos ni contubernios con el partido Colorado, con el partido de las camarillas funestas, como lo están haciendo otros correligionarios, aún no convencidos del mal que hacen á su reputación y el daño inmenso al buen nombre histórico del Partido Nacional, contribuyendo así á cimentar todavía más, ese sistema que viene corrompiendo todas las prácticas republicanas, y anulando todas las manifestaciones de la democracia, sacrificando estultamente todo, en cambio de los halagos materiales de un miserable puesto, rentado, es cierto, regularmente, pero á costa de los dones más preciados del hombre: la independencia de su conciencia y la libertad de las altiveces del ciudadano.

Y vemos á algunos que han ido más allá todavía, que han buscado, y hasta mendigado del oficialismo ensobrecido, ofreciendo apoyar el bastardeamiento de la vida pública y la abdicación de las prerogativas del ciudadano, llegando hasta á prestarse á jugar papeles desairados, innobles, sirviendo de comodines inconscientes ó intermediarios estultos, para tarterías políticas y arreglar rencillas de comadres en las altas esferas del gobierno.

A estos, que buscan por esos medios los favores oficiales, para medrar á su sombra, apenas si la prensa de hoy los señala levemente; pero en cambio, han hecho uso de todas las energías, de todas las violencias, para combatir la personalidad de Arózteguy, que, dicho sea en honor de la verdad, en las páginas de su vida pública, no se encuentra una sola acción que rebaje su nivel moral.

Situaciones tan violentas como las que atraviesa nuestra patria, ofreciendo el tristísimo y desalentador espectáculo ante las naciones civilizadas, de tener á un Borda rigiendo los destinos de nuestra gloriosa nacionalidad, de manera que se pueda pensar que á igual de la antigua Bizancio, es aquello un hervidero de corrupción, no pueden, no deben durar mucho tiempo.

Nuestra altivez cívica, se rebela ante tanta vergüenza y al divisar el porvenir envuelto entre las incertidumbres que ofrece la actualidad política.

Es necesario que levantando nuestros corazones, á la altura de los grandes ideales de nuestra patria, á las ideas de

progreso que impulsan y animan, como el viento á la vela, el espíritu del siglo, por encima de ambiciones personales y de enervantes egoísmos, nos preparemos á fomentar, el despertamiento de las energías cívicas, y buscar en todas las manifestaciones de la vida, el espíritu regenerador que cimienta y corona el edificio de la Patria.

Detengamos un momento nuestro corazón en la historia Norte-Americana, meditemos sobre aquel gran movimiento de reacción encabezado por Francisco Adams y Carlos Schurtz, prominentes personalidades del partido republicano, que derrocó veinte y cuatro años de gobiernos personales, devolviendo á la gran república del Norte, los principios y la dignidad durante tanto tiempo conculcados.

—

No sé si habre llenado cumplidamente mi misión y satisfecho completamente al amigo que ha querido honrarme encomendándome este trabajo.

Pero sí, como me temo, he defraudado sus esperanzas, á nadie mas que á él debe culparse de las deficiencias que se noten, por haber elegido entre sus amigos, á mí que no tengo títulos de suficiencia ni autoridad bastantes para abordar debidamente un trabajo de esta naturaleza.

JUAN C. NOSIGLIA.

Buenos Aires, Diciembre 26 de 1895.

DEDICATORIA

A MI ESPOSA

IRENE MEDINA Y PAYAN DE ARÓZTEGUY

Después de mi madre, tú; ó tú, conjuntamente con mi madre. Las dos viven en mi corazón: una porque me dió el ser y las caricias del regazo, formando mi corazón y la inclinación á todo lo bello; la otra, tú, porque me hiciste conocer el amor, eres la madre de mis hijos, y me has hecho también feliz.

Amor de hijo y amor de esposo: dos amores que no chocan entre sí; que no sienten celos uno de otro; que se aunan y viven felices en un mismo albergue, en grata y amable compañía.

A tí, pues, te dedico «UN SUEÑO DANTESCO», el mismo día, á la misma hora que dedico á mi madre «ENSAYOS DRAMÁTICOS».

Ahí van esas ideas, que son y no son mías; revueltas, mezcladas en caprichoso y fantástico torbellino, como marchan las ardientes arenas del desierto africano, arrastradas por el Simoun; como se agitan en la atmósfera los átomos invisibles movidos por el huracán, ó como braman las olas del mar bravo, batidas y chocadas por la borrasca ó el vendabal.

Si alguien te dice que tu marido es un escéptico, un incrédulo, que se abandona al desaliento, porque no tiene valor para luchar con las vicisitudes de la vida, desmiéntelo, y dile que cree en Dios y que lucha y luchará por ser honesto; la lucha más difícil y escabrosa, pero también la de mayores recompensas, pues se obtiene con ella la satisfacción del deber cumplido, de nuestra conciencia y de nuestro valer.

Quizás sean, por desgracia, demasiado verdaderas las verdades que proclamo, para que sean creidas ó aceptadas; pues la humanidad, viviendo de puras ficciones, encuentra más agradable la mentira que la verdad; está más connaturalizada con aquella que con ésta, ó le conviene más, para la satisfacción é impunidad de sus vicios y miserias.

Dile por ejemplo á un partido político, que proclama á voces la virtud cívica y la honradez administrativa, que no dice la verdad; á una secta ó colectividad religiosa, que invoca á toda la Corte Celestial, proclamando la virtud y la adoración de esos seres fantásticos — que sostiene una mentira, que ella no los adora; ó á la sociedad, que se precia de honorable y de culta, que eso es una falsedad, que no posee esos méritos; y así sucesivamente si le niegas á todos lo que dicen ser, ó lo que debían ser, pero que no son, ya veras que alboroto se arma á tu alrededor, y cuántos calificativos mal sonantes te dirigen.

Pero ensalza su hipocresía, reconóceles las virtudes con que pretenden disfrazarse, llámales apóstoles, mártires, santos varones, enrostrándoles á sus adversarios, eso sí, sus mismos defectos y vicios, y entonces te aplaudirán, colocando tu personalidad en el pináculo de la gloria, ó, según la expresión de un poeta, llevarán tu nombre hasta el séptimo cielo de la inmortalidad.

La vida es una bella mentira, ha dicho un gran pensador y hay que mentir para vivir.

Pobre humanidad! Al fin y al cabo es tan efímera la existencia, tan ilusorio el pasaje por la vida, que bien merece los fugaces placeres que puede proporcionarse, en cambio de los sufrimientos y contrariedades que encuentra en la lucha para obtenerlos!

Pero lee «ÚN SUEÑO DANTESCO», y tú, que me conoces, tú que sabes lo que he sufrido para llegar á comprender las verdades que en él proclamo, luchando entre la realidad brutal de los hechos y las ilusiones fantásticas de mi ardiente imaginación, sabrás juzgarme justicieramente, reconociendo mi sinceridad y la honradez de mis propósitos.

ABDÓN ARÓZTEGUY.

U N

SUEÑO DANTESCO



UN SUEÑO DANTESCO

I

Hoy nadie cree en sueños, ó por lo menos, son muy pocos los que creen en ellos. Es tan descreída la humanidad!

Es verdad, también, que la moderna ciencia de los Darwin, los Lombroso y los Wilde, no da á los sueños la importancia que antiguamente les daban los nigrománticos, brujos, hechiceros y otros mandrines.

Antes, se creía en los sueños, como presentimientos del alma ó anuncios del cielo, enviados por Júpiter, según Homero. Hoy, se asegura que son alucinaciones de los sentidos, ó reminiscencias de hechos pasados, ó producto exclusivo de la materia, como dicen los médicos.

Pero, la ciencia niega tantas cosas que, sin embargo son ciertas, dirán nuestros lectores y proclama como verdades, tantos embustes, que, ¡vamos! es prudente poner en cuarentena algunos de los problemas que se creen resueltos por la humana sabiduría. Al fin, cosas de la humanidad, podríamos decir parodiando á ciertos filósofos de tres al cuarto.

Yo creo, y no creo, en los sueños. Son para mí un enigma como todo lo que se relaciona con el ser y el no ser.

Hay sin embargo, quienes pretenden creer ó no creer en todos estos y otros asuntos. No discuto sus creencias; los que eso crean serán mas sábios que yo, que nada sé.

Tampoco soy dado á soñar. Si mi memoria no me es infiel, creo no haber soñado nunca, hasta el día, ó, mejor dicho, la noche, en que soñé lo que paso á relatar.

Eran las doce de la noche, del día 1° de Setiembre: la hora de los aparecidos, según las antiguas crónicas.

Sin saber cómo ni de qué manera, encontréme transportado, en un abrir y cerrar de ojos, al Valle de Josafat.

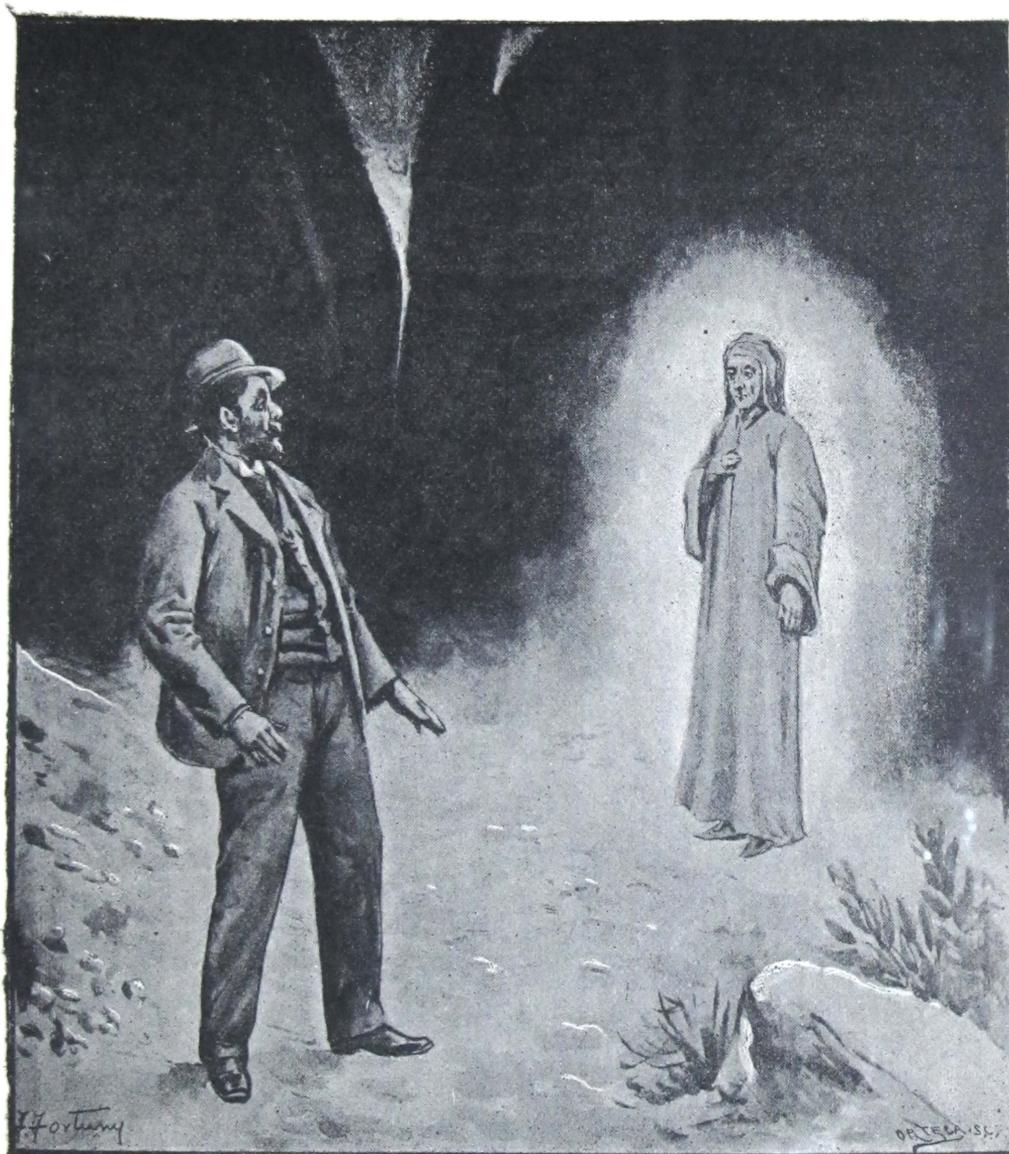
¡Qué oscuridad tan inmensa! Qué tinieblas tan impenetrables me rodeaban! Era tan negro aquello, que ni las conciencias se veían!

Y qué quietud! qué silencio el que reinaba en el Valle! Ni siquiera el vuelo de un alma, que debe ser en extremo sutil y tenue, se oía en aquel paraje.

Debo advertir, sin embargo, que, apesar de esa obscuridad y de esa quietud, se habían hecho tan sensibles, tan finos, mi vista y mi oído, que veía absolutamente en las tinieblas y percibía claramente el silencio.

Mi espíritu, contra lo que podía suponer yo mismo, estaba perfectamente tranquilo; encontrábame muy á mi gusto, no obstante darme exacta cuenta de mi situación excepcional. Lo único que deseaba era saber, conocer lo que había mas allá de la vida, y esto mismo, sin preocupaciones ni temores de ninguna especie.

Recordé, como si lo hubiera pensado en ese mismo instante, una frase que había pronunciado hace muchos años, cuando leía por primera vez la *Divina Comedia de Dante Alighieri*; el poeta y filósofo mas



— ¡CÓMO, DIJE SORPRENDIDO... SOIS VOS, DANTE ALIGHIERI!

(INFIERNO I.)

discutido y comentado en los presentes y pasados tiempos, por italianos y franceses, españoles y alemanes, ingleses y holandeses, portugueses, rusos y húngaros y hasta por Mitre tratado, traducido y comentado.

— Si fuera verdad lo que describe ese poema, había dicho, desearía ver todo lo que en él se afirma.

Simultaneamente con mi recuerdo, como por arte de encantamiento, ó como sucede en algunas novelas y comedias del género *cursi*, presentóseme un ser fantástico, vestido de un modo extraño, parecido al que usaban los antiguos sabios ó sacerdotes.

Era el sublime poeta que acudía á mi evocación.

Las formas y ropaje, eran transparentes, casi etéreos. Su andar majestuoso é imponente; caminaba sin hacer el más leve movimiento, ni tocar con los pies en el suelo. Rodeábalo una luminosa aureola que esparcía una claridad pálida, pero bastante viva, mas ó menos parecida á la que arroja la luz eléctrica por arco voltaico ó los rayos de la Luna en una clara noche de otoño.

Experimenté un placer inmenso, al ver ante mí aquella aparición. Una dicha inefable, como no he sentido jamás, embargó todo mi ser. É iba á hablarle preguntándole quien era, cuando el fantasma anticipándose me dirigió la palabra, diciéndome, con una voz dulcísima y tan armoniosa, que parecía un coro de ángeles: — *Aquí estoy, incrédulo; acudo á tu llamado.*

— ¡Cómo, dije sorprendido agradablemente y costándome dar crédito á lo que veía y oía, sois vos, Dante Alighieri!

— El mismo soy, me respondió el aparecido; vengo á mostrarte la realidad de mi poema. ¿Por donde quieres que empecemos?

— Oh! querido y sublime poeta; disculpad mi osadía. Pero ya que sois tan amable, desec me conduzcáis al sitio donde están mis contemporáneos.

— Entonces, repuso Dante, echando á andar hácia el Oriente; vamos al infierno,

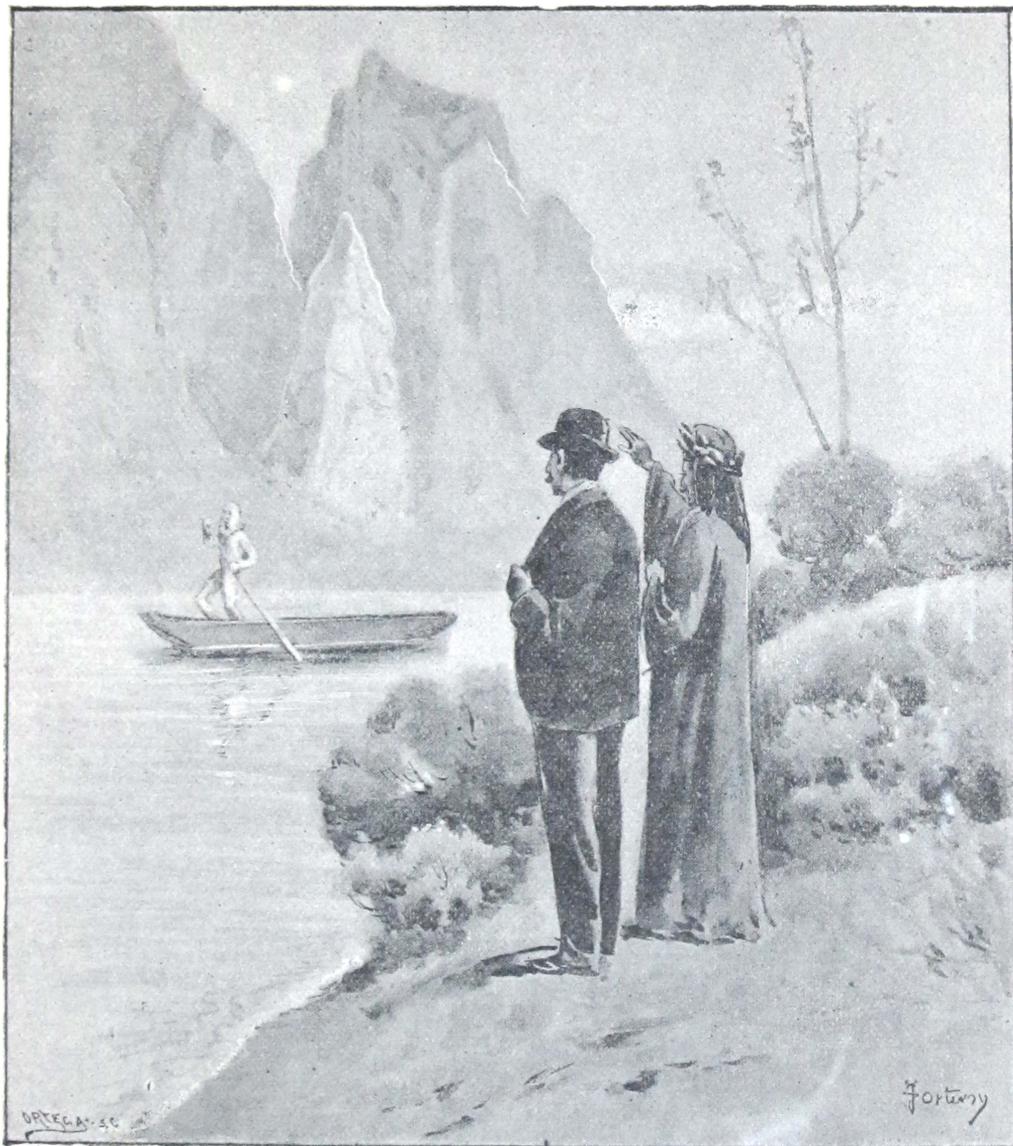
II

Seguí á mi guía, no dejando de inquietarme la interpretación que debía dar á sus palabras: *¡vamos al infierno!* que lo mismo podían tomarse porque empezaríamos por el reino de Lucifer, como que todos mis contemporáneos se encontraban en el Averno; pero rechazé esta última hipótesis, dejando que los hechos me explicaran el sentido enigmático de lo que el poeta dijera.

Caminamos largo rato, en la misma obscuridad y silencio por aquel valle interminable y siempre igual, desprovisto de todo paisaje, cuyo aspecto imponente de lobreguez y de tristeza infinita, daba pavor al ánimo más esforzado; llegando, al fin, ante una inmensa roca, más negra y triste que el mismo valle, y en cuya falda ó pié, veíase una ancha y cavernosa abertura, por la cual penetramos, dándome cuenta enseguida que esta era la tenebrosa entrada del Infierno, pues al pasar por ella, leí en su frontispicio, el final de la horrible leyenda que menciona Dante en su poema:

¡Lasciate ogni speranza, voi che entrate!

Habríamos andado un regular trecho por aquella caverna, cuando desembocamos á una gran laguna ó río, que supuse fuera el Aqueronte; confirmándose mi suposición, al ver atravesar de la orilla opuesta, una



DANTE HIZO UN SIGNO CABALÍSTICO CON LA MANO DERECHA....

(INFIERNO II.)

muy estrecha y larguirucha barca, dirigida por un anciano de aspecto tétrico, que no era otro, que el viejo Carón, conductor de las malas almas al Infierno.

Dante hizo un signo cabalístico, hendiendo el aire de arriba á bajo con la mano derecha, y en el acto, el famoso remero, deslizó su embarcación y atracó á la orilla donde nos encontrábamos, subiendo, el poeta y yo, á la horrible barca.

En menos tiempo del que se emplea para rezar un credo, como dicen nuestras viejas, de dos chapuladas con el solo remo que usaba Carón, llegamos á la opuesta orilla, cuya distancia calculé en mayor espacio que el que ocupa el anchuroso Plata, en sus márgenes más extremas.

Qué gritería verdaderamente infernal, oí al pisar aquella tierra maldita, y lo que ví allí, era para asustar al más valiente! Millones de diablos, de formas espantosamente horribles y repugnantes, con grandes cuernos y largos rabos, gritaban desaforadamente en un idioma ó dialecto que me pareció familiar, y danzaban, al mismo tiempo, haciendo cabriolas por los aires y lanzando chispazos de fuego, saturados con azufre, que inficionaban la atmósfera con un olor acre y nauseabundo.

Dante, que en todo el trayecto no había desplegado sus labios, díjome con cierta autoridad, señalándome todo aquello:

—Ved el Infierno!

—Pero, le observé, en vuestro poema, pintais la entrada á este sitio de diferente manera. No oigo el lamento de las almas que vos oísteis al penetrar aquí. No he visto el Limbo, que se encontraba antes de llegar al Infierno, en el cual residían los que no eran pecadores; pero cuyos méritos eran insuficientes para haber adquirido la Gloria, y que estaban condenados á vivir eternamente con ese deseo, sin esperanza de conseguirlo jamás.

«Tampoco he visto el terrible tribunal de Minos, que condenaba á las almas, al penetrar á estos pa-

vorosos lugares, indicándoles con volteretas de su inconmensurable cola, el sitio que les correspondía por sus pecados.

« Qué se ha hecho todo eso? »

— Nada existe ya; pues aquí, lo mismo que entre vosotros ha cambiado y se ha transformado todo, sufriendo el influjo de las ideas modernas. Ahora los diablos reciben bailando á las almas y, bailando, las arrojan á los tormentos. La hipocresía ha sentado aquí tambien sus reales.

— ¿Y qué baile son estos brincos tan descomunales?

— Es el gran *can-can* del Infierno.

— Ah! ¿Y el idioma que hablan?

— ¡Cómo! ¿No habeis comprendido?... Es el mismo que hablais vosotros: un *patois* compuesto del español, francés, italiano, inglés, alemán, y de vuestros dialectos americanos.

Contra lo que yo me imaginaba, los demonios nos recibieron con las maneras más corteses, pues hasta el Infierno ha llegado el refinamiento de la cultura, y, como éramos extranjeros, nos invitaron á que los acompañásemos al Club que poseían, donde nos presentarían al círculo de sus amigos; procediendo en esto los diablos, como nosotros, que, tratándose de extranjeros, sin averiguar, la mayor parte de las veces, sus antecedentes y exagerando la buena crianza y el sentimiento de hospitalidad al forastero, los halagamos más que á nuestros propios connacionales y hasta los adulamos, presentándolos en todas partes para que hagan lo que les dé su real gana. ¡Así son también los chascos que nos llevamos en algunas ocasiones!

Accedió mi guía á tan galante ofrecimiento, y accedí yo también, pues me había propuesto seguirlo en todo y por todo; penetrando al Club con nuestros amables acompañantes.

¡Qué lujo! ¡qué fastuosidad presencié en aquel recinto! En los días de mi vida, he visto nada más suntuoso

Lo que nos describen poetas é historiadores del au-

tiguo Oriente, que lucían los emperadores romanos en sus orgías del bajo imperio, y en el Asia los sátrapas de Persia, Egipto y Turquía, son pálidos reflejos, apenas una sombra de lo que yo presencié en aquellos salones; pues al boato y magnificencia de esos remotos tiempos, reunían la perfección y el sensualismo ó *confort* modernos.

Suaves esencias perfumaban el aire como en las grandes orgías de Nerón, á la vez que enormes ramilletes de flores naturales embalsamaban la atmósfera prestando con estufas colocadas convenientemente, calor y fuerzas verdaderamente voluptuosas á nuestra sangre y á nuestros cuerpos. Músicas invisibles de sonidos suaves y cadenciosos alegraban el ánimo convidándole al placer y á la molicie.

Alfombras blandísimas y delicadas, de colores maravillosos, cubrían el pavimento de preciosos mosaicos. Pinturas y tapicerías de gran mérito adornaban las paredes y los cielo rasos. Cuadros notables y de bellísimos motivos, muebles delicados y de graciosísima escultura, bronces colosales, lámparas cuyos diáfanos cristales, esparcían suaves claridades, y en fin todo lo que el lujo y el sibaritismo más refinado pueden idear para el placer y la comodidad, todo eso y mucho más estaba allí reunido ante mi vista, deslumbrada, absorta; pues no estoy acostumbrado al espectáculo de riquezas y placeres que afeminan y degradan al hombre,—habiendo preferido siempre, por tendencia y educación, ver desgracias y pobreza,—que si bien apenan el alma, fortifican el espíritu y enseñan la virtud.

Una cosa observé que me llamó fuertemente la atención. De todo lo que nos han imitado los demonios, solo usan de nuestras ropas de vestir, el frac, (que lo llevan hasta los pobretes en sus casorios y recepciones), smokin, guantes, ligas y claq. El resto del cuerpo deformemente feo y velludo, como las conciencias de algunos grandes personajes humanos, lo llevaban al descubierto; eso sí, llenos de alhajas y pedrerías,

lo mismo que nuestros jugadores ó *cursis*, y algunos de ellos también, como entre nosotros, con los rostros pintados, puf! ó teñidas las barbas y los cabellos.

Las pocas mujeres ó diablas que vi en aquellos salones, llevaban todas un lujo despilfarrador y con cierto aire y mirada de prostitutas ó de las que anhelan la prostitución, pretendiendo que esas maneras desenvueltas eran un colmo de distinción y de buen tono. Vestían irreprochablemente sin embargo, é iban exajeradamente escotadas, dejando ver no solamente sus ebúrneos y torneados senos, sinó también los sonrosados y tentadores extremos, que escitaban á la lujuria y á todas las sensualidades.

Completaban aquel cuadro una runfla de juvenuelos de catorce á dieciocho años, cuyos semblantes macerados ya por el vicio, demostraban una precocidad de corrupción inconcebible; vestían á la última moda infernina, pero de una manera exagerada y extravagante; entreteníanse en jugar al billar y á los naipes con gran desenfado, fumando ricos cigarros y haciendo continuas libaciones. Lo mas chocante, era su intromisión en todos los asuntos; discutiendo con verdadero *toupet* y haciendo el amor, ó fastidiando á las damas con mil majaderías y cuchufletas que les dirigían y que los muy pazguatos creían galanterías del mejor gusto.

También noté que miraban despreciativamente, diablos y diablas, al que no llevaba alguna de las prendas de ropa antes mencionadas ó no iba cargado de brillantes, aunque se tratase de algún demonio honrado.— *Igual que en la tierra*, dije para mi, que se juzga el valer de las gentes, mas que por sus antecedentes y conducta, por lo que tienen ó aparentan, sin comprender que el hombre debe ser apreciado tan solo por lo que se crea que valga su corazón ó su cabeza ó entrambas cosas, y nunca por lo que se crea que valga su bolsillo.

—La eterna cuestión de la vanidad y de las apariencias, dijome Dante, adivinando mí pensamiento; aquí, como allá, se mira y trata mejor á un ladrón con

levita, que á un hombre honrado con chaqueta. Ante vosotros, vale más el rico que el pobre, el atrevido que el modesto, el elegante que el desaliñado, el hermoso que el feo, el amable é insinuante mistificador, que el que es retraido ó franco, aunque los primeros sean unos bribones, estúpidos ó cobardes y los últimos sean virtuosos, ó tengan talento ó valor.

«La verdad, la honradez, no son nada para la humanidad cuando se exhiben bajo una mala catadura; la mentira, el vicio, pueden serlo todo, si se presentan con una hermosa apariencia.

«Hasta después de muertos, rige entre vosotros esa maldita costumbre, pues es mejor considerado el recuerdo del difunto, mejor juzgados sus hechos, si se le hace un lujoso entierro, lleva grande acompañamiento y se le hacen suntuosos funerales, aunque el dinero empleado en el sepelio y los sermones, sea mal adquirido y los acompañantes concurren por compromiso ó como quien asiste á una fiesta.»

Uno de los diablos que oía al poeta con mucha atención y que, según supimos después, era el Presidente Honorario del Club, pero que, sin embargo, pasaba por una persona muy honorable, creyendo que Dante se refería á la encumbrada sociedad del Infierno, contestóle en estos términos:

—Pero, ¿qué quereis esperar de una sociedad que tiene á menos ir á la humilde vivienda de la virtud y concurre presurosa, sin embargo, á los salones de clubs despreciables ó á los palacios de individuos sindicados por la opinión como grandes ladrones ó consumados viciosos, seducida, atraída por el lujo y los placeres que allí se le brindan?

«De una sociedad que, en su afán de rendir culto á las apariencias, llama patriotas á los farsantes ó especuladores políticos, religiosos á los fanáticos ó explotadores, tonto al honrado y honrado al hipócrita, *cursi* á la mujer virtuosa y virtuosa á la farsante; persona decente al que viste bien y al que viste mal, chusma; inferior al humilde y superior al soberbio; progre-

sista al vicioso y retrógrado al austero, caballero al jugador, gracioso al chismoso, valiente al audaz, vivaracho al bribón, inteligente al charlatán, caritativo al vanidoso, circunspectos á las nulidades serias y locos ó visionarios á los que tienen talento...

«De una sociedad, en fin, que proclama y admite que las mayorías ó los potentados siempre tienen razón, que el superior sabe más que el inferior ó subalterno, que aplaude siempre el éxito y al vencedor, que dirime sus cuestiones de honor en la punta de una espada ó en guerras desastrosas, que llama ladrón al que roba un pan y gran hombre al que roba millones, y asesinos á los pobres que se batan y caballeros á los ricos que asesinan, personaje á cualquier comiquillo y sábios á ciertos médicos...

«De una sociedad que así piensa, debeis esperar todo: hasta admitir que los ladrones administren justicia y los tiranos den libertad á los pueblos! »

—Ha hablado el señor, como un oráculo, dijo otro demonio, con aire de filósofo y dirigiéndose á mí, tomando quizas para nosotros lo que había dicho el presidente honorario.

«Por eso, agregó, el que quiera conservarse honrado, debe huir de esa sociedad. Su contacto, mancha la virtud, como mancha la sangre en la nieve.

«Las ambiciones insanas, el lujo, el orgullo, la vanidad, el engaño, la chismografía, son sus atributos, y es preciso que los posea todo el que á ella pertenece ó concurra.

«Y, continuó, ¿qué valen todos los honores y riquezas sociales, todas sus glorias y placeres, ante la rectitud de la conciencia, ante la hombría de bien?

«Vale más, creedlo, ser hombre honrado que ser Emperador, Rey ó Presidente, que son los más grandes honores; vale más la virtud, aunque brille menos, que el talento ó el saber; vale más por ultimo, el triunfo modesto de la conciencia, que el triunfo rui-

doso de las batallas; la corona de azahar de la virgen, que el laurel ensangrentado del conquistador.»

—Vuestras observaciones son muy sensatas, querido amigo, repuso el presidente honorario, tomando otra vez al parecer el rábano por las hojas, y el que no las siga, ó se degrada ó se siente decepcionado, como le sucedió á un hijo mío que presentaron en el gran mundo.

«Al principio, como sucede generalmente á la juventud inexperta, dejóse seducir por los halagos de la sociedad, desoyendo mis sanos consejos, encontrándolo todo grande y bello; régios los palacios, espléndidos los salones, virtuosas sus mujeres y á sus hombres caballeros.

«Pero al poco tiempo huyó horrorizado de los falsos encantos de esa sirena, encontrándolo todo raquítrico y feo, pobres sus palacios, miserables sus salones y á las mujeres y á los hombres, casi todos prostituidos.

«Refiriéndose á esto, me decía después: si hubiera tenido que vivir en aquella sociedad habría pasado las mismas ó peores desdichas que el ángel aquel, condenado por Mahoma, según los árabes, á vivir entre leprosos.»

—Es verdad, asintió el diablo filósofo. Y sin embargo, repuso, ¿que diferentes debían ser los sentimientos de la alta sociedad! Su misión, es más grande, más elevada de lo que se cree.

«Por la influencia que ejerce en las demás clases sociales, por su poder ó por su fortuna, debía ser la encargada de dirigir y educar á los pueblos, inculcándoles con su propaganda y su ejemplo, ideas de moral y de honradez.

«Pero eso no se conseguirá jamás: el placer y el vicio, tienen más atractivos para los poderosos, que la sobriedad y la virtud.»

—Nuestra sociedad no es así, dije yo terciando en la conversación, con acento de protesta. Lo que habeis descrito será la sociedad infernina, compuesta probablemente de aventureiros y advenedizos; pero en

la alta sociedad mundana, si bien no faltan algunos de esos *tipos*, particularmente en los países donde no se rinde culto sinó al becerro de oro, también tenemos gentes honestas, gentes de raza, que son lo contrario, la antítesis de esos mal nacidos.

«En nuestra sociedad, agregué, es un culto el amor á lo bello, á la moral, al amor, á la modestia y sobre todo, á la religión y á la caridad. Todo lo que se diga en contrario es envidia ó malignidad.»

—Éstais en un grave error, me observó el filósofo, con cierta solemnidad. En la alta sociedad (hablo de nuestra sociedad) es donde menos se encuentran los seres nobles y los bellos sentimientos, pues la vanidad y las apariencias, lo absorben todo y matan toda tendencia generosa.

«La caridad que veis ostentar allí, el amor que se pregona, la moral que se publica, no es otra cosa, por regla general, que el deseo de figurar, de aparentar, sin que se sienta lo que se ostenta, pregona y publica.

«Desengañaos: es más fácil encontrar fragancia y pureza en la modesta violeta que en la arrogante magnolia, en el hombre ó la mujer humildes, que en el hombre ó la mujer vanidosos.

«En nuestra sociedad, todo es farsa; prodigamos el sentimentalismo, sin sentir el verdadero sentimiento.

«Nuestras amistades y felicitaciones son convencionales, lo mismo que nuestros pésames y dolores, — y hasta en el lenguaje, somos vanidosos, pues por aparecer eruditos é ilustrados sin serlo estropeamos nuestro idioma, empleando frases de idiomas extranjeros, que muchas veces ni sabemos, en realidad, lo que significan.»

—Si vamos á mirar la cuestión bajo ese punto de vista tan radical, dije por decir algo, también en las clases humildes de la sociedad de todas partes, particularmente en el bajo pueblo, se ve la perfidia y la corrupción.

—No lo dudo, respondió Dante, tomando parte en la discusión; pero es efecto de la ignorancia ó de la mala educación y la miseria de los desheredados, acompañada muchas veces de sus malas tendencias

que los asemeja á las bestias; pero nunca son tan culpables como los que son corrompidos, apesar de habérseles dado ó querido dar una educación esmerada y que han nacido y viven en la opulencia.

Iba á contestar á mi compañero, cuando fuimos interrumpidos por la presencia del Presidente del Club, que después de los saludos de ordenanza (igual que entre nosotros), nos invitó á presenciar una partida de *Baccarat*, con cuyo juego, nos dijo, ó más bien dicho, con la coima que cobraban, sostenían todo aquel lujo, y vivían él y su secretario fastuosamente; pues, honradamente, agregó sonriendo, es materialmente imposible permitirse estos derroches.

—Otra historia sempiterna, agregó Dante: el lujo, la corrupción.

—Sobre todo, este lujo, observé yo, que es el lujo de la prostitución.

Interroguele á mí compañero si en el Infierno no se condenaba á los jugadores, y como me contestara afirmativamente, le pregunté que, cómo era, entonces, que los diablos jugaban.

—Es una anomalía como cualquiera otra, me respondió. Pero en vuestro mundo, sucede lo mismo; todos ó casi todos juegan, y, sin embargo, persiguen y condenan á los jugadores.

—O aparentan perseguirlos y condenarlos, le replique.

Y como observase que el Presidente del Club se deshacía en cumplimientos con nosotros, me atreví á hacerle algunas preguntas que satisficieran en algo, mi curiosidad.

—Decidme, le pregunté; ¿llamais casa de juego á este Club?

—¡Qué disparate! me contestó. Si eso hiciéramos, estábamos perdidos. Inmediatamente la policía nos mandaría clausurar las puertas. Le llamamos indistintamente «*Club Infernal*», «*Centro Social*», «*Club de Esgrima*», «*Círculo Aristocrático*», y hasta «*Club Religioso*». Cualquiera de estos nombres, es lo mis-

mo, para cubrir las apariencias; y, además, nos he mos hecho reconocer por el gobierno, como persona jurídica para estar más garantidos.

—Pero, ¿no se sabe que jugais, que esto es un garito? exclamé admirado.

—Si, lo saben; pero se hace la *vista gorda*. Y cuando algún imprudente, pretendiendo moralizar, intenta descubrirnos, lo *atraemos hacia nosotros* é hizo con los dedos la señal de los pesos, ó sofocamos su propaganda, con alguna fiesta brillante, destinada á la caridad pública, ó conmemorando algún aniversario patriótico. Y los diarios, procediendo unos por interés y otros por lijereza, como hacen con todos los juegos, pues en sus columnas no vereis sino crónicas de las carreras y de los frontones, nos dan *bombo* y más *bombo* y concurre á estos salones, lo más selecto de la sociedad.

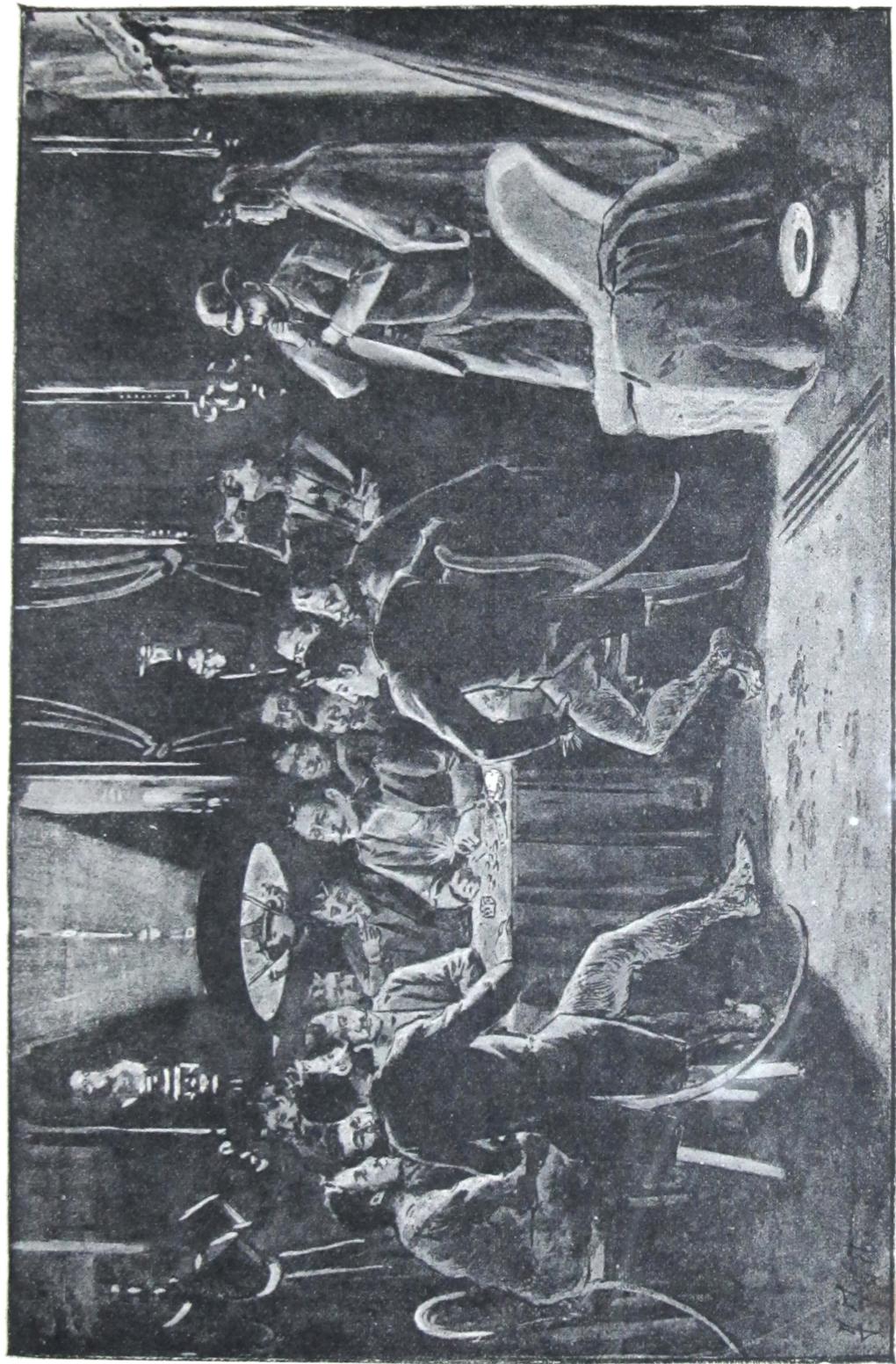
—Pero, eso no puede ser; me permití observar, salvo que esos diarios y esa sociedad ignoren lo que pasa aquí.

—No lo creais así me replicó sonriendo mi interlocutor. Todos lo saben; pero como casi nadie es limpio en esta tierra, pues hasta los periodistas, en su mayor parte y salvo honrosas excepciones, tienen que ocultar el *chantage* del cual viven en su mayoría, y sus miras interesadas, disfrazando su propaganda con la máscara hipócrita del ciudadano patriota y del hombre honrado y la sociedad necesita cubrir sus vicios y defectos con el oropel y el bullicio del gran mundo, guardando unos y otros las apariencias, resulta que, todos nos entendemos y que nos encubrimos y protejemos, porque está en el interés general y somos todos lobos de la misma camada.

—Entonces, exclamé indignado, estais todos corrompidos!

—Así será, me respondió; pero lo hemos aprendido de vosotros; pues la grande inmigración de almas que de vuestro mundo viene á este país, nos ha inculcado sus defectos y sus vicios.

—Y, decidme, le pregunté, desentendiéndome del cargo, ¿para qué quereis dinero, vosotros, en el Infierno,



TODOS LOS DIABLOS RODEARON UNA GRAN MESA.....

(INFIERNO II.)

no teniendo las necesidades apremiantes de la vida?

—¡Para qué queremos dinero! me replicó admirado. Pues es original la pregunta! Para todo; para palacios, lujo, placeres, diversiones, y el juego; sobre todo, para el juego; es nuestra gran pasión.

—Pues, no acepto que nada de eso sea necesario. Yo lo paso y vivo muy bien sin ninguna de esas cosas, ni las he ambicionado nunca. Y, menos, comprendo, que nadie se degrade, como os degradais vosotros, por semejantes bagatelas é inmundicias.

—Já! já! já!... Que inocente ó que tonto sois. Ya nadie piensa de esa manera. Esas son antiguallas del tiempo de los tres botones. Hoy la corrupción y los vicios no asustan á los pueblos; poseer fortuna y figurar, es el todo. Nos reímos de la dignidad, despreciamos la virtud, humillamos la modestia, aunque hacemos gala de poseer esas virtudes. Hé ahí la civilización.

—Permitidme que proteste contra esas ideas. La corrupción y la hipocresía, son la infamia; y el que figura por tales medios, ha sido y será siempre un infame. No admito, pues, ni admitiré jamás, que la civilización importe la práctica de todos los vicios, aparentando poseer todas las virtudes.

«Considero, por el contrario, que es el anatema contra los crímenes y vicios de la barbarie, y la enseñanza austera del deber y de la virtud.

«El que crea otra cosa, es su mayor enemigo; pues le cambia su esencia y sus fines bienhechores, haciéndola odiosa y repugnante.»

—Vamos, vamos; ya veo que sois uno de esos rezongones insoportables. Tomemos un *lunch*, caballeros, agregó: cortando de mal humor nuestro diálogo.

—

Todos los diablos que habían estado escuchándonos fastidiados, pues siempre fastidia á los viciosos la censura del vicio, rodearon, bromeando, una gran mesa; y unos pidieron *sandwichs*, otros *beefsteaks*,

cohtaels etc., riendo y hablando, todos á la vez, de *cocottes*, *operetas*; del *sport*, *turf*; de *studs*, *frontones*, *pelotaris* y *quinielas*.

—Exactamente lo mismo que entre nosotros, dije para mis adentros; los mismos términos y las mismas costumbres.

El Presidente y demás miembros de la Comisión del Club, armaron en un *santiamen*, la timba al *baccarat*, y todos los demonios empezaron á jugar desenfadadamente, tratando cada cual de desplumar á los otros, de la mejor manera posible.

Pero era tal la maña que se daba el Presidente y sus compañeros de Comisión, haciendo trampas y toda clase de pillerías, que los *pelaron* á todos, ganándoles hasta los fraes y los guantes.

A lo mejor, y momentos después de haber terminado el juego, ó la *peladura* de las faltriqueras, más bien dicho, armose una barahunda de mil demonios, entre unos borrachos, que, como en la Tierra, abundan en el Infierno, y los miembros de la Comisión.

Disputábase acaloradamente sobre cuestiones políticas, que también las hay allí é intrincadas y personales, como entre mis connacionales, hasta que, por fin de fiesta como sucede generalmente entre nosotros, se concertó un duelo allí mismo, á sable sin punta y sin filo, y en el cual,—pues efectuóse enseguida, salieron ilesos los combatientes; sobreentendiéndose que el *honor* quedó satisfecho, según así se hizo constar por los padrinos en el acta que se labró y publicaron después en la infinidad de diarios que editan los demonios, declarándose que se habían conducido los duelistas con extraordinario valor y cumpliendo leal y caballerescamente todas las reglas de la andante caballería moderna.

—Si esto es únicamente lo que vamos á ver, dije á mi acompañante, no merecía la pena de venir al Infierno. En el mundo desgraciadamente, lo presencio todos los días, pues aquello está lleno de jugadores, borrachos, politiqueros y farsantes,

— Tienes razón, me respondió Dante. Vamos, pues, á ver los condenados.

Estas palabras del eximio florentino, me causaron el mismo efecto que causarían á cualquiera que, después de hacerle conocer todos los vicios y hasta los crímenes que impunemente se guarecen en la sociedad, lo invitaran á pasar á la Penitenciaría para ver á los pobres diablos que allí se encuentran purgando sus delitos. ¡Qué sarcasmo es la justicia humana, diría! Y luego, exclamaría como Espronceda en la casa de Orates: — *Ni son todos los que están, ni están todos los que son.*

Al despedirnos del Presidente, díjome éste, con tono entre amable y sentencioso:

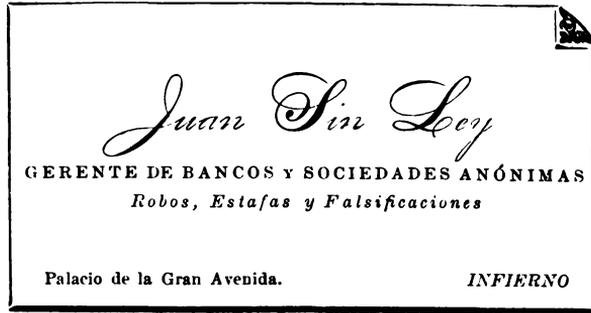
— Si queréis ser feliz, amigo, no seais honesto; pero aparentad serlo para cubrir las apariencias. El verdadero patriota, el realmente honrado, solo encuentra espinas en su camino, pues siempre será pobre, tendrá que depender de los pícaros ó de los brutos, y al fin, morirá solo y en la más completa obscuridad.

«El que disfraza sus ambiciones y sus conveniencias, aparentando virtud y patriotismo, sin que se le importe un bledo una ni otra cosa, ese, sí, llega á la cumbre; adquiere fortuna é independencia: es aplaudido por sus compatriotas y lega su nombre á la posteridad. Tened presente que el vicio disfrazado con apariencias seductoras conduce á la felicidad, mientras que la virtud, os arrastra fatal, irremisiblemente, á la desgracia y á la miseria.»

— Muchas gracias por vuestros consejos, le contesté. Pero no pienso seguirlos; tengo creencias distintas de las vuestras. Considero efímeros los placeres del vicio; y duraderos, reales, los bienes de la virtud. Creo que hasta por conveniencia el hombre debe ser honesto. Pero, aunque no pensara así, prefiero todo; antes que enviciarme ó aparentar lo que no sienta.

—Haced lo que queráis, me replicó. Pero, no obstante, si en algo puedo seros útil algún día, aquí quedamos siempre á vuestra disposición.

Y se retiró, entregándome una tarjeta, satinada y elegante, en la que estaba impresa esta leyenda:



III

Emprendimos nuestra interrumpida marcha, hácia el Centro del Averno, internándonos en una llanura, cuyo fin no se divisaba, más árida que la misma aridez, donde encontrábamos á cada momento, divididos en grandes grupos, miles y miles de almas envueltas en los mismos cuerpos que habían tenido en la Tierra, completamente desnudos y aguijoneados y atenaceados por cientos de diablos, y perseguidos por una gran cantidad de insectos y de otras alimañas, muchas de las cuales me eran completamente desconocidas.

Estos desgraciados, eran conducidos á los diferentes tormentos del reino de Satanás, llevando todos y cada uno, indicado en las espaldas, la pena á que se había hecho acreedor,

—¿Por quién han sido condenados estos infelices? pregunté á Dante.

—Por nadie, me contestó. Surgen condenados de vuestro mundo, por medio de un sistema moderno de electricidad.

—Já! já!... Aquí, como en la Tierra, grandes progresos materiales y la moral por los suelos. No es así?

—Qué quieres! Está en el orden natural de las cosas. Lo moral y lo material, son antagónicos; constituyen gráficamente el desequilibrio de la balanza: cuando unos suben, los otros bajan: si los progresos materiales aumentan, disminuyen los morales, ó vice versa. Y se explica perfectamente, pues mientras unos son los placeres, la molicie y el afeminamiento, los otros son la sobriedad y la austeridad de costumbres.

—Así es. Por eso, en estos tiempos de positivismo, se prefieren los primeros á los últimos, y tanto se han elogiado, que se considera generalmente la grandeza de los países, por sus suntuosos edificios, sus grandes rentas y su gran comercio; importando muy poco que los ciudadanos sean unos cretinos ó que el bizantinismo político y la corrupción, envicien todas las clases sociales.

—Es verdad. Estais preparando una época como la que caracterizó al bajo imperio romano. Pero eso es inherente á la humanidad; es su flujo y reflujo fatal, ocasionado por sus defectos y vicios. Cuando venga el cataclismo, tratareis de enmendaros; proclamareis, entonces, lo contrario de lo que proclamais ahora; esto es, que los países solo son grandes, por sus hombres honrados y patriotas y por sus mujeres virtuosas, aunque no haya en ellos palacios y sea pequeño su comercio; os hareis honestos, por necesidad. Después... después incurriréis de nuevo en los mismos vicios y errores.

Poco á poco, iban llegando las almas á los lugares que les estaban reservados, recorriendo inconmensurables distancias,

— Debo explicarte, díjome mi guía, de pronto, que se ha invertido el orden de los atormentados, pues antes se empezaba por los de menor cuantía y terminábase con los mas grandes criminales; ahora es todo lo contrario. Tampoco puedes hablar con las almas; les está prohibido hasta comunicarse entre sí.

— Qué lástima! exclamé. Pues hubiera deseado preguntarles muchas cosas que quizá me ilustraran. Fidiéndoselo á los diablos, ¿no harían una excepción con estas almas que todavía no están en los tormentos?

— Puede ser, dijo Dante. Intentémoslo.

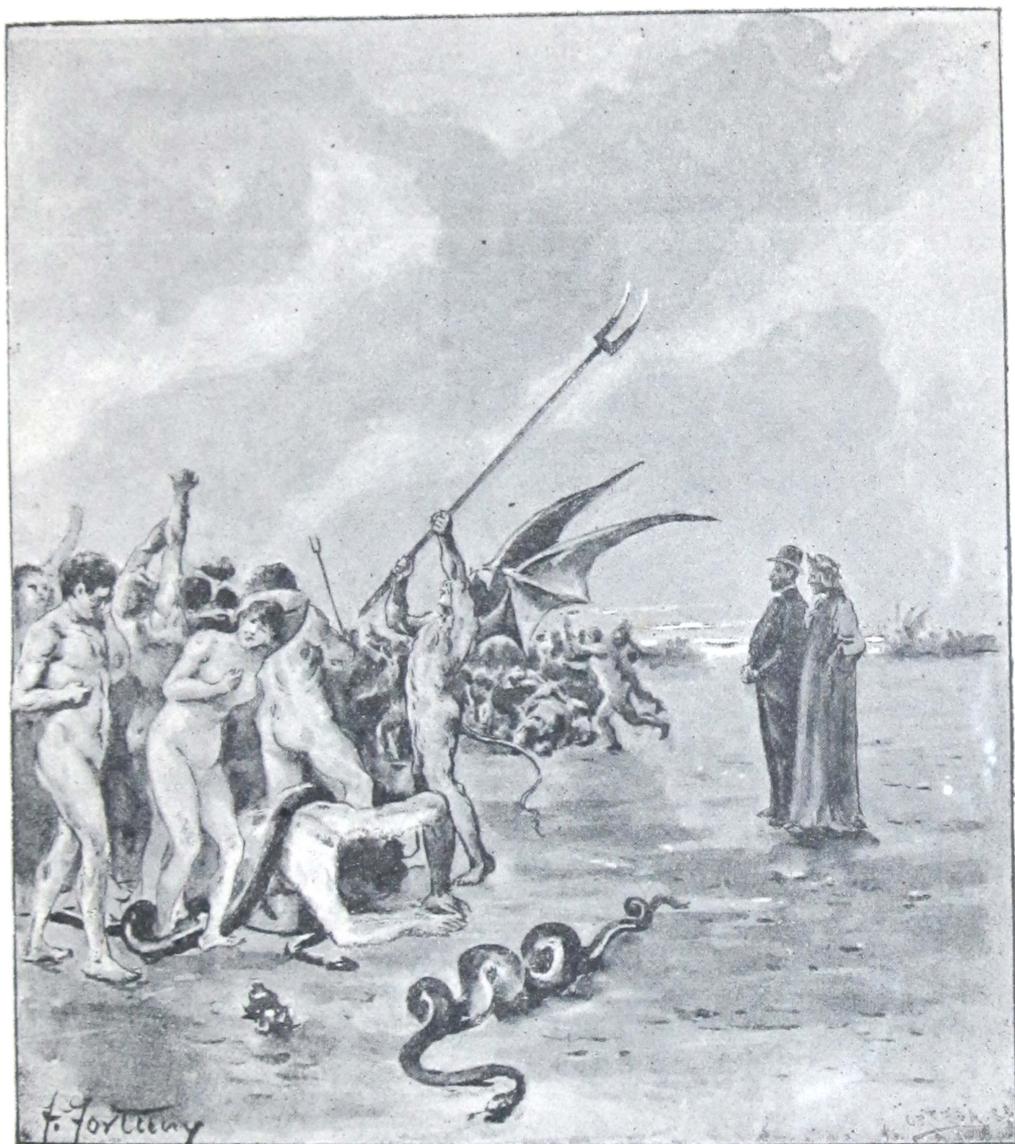
Y dirigiéndose al diablo más feo de los de la comitiva, que era el jefe de los conductores de las almas, le solicitó el permiso que yo deseaba.

— Concedido, dijo el demonio, con voz cavernosa; pero solo se os permite comunicaros con ellas una hora.

Y mandó hacer alto la columna, manifestándo á las almas nuestro deseo.

Dirigí, entonces, la vista, á los condenados y noté que venían por grupos separados, de hombres y mujeres, y que cada agrupación, además del rótulo que traía cada alma, de su castigo, llevaba un gran letrero, en el cual se leía la profesión que habían ejercido en vida todos los del grupo, ó la clase de pecado que habían cometido; confundiéndose los que habían ejercido profesiones más ó menos iguales y los que habían cometido pecados más ó menos parecidos.

Siguiendo este orden, veíanse grupos de abogados, procuradores, jueces y escribanos: médicos, químicos, boticarios, curanderos, parteras y dentistas: ingenieros, astrónomos, agrimensores, arquitectos y constructores; jugadores, coimeros y apadrinadores; cornudos, cabrones, alcabuets y rufianes; prostitutas, adúlteras y seducidas; comerciantes, usureros y especuladores: políticos, diplomáticos, periodistas, funcionarios públicos y militares; cómicos, literatos, pintores,



.... Y MANDÓ HACER ALTO LA COLUMNA.

(INFIERNO III.)

músicos, religiosos místicos, y una enormidad de agrupaciones de toda clase de oficios y delincuentes ó defectuosos: como ser, asesinos, ladrones, sirvientes, charlatanes, soberbios, hipócritas, farsantes, cocheros, mayorales, changadores, revendedores de localidades teatrales, panaderos, lecheros, artesanos, libertinos, sodomitas, estupradores, chismosos, envidiosos, vanidosos, pedantes, etc., etc.

Nos aproximamos al primer grupo, que era el de los abogados, jueces y curiales en general.

—Cómo, exclamé sorprendido, vosotros en el Infierno! vosotros, los representantes de la justicia; encargados unos de exigirla y otros de ejecutarla en la Tierra!...

Se adelantó un curial de aspecto venerable, aunque pequeñito y endeble de cuerpo y enjuto de carnes, con más tiesura que la misma vara de la justicia, el cual me pareció conocer, encontrándole por lo menos gran parecido con un abogado chicanero, defensor de pleitos malos, aunque nunca los hay buenos, y que despues defeccionó en política dando al traste con toda su prosopopeya y aparente autoridad partidista; y con voz reposada y grave, como la que acostumbra á usar los abogados ó los fiscales en las audiencias públicas, ó los jueces cuando pronuncian sus fallos ante el pueblo, díjome estas palabras; retratándose, quizás, á si mismo:

—Qué engañados estais los de la Tierra, si creéis que nosotros exigimos siempre ó administramos justicia. Lo que hacemos los abogados y todos los curiales, es embrollarla, pues así medramos á nuestras anchas, haciendo los pleitos interminables y tan complicados, que más bien parecen tuertos que derechos, y á la postre, nadie sabe quien es de los litigantes el que tiene razón.

«Luego, los jueces, absuelven por lo general al que mejora la oferta, ó al que tiene mejores recomendaciones ó influencias, condenando al más pobre ó al

más tonto, á los que no tienen padrino ó les son anti-páticos, siendo, casi siempre, el resultado de los litigios, que los pleitistas queden en camisa ó completamente en cueros, mientras visten de nuevo y viven holgadamente los jueces, abogados, procuradores, escribanos y hasta los cagatintas. La justicia, allá, entre vosotros es una palabra que no es cosa, ó si es cosa, es cosa al revés.

—Pero, decidme, entonces, díjelo tratando de sondearle su perfidia, ¿cómo es que vosotros la ensalzais tanto, y encomiais vuestro saber y á la rectitud y al derecho?

—Porque así nos conviene; pues de esa manera embaucamos al pueblo, haciéndole creer que la abogacía, es la más noble profesión del mundo, y que la judicatura, su hermana gemela, es el más honroso de los magisterios.

«Y nos ensalzamos mutuamente, como se ensalzan los médicos, y los periodistas y los literatos, para darnos *bombo* é inspirar respeto y cariño á las masas populares.

«Pero, desgraciado del que cae en nuestras uñas! si es rico, le encontramos siempre razón y derecho, hasta que lo dejamos pobre y derrengado; y si es pobre, lo deshauciamos en la primera entrevista, pudiendo renunciar á su libertad, si va á la cárcel, pues tarde ó nunca, saldrá de ella».

—Hermosa justicia! exclamé, tratando siempre de tirarle la lengua. Y yo, tonto de mí, que la creía emanación divina!... Que creía una perogrullada aquella frase de «*tenemos jueces en Berlin*», pues consideraba á la justicia, protectora incorruptible de los derechos de los ciudadanos y de los intereses sociales.....

—Y lo sería, si se administrara estricta y honradamente; pero eso no sucederá nunca, pues sería necesario que no hubiera leyes, ni abogados, ni jueces que las manejen é interpreten á su antojo y conveniencia; y cuántas más leyes se hagan, haránse mas complicadas y más torcida será su interpretación,

por lo difícil de su estudio y por que, hecha la ley por los encargados de usarla, harán la trampa para aplicarla.

«Oíd esta máxima, que podeis transmitir á los humanos: la justicia empieza á ser injusticia generalmente desde que los esbirros os echan la garra, ó desde que os confiais á un curial; continúa siendo injusticia en la información que se os levanta si se trata de un asunto criminal, que por vanidad de vuestros aprehensores, jueces instructores ó sumariantes, ó por sus malos instintos ó por las dádivas de vuestros enemigos, os harán decir lo que no habeis dicho ó lo que les convenga que digais, y si se trata de un juicio civil ó comercial, os harán mal durante su secuela, torciendo la verdad de las declaraciones de vuestros testigos, desfigurando vuestras confesiones ó desvirtuando la fuerza de los documentos que presentéis,—y termina siendo injusticia, en la prevaricación, estupidez ó maldad del juez que os sentencia y en la venta ó los honorarios de vuestro defensor.»

—Pero eso no puede ser la regla general; habrá excepciones, díjele á mi interlocutor. Sería un colmo que todos los curiales fueran prevaricadores y explotadores de sus clientes. Vos exagerais...

—No, no exagero; digo la pura verdad: son garbanzos de á libra los honrados en el gremio.

«El abogado honrado concluye por no tener pleitos —por no querer aceptar sino los que considera justos, que no es ninguno— y vive hambriento y se muere en la miseria si no se ocupa de otra cosa; y el juez recto, es recusado por todos los curiales y al fin tiene que renunciar ó se le destituye de su puesto.

«Agreguemos á esto, que la abogacía es el arte de la embrolla, pues el abogado se opone siempre, embarulla la política, miente en la diplomacia, y todo lo mistifica y lo complica para sus conveniencias, habiendo conseguido lo que ningun otro gremio, hasta acordarse vacaciones en su trabajo.....»

—Eso es falso, gritó, más bien que dijo, una de las almas sueltas de las que venían varias en la columna.

Yo he conocido abogados rectos y de una pureza tal de intenciones, que nadie podrá considerarse más honrado ni más puro. Abogados que nunca molestaron á sus clientes cobrándoles honorarios antes de terminar sus pleitos; que jamás tomaron una cuestión que no fuera legal y justa; que defendían gratis á los pobres y que no cobraban á los ricos sino aquello que les tasaban los jueces; abogados que fueron jueces rectos y justicieros, que aplicaban la ley inexorablemente lo mismo al poderoso que al humilde; abogados patriotas, francos, sinceros....

— Basta! basta! vociferó el otro.

— Y, porque me he de callar, replicó indignado el alma suelta, si vos solo habeis dicho infamias y mentiras; pues así como hay abogados bribones, como lo habreis sido vos seguramente, existen también abogados y escribanos honrados, incapaces de cometer una mala acción en su ministerio, ni de cobrar honorarios crecidos por sus escrituras, ni....

— Afuera! gritó uno de los diablos, arrojando del grupo á el alma suelta defensor de los curiales.

Admirado quedé de lo que habían dicho aquellos condenados, particularmente de lo que dijo el primero, el cual según me espuso Dante, era el mismo *truchimán* que supuse conocía, pero que sin embargo pasó por abogado de gran fama, y como de la calumnia algo queda, no obstante ser yo gran partidario de la abogacía, como ciencia del derecho y defensora de la humanidad, y saber del pájaro que se trataba, incurrí sin embargo en la vulgaridad de suponer que no siempre es justa la administracion de justicia y que muchas veces era preferible aquello, de: *vale mas un mal arreglo, que el mejor pleito.*

Fuéronse los curiales y les tocó el turno á los médicos, curanderos, boticarios, parteras, cirujanos, químicos, dentistas y demás ministriles de la sapientísima familia de las jeringas y las cataplasmas.

— Estos, seguramente, no han de ser como los curiales, le observé á mi compañero.

— Interrogalos, me contestó Dante, secamente.



SEÑOR LE DIJE A UN TIPO REGORDETE DE PIERNAS CORTAS Y BRAZOS LARGOS.

(INFIERNO III.)

Dirigiéndome entonces á los condenados: — Señor, dije á un tipo recordete, de piernas cortas y brazos largos, carrillos mofletudos y pómulos salientes, con aspecto de sábio materialista; querriais decirme, si no os molesta mi pregunta ¿cuál es la causa porque estais en el Infierno?

— No hay inconveniente en ello, me respondió con suma amabilidad; por dos causas, por aparentar saber mucho, ignorandolo todo ó casi todo, y por especuladores de las miserias más miserables del género humano.

—Cáspita! Y cómo me esplicais eso, caballero, cuando allá, en la Tierra, pasais por unos sabios y todos creemos que haceis un sacerdocio de vuestro profesorado, sacrificándoos desinteresadamente por vuestros semejantes... exponiendo valerosamente vuestra salud y vida en las epidemias...

—Tá! Tá! dijo interrumpiéndome. Si eso creéis, que lo dudo, sois todos unos tontos de capirote. En la medicina, farmacia y demás menudencias del ramo, todo es farsa en su mayor parte, y si nosotros aparentamos sabiduría, desinterés y abnegación, es solamente con el objeto de especular y darnos importancia.

—Pero cómo se entiende, dije algo amostazado, que me habéis así de la medicina, una de las ciencias más eminentes, que lo mismo cura el cuerpo que alivia el alma, que prevé y cura las enfermedades, y desarrolla la vida de la humanidad hasta su grado máximo! De la medicina, que, como ha dicho alguien, es el centinela avanzado de la salud y el consuelo de la humanidad doliente! No puedo tomar lo que me habéis dicho, sino por una burla grosera, á la que no os he autorizado: ó creeré que habéis sido uno de esos tantos curanderos ignorantes que explotan á los tontos que confían en su *malquita*.

—Qué equivocado estais! me contestó tristemente: ni he querido burlarme de vos, ni he sido lo que

crecis. Por el contrario, fuí uno de los médicos más famosos de mi época, he admirado al universo con mis curas sorprendentes y con la infinidad de medicamentos que inventé, todos los cuales gozan de gran renombre entre vosotros. Y, sin embargo, todo lo que he hecho, no ha sido más que farsa, y con la farsa únicamente adquirí gran fortuna y mi nombre pasará á la posteridad; pues en vez de ser la medicina el centinela avanzado de la salud y el consuelo de la humanidad doliente, como habeis dicho, es, por el contrario, el origen ó reproducción de muchas enfermedades y el martirio de la pobre humanidad.

Y como Dante, casi en secreto, me dijera que aquel médico había sido un gran charlatán, un pobre diablo y que sus remedios tan famosos eran por el estilo de los del Dr. Mandouti ó como la *malaquita* de Enault, ya citada, contestele rápidamente:

—Pues necesito que me deis una explicación de vuestras palabras; qué digo, necesito! exijo que me la deis!

—Está bien; no os enojeis por tan poca cosa. Voy á daros una explicación de lo que os he dicho haciendo ver sencillamente lo que hacen todos los médicos de fama ó sin ella, pues son los mismos frailes con diferentes alforjas, así como los boticarios, químicos, parteras, cirujanos y curanderos. Prestadme atención: vá uno de estos profesores á ver un enfermo, grave ó no grave, tísico ó simplemente constipado: lo mira, le interroga por sus dolores, lo reconoce minuciosamente, le toma el pulso y observa los grados de fiebre, huele sus orines y prueba si es necesario su excremento y le pregunta por sus parientes y costumbres.

«Todo esto es farsa, pues sin análisis prolijos, y aun con análisis, nada le indica lo que ha visto, oído, olido y *gustado*; cuando más, conocerá los efectos de la enfermedad; jamás las causas, que solamente se podrían conocer profundizando el cuerpo humano y conociendo el origen de las enfermedades; pero hay que hacer

todo eso para darse importancia. Luego receta sin saber qué enfermedad tiene el paciente, porque hay que recetar aunque sea un *simple cualquiera* y emplear mil *latinorums* en la clasificación del mal y en el nombre de los medicamentos para pasar por sábio ó no sentar plaza de bruto.

«El boticario, que está al tántico de toda nuestra sapiencia, despacha simplemente agua súcia ó cualquier cosa, pues ese es el negocio; ó si se trata de un específico en la receta, como todos son iguales ó similares, despacha lo mismo una falsificación cualquiera, y el enfermo sana porque ha de sanar, venciendo la naturaleza á la enfermedad, ó porque termina el período de ésta, pues casi todas las enfermedades tienen su período; ó muere porque ya estaba escrito su destino ó la enfermedad es más fuerte que la naturaleza, ó sencillamente *porque sí*, por haber dejado de arder el aceite de su existencia, pues debo advertiros que si el médico vuelve al día siguiente y uno y otro día, se repite exactamente la misma operación sin dar casi nunca con la enfermedad, sucediendo también en muchas ocasiones, si el enfermo es rico, que le recetamos una droga de esas *bravas*, para agravarle la enfermedad y hacerla durar el mayor tiempo posible, cantando para el *carnero*, algunas veces, cuando menos lo pensamos y sin que podamos evitarlo.

«Y cuando por casualidad acertamos con la enfermedad del paciente, porque sus síntomas son los mismos que hemos aprendido en los libros de medicina, ó porque cualquier sonso los conoce, nos concretamos á recetarle el remedio aconsejado por el autor, sin estudiar el temperamento del enfermo ni nada que pueda hacerlo ineficaz, y no nos separamos de la fórmula prescrita, aunque nos maten á palos, pues no sabemos otra cosa ni nos preocupamos tampoco, resultando la mayor parte de las veces que no produce los efectos previstos por el que la aconseja.

«De todo esto se deduce, pues, que la mayor parte

de los que mueren son por nuestra causa, ó al menos, nada hacemos para salvarlos de la muerte ó amornar sus padecimientos.

«La fama buena ó mala, que adquieren los médicos, proviene únicamente de la casualidad, acompañada de las creencias ó imaginación de los enfermos, que son nuestras grandes protectoras ó nuestras grandes enemigas, las cuales se presentan en la naturaleza de los pacientes y en la mayor ó menor fé que nos tengan, curando ó matando según las reacciones favorables ó desfavorables á la enfermedad, sorprendentes ó inesperadas casi siempre.

«Nosotros lo que hacemos la mayor parte de las veces, es contrariar á la naturaleza con nuestras drogas y tratamientos, y fastidiar á los enfermos haciéndoles sufrir toda clase de tormentos hasta que dan su última boqueada. De ahí proviene también, porque todo es casual en la medicina y los remedios son puramente ilusiones, que curan los curanderos, hasta los más inverosímiles y charlatanes, y que cure lo mismo la alopátia que la homeopatía, la hidropatía que Mano Santa, pues todos los sistemas de curación son iguales, en cuanto á sus efectos y poder; y que curen las parteras si el parto viene bien, pues si viene mal, el diablo que lo cure, y que curen los barberos, los albeitaros, y *tutti quanti*.

«Para lo que servimos admirablemente los médicos, es para expedir certificados de defunción, pues siempre encontramos una enfermedad que atribuirle al difunto, aunque haya reventado de puro placer: nuestro expediente consiste en hacer terminar en *itis* las enfermedades, como por ejemplo *meningitis*, *peritonitis*, etc., y á los que mueren de muerte violenta, con ponerle de *arma de fuego* al que lo han muerto de un balazo, ó de *arma cortante* al que murió de una puñalada, ó de *asfixia por inmersión* al ahogado, asunto concluido.

«Luego de todos estos embustes y tapaderas, eso sí, ahí van nuestros honorarios, que nunca regulamos

por nuestro más ó menos trabajo, sinó por la fortuna del enfermo ó muerto, pues también cobramos por los difuntos, no admitiendo jamás que se regatee, porque la ciencia, nuestra gran ciencia, no se puede, decimos, ni se debe tasar como el trabajo vulgar de un artesano ó jornalero».

—Eso no es exacto en general, dije yo, pues he conocido médicos, verdaderos sabios y hombres honrados, que no recetaban si no tenían conciencia de la enfermedad; que lo mismo asistían al rico que al pobre, concurriendo al llamado de los enfermos á cualquier hora del día ó de la noche; que no exigían al pobre sus honorarios adelantados, ni le cobraban sinó lo que podían darle buenamente, ó nada, según las circunstancias; que estudiaban constantemente, observando hasta los más pequeños fenómenos.

«En fin: que cumplieran su misión con ciencia y conciencia y como se lo prescribían los juramentos sagrados que presta todo médico al recibirse, no importándoles un comino parecer bien ó mal, crear ó nó fama, ni tener carruajes, palacios, ni ninguna de todas esas sabandijas del lujo y del placer.

«Y sobre todo, si la medicina no es exacta como lo son las matemáticas y las demás ciencias positivas, es, indudablemente, la más adelantada de las ciencias experimentales, que no yerra jamás el tratamiento cuando se ha acertado con el diagnóstico de la enfermedad y se prescriben con verdadera conciencia los remedios.»

—No lo creáis; y aunque así fuera, ¿cuándo se acierta con la enfermedad y el medicamento?... La medicina es una ciencia empírica, y más que empírica, fantástica y de superchería, pues se funda en un hecho inexplicable, misterioso, como todo lo que se relaciona con la existencia de la humanidad.

«Esos médicos que habéis citado, son los menos, amigo; pues por lo general, no estudian nunca después que salen de las universidades, ni observan nada aunque receten siempre, y tratan de tener coche

enseguida, y palacios, quintas y estancias, y no se incomodan por la noche, diciendo que no están en casa, ni aun de día si no les conviene y cobran adelantado al pobre ó no lo asisten, y lo mismo les dá curar al enfermo que mandarlo á la sepultura, puesto que están patentados para matar *científicamente*.

«Y los más, son los que deben tenerse en cuenta; pues la ley de las mayorías, es, en todas partes, la que prevalece, lo que constituye la opinión de los pueblos: *vox populi, vox Dei.*»

—Sí, aunque muchas veces la minoría tenga razón, como suce le generalmente.

—Así es; pero sin embargo, la mayoría es la que predomina, aunque sea como un absurdo. Es la ley del fuerte contra el débil; el derecho de la fuerza que prevalece en todas las contiendas humanas por más que todos los días se proclame la fuerza del derecho.

—

Al concluir de hablar el médico, un individuo alto y delgado, como caña de pescar, que dijeron era procurador de pleitos perdidos y que, de puro entremetido, venía en el grupo con los galenos y escualpios, pidió la palabra y se explicó en estos términos:

—Yo tengo que defender á estos caballeros, porque mi oficio, mi noble oficio, es defender á todo el mundo, tenga ó no tenga razón, merezca ó nó que se le defienda; pues entre vosotros los humanos, se defiende lo mismo lo malo que lo bueno, lo justo que lo injusto; para todo hay defensa y para todo se encuentran defensores.

«De qué se acusa á los médicos? — nos interrogó. De que son unos farsantes y unos explotadores? . . . Y qué es lo que no es farsa y explotación en la vida?.... Todo, caballeros, el mismo se respondió.

«Empecemos por las ciencias en general; ¿cuál es la verdadera? Ninguna. Se llama á unas, ciencias

naturales y todavía está por descubrirse la naturaleza; exactas se dice á otras y la humanidad marcha al acaso; y, por último, dásele el nombre de experimentales á las más modestas, como lo es la medicina, y nunca adquirimos experiencia.

«Si es socialmente, farsa son las visitas de pésame, farsa los cumplidos de año nuevo y navidad, farsa la asistencia á los entierros y á los funerales, y farsa todos los cumplimientos y preocupaciones sociales.

«Y de explotaciones, no hablemos, porque todo en la vida es una viva explotación, como que todos los actos de los humanos, son impulsados por el interés, hasta las invitaciones para casamiento y el anuncio de los recién nacidos.»

—Vaya una manera de defender que tiene este condenado, díjele á Dante; pues inculpando á los otros los defectos que le inculpan á uno, más que defensa parece reciprocidad de ataque, y nada prueba, ni destruye nada.

—Claro! —contestó Dante. Pero por lo general así son todas las defensas de vosotros.

—Permítanme hablar! permítanme hablar! gritaba, corriendo, la misma alma suelta que habló en favor de los abogados.

Y una vez que hubo llegado á donde estábamos nosotros, se expresó del siguiente modo:

—Todo lo que ha dicho el señor (señalando al médico que había hablado) es una vulgaridad y una burda mentira. Desgraciada de la humanidad sino hubiera médicos! Quién cuidaría entonces de vuestros enfermos?

«En vez de aconsejar lo que habeis dicho, debiérais haber manifestado al señor (dirigiéndose á mí) que aconsejara á los humanos ocurran al médico siempre que se encuentren enfermos, pues aunque no sea una ciencia exacta la medicina en todos los casos, los médicos saben siempre más que los que no lo son, porque para eso han estudiado.

«Y que cobren sus honorarios, perfectamente; pues no han de vivir del aire. Como no es justo tampoco que no duerman, ni coman, ni puedan gozar de ciertos placeres, desde que son hombres como los demás y necesitan descanso y satisfacer sus necesidades.

«Está bien la filantropía, pero todo tiene su límite. Otra cosa más debíais aconsejar, señor doctor de tres al cuarto, y es que los humanos cumplan siempre las prescripciones que dan los médicos á sus enfermos, pues si no las cumplen, mal pueden quejarse; debiendo comer ó beber lo que se les ordene, y no hacer absolutamente lo que se les prohíbe.»

—Já! já! já! exclamó el médico. Qué tonto eres, pobre alma en pena! Si se hiciera lo que tú dices, no solamente sería más explotada la humanidad, sino que tendría que comer con drogas, pues los médicos las prescriben hasta en los alimentos y á un dos por tres os tajarían los *mata sanos* (como que cortan en cuero ajeno) y os pondrían cáusticos, y botones de fuego ó fierros candentes, y tintura de iodo, y moscas de Milán.

«En vez de aconsejar á las familias que cumplan al pié de la letra las prescripciones de los médicos, aconsejémosles que sean francas con ellos y les digan las veces que no hacen caso de sus remedios, pues así se evitarían las barbaridades que cometen mis colegas aplicando drogas sin ton ni son, y los sufrimientos que hacen pasar á sus pobres semejant's; al extremo que si se hubiese escrito la historia de esas barbaridades y sufrimientos, resultaría que han hecho mayor mal que las mismas enfermedades. Nada: no hay más medicina que la higiene, ó al menos, esta es su base racional.»

Volvieron á echar el alma suelta, arrojándole unos pedruscos otra alma, que dijo había estado enferma de la nariz y que al fin había muerto de su dolencia, no obstante haber consultado los principales médicos del mundo y cumplido exculpulosamente sus mandatos.

Otro de los médicos del grupo, largo de cuerpo y enjuto de carnes, feo, muy feo de facciones, de *uñas largas* y faz biliosa, pidió la palabra y en tono guarango, dijo lo siguiente: — La verdadera medicina, señores, es la homeopatía.

—No, dijo otro; es la hidropatía, pues la homeopatía es para el organismo humano, lo mismo que sería para el oído una sinfonía de Beethoven escuchada á mil leguas de distancia, ó una gota de agua para secar el océano.

—Estan Vds. en un error, expuso un tercero; la electro-homeopatía es la verdadera medicina.

Y en este orden de ideas todos opinaban que su método de curación era el mejor, proponiendo unos los sistemas de Le Roy, Raspail, Holloway, etc. etc., y otros las yerbas, las pildoras, etc.; opinaban éstos que el doctor tal ó cual era el mejor, y aquellos pensaban que esos eran unos brutos y que los buenos eran mengano ó zutano; por último pretendían unos que las enfermedades tenían su origen en la atmósfera, otros que en la sangre, otros que en los microbios, etc., etc., dando por resultado que nadie se entendía y que ninguno tuviera razón, puesto que la verdad es una sola y mal puede ser tal, cuando se divide en innumerables opiniones.

Retiráronse los médicos en una barahunda infernal, llamándoles á unos médicos *cataplasmas* ó *jeringas*, porque aplicaban esas medicinas y á otros médicos de la *ojera* y del *cerote*, y á un dentista viejo lo titeaban llamándole el de los *tres tirones*, porque acostumbraba sacar las muelas de esa manera, y á un petizón, rechoncho, que parecía un lechón, de espejuelos y muy charlatán, que le decían doctor *cucharita*, le dieron un manteo de padre y señor mío.

Pasaron luego, sin detenerse, los ingenieros; astrónomos, arquitectos y constructores.

Iban tan preocupados en resolver problemas; tan embebidos con sus ángulos y sus líneas, que ni se dieron cuenta de nosotros.

Al final marchaba uno, accionando, y haciendo gestos, zambo de piernas, de cara angustiada como San Roque, que me pareció ser un agrimensor famoso, muy conocido por una mensura que practicó, fijando el Sur al Norte en el plano, y el Norte al Sur; el cual nos dijo al pasar, estas palabras:

—Nostros ignoramos porqué estamos en el Infierno; pues no creo que sea un mal, propender á los progresos materiales, cobrando nuestros buenos honorarios, ni embaucar al mundo con la ciencia infusa de los astros, ni tirar líneas á diestro y siniestro, quitándole á uno para ponerle al otro, ni cobrar diez por cinco en los edificios que se construyan, ni poner menos arena que cal ó menos cal que arena, ó puertas viejas por nuevas y otras tantas pequeñeces propias, muy propias del oficio.

Al terminar su discurso, presentáronse los jugadores, coimeros, dueños de frontones, studs y garitos, y todos los que comercian con el juego ó lo apadrinan, tolerándolo.

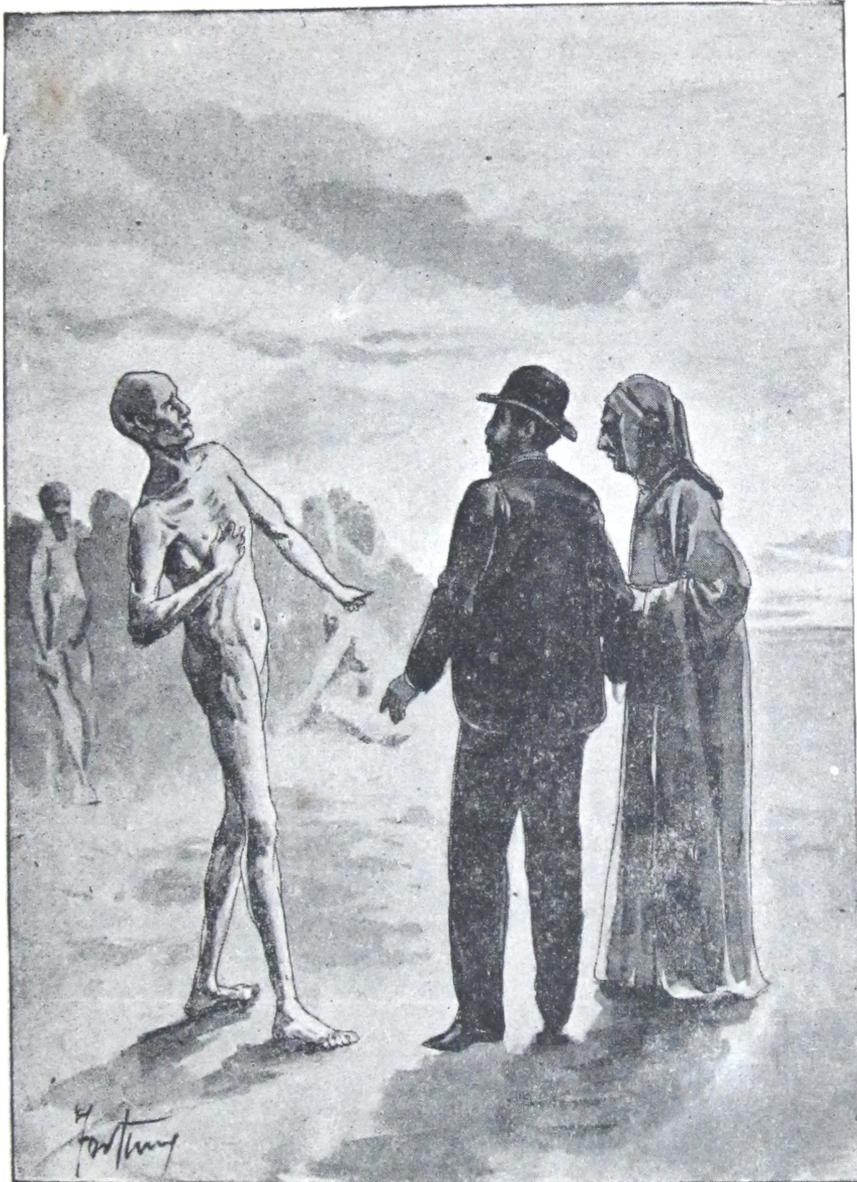
Se adelantó uno de la comitiva y, sin que yo le preguntara nada, me endilgó esta perorata:

—Nada me preguntéis, pues ya sé lo que deseáis de mí. He sido jugador, lo confieso con vergüenza, pero confieso también que estoy arrepentido.

—De los arrepentidos se sirve Dios —dijele para animarlo.

—Conmigo ya no reza ese refrán. Arrepentime tarde, por desgracia, y no es Dios, sino el Diablo quien se vá á servir de mí. Pero dejemos esto que ya no tiene remedio y vengamos á lo que os interesa.

«¿Quereís saber lo que es el juego y el jugador? Pues tened la bondad de oirme: el juego es un verdadero cáncer social, que ninguna legislación se escedería en estirpar; es un vicio fatal, que degrada y envilece las naturalezas mas felizmente dotadas; es una pasión que se enseñorea de nuestro espíritu, tiránica, despótica y que ahoga todo sentimiento noble, toda aspiración elevada.



...UN INDIVIDUO ALTO Y DELGADO COMO CAÑA DE PESCAR...

“El juego, es la prostitución del espíritu, mil veces más baja que la del cuerpo. Del juego surgen todos los vicios: la mujer se prostituye, el hombre se emborracha y encanalla. El jugador no tiene amigos, pues en él, el deseo de ganar, mata todo otro sentimiento. No tiene familia, ni hogar, ni patria, pues todo lo olvida por el juego. Si es favorecido por la suerte, derrocha su caudal en las orgias, entre meretrices y libaciones al dios Baco; si pierde y encuentra oportunidad en el robo para resarcir sus pérdidas, roba; y si para robar tiene que asesinar, asesina. Es estafador, tramposo y traidor.

— Basta, basta, — exclamé indignado. — estais exajerando, pues hay jugadores caballeros, que son incapaces de hacer trampas en el juego, y que, ganen ó pierdan, saben cumplir con honor sus compromisos. Si no fuera así, no se jugaría entre la gran sociedad, en los salones mas concurridos por las bellas y por los grandes personajes.

— Já, já, já! Qué cándido sois. Caballerosidad en el juego y entre jugadores!... Sería el colmo de los colmos: lo mismo que pedirle al tigre, nobleza, ó al olmo, peras. — No hay tal caballerosidad entre los tahures. El que juega, lo hace para ganar, y su afán es desplumar al adversario.

“Si considera deuda de honor la deuda del juego, nó es porque tenga honor, ni siquiera lo conozca; es porque si no paga no le permitirán jugar más ó no le fiarán nunca: honor quiere decir necesidad, en el caló de los jugadores.

“Que se juega en la alta sociedad y entre bellas, deciais? Es verdad. Tambien hay autoridades que toleran el juego y hasta lo apadrinan, patentándolo; pero en la alta sociedad, que al fin y al cabo no brilla siempre por su virtud, como en cualquiera parte que se juegue; solo obedece el juego á bajas pasiones, y los que lo toleran ó apadrinan, no lo hacen seguramente por moral, ni con ningún fin honesto: lo toleran ó apadrinan, porque especulan con

él, viviendo de su inmundicia, siendo aún más canallas que los mismos jugadores, y en nuestro calor les llamamos *coimeros*: Vedlos aquí, acompañándonos en el Infierno.

“Ahora, oid este consejo: tratad de estirpar el juego, perseguidlo, hacedlo una profesión afrentosa y el nivel moral de las sociedades humanas se elevará y las estadísticas criminales serán menos aterradoras, y habrá más felicidad en los hogares, y se llorará menos en el mundo; cortad con mano firme, sin que valgan las grandes influencias, ni los clubs con pretensiones de sociales, ni las carreras pretendiendo el fomento de la raza caballar, ni los frontones que pretenden fomentar el desarrollo muscular.”

Fuéronse los jugadores y demás comparsa e hicieron su aparición los cornudos, cabrones y rufianes.

— Cómo, dije admirado, los cornudos junto con los cabrones y los rufianes! Me parece injusta esa igualdad, pues el cornudo, más que criminal, es un desgraciado.

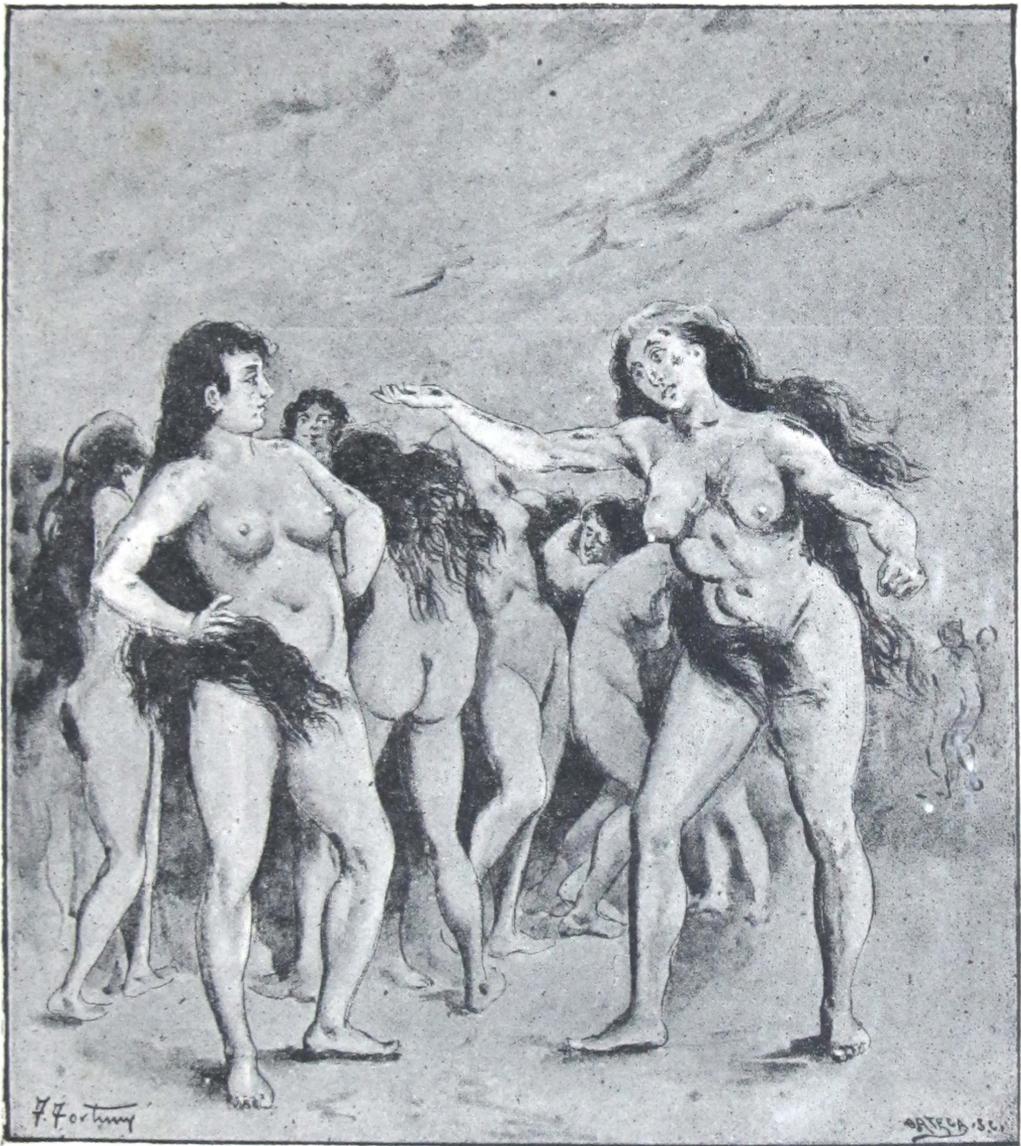
Salió del grupo, un individuo, feo y tonto al parecer, en cuya cabeza exhibía una cornamenta mayor aún, que la de un toro de los de Miura.

—Estáis en un error, díjome con calma. El cornudo nunca es desgraciado, salvo excepciones muy raras. A ningún hombre le pone cuernos su mujer, si él mismo no la precipita á que se los ponga.

“Todo cornudo, por lo general, ó es porque ha contraído un matrimonio desigual, ó porque después de casado se convierte en un libertino, ó un canalla.

“Ningún hombre que se case por amor, y que sea moral y *hombre* en toda regla, llega á ser cornudo.

“Respetad, pues, á vuestras mujeres, galanteadlas debidamente, vivid honestamente en la familia y entre vuestros amigos, sed viril en vuestros hechos, y San Cornelio no rezará con vosotros. Es la regla general.”



MIENTES BAMERA INMUNDA.

(INFIERNO III.)

Marcháronse aquellos tipos y se presentaron las prostitutas, adúlteras y seducidas. Iban llorando, y no se detuvieron ni un instante, abochornadas al parecer de sus vicios. Al pasar, la que parecía más descocada, ó quizá menos arrepentida, díjonos:

—Nosotras todas, somos iguales: prostitutas por arriba y por abajo, por delante y por detrás. Toda mujer que falte á sus deberes, cualquiera que sean las circunstancias, es una prostituta. Empero, sírvanos de disculpa que los hombres son los que nos pervierten y que ejercemos nuestro oficio, patentadas por los gobiernos.

—Mientes, ramera inmunda!—vociferó otra de las del grupo.

—Qué habéis dicho, infame adúltera? — gritó la primera convertida en una fúria. Que miento al decir que los hombres tienen la culpa de nuestra perdición, cuando ellos son los que abusan de nuestro amor, ó de nuestra miseria, y que hasta nos violan brutalmente!

«Si vos creéis que miento, será seguramente porque sois la mujer más prostituta; y os habreis prostituido por el placer de prostituiros, ó por puro vicio de prostitución.»

—Mientes, vuelvo á repetirlo, aulló la otra, más bien que dijo, pues ninguna mujer virtuosa se deja deshonorar por amor ó por la miseria; sucumbe antes que deshonorarse. Cuál sería, entonces el mérito de la virtud? Sin quitarle á los hombres su culpabilidad, sobre todo cuando llevan el deshonor á casa de sus amigos ó violan á la mujer, valiéndose de engaños ó de la fuerza, yo solo culpo á la mujer de su deshonor, pues es un acto voluntario, sin que haya seducción que lo justifique, prostituyéndose únicamente la que quiere prostituirse. Sobre todo, cada cual tiene la culpa de lo que le sucede en la vida: este principio, es un axioma.

Después de esta riña, se fueron las mujeres, y tras ellas, venían los comerciantes al por menor en su mayor parte, especuladores, y usureros.

Había de todo, entre estos caballeros: banqueros, corredores, cambistas, almaceneros, rentistas, tenderos, confiteros, gerentes de sociedades anónimas, directores de Bancos, administradores, empresarios, rematadores, contratistas, proveedores y contrabandistas.

Al frente del grupo, iba el alma de un comerciante muy conocido, cabalgando en un *lechón*, digo, en un lechuzón, lo que no dejó de llamarme la curiosidad, pues todas las almas marchaban por sus propios pies.

Pasaron cantando, parodiando el coro de las ratas de *La Gran Vía*: — *Yo soy el comerciante primero!... y yo el segundo!... y yo el tercero!*

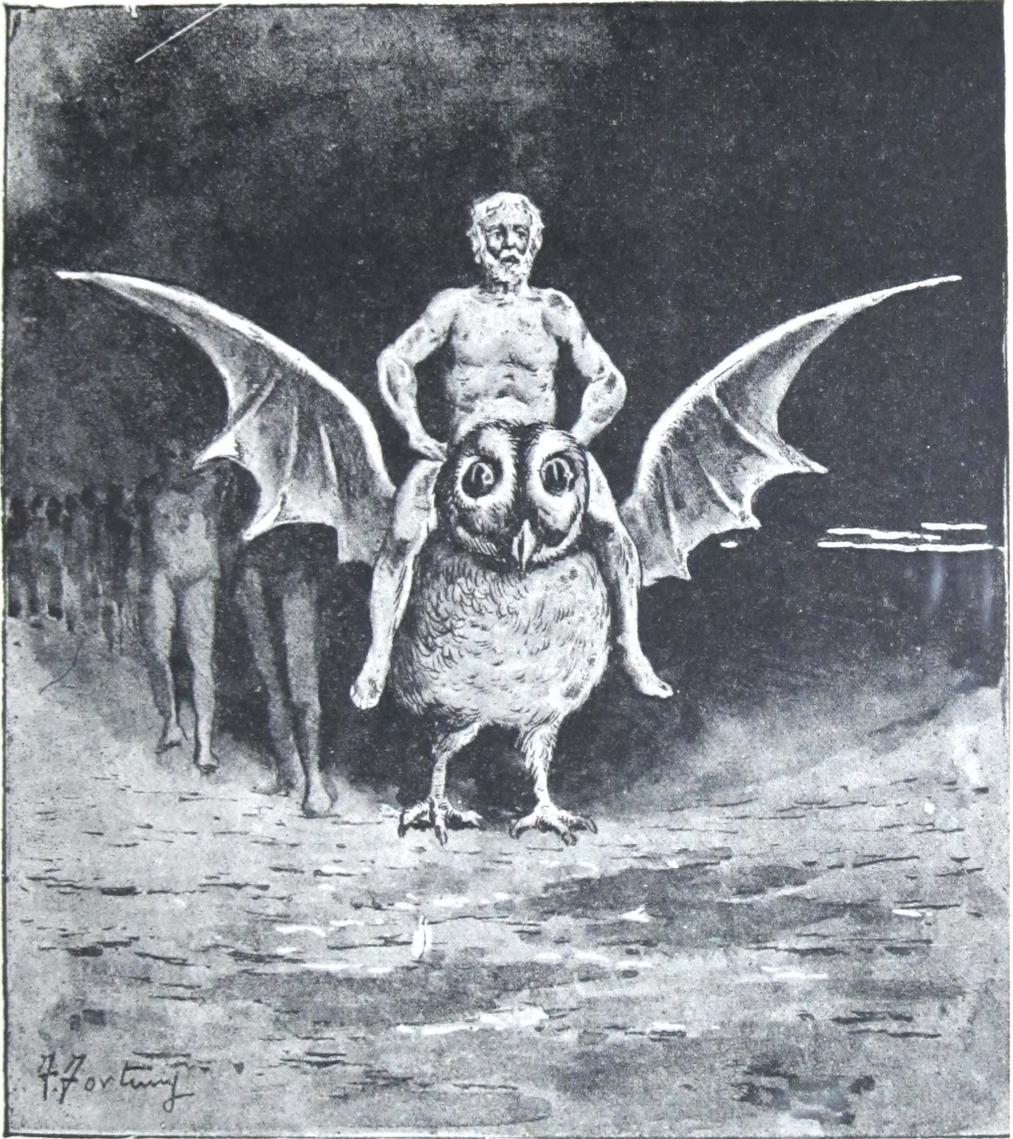
Y saliendo uno del grupo, que me pareció tener uñas de gato ó escribano, y cara de buho, díjonos precipitadamente, estas palabras:

— Dicen que los comerciantes roban, que explotan al pueblo, pasándole gato por liebre, cobrándo cuatro ó seis por lo que vale dos, según sea el penitente, y que si pagan sus deudas escrupulosamente mientras no quiebran, es por la cuenta que les tiene, siendo su honradez, por lo tanto, la *honradez* del garrote. Y bien! no se regulan por el interés, todas las acciones humanas? — y no se envidia al afortunado? — y no aspiran todos á hacer fortuna?

«Pero, sobre todo, ¿cuál es la fortuna bien adquirida en el mundo?

«Todo rico, es ladron, ha dicho no sé quién, y Proudhon dijo y dijo bien, que la propiedad es un robo. Y si los comerciantes roban, emplean la industria ó la habilidad para robar, pues transforman el agua en vino ó venden vino de agua y drogas, y hacen parecer marfil al hueso y al maní aceite de olivo, y á las piedras perlas, y al vidrio brillante; y esto es talento y trabajo, y el talento y el trabajo deben recompensarse.

«Finalmente, todos roban en la vida: los gobiernan-



... IBA EL ALMA DE UN COMERCIANTE CABALGANDO EN UN LECHUZÓN.

(INFIERNO III.)

tes á los gobernados, los médicos á los enfermos, los abogados á sus clientes, los jueces á los ladrones; el enamorado le roba la honra á su amada, el hombre de sociedad la reputación á sus amigos y las mujeres á todo el mundo. Y no digo más, *porque nó*; aunque mucho tendría que decir.

Un rematador que oyó esto, algo encolerizado exclamó:

—Protesto por mi parte, contra lo que habeis dicho; yo no me he ocupado en cosas pequeñas como vos, transformando el vino en agua y el agua en vino; yo he transformado en pueblos, teóricamente hablando, es decir, en planos, —bañados y lagunas: he vendido terrenos donde no había tierras, compraba por dos, lo que me daban á vender por diez y pagaba siempre la mitad de lo vendido, ó no pagaba nada.

Un gerente de sociedad anónima, interrumpió al rematador, de esta manera:

—Pues yo he hecho mucho más que vos. He formado sociedades sin capital, coloqué millones de acciones, clavando á medio mundo; fundé un *Marchendier* y cuatro galpones locos, y me quedé con todo, haciendo figurar acreedores imaginarios.

Y un Corredor de Bolsa, rubio, muy rubio y medio *bozalón* para hablar, nos dijo estas palabras:

—Yo he sido una sanguijuela de los pueblos. En lo que más me ha gustado especular, es en el oro. Ah! el oro, qué dulce suena todavía en mis oídos esa palabra! Y en los grandes *krachs* que yo mismo, con mis amigos y colegas preparaba, ahí era donde gozaba más y hacía mis grandes especulaciones.

«Después de hacer enormes acopios de oro en la baja que nosotros mismos habíamos producido, esparcíamos rumores siniestros, que primero traían el alza del metálico y luego el pánico, y con el pánico, el *krach*, el gran *krach* esperado, pues la gente es así, crédula para todo lo que es malo, asustadiza, y por último, tonta é interesada.

«Allí era de ver como acudía, estrujándose, golpeándose y pisoteándose lastimosamente. Era aquello un hormiguero humano, compuesto de hombres de todas las clases sociales, que, como dementes, tratando de abrirse paso de cualquier manera, sin preocuparse de los demás, venían á implorarnos que le vendiéramos oro, primero al 50, después al 60, 70, 80 y así sucesivamente.

«Y cada punto que subía, era de ver, como avanzaba y se revolvía aquella ola humana, gritando, vociferando, maltratándose de todas maneras.

«El interés, el más sórdido interés y el egoísmo humano en toda su más horrible deformidad!

«Se hubieran asesinado y habrían cometido los mayores crímenes y atrocidades por conseguir oro mas barato que los demás, con mas facilidad, con mucho mas placer que haberse sacrificado por la pátria ó por otro cualquier sentimiento generoso. Y nosotros que habíamos preparado aquel golpe, lo explotábamos y gozábamos de sus efectos. Luego que el *krach* pasaba, esparcíamos nuevos rumores favorables; volvía á renacer la confianza al principio, después venía la baja, y vuelta á comprarles el oro que les habíamos vendido; apresurándose todos ahora á venderlo como antes se habían apresurado á comprarlo, y nuevo *krach*, aunque de diferente índole: esa es la Bolsa, y esa nuestra especulación. Sin embargo, todos nosotros, en ese juego infame, rápidamente también empobrecemos en negocios desgraciados, suicidándonos cuando nos vemos arruinados, porque no somos capaces de sostener con valor nuestra desgracia, causa de muchas desgracias é infamias».

—Vosotros sois la canalla del comercio, les grité indignado; pues yo he conocido comerciantes honrados que no adulteraban sus mercaderías, ni explotaban á sus clientes, vendiéndoles por cuatro lo que solo valía dos, y rematadores que miraban mas su buen nombre, que la comisión y ganancias de los remates, y banqueros y gerentes de sociedades y corredores de

conciencia. Por consiguiente, si vosotros sois pillos, no son pillos todos los comerciantes.

— Bah! — me contestó el primero que había hablado. Así se les cree generalmente, pero si hay alguno, como vos lo pintais, será un poroto de á kilo. Oídme: el comerciante, como buen descendiente del dios Mercurio, se vale de todas las tretas para explotar á su cliente: le sisa el peso, le adultera la mercancía, le saca el mejor precio en la venta, y en todo y por todo especula noche y día, todo el año, todo el mes, todos los días, por hora y por minuto. Sin embargo, todos, si hacen fortuna, dicen que la ganaron honorablemente, que trabajaron con honestidad, y hasta la prensa, cuando mueren, entona himnos á su honradez. Farsa, señor; pura farsa.

Después de esto, marcháronse todos cantando siempre el coro de las ratas, é hicieron su entrada triunfal los políticos, periodistas, adulones y militares.

¡Qué barahunda armaban estos caballeros! Todo era hacerse cargos los unos á los otros, discutiendo cual había sido el más pícaro, el que tuvo más habilidad y viveza para engañar á los tontos y el que había hecho mayores males en la Tierra. Cuando la discusión llegaba á su período álgido, intervenían los militares, y los apaciguaban á fuerza de *acha* y *tiza*.

Allí venían reyes y emperadores, presidentes, ministros, diputados, senadores, diplomáticos, militares de toda graduación, escritores y oradores de diferente pelaje, la mar, en fin, con peces y todo.

Entre ellos, conocí á varios que habían dejado entre nosotros una gran reputación de talento ó sabiduría, de honradez ó patriotismo.

—Cómo engañan las apariencias! — exclamé para mi coletó.

—La política, dijo el que hacía de caporal, pues también en el Infierno marchan regimentados los po-

líticos, obedeciendo al más *pájaro* ó al más *terne*: la política, es el arte de engañar á los pueblos, ya se manifieste por la diplomacia ó en los clubs, ó por la prensa ó en la tribuna. En toda sociedad bien organizada debe haber pavos y cocineros (hablo metafóricamente). Los pavos son las masas populares; los cocineros somos nosotros en primera línea, después los abogados, médicos y todos los que ocupan posiciones espectables, y, por último, los comerciantes, especuladores y caballeros de industria.

«¡Cuánto hemos engañado á la humanidad hablándole de patria, libertad, progreso y honradez! Y cómo nos aplaudían los tontos al pronunciar esas bombásticas palabras! Sin embargo, nunca llegan á traducirse en hechos; son la decoración farsaica con que encubrimos nuestro insaciable desco de riquezas, poderío y placeres y nuestra vanidad, nuestra inmensa vanidad; pero son palabras retumbantes, de mucho efecto, de gran efecto para los pueblos. Y cómo concurrían los idiotas, en grandes manifestaciones, á aplaudir nuestros discursos y á llevarnos en andas á las altas posiciones! Cómo comentaban nuestros escritos y nuestros actos de gobierno tomando por abregación la hipocresía y por vivezas las bribonadas!

«¡Cómo nos admiraban cuando aparentábamos no querer aceptar los puestos elevados que estábamos deseando poder atrapar, y nos compadecían cuando aparentábamos no poder soportar las tareas regalonas de los altos puestos, ó que sufríamos extraordinariamente con los ataques que nos dirigían y que maldita la mella que nos hacían, ó que aparentábamos ser víctimas de persecuciones imaginarias, ó narrábamos los enormes sufrimientos que nos hicieran pasar en confortables prisiones!

«Eran rebaños de pavos que engordábamos constantemente (hablo siempre en metáfora) para cocinarlos á nuestro placer, y cuantos mas pavos nos seguían, eran mas estimados nuestros méritos, pues

se nos consideraba con mayor prestigio: siguiéndonos también algunos aprendices de cocinero, que, con el tiempo, llegaban á adquirir legítimamente, el título de la lucrativa profesión.

«Y cuando los pueblos empezaban á perder la seducción de nuestras bellas palabras, desconfiando que los ruidos no siempre constituyen grandezas, ó porque otros políticos los azuzaban contra nosotros para quitarnos la *pitanza*, llamándonos malos patriotas, tiranos, ladrones, libertinos, jugadores y todo lo que éramos, pero que sería lo mismo que nosotros le diríamos á ellos si conseguían el poder, pues todos tenemos iguales mañas y el último siempre es el peor, entonces aparecían los militares, es decir los gefes y oficiales, pues los soldados siempre son unos ilotas, titulándose los defensores de la patria y la constitución y los guardianes del honor nacional, y nos hacían entrar en vereda, por la *fuerza* de la razón, ó por la razón de la fuerza; sucediendo generalmente, por aquello de que siempre triunfan las peores causas en el mundo, que si los que atacaban eran peores que los atacados, triunfaban ellos, ó vice versa.

«Y cómo halaga el éxito á los pueblos!... Siempre tiene razón el que triunfa; siempre brilla ilustre el vencedor!

«Y si llegaba el caso de una revolución ó guerra civil, cómo acudían los tontos á hacerse matar por la libertad, cuando lo que se buscaba generalmente por los que la provocábamos, era sencillamente sustituirnos los unos á los otros, ó en otras palabras: el *quitate tú para ponerme yo*: convirtiéndonos, de demagogos, que lo éramos siempre en el llano, en autoritarios, que jamás lo dejábamos de ser en las alturas.

«Y si la guerra era nacional, acudían con más presteza para defender la patria en peligro, la integridad territorial, sin darse cuenta que lo que generalmente sintetizan las guerras nacionales son la vanidad de los políticos ó gobernantes, y su ambición ó su estupi-

dez. Patria, libertad, honradez, palabras vanas que nada significan ¡cuántos crímenes é infamias, se cometen en vuestro nombre!»

Concluyó de hablar el político, á quien conocí bastante en mi patria, como un bribón de tomo y lomo, aprovechador de todas las circunstancias felices ó desgraciadas, en la paz ó en la guerra, y un adulón de los que iba en el grupo, compañero perenne de los políticos, cuyas narices dilatadas y mirada excesivamente cariñosa y humilde le daba aspecto de perro perdiguero, se separó de sus compañeros y dijo:

—Pues nosotros no engañamos á los pueblos, á quienes, por regla general, despreciamos casi siempre. Nosotros engañamos á los políticos y militares, vengándonos de sus engaños y explotándoles lo que han explotado. Un regalo oportuno, un elogio inteligente que halague la vanidad del elogiado, un insulto al caído, un chiste al poderoso, constituyen nuestro arsenal, é invariablemente usamos esta divisa: el éxito lo justifica todo; honor al éxito y al vencedor; adoración á los astros brillantes; guerra sin cuartel á los astros opacos, y desprecio, olvido, á los astros eclipsados.

Y con cierto orgullo ó dignidad, cosas bien extrañas en un adulón, agregó estas sensatas palabras:

—Y qué sería de los poderosos sin nosotros? qué de los gobernantes felices, de los hábiles políticos y de los militares de suerte?

«No habría triunfos, ni glorias, ni partidos, ni caudillos, ni honores de ninguna clase, si nosotros no hiciéramos ruido á su alrededor, sino enalteciéramos sus hechos y reclutáramos á los pueblos para aclamarlos vencedores.

«El adulón, será un tipo ruín, infame: pero la política sin la adulación, no tendría brillo, sería una planta exótica, sin vida y sin fragancia alguna.

«Y si del orden político pasamos al orden social, ¿qué sería de la sociedad, sin la adulación? quién no adula y es adulado socialmente? Todos; pues los cum-

plimientos, el amor, la amistad, los servicios, no son sino adulación y nada mas que adulación.»

—Callad! Callad, miserables!—exclamé indignado al oír tantas infamias. Vosotros sois la escoria de la política; gobernantes cretinos, diplomáticos falaces, militares guarangos, periodistas venales, políticos sin ley ni patria y adulones inmundos! En vuestras conciencias no se albergó jamás el cumplimiento del deber, ni ha inflamado vuestros pechos la llama sagrada del patriotismo. *Vade retro!* canalla vil, que el infierno sea con vosotros; insectos venenosos, que para justificaros ó atenuar vuestra repugnante conducta, haceis lo de las prostitutas, para quienes no hay ninguna mujer honrada, queriendo envilecer y compararos á los patriotas, á los gobernantes honrados, á los periodistas independientes, á los militares pundonorosos y á los diplomáticos ilustrados.... *Fugite! fugite!....*

—

Marcháronse los políticos y adulones, llamándome la atención una alma que iba entre ellos, recibiendo vejámenes y atropellos de todos, particularmente de un viejo idiota, que entre nosotros pasaba por una eminencia; por otro viejo militar, torpe y egoísta, con más ínfulas que Napoleón; por un mediquillo regordetón, malo y estúpido como un perro dogo; por un abogado pervertido y tonto, más ambicioso que Bismarck; por un periodista barullero y pretensioso, y por otros abogados y médicos, que lo rechazaban á causa de no haber tenido título académico, pues en nuestra *democracia* es un título de nobleza, y por otros mequetrefes, adulones y alcahuetes.

—Quién será ese pobrete?—pregunté á Danté.

—Es un patriota que siempre ha querido hacer lo contrario de lo que hacían esos caballeros, y como para hacer mal cualquiera sirve, esos otros, que todos juntos no han pasado de ser unos imbéciles, le

hicieron siempre la guerra para que no se elevara, aplastándolos, poniendo en transparencia su nulidad y sus maldades. Ha venido al infierno por ser demasiado sonso para nuestro mundo.

Muy tristes y sentimentales unos, y alegres y chacotones otros, lo mismo que se presentan entre nosotros, aparecieron los cómicos, literatos, pintores y religiosos.

—Vosotros acá?—preguntéles escandalizado.

—Si, contestóme melancólicamente uno que parecía poeta antiguo por lo desaliñado de su traje y la melena descomunal que el viento azotaba, de cuerpo flexible y carnes flacas, rostro delgado y facciones lánguidas, cuyo conjunto parecía un suspiro prolongado.—Si, nosotros también y no os cause esto extrañeza, pues ni somos lo que aparecemos, ni aparecemos lo que somos.

—Pero, ¿cómo! No sois vosotros los representantes del arte en la Tierra; es decir, los representantes de lo bello y lo sublime? No sois vosotros los que cantais á la virtud y á la libertad, los que censurais los vicios y fulminais á los tiranos, los que interpretais todos los sentimientos humanos en la música ó en el canto, y los que, por último os prosternais ante la divinidad, pidiéndole la salvación común?

—Si, todo eso hacemos, ó aparentamos hacer; pero otra cosa es en el fondo. Esos sentimientos ó apariencia de sentimientos con que embaucamos ó divertimos á la humanidad, solo sirven para encubrir nuestras pasiones y nuestros vicios, que, á veces, superan á los de los demás mortales, porque tenemos más imaginación. Debajo de la capa de una inspiración que se cree sublime, representada en un cuadro, en un poema, en una partitura, en un *dó* de pecho, ó en un recojimiento místico, se suele esconder un cuerpo macerado por las señales inmundas del vicio y del demonio.

—Mientes, infame charlatán!—exclamé sulfurado; pues yo he conocido cómicos y músicos con verdadera alma de artistas, nobles y generosos en todos sus actos y que sentían verdaderamente lo que cantaban ó tocaban; he conocido literatos y poetas sublimes, que se inspiraban en sus bellos sentimientos y en la moral y la verdad más pura; y he conocido religiosos, que eran pura virtud y caridad.

—Já, já! —respondió aquel miserable, con voz infernal.—Yo también he conocido cómicos y músicos con alma de cieno, de sentimientos pequeños y raquiticos y que se reían de sus inspiraciones; literatos y poetas degradados, que se inspiraban en el vicio y en el fango para hablar de patriotismo y de moral; y religiosos explotadores, hipócritas y usureros.

—Calla, maldito! —grité fuera de mí. Todo artista, por malo ó vicioso que sea, tiene que inspirarse, sentir verdaderamente, para producir algo bello. Vos habreis sido todo, menos artista, ó confundireis el arte elevado, sublime, que es la poesía, la inspiración de lo divino, con el arte mecánico de las formas, que, aunque bellas, no pasan de formas; habreis confundido la idea, el pensamiento, con el ropaje con que se le viste ó aprisiona, desfigurándole muchas veces; habreis hecho versos ó música, sin ser poeta ni músico, ó quizá, ni versos ni música hayais hecho nunca, ó los habreis hecho malos. Por eso hablais así.

—He sido autor y compositor de varias revistas teatrales, dijo aquel pobre tipo, alejándose de nosotros, y he escrito infinidad de versos de un sentimentalismo trasnochado, del género *cursi*, y varias novelitas en pró del sensualismo y la concupiscencia.

«Pero, ¿eso que importa! agregó.

«La virtud está arriba de todas esas pequeñeces. Sin embargo, concluyó diciendo desde lejos, en vuestro mundo, vale más ser literato, músico ó artista, que hombre honrado, pues habeis hecho de estos seres, unos semi-dioses; y si quereis un ejemplo, aquí van con nosotros, dos penitentes muertos reciente-

mente, que fueron unos grandes bribones, pero que, como eran literatos, les hicisteis grandes honores, por aquello de que todos los hombres de letras, se protejen mutuamente, como se protejen los músicos y los artistas, para darse *bombo* recíproco, habiéndose constituido todo en una sociedad de mútua admiración.»

—No os sulfureis, me dijo uno de los principales demonios con mucha calma. Todos estos que veis aquí son médicos, abogados, políticos y comerciantes sin conciencia; poetas y literatos de *pega*; escritores venales; artistas averiados, y músicos de *chifladura*.

—Ah! señor, exclamé yo entusiasmado, cuanto bien me habeis hecho al decirme lo que acabais de exponer. Ya me parecía á mí que no podía haber abogados tan sin vergüenzas y médicos tan estúpidos; políticos y escritores tan cínicos, y literatos y artistas tan villanos. Ahora me explico las ideas emitidas por todas esas almas: son las ideas estúpidas que profesa el vulgo en el mundo terrestre, que supone malos á todos los que están arriba, social ó políticamente; creyendo explotadores al abogado y al médico porque cobran sus honorarios, como si fueran á vivir del aire, según dijo con mucha propiedad aquella alma en pena: rechazando su ciencia porque no la comprenden, odiando al funcionario público, juzgando mal al político, y fastidiándose de todo lo que no entiende ó no puede alcanzar á obtener ó comprender.

—Tontos! dijo Dante, mirándonos despreciativamente.

—

Apareció el final de la columna, que era numerosa y la componían los ladrones, asesinos, sirvientes, charlatanes, soberbios, hipócritas, etc., etc.

Entre ellos venía una alma suelta, que dijo haber sido autor dramático en proyecto y nos hizo un cuento muy gracioso diciendo que se encontraba allí por no haber podido poner en escena una obra suya de bastante aliento.

Era compatriota mio, y las peripecias que pasó tuvieron por teatro estas repúblicas del Plata y por actores á la infinidad de cómicos europeos que tan buen provecho sacan de nuestra candidez.

La obra en cuestión era una comedia de costumbres en tres actos, sometida previamente al fallo de nuestros literatos, que le había sido en extremo propicio.

Nuestro autor se presentó al principio con mucho desparpajo á empresarios y actores, colandose como por escotillón en los camarines y entre telones, durante los ensayos ó los entre actos de las representaciones.

Lo recibían pésimamente, diciéndole que las obras nacionales estaban muy desprestigiadas y que en América no había verdaderos autores teatrales; concluyendo por manifestarle que estaban muy ocupados y que no podían leer su obra.

No consiguiendo nada por este medio, se hizo recomendar por los amigos de dichos empresarios y cómicos. Igual resultado: le tomaban el libreto, y lo leían ó no lo leían, la cuestión era que le contestaban todos que no se podía representar, ó porque no era adaptable al género que cultivaban, ó porque no era autor conocido ó porque tenía defectos en la parte escénica.

Trataba de demostrarles que el género era igual al que representaban, que los autores para ser conocidos debían empezar por hacerse conocer y que los defectos podían corregirse, probándoles que hasta los grandes autores cometen errores en sus obras, que luego se corregían en los ensayos y aún después del extremo de las mismas.

Nada valía; era inutil todo lo que espusiera: no le podían representar su obra.

Entonces apeló á otro medio: se hacia anunciar como hombre de fortuna y *amateur* del teatro, adelantándose previamente con un obsequio ó regalito al empresario ó al actor principal de la compañía.

Se le recibía mucho mejor; ya no eran tan estimados aquellos caballeros, que antes se le presentaban con todos los aires de grandes señores, y hasta lo iniciaban en algunos secretillos de entre telones, que son tan distintos como el día de la noche de los hermosos papeles de caballeros y nobles que se representan en la escena para el público en general.

Pero apesar de todo; apesar de recibir uno tras otro los regalos que les hacía, y de servirlos en todo, á ellos y á sus *numerosos* amigos, nada; su obra no se representaba: siempre había algún inconveniente de última hora que impedía su representación, hasta que al fin se mandaba mudar la compañía para otros mundos.

En vista de todos estos fracasos, nuestro pobre autor dramático en proyecto, con su comedia aprobada por una infinidad de literatos distinguidos, desistió de hacerla representar, declarando en su despecho, que no eran los empresarios teatrales y cómicos como él se los había figurado por el bombo que les daban los diarios en sus crónicas churriguerescas, y que no los consideraba autoridad para juzgar del mérito de una obra literaria, fuera buena ó mala; pues si bien constituían una gran parte del éxito teatral cuando interpretaban debidamente la intención de un autor y sabían caracterizar los tipos de una obra, no eran sino partes mecánicas, interpretativas, más ó menos ajustadas á la maquinaria de la obra y movidas al impulso de un motor y maquinista inteligente.

Estas declaraciones tan atrevidas y no haber trabajado para la fundación del Teatro Nacional, con actores y autores americanos, condujéronlo, como era natural á las calderas de Pedro Botero, donde su pobre alma debería cocerse por toda la eternidad.

—

Me iba á retirar, por no oír la canalla que venía al final, de este grupo, cuando Dante hizome notar

una infinidad de personajes muy *finchados* — hombres y mujeres — que venían en el centro de la muchedumbre, sirviendo de ludibrio á todo aquel chusmaje.

— ¿Quiénes son? le pregunté.

— Oíd y juzgad, me contestó.

Presté atención, y escuché que uno de aquellos personajes decía:

— Dejadme, chusma infernal! Respetad siquiera la elevada posición social que ocupé entre vosotros, miserables!

— ¿Y cuál era la elevada posición social de ese caballero? preguntéle á mi guía.

— Tenía palacios, carruajes, relaciones y todo lo que constituye una gran posición social entre vosotros.

— Pues, no eran tantos que digamos, ni tan grandes sus méritos para tener ese orgullo. Siquiera hubiese tenido saber, ó talento ó valor, aunque no hubiera sido virtuoso, pase; pero, fortuna, palacios, relaciones, eso lo consigue cualquier quidán.

— Y cuánto mas quidán y bruto, mejor, dijo uno de los charlatanes; y si es bruto y bribón, doblemente mejor: pues una de estas dos condiciones son, por lo general — salvo honrosas excepciones — las que caracterizan á los acaudalados de la Tierra. Y las distinciones de los ricos, son distinciones vulgares, pues concluyen con su muerte. A ningún potentado por el solo hecho de ser tal, se le erigen estátuas, ni se le hacen honores póstumos, ni lega su nombre á la posteridad. La riqueza, es la materia, y, por consiguiente, solo sirve para adquirir bienes materiales.

— Así es, espuso Dante, contestando á mi observación, y prescindiendo del charlatán; pero también esa es la vanidad humana. Este individuo, por ejemplo, adquirió malamente su fortuna, como la adquieren por lo general casi todos los ricos; pero la sociedad que no repara en esas nimiedades, por aquello de que no conviene escupir al cielo, y que solo se fija

en el brillo de los astros, la sancionó admitiéndolo en su seno, y luego, como era orgulloso y soberbio con los pobres y los humildes, le dió el título de personaje y posición social; pues por algo se sacrifican los hombres, agregó sarcásticamente, y se pasa por todo, y se cometen crímenes.

—Y hasta cierto punto militan algunas razones para que eso suceda en el mundo, dije yo algo fastidiado de tanta crítica; pues la mejor razón entre nosotros, es el dinero, como que con él se conquistan todas las voluntades y se vencen todas las resistencias; con el dinero se hace la guerra y se mantiene la paz; por el dinero se sublevan los pueblos, ríndense las mujeres y se pierden las reputaciones. Y tanto tienes, tanto vales: y no se considera sinó al rico, haya adquirido su fortuna como la haya adquirido, y se adula al poderoso, aunque sea un bribón, llamando chistes á sus groserias y virtudes á sus vicios. Qué extraño, pues, que los pueblos aspiren á poseer fortuna ó tener poder, si se les educa haciéndoles creer que debe admirarse al vencedor, que vale el que tiene, y que el pobre, es un tipo y un tonto el humilde...

—Pues ya veis en lo que vienen á parar todas esas mistificaciones, interrumpióme Dante sentenciosamente. Cuántos ricos querrían ser pobres en la hora de la muerte, y cuántos poderosos desearían ser humildes en ese momento, que llega inexorablemente para todos, sin que la atolondrada humanidad se dé cuenta, ni se preocupe de él; que á todos les iguala y que, quiérase ó no se quiera, hay que presentarse ante el supremo Hacedor y exhibir el debe y haber de su vida y de su conducta. Estúpida vanidad humana, agregó airadamente, dirigiendo su vista hácia el grupo de aquellos pobretes, bien merecido tenéis el fin que os está reservado. *Vanitas, vanitatem et omnia vanitas!*

Empezaron á pasar los individuos del grupo, diciéndonos uno:

—Yo he sido el primer *dandy* de la sociedad; nadie vestía tan irreprochablemente como yo, ni usaba mejores esencias y cosméticos, ni hizo mayores conquistas en el mundo; imité todas las costumbres y hábitos de París y de Londres, sin que *jamás* conetiera una inconveniencia social. En una palabra: era yo lo que se llama un verdadero *fashionable*.

Una buena moza, iba diciendo:—Yo era el astro de los salones; las mujeres me envidiaban y los hombres se rendían á mis plantas.

Un larguirucho muy feo, decía:—Yo jamás me codeé con la chusma, ni me degradé en ninguna clase de trabajo. Tuve queridas por centenares: casadas, viudas y solteras; frecuenté todos los grandes centros, frontones y sports; fui pródigo, y aunque embrollé muchas veces para sostener mi posición, jamás dejé de batirme por un insulto, ni de pagar una deuda de juego.

Otra que parecía soltera:—Yo era el encanto de todas mis numerosas relaciones, por la chismografía que siempre usé y por los chistes con que salpicaba todos mis enredos y calumnias. Aunque vieja, pasaba por joven con mis pinturas y afeites: tenía los dientes postizos, usaba peluca por cabello, trapos por seno, y por lengua.... una cuchilla.

Un individuo muy repantigado y con muchas ínfulas, pero con cara de topo y entendimiento de alcornoque, iba diciendo muy pensativo:

—He admirado la rapidez con que se procede en este siglo de las luces y el amor al éxito, que todos buscábamos en la Tierra.

«La rapidez para hacer grandes fortunas en la Bolsa, explotando al incauto que cae bajo las garras del corredor; la rapidez de la fundación y fundición de las sociedades anónimas, dejando á los accionistas en la calle; la rapidez de los gobiernos en levantarse con los dineros del pueblo; la rapidez de los transportes en ferrocarriles ó vapores; la rapidez de la transmisión de los signos telegráficos de un confín á otro del mun-

do; la rapidez de la conducción de la palabra por medio de los hilos telefónicos; la rapidez en premiar á los malos y castigar ó despreciar á los buenos; la rapidez en concebir maldades é inventar elementos de destrucción, modas y placeres; la rapidez en enriquecerse los comerciantes y los industriales; la rapidez en deshonorarse las mujeres y envilecerse los hombres.

«Qué bello es todo eso! La morosidad en nuestro mundo se emplea solamente para hacer justicia y buenas obras. Y el éxito? Oh! todo se busca y se juzga por el éxito; vale el político que triunfa, el militar que vence; el ciudadano que hace fortuna, ó el hombre ó la mujer aplaudida; la virtud, la moral y la honradez, son puras pamplinas: nada valen: no se cotizan á ningun precio en nuestra sociedad.»

Y así, sucesivamente, iban todos y todas esponiendo sus méritos sociales, como por ejemplo, que habían vestido siempre á la última moda, que poseían maneras distinguidas, que jamás habían cometido una inconveniencia, que no comían ni bebían ciertas cosas porque era *cursilon*, que sabían disimular sus sentimientos cuando les convenía, que champurreaban todos los idiomas sin hablar bien ni el propio, que habían dado grandes recibos en sus salones, viajado por las cinco partes del mundo y admirado las primeras celebridades, que fueron arrastrados en lujosos carruajes, que habían sido espirituales y galantes, que engañaron á sus mujeres ó á sus maridos, y que habían gozado en fin de todos los placeres de la vida.

Para nada mencionaron la virtud, ni la moral, ni una buena obra siquiera, pues todo era vanidad, ostentacion y vicio. Y el chusmaje que los rodeaba, silbábalos, gritábalos y apedreábalos despiadadamente.

Inspiráronme realmente lástima estos infelices, y á juzgar por ellos, compadecí de veras á muchas y muchos que conozco, cuya conducta frívola y vanidosa los llevará al mismo fin; esto es, si no cambian su modo de ser por una vida mas virtuosa y mas útil á sus semejantes.

—Cuánta farsa, mi querido maestro! díjole á Dante uno de los demonios con cierto aire de filósofo *min-doniense*.

—Y vos, ¿no participais también de ella?

—No. Jamas! He sido siempre opositor á toda clase de ostentación.

—Entonces no sereis muy simpático entre los vuestros, porque á cada paso chocareis con ellos.

—Es cierto. Pero he adoptado el mejor sistema para no ser molesto á nadie. Retirarme completamente de la sociedad.

—Y quien os asistirá cuando esteis enfermo, ú os enterrará cuando os murais?

—Extraño, Sr. Dante, que me hagais semejantes preguntas. Ya sabeis que los amigos fastidian al paciente y se fastidian de él en esas visitas forzadas, y que alguien, aunque no tenga familia, tiene que enterrar al muerto para que no infeste su cadáver (que no hay nada que infeste más); que lo mismo es que lo acompañen al cementerio como que no lo acompañen, que lo lleven en carro como que lo conduzcan en andas, y que lo entierren en bajo ó en alto, arriba ó debajo de la tierra. Todo eso no demuestra cariño, ni nada; son preocupaciones y vanidades mundanas.

—No digais esas tonterías, díjele fastidiado á aquel diablo tan escéptico. Como quereis que viva el hombre sin sociedad, sin amigos, y sin afecciones, ni cariño. Convertidlo en bestia, sería mejor.

Y dirijiéndome á Dante, me permití decirle estas palabras:

—En vez de esta crítica severa de los vicios y defectos humanos, sería mejor animar al hombre, elogiándolo, haciéndole creer que posee las virtudes que se pretende inculcarle, pues los muy viciosos como los muy virtuosos, son las excepciones: la mayoría de la humanidad es débil, y se deja arrastrar al vicio por su pobreza de carácter ó porque cree encontrar en él un placer cualquiera ó su fortuna.

«Hay que educar á los hombres, animándolos, pero no es con la crítica que lo conseguireis, sinó, por el contrario, persuadiéndoles que sus méritos son mayores de los que tienen, que poseen las virtudes, repito, que se les quiere inculcar, como se hace, por ejemplo, en los combates, que pelean hasta los cobardes, haciéndoseles creer que son valientes.

«A la humanidad debe perfeccionársela dignificándola y no deprimiéndola, como pretendéis vosotros. El corazón humano se nutre de ilusiones, á falta de realidades ó de esperanzas, pues tiene necesidad de esperar para vivir.

«Por otra parte, desconfiar demasiado de los hombres, acusa poca habilidad y penetración, concluyendo por creérseles malos á todos. Por ejemplo, si dais oídos á todo lo que digan de uno en sociedad hasta por nuestros más íntimos amigos, concluiréis por odiar á todo el mundo, pues todos por matar el tiempo hablamos mal ó ridiculizamos hasta á nuestros mejores amigos, sin que importe eso dejar de apreciar al amigo, querer al amante y así sucesivamente».

Dante me observó juiciosamente:

—Notad que estamos en el Infierno.

El demonio no me contestó, y mirándome con cierto aire de contrariedad y sorpresa, me dió vuelta la espalda, confundiéndose entre los otros diablos; lo mismo que proceden nuestros *atorrantes* cuando uno les hace alguna reflexión filosófica sobre la necesidad que tenemos los seres humanos de asociarnos y progresar.

—

Atrás de todos iba un tipo que me llamó fuertemente la atención. Por excepción iba vestido, aunque su traje ni su aspecto tuvieran nada de remarcable, pues no era feo ni hermoso, joven ni viejo; marchaba distraído, indiferente á todo, caminando como un autómeta. Lo que me chocó en él, no fueron todas

esas circunstancias, sinó que no era una alma solamente, sinó que era alma y cuerpo vivientes, en fin, un ser como yo ó cualquiera de mis lectores, siendo por lo tanto incomprendible su estadía allí, salvo que le sucediera como á mí, algo extraordinario y sobrenatural.

Preguntámosle quien era y porqué se encontraba en el Infierno; nos contestó con desgano que se llamaba.... Perico, y que no se daba cuenta de su permanencia en aquellos tétricos lugares, pero que le era completamente indiferente estar allí ó en cualquier otra parte. Agregando estas otras palabras en contestación de nuevas preguntas que le hice: — Que decepcionado completamente de la vida humana, no le importaba que ella se deslizara como mejor le pareciera; que había sufrido mucho á causa de su carácter vehemente y por las ingratitudes de los humanos; que no comprendiéndose su patriotismo, su fortaleza de ánimo y sus sentimientos nobles, lo habían denigrado, calumniándolo, posponiendo su personalidad á la de otros tipos insignificantes, y haciéndole la guerra de todas maneras. Que ahora, continuó diciendo, se había cansado de luchar, es decir, de luchar en ese orden de ideas, y que se alegraba de encontrarse allí, pues por malos que fuesen los demonios, nunca lo serían tanto como sus perversos enemigos.

Fuese el tipo, dejándome completamente preocupado, no solo por sus tristísimas palabras, sinó porqué ¡admírense ustedes! le encontraba un perfecto parecido á..... X., casi como una gota de agua se parece á otra gota.

También me llamó la atención otro tipo que en las mismas condiciones que el anterior venía trás de la columna. Era un pobrete, con andar de sonso y ribetes de atorrante.

—Y vos quien sois? —le pregunté.

—Un desgraciado, me contestó; que vengo al Infierno para probar si es mejor que la Tierra. He sido tan aporreado allí!

—Contadnos vuestra historia, le dijo Dante con cierto aire de compasión.

—Mi historia es muy sencilla, ó más bien dicho no tengo historia, pues no puede considerarse tal las vicisitudes de mi humilde hogar y la desgracia ó suerte de lo que acaba de sucederme.

«Nací de padres pobres, pero que tenían la monomanía de cuidarme excesivamente, hasta el punto de no dejarme nunca solo, libre como los demás muchachos, ni permitirme tomar el aire y correr por los campos, prescribiéndome unos alimentos y prohibiéndome otros, medicinándome á cada momento, pues el médico no salía de casa, *et sic de caeteris*; con todo lo cual me hicieron el niño más desgraciado y me prepararon para una afeminada adolescencia. Durante este tiempo mis padres no me perdían pisada, temiendo me fuera á perder, y yo era la *cabeza de turco* de las puyas de todos los amigos, sin tener derecho á nada, ni libertad, ni accion de ninguna especie. Me casé entonces creyendo libertarme, pero como era débil y enfermizo, mi mujer, sus parientes, mi suegra (sobre todo mi suegra) me mortificaban y se me imponian de todas maneras.

«Esta ha sido mi vida, señores, continuó diciendo el pobrete, hasta que en mala ó buena hora se le ocurrió á mi suegra, á mi mujer, y á mis hijos (pues hasta mis hijos me mandaban) hacer un viaje por mar, y hete aquí que naufragamos, salvándonos toda la familia en una isla completamente estéril donde mi mujer, mi suegra y mis hijos querian devorarme para saciar el hambre que nos consumía, pero yo, mas fuerte que ellos apesar de todo, y mostrándome enérgico una vez en la vida, los devoré á todos con mas furor y desesperación que, la que según cuentan, experimentó el Conde Ugolino en la horrible epopeya de su trágica muerte.

—Ugolino, habeis dicho! le interrumpió mi guia. No sabeis con quien hablais? insensato!

—Ya lo creo que lo sé—respondió aquel pobrete.



QUE HORRORES MAS ESPANTOSOS LOS QUE PRESENCIÓ MI VISTA ALLÍ!

(INFIERNO IV.)

Quien no conoce al famoso Dante Alighieri, autor de la nunca bien ponderada *Divina Comediá*. Perdonadme si os he ofendido.

Y se ausentó saludándonos con humilde cortesania; reflexionando yo, que así como la mucha libertad es perjudicial para la educación de un niño ó un joven, es mala también la excesiva severidad; sacando por consecuencia la exactitud del antiguo refrán: que « todos los extremos son viciosos. »

IV

Habiendo llegado la hora que se nos había concedido para comunicarnos, nos retiramos; dirigiendo nuestros pasos hácia el primer departamento de los tormentos, (como así me dijo Dante llamarse ahora los *círculos* descritos por él en su inmortal libro), al cual llegamos tras de un pequeño viaje.

¡Qué horrores más espantosos los que presencié mi vista allí! Jamás imaginación alguna ha ideado nada más horrible y repelente que el martirio que sufren en el Infierno los condenados de este departamento.

Millones de almas con sus vestiduras humanas, revuélcanse en medio de un fango ó estercolero inmundado, cubiertos de una lepra asquerosa y de repugnantes gusanos que los roen sin cesar, despidiendo humores fétidos de sus cuerpos horriblemente macerados, devorándose con ira los unos á los otros, sin tener un momento de descanso, y siendo perseguidos constantemente por numerosas legiones de monstruosos demonios, que les escupen fuego y los azotan despiadadamente, con enormes látigos llenos de púas aceradas y cortantes, desgarrándoles las carnes y machucándoles los huesos.

Están divididas en tres secciones, siendo más débiles los sufrimientos y las persecuciones, según se adelanta el número de cada sección.

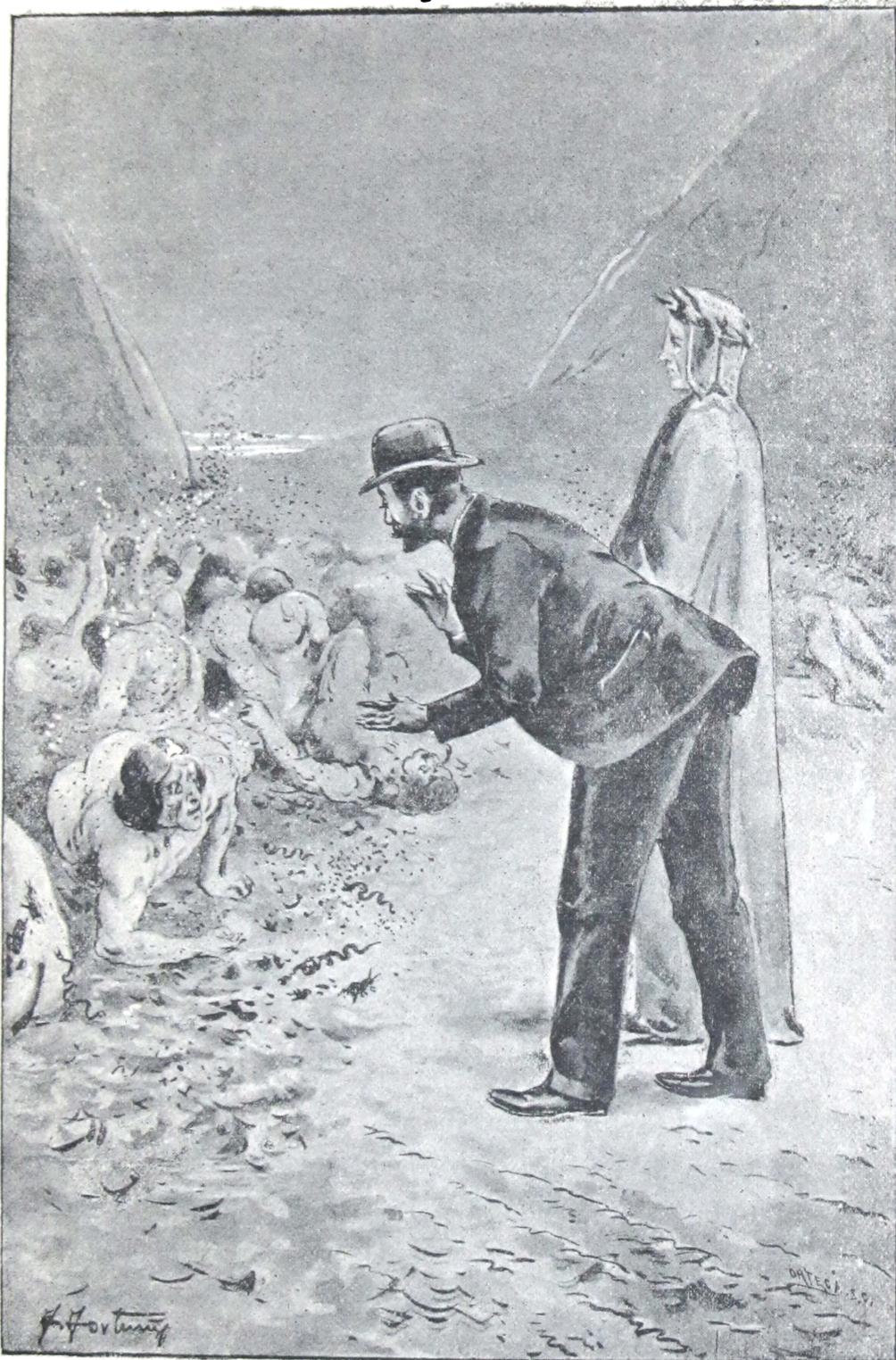
Impresionado vivamente por aquel horroroso espectáculo, interrogué á Dante quienes eran aquellos desgraciados, y porqué causas sufrían semejantes tormentos.

—Hay infinidad de conocidos vuestros, me dijo; entre ellos muchos que todavía viven en el mundo y que han sido sustituidas sus almas, que veis aquí, por malos espíritus que albergan en sus dobles cuerpos.

Miré con atención á los atormentados y, en efecto, distinguí muchísimas caras conocidas, que . . . ya se imaginarán mis lectores á quienes me refiero.

—Estos son, continuó diciendo mi guía, los ladrones públicos. En la primera sección, están los funcionarios que han robado y roban en sus empleos, los prevaricadores, concesionarios de centros agrícolas y de éjidos de los pueblos, los proveedores ladrones y contrabandistas, los deudores fallidos de los Bancos oficiales, los empresarios y explotadores de ferrocarriles garantidos, los autores de emisiones clandestinas, los concesionarios de *playitas* y los que explotan al pueblo en nombre de la divinidad. En la segunda, los gerentes y directores ladrones de sociedades anónimas, los estafadores públicos, los *tonquistas*, los quebrados fraudulentos, los monopolizadores de las grandes y pequeñas industrias, y los abogados, procuradores, escribanos, médicos y farmacéuticos explotadores. Y en la tercera, los usureros, avaros, caseros (vi á tres ó cuatro conocidos míos), y todos los grandes y pequeños comerciantes, que adulteran sus mercaderías ó las venden con ganancias ilícitas ó sisan en el peso ó la medida, inclusive los carniceros, panaderos, lecheros y demás sanguijuelas que chupan la sangre á los pueblos, explotando miserablemente los artículos de primera necesidad.

—Pues si por estos delitos se castiga en el Infierno, díjele á mi interlocutor, pronto éste será chico



MIRE CON ATENCIÓN A LOS ATORMENTADOS.

(INFIERNO IV.)

para dar cabida á todos los que allá, en la Tierra, incurren en ellos.

—Es verdad, me contestó Dante; por eso llegan aquí diariamente miles de esos pecadores; pero el Infierno no se llena jamás: es infinito.

—Y qué os parece del crimen de estas almas, mi querido poeta?

—Que qué me parece?—Que de todas las llagas sociales, la más repugnante y perjudicial es el robo ó la explotación pública; pues no solamente envilece á quien lo comete, sino que hace mal muchas veces á pueblos enteros, conduciéndolos á la miseria ó á la degradación. El ladrón público, en vez de ser admirado, como lo es generalmente entre vosotros, debía ser condenado inexorablemente, con más severidad que el ladrón ó ratero vulgar.

V

Seguimos nuestra marcha hácia el segundo departamento, que alberga á los que han abusado de su posición, tiranizando á los pueblos, ó á sus subalternos, dependientes, y á todos los aduladores del poder y de los poderosos.

En el trayecto, encontramos una gran ciudad, con un bellísimo puerto de mar, que me dijo Dante era la capital del Infierno.

Penetramos por un sin número de callejuelas tortuosas y sucias, que desmerecían del embellecimiento de la primera ciudad de tan gran reino.

Preguntéle á mi guía, si no había allí Municipalidad ó Junta Económico-Administrativa.

—Si, hay, me dijo; pero los enormes impuestos que cobran al pueblo, son pocos para satisfacer la sed de rapiña de los señores ediles. Por eso existe un desaseo tan grande.

—Y qué forma de gobierno es la que rige los destinos de este país?

—El republicano representativo unitario. Pero como en las repúblicas de vuestro mundo, es republicano únicamente en la forma ó en el nombre; pues el Presidente es quién, exclusivamente, elije sus cámaras y todas las autoridades que constituyen el gobierno, y hace y deshace las leyes, disponiendo à su antojo de las vidas y haciendas de sus gobernados.

—Y el pueblo lo consiente? le pregunté.

—No tiene más remedio que consentirlo, pues el gobierno, contra lo que prescribe la democracia, tiene un numeroso ejército de línea con el cual domina y hace lo que quiere.

—Ta! ta! dije yo; lo mismo que en la Tierra. Y también robarán los señores gobernantes?

—Lo mismo que entre vosotros. El robo parece que estuviera inolucado en las alturas del Poder.

Distraido con nuestra conversación, no había notado que estabamos ya en el centro de la ciudad; que era precioso, espléndido, muy cuidado, sin duda porqué en el residia la aristocracia, lleno de edificios suntuosos, y que nos seguía una numerosa muchedumbre de demonios.

Nos detuvimos un momento á admirar todo aquello, y en ese instante, apareció un diablo elegantemente vestido, que nos saludó ceremoniosamente y nos dijo que aprovechando aquella gran reunión, iba á dirigir la palabra al público.

Así lo hizo en efecto, pronunciando un discurso patriótico, que la muchedumbre aplaudió frenéticamente; llegando á conmoverme á mí mismo, por la belleza del sentimiento que lo animaba, por su elocuencia arrebatadora y hasta por su arrogante figura, pues era un hermoso demonio.

—Quién es este orador, que parece tan patriota y tan honrado? le pregunté á mi compañero.

—Es el individuo mas voluble que existe en el Infierno; sin convicciones de ninguna especie, y el

bribón mas grande que se ha conocido; pero, como tiene talento, y, sobre todo, habla muy bien, todos lo aplauden y festejan.

—Cómo! exclamé admirado. Es posible que aquí también se prefiera el ingenio bullicioso, al carácter, y la oratoria convencional á la virtud?

—Si no se prefieren, me contestó Dante, fascinan por lo menos á los pueblos idiotas.

Miré entonces con atención al público y noté que casi todos estaban poco menos que desnudos, y que varios méndigos estendían sus descarnadas manos hácia nosotros pidiéndonos una limosna.

—He aquí, me dije, el resultado de estas fascinaciones!

En esto, se oyó un grito que partia del lado derecho de donde nosotros estábamos. Corren todos hácia allí, y se encuentran con un diablo enfermo que se revolcaba por el suelo, dando unos gritos espantosos.

—A buscar un médico! dice uno de los demonios Pronto! pronto!

—Qué médico? dice otro.

—Al Dr. Chapín, contestó el primero, que es el médico mas notable del Infierno.

Corren á buscar al médico, que llega un momento después; le toma el pulso al enfermo, gradúale la fiebre, le interroga, y suponiendo que tiene un tumor en el vientre ¡zás! ¡trás!, le abre el abdómen de dos golpes de bisturí y . . . resulta que no existe tumor ni cosa que se le parezca. Receta luego, asegurando que sanará fácilmente con la operación practicada, y se retira. Pero no pasan diez minutos que hay que ir nuevamente á buscar al doctor, pues el pobre diablo se muere, y sufre horrorosamente. Cuando vuelve el doctor Chapin, ya lo encuentra muerto, pero declara que no ha fallecido de la operación, que ha sido habilmente hecha, sino de una fiebre, que ha sobrevenido y de la extrema debilidad en que se encontraba el paciente. Todos aplauden, asintiéndole á su afirmación y váse el médico notable entre la admiración general.

—Pero, cómo puede ser, le dije á Dante, que un médico tan famoso como dicen que es este doctor Chapín, haya practicado una operación sin necesidad ó, por lo menos, cuando el enfermo no se encontraba en estado de operarlo y, sobre todo, que no haya precavido que podría sobrevenirle una fiebre al paciente?

—¿Y os extraña eso? me contestó por Dante un diablo pobremente vestido, de aire modesto, pero de mirada inteligente. ¿No sabeis, como os lo dijo aquel condenado, que la medicina es una ciencia que marcha casi completamente á oscuras; que de cien casos, solo aciertan cinco, curándose ó muriendo los demás, sin haber obrado otro medicamento que la naturaleza? De ahí proviene aquel aforismo: que no siendo bueno ninguno de los sistemas de curar, todos curan algunas veces.

—Lo sé y no lo sé, pero como quiera que sea me choca este caso. Creo que en la Tierra, no se hubiera cometido un error tan craso, particularmente tratándose de una operación, que cae en la jurisdicción de la cirujía, tan adelantada hoy en todas partes.

—Cá! La cirujía es lo mismo que la medicina. Es exacta en cuanto al corte mecánico del bisturí, que se sabe llevar con precisión por donde no ofenda una arteria ó un órgano cualquiera que afecte la vitalidad, pues se conoce material y matemáticamente el cuerpo humano; pero es tan obscura como aquella en lo que se refiere á los resultados de la operación y á la apreciación del estado patológico del operado. En una palabra, solamente pueden aceptarse los adelantos de la cirujía bajo el aspecto de la antiseptica, de la higiene etc.; pero no siempre por su eficacia operatoria. Y en cuanto á la notabilidad del Dr. Chapín, es, como por lo general son todas las notabilidades, farsa del admirado y estupidez de los admiradores. Basta un hecho casual, una frase feliz, un golpe de audacia, para hacer la reputación de un individuo; aunque en lo sucesivo no se repita el hecho, la frase,

ni el golpe audaz, pues como dice el refrán: cría fama y acuéstate á dormir.

—Entonces, dije sonriendo, casi sería preferible que no hubiera médicos. Que cada cual fuese médico de sí propio: *medicus curam ipsum*. No hacer ni tomar lo que uno crea que le hace daño.

—Quizá tengais razón. Puede ser que murieran menos enfermos, ó los que murieran, muriesen más tranquilos.

«Todo dependería de que usaseis un método racional de vida: bañarse diariamente, en invierno y verano; habitar parajes sanos é higiénicos; comer moderadamente y comidas sanas (una vez al día solamente, mucho mejor y mas económico), y muchas frutas y legumbres; mantener vuestra boca limpia y en perfecto estado la dentadura (aunque sea artificial); hacer frecuente ejercicio, evitar los disgustos y, como decía Hipócrates, vuestro gran médico, usar de todo, pero no abusar de nada. Higiene corporal, estomacal é intelectual: *mens sana in corpore sano*. Por lo menos se evitarían muchas enfermedades y serían mas benignas las demás, obrando con mas vigor la naturaleza que con las drogas inmundas, que en la mayor parte de las ocasiones la contrarian y destruyen el organismo humano.

«Y la salud, aunque vosotros solo la recordais cuando la perdeis, es la base, el todo de la relativa felicidad á que podeis aspirar en la vida. Lo que decía un sabio, contemporáneo de vuestro compañero, es una gran verdad: todas las enfermedades se las proporciona la misma humanidad, á excepción de los accidentes imprevistos; pues todas deben su origen á la impureza de la sangre, que solamente se produce por el desarreglo de la vida, mirada bajo y cualquiera de sus fases: moral, material é intelectual.

—Voy á permitirme hacer os una observación. Ese método de vida que prescribís es casi imposible de llevarse á cabo, particularmente en las ciudades, donde los gustos son mas refinados, existen mayores

placeres y se sufren mayores disgustos, mas contrariedades y dificultades, en una palabra; en donde se hace una vida intelectual y nerviosa mas activa que en el campo.

—Pues precisamente en las ciudades es donde mas se necesita la higiene. En las ciudades donde gastais vuestras fuerzas físicas é intelectuales en la lucha por la vida, donde consumís vuestros nervios y vuestro estómago en los placeres y contrariedades, ahí es donde debe hacerse y hasta imponerse la higiene corporal, muscular é intelectual; fomentando las cabalgatas (el caballo es un gran ejercicio), las regatas, los grandes paseos á pié, el juego de pelota á campo libre, y toda clase de diversiones honestas, que sean á la vez gimnasia y recreación; reglamentando, por último, los consumos ó alimentos, persiguiendo los adulterados ó falsificados y prohibiendo absolutamente los nocivos.

—Es decir, buscar por medio del artificio lo que la naturaleza solamente podría concedernos.

—Indudablemente. En el campo se necesita menos higiene, porque todo es pureza y libertad; el hombre primitivo, que comía sobriamente y alimentos en su estado natural, que no aprisionaba su cuerpo con vestidos incómodos, que vivía á la intemperie, sin las cavilaciones que ocasiona la lucha por la vida y pensando poco ó no pensando casi nada, no necesitaba de higiene alguna.

—Pero la higiene, mi querido amigo, podrá servir como medio preservativo; nunca como curativo.

—Estais en un error. Pasemos por alto que si observarais escrupulosamente las prescripciones de la higiene, evitariais todas ó casi todas las enfermedades, hasta la sífilis y el mal venéreo, que son las mas fáciles de adquirirse; pasemos esto, por alto, y supongamos que por la falta de higiene, ó porque no podais observarla escrupulosamente, adquirís todas las enfermedades; pues bien, como las enfermedades son la infección, la suciedad, lo único que se

requiere para desalojarla, para curaros, es limpieza, higiene, que se obtiene atendiendo á tiempo y con esmero vuestras dolencias, atacando la fiebre inmediatamente, purificándoos la sangre con depurativos más ó menos enérgicos, según las enfermedades y su gravedad, regularizando la digestión de vuestro organismo con purgas y dietas, dando expansión á los poros del cuerpo para que la respiración sea libre y franca, para lo cual son inmejorables los sudoríficos, que sirven también como purificantes; y en la generalidad de los casos, empleando solamente un buen régimen de alimentación y de vida — solo se necesita limpieza y cuidado. Esta es la verdadera medicina: la naturaleza ayudada por la naturaleza; agregando la cirugía, cuando sea absolutamente necesario para la higiene.

—Entonces, según vos, la higiene es la que preserva y cura las enfermedades, ¿no es así?

—Así es en efecto, y cuando os enfermeis, buscad un médico higienista (que sea químico mejor). Y que sea amigo vuestro, que conozca vuestro temperamento y costumbres, y no un *mata sanos*, pues mientras éste os llenará de drogas y os tajará á cada paso, aquel os cura infaliblemente con algunos antisépticos y uno que otro purgante simple ó con vomitivos sencillos y medidas higiénicas, analizando vuestra sangre, vuestros orines y materias fecales, vuestros humores y todas las deyecciones de vuestro organismo, haciendo verdaderos diagnósticos y aplicándoos tratamientos con los cuales os pueda extraer todos los humores y microbios que albergueis en vuestro cuerpo.

«Un gran médico del Infierno, que muchos tienen por loco, pero que es un sabio, recomienda estas fórmulas como preceptos higiénicos generales, aplicables á todas las enfermedades; ayudándose en los casos graves con otros medicamentos más enérgicos:

Para la digestión

| | | |
|--------------------------|---|---------|
| Acido salicílico | 5 | gramos. |
| Bicarbonato de soda..... | 5 | id. |

«El todo en 15 porciones, para tomar una después de cada comida, diluida en una cucharadita de cognac con unas gotas de limón, azúcar y soda.

Para la boca

| | | |
|----------------------------|-----|---------|
| Alcohol absoluto | 200 | gramos. |
| Acido salicílico | 3 | id. |
| Esencia de menta piperita. | 2 | id. |
| Esencia de Neroli..... | 1 | id. |

«Varias gotas en una media copa de agua para enjuagarse la boca dos ó tres veces al día (es un dentrífico de tocador).

Para la respiración

| | | |
|-----------------|-----|---------|
| Glicerina | 150 | gramos. |
| Resorcina | 3 | id. |

«Usase mojando palitos con algodón é introduciéndolos en la nariz, estando en posición horizontal por breves instantes; — que al limpiar la nariz, los oídos y los ojos, facilitais extraordinariamente la respiración y evitais que bajen al estómago todas sus excrecencias.

«Por último, aconseja los baños, el ejercicio, los sudores y un buen régimen de vida; alimentos sanos y tranquilidad de espíritu.»

—Y qué me decís de los médicos especialistas?

—Los especialistas están, más ó menos, en las mismas condiciones que los médicos generales, por cuanto aplican los mismos medicamentos (salvo los que ante todo son higienistas), y suelen tener además la

monomanía de que todas las enfermedades están ó provienen de su especialidad. Sin embargo, conocen, saben más en cuanto á su especialismo que los otros médicos.

—Y de los remedios para precaverse de las enfermedades; de la vacuna, por ejemplo, y el contagio, ¿qué me decís?

—La vacuna es también higiene, y el contagio, del cual no se puede dudar, se evita igualmente con la higiene, dijo Dante, terciando en la conversación. Los efectos de la vacuna son introducir ciertos virus en el organismo que impiden la propagación de las enfermedades que los producen: *similia, similibus curantur*. Si se pudieran encontrar todas las materias refractarias á las enfermedades é inocularlas en el cuerpo humano, tendríais vuestro organismo invulnerable á todas las dolencias que aquejan á la humanidad. En la naturaleza existen seres privilegiados que poseen en sí mismo algunas de esas materias refractarias.

«Respecto del contagio, conviene mucho, particularmente en las epidemias, emplear toda la higiene posible; es preferible exagerar en estos casos, pues todo cuidado es poco para libraros del contagio, que podeis tomar hasta en la atmósfera. Lo práctico, es procurar en lo posible no tener aprensión de adquirir la enfermedad reinante, pues el temor predispone el organismo á la enfermedad, debilitándolo, como que el moral marcha unido con el físico; no variar de costumbres, salvo que sean licenciosas, y cumplir las prescripciones de los higienistas.»

—Entonces, según veo; basado en aquello que podríamos llamar uno de los principios fundamentales de la creación, de que el reino animal se destruye entre sí dándose la vida al mismo tiempo, y de que no hay efecto sin causa, debemos aceptar que la bacteriología, descubierta en los laboratorios de Pasteur, Kock y Roux, es la causa verdadera de las enfermedades, y que la profilaxia es la terapéutica del porvenir, ¿no es así?

—Todo lo racional es lo verdadero, dijo uno de los diablos, que nos oía muy atentamente.

—Pues yo tenía otras ideas al respecto, observó otro demonio, torpemente. Creía que la vacuna era una explotación de los médicos sancionada por la ignorancia de las muchedumbres, y mientras que nada precavía, en cambio, producía infinidad de enfermedades é infecciones, que quedaban muchas veces inoculadas en el organismo, según la enfermedad ó infección que fuera propiedad del virus con que se vacunaba. Y en cuanto al contagio, si bien lo aceptaba hasta cierto punto, rechazábalo que fuera verdad en absoluto; riéndome de las clasificaciones que hacen los médicos estableciendo categorías sociales para ciertas enfermedades, atribuyendo al populacho, por ejemplo, el cólera y la viruela; y la difteria, la influenza y la tisis á la aristocracia.

«Me reía de las medidas que prescriben, como, por ejemplo, no tomar el agua y la leche sino cocidas; no comer carne, pescado, legumbres, ni frutas; inyectarse de mil porquerías (tales las creía yo), librarse del aire y del sol, y otras tantas majaderías, en mi concepto, que de cumplirse escrupulosamente, reflexionaba, sería cuestión de no comer, beber, dormir ni vivir; y comentándolas luego me decía, creyendo decir una gran verdad: «pero no conviene hacerles caso á los médicos, pues casi todo lo que proclaman es farsa y contrario á la naturaleza, que prescribe se tome de todo lo que ella produce sin abusar y en su estado natural, «haciendo la mayor vida animal posible.» E indignado agregaba: «esos demonios han inventado (me refería á los médicos) todos los medios para mortificar á la humanidad, dándoles de beber, á los pobres enfermos, las drogas más asquerosas, que no son peores «los brevajes del Infierno, mortificando y despedazando á los pacientes, con más crueldad de la que se «usa en estos sitios, y hasta quemándolos de diversas «maneras, con planchas candentes y púas de fuego, «como lo hacemos nosotros con las malas almas.

«En lo único que creía, triste de mí! era en los anestésicos que matan ó que insensibilizan al paciente

para descuartizarlo, y en los emolientes que calman, diciendo como Quevedo cuando moría algún prójimo, que no debía decirse, *murió de tal enfermedad*, sino *murió de tal doctor*. Cuántas vulgaridades se cometen por la ignorancia!

Entretenidos con esta conversación llegamos á una gran plaza situada en el centro de la ciudad y en la cual se hallaba el palacio de los tribunales; entramos en el recinto sagrado de la justicia y escuchamos entre otras, las defensas que dos notables abogados hicieron, en un pleito valiosísimo que desde años atrás se seguía entre dos comerciantes muy ricos. Los dos parecían tener razón por sus alegatos; pero el fallo dictado por el tribunal, que me pareció el colmo de lo absurdo y del cual apelaron ambos litigantes, no daba la razón á ninguno de los dos.

—¿Habeis oído? me preguntó Dante después que salimos de allí.

—Perfectamente, le contesté.

—Y qué os parece?

—Las defensas, espléndidas; muy eruditas y elocuentísimas; pero el fallo, incomprendible.

—No comprendéis entonces lo que eso significa?

—Si no me lo explicais

—Pues bien; significa que están entendidos los abogados con los jueces para que no termine nunca este asunto y explotar á los dos estúpidos pleitistas. Si los que tienen cuestiones en el Infierno, conocieran bien á la justicia y á los curiales en general, no pleitearían jamás; transarían siempre y de cualquier manera sus diferencias.

—

En aquel momento, pasó un muchacho, vendiendo diarios; le llamé y compré uno, que empecé á leer.

Asombro me causó su lectura.

¡Cuántas quejas y cargos se hacían en aquel periódico!

Supuse sería diario de oposición, pues si hubiera sido situacionista, en vez de censuras, habrían sido elogios y aplausos los que publicara.

Se quejaba del gobierno, diciendo que eran unos ladrones los gobernantes, que conculcaban las leyes y violaban la Constitución, que pisoteaban el decoro nacional, y que si tenían dignidad, debían renunciar los puestos que ocupaban indebidamente.

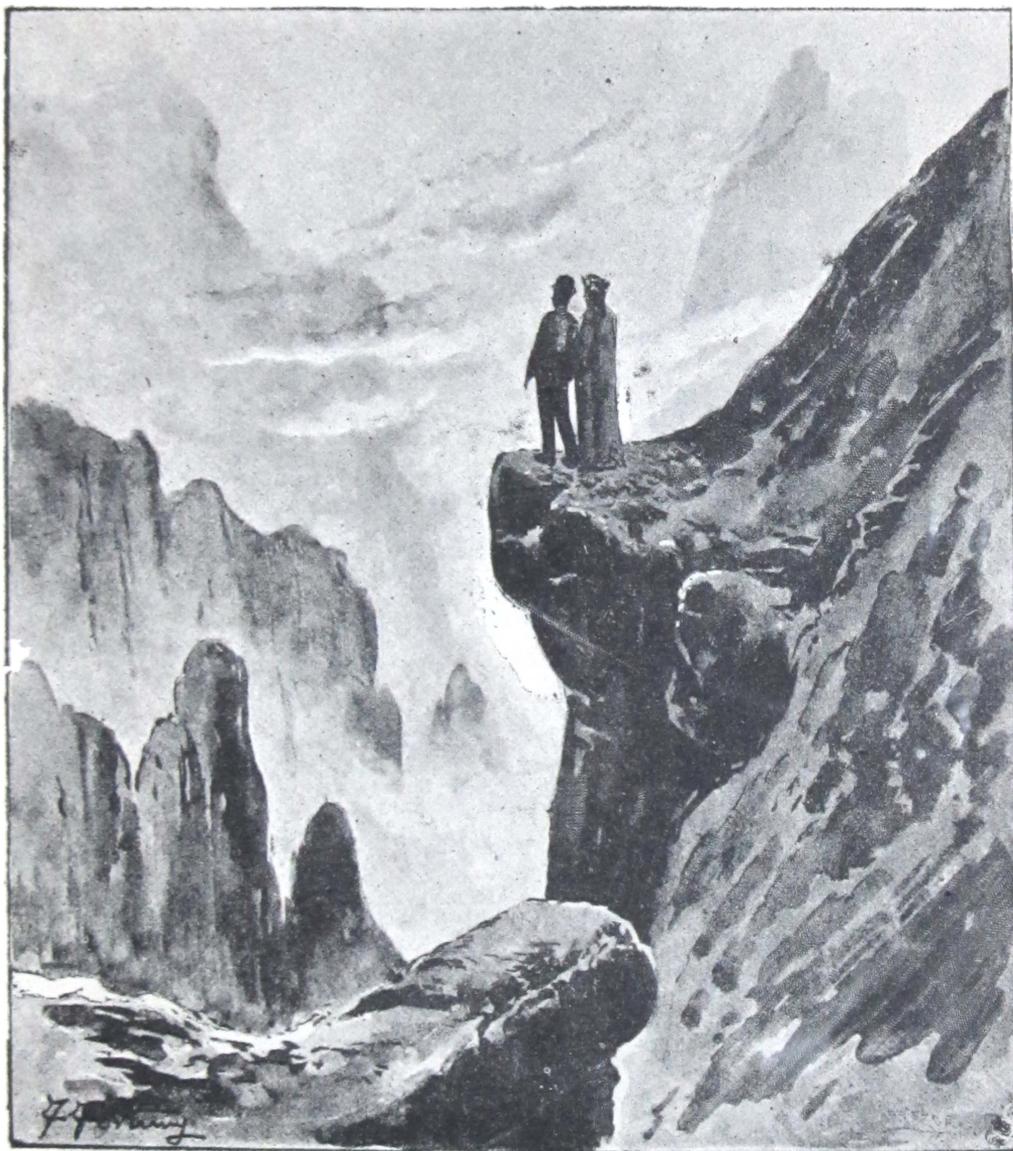
Hablando luego de la sociedad infernina, decía que estaba completamente corrompida, que las damas se prostituían hasta en los hogares y que los ciudadanos se degradaban en las orgías y en el juego.

Acusaba á la policía de que no perseguía á los vagos ni á los criminales, ó que si los perseguía, nunca los encontraba, pues sufría «de la parálisis de la ignorancia» y de que toleraba los garitos y la prostitución clandestina.

A la municipalidad, porque descuidaba el municipio y no reglamentaba debidamente á los cocheros, carniceros, panaderos, changadores ni á las empresas públicas, todas las cuales explotaban al pueblo de la manera mas inícuca.

A la oficina Química, porque no perseguía las escandalosas adulteraciones y falsificaciones de todos los artículos de primera necesidad que se expendían al público, y porque certificaba, con la mayor facilidad y sencillez, no solo las drogas que le traían para analizar, legalizándolas como aptas para la alimentación, sinó también todos los disparates científicos, ó con el nombre de tales, que se le ocurrían á cualquier patán ó bribón, con el propósito de obtener ventajas en las oficinas públicas, de acuerdo con empleados indignos.

Y á las autoridades en general, las acusaba de corrompidas, haraganas é insolentes; proclamando, por último, unas teorías y propósitos tan exagerados, que en ninguna parte se hubieran podido cumplir ni poner en practica y que eclipsaban los de las célebres promesas de cierto ex-presidente.



...CONVIÉBTSE EN UNA CORDILLERA DE MONTAÑAS Y SIERRAS QUE NO TIENEN FIN.

(INFIERNO VI.)

Leyendo todas estas cosas, ó cosas que no eran cosas, fuimos alejándonos de la ciudad, é internándonos en el desierto sin fin de los tormentos.

Y preocupado vivamente con lo que había leído, reflexionaba que en todas partes *se cuecen habas y rabian los perros*: pero que debía ser muy patriota y muy honrado el periodista aquel, que fulminaba rayos y centellas contra los vicios políticos, sociales y comerciales del Infierno.

—Esto me gusta, decía para mí; palo contra todos los bribones y viciosos. Viva la honradez política y administrativa, social y comercial!

Dante, que adivinó mi pensamiento, leyendo en él como en un libro impreso:

—No creais, me dijo, en la virtud de esos periodistas: los que escriben en ese diario pertenecían al gobierno anterior, que era tan malo como el actual, y lo que quieren es volver nuevamente á ocupar el poder para gozar de sus delicias sensuales.

— Pues os confieso que había creído lo que leí, y siento que sean unos degradados los que le escriben; pues es siempre penoso saber estas cosas y que no tienen remedio; hubiera preferido ignorarlas siempre.

—No es mentira lo que dicen, me observó mi compañero, lo que no es verdad son los sentimientos que manifiestan, ni las creencias que aparentan abrigar de los principios que proclaman. Ignorais, acaso, que bajo el nombre del patriotismo y la honradez, se ocultan casi siempre sentimientos bastardos y ambiciones personales?

—Sí, lo sé; pero creí que habría algunas excepciones y, según vos, todos son iguales.

—No, no soy tan pesimista como os imagináis: pero en política los hombres de bien generalmente no son sinó excepciones, y casi siempre viven sin exhibirse, ó si se exhiben alguna vez, vuelven decepcionados al retiro en que antes vivieron. Ya os mostraré uno de esos hombres, es decir, un demonio, que vive

casi olvidado de sus compatriotas, allá entre el cuarto y quinto departamento, en una pobre vivienda de un miserable pueblito.

VI

Conversando llegamos al segundo departamento, en el cual, mucho antes del sitio donde están los atormentados, cambia completamente el paisaje del Infierno. Las áridas llanuras que hasta allí se observan, conviértense en una cordillera de montañas y sierras cuyo término no se divisa, compuesta de enormes rocas desprovistas de toda vegetación, y cuyas alturas colosales, forman á cada paso horribles y sombríos precipicios, en los cuales son atormentadas las almas.

Dante me tomó de la mano y sin tocar el suelo, en un suave movimiento, empezamos á caminar, ó mas bien, á deslizarnos por encima de todos aquellos abismos tenebrosos.

La primera sección la componen los tiranos de primera categoría: la segunda los ministros y funcionarios subalternos, los adulones, los conculcadores de la ley, los escritores venales ó calumniadores y los inventores de armas mortíferas; y la tercera, todos los que han tiranizado á alguien en cualquier posición que se hayan encontrado, sea pública ó privada. Como en el anterior y los demás departamentos en que está dividido y subdividido el Infierno, son menores los sufrimientos según el número más alto de cada sección.

Estos desgraciados ó mejor dicho esta canalla, pues nada hay mas inicuo que el abuso de autoridad, sufren también un tormento horroroso.

Son devorados constantemente por todas las fúrias del Averno que los tragan en medio de grandes dolores, triturando sus huesos y despedazando sus carnes, y los vuelven á digerir en el mismo instante para volverlos á devorar.



ES UNA ESCENA HORRIBLE Y REPUGNANTE PRESENCIAR EL FESTIN DE ESTOS MONSTRUOS.

(INFIERNO VI.)

Es una escena horrible y repugnante, presenciar el festín de estos mónstruos de diferentes formas, todas á cual más espantosa, desgarrando con sus largas uñas y enormes colmillos los miembros destrozados, pero llenos de vida, de las aterrorizadas almas, y parte el corazón oír los tristísimos lamentos de aquellos infelices y sentir la trituración de sus huesos. Me horroricé al ver la carne palpitante y la sangre humeando de las víctimas, revueltas en informe mezcla con la baba inmunda de los victimarios, y los temblorosos cuerpos y los rostros espantados de los que eran devorados, confundidos en una mezclanza indefinible, con las espeluznantes osamentas y cabezas satánicas y hambrientas de los mónstruos que los devoraban.

Cuántos conocidos ví allí, unos ya muertos, y otros que aún viven entre nosotros. De todos ellos el que me inspiró más repulsión, fué un ex-gefe político de mi tierra, que ya habia visto en el primer departamento, y luego lo ví también en el tercero, entre los cabrones; pues en el Infierno, un individuo cuando ha cometido vários delitos, se multiplica en otros tantos cuerpos, para recibir á la vez todos los tormentos á que se ha hecho acreedor.

Ví también á los tiranos de la antigüedad: asiáticos y europeos, entre los cuales descollaban los emperadores romanos, particularmente Nerón y Calígula. ¡Qué entes ridículos me parecieron todos; pues los habia hasta vestidos de mujer, como Helio-gábalos y el mismo César!

—¡Y que estos tipos hayan dominado á la humanidad!..... dijo despreciativamente Dante.

VII

Nos retiramos del segundo departamento y casi al llegar al tercero, al entrar nuevamente en la árida llanura que los separa, encontramos otra comitiva

de condenados que conducían los diablos para sus tormentos.

Venían divididos en seis grupos, compuesto el primero de enamorados de ambos sexos; el segundo de *guapos* (compadres, chulos y capoeiras); el tercero, de atorrantes; el cuarto, de alarmistas, visionarios, ilusionistas, solistas, maestros de escuela y monomaniacos; el quinto, de beatos y beatas; el sexto, de modistas, zapateros y sastres.

—¡Qué cosa más rica, señor Dante! díjele á mi compañero al ver á tan graciosas almas. Pedidle á los diablos que pueda hablar con ellas, pues presiento que esto ha de ser la parte cómica de todo lo que hemos visto, como que no hay nada completo sin la nota chistosa, lo mismo que no hay sermón sin San Agustín, ni muchacha sin amor, ni vieja sin dolor.

—Con mucho gusto, respondió mi guía.

Y obtenido el permiso, me dirigí á los enamorados en estos términos:

—Queréis decirme, mis queridos y tiernos amigos, ¿por qué circunstancias desgraciadas os encontráis aquí; vosotros que dais vida á la vida, placer á la naturaleza, alegría á los pájaros, aroma á las flores; vosotros que sois la esencia de Dios, la poesía de la prosa y la vida de los ángeles? Es cierto que sois vosotros, ó que mis sentidos no sienten ó mi espíritu me engaña? Contestad, contestad, por favor, pues no comprendo lo que me pasa, ni lo que pasa á mi alrededor.

—Ah! señor, apreciable señor, me contestó un individuo largo de talle, y, al parecer, de corto entendimiento; confundís el amor, el verdadero amor, que es lo que habéis descrito, con los enamorados que somos nosotros, simples caricaturas, caricaturas ridículas de tan hermoso sentimiento.

—Pues no os comprendo; yo creía que el amor y los enamorados, eran una misma cosa, ó que para sentir amor era necesario sentirse enamorado.

—Así parece á primera vista; pero hay muchos mo-

dos de sentir el amor y de estar enamorado. Siente amor, por ejemplo, la mujer virtuosa y sencilla que ama á su marido, ó el hombre honrado que ama á su mujer; siente amor la madre que ama á su hijo ó el hijo que ama á la que le dió el ser; el padre que se sacrifica por sus hijos ó los hijos que se sacrifican por el padre; siente amor por Dios, el que es virtuoso; el abnegado lo siente por sus semejantes; por la guerra, el guerrero; el sabio por la ciencia y el patriota por su patria; pero no siente amor el enamorado romántico, el religioso fanático, ni aquel á quien le gustan todas ó á la que todos le gustan, ni el patrioteró ó el vicioso. Los primeros, son los verdaderos representantes del amor; y los últimos, como nosotros, solo representamos el sensualismo, la farsa ó la vanidad.

—Hacedme el favor de explicaros más claramente.

—Pues bien: vamos á exhibir ante vos nuestros hechos, explicándoos por qué causas hemos venido á parar aquí.

Y empezaron á desfilas ante mí, diciendo cada cual lo que había sido en vida ó lo que había hecho para ser condenado al Infierno.

El primero ó primera que apareció, fué una mujercita petiza y muy gorda, que más que sílfide parecía un pato, caminando con cierta languidez afectada, vestida de blanco á lo *négligé*, con el cabello suelto, y leyendo á Pablo y Virginia.

—Yo amo un ideal, nos dijo al pasar, que no encontraré jamás, pues deseo un ser superior á todos, que si es posible no tenga formas humanas, ni coma, ni beba, ni haga necesidades mayores ó menores, ni ninguna de las cosas prosaicas de la vida.

A ésta siguió otra, larguirucha y fea por demás:

—Yo amo la vida por la vida, dijo. Los hombres, me importan un cuerno; el amor es una pamplina y de Dios nada quiero saber. Mi gran placer, de lo que yo estoy eternamente enamorada, es de una buena mesa para saciar el apetito y una cama muy cómoda

para descansar á mi gusto. Prefiero la olla podrida al amor; los raviolos, á los hombres, y un buen vino al mismo Dios. Vivir para comer y comer para vivir; he ahí el gran secreto de la felicidad.

La otra que pasó, era una mujercita muy pizpireta y no mal parecida, vestida con mucha pulcritud y aseo:

—Lo que yo he deseado siempre, iba diciendo: lo que me enamora verdaderamente, es una casita mononamente arreglada y, sobre todo, muy limpita. El amor lo consideré siempre como un lujo inútil, ó como cosa muy secundaria de la vida.

A ésta, siguió una muy sucia y desgreñada, que dijo:

—Pues para mí el amor era todo: no pensaba mas que en mi amado, ó mejor dicho en todos los que he amado; el arreglo de la casa, nada me importaba, ni su aseo, tampoco. No hubiera vivido para cosas tan materiales!

Más fuertemente que todas llamó mi atención una real hembra, que pasó mirándonos con insolencia, con la mano puesta en la cadera, y la cual nos dijo, con acento amenazador: *Yo soy de las mujeres que matan por amor!*

Detrás de éstas, pasaron varias mujeres juntas, haciendo un barullo infernal; una se miraba y remiraba en un espejo, enamorada de su hermosura; otra no hacía más que acomodarse la ropa y emperifollarse, enamorada de su elegancia y de sus galas; otra coqueteaba á todos, enamorada de nadie; otra hacía versos y escribía en prosa novelas insoportables, enamorada de la mala literatura; y las demás se arañaban por sus queridos, enamoradas de la concupiscencia, por envidia, ó por despecho.

Entre las casadas, unas decían que se habían casado pensando en la envidia que tendrían sus amigas solteras; otras en los regalos que les harían en sus casamientos, según es práctica y obligación establecida, hasta entre los simples conocidos, y otras en la posición espectable de sus consortes respectivos, ó

en el orgullo de tener marido, y hasta en el placer de llevar luto y aparentar tristeza cuando enviudaran, guardando rigurosamente todas las formas y convenciones que se usan en los duelos, que á veces suelen ser alegrías, como el no vestir de claro hasta el año de la muerte del *finado*, no exhibirse en público (aunque si en *privado*) hasta los seis meses, tener á medio cerrar la puerta de calle uno ó dos meses, y todas las demás zarandajas habituales.

—Ah! hombres estúpidos! dijo Dante, que os casais así no más con mujerzuelas de esta clase, sin preocuparos de si están ó nó verdaderamente enamoradas de vosotros. Con razón hay tantos matrimonios desgraciados, y tantos maridos cornudos.

—Pero, ¿cómo podrá saber un marido si su mujer se ha casado verdaderamente enamorada de él? le pregunté á mi compañero.

—Muy sencillamente, me contestó. Si está enamorada tendrá vuestros mismos gustos, os querrá apasionadamente, estará siempre contenta y soportará hasta vuestra displicencia y enfermedades. Pero si es lo contrario, todos los gustos del marido le parecerán vulgares, se fastidiará de su casa y de sus hijos, si los tiene; será tardía, perezosa en hacerlos cariños, y lerda, difícil en corresponderos; todo lo encontrará malo, se enojará si no la llevais á los grandes bailes y á todos los sitios donde pueda exhibirse; os llamará ridículo si os enojais porque la cortejen, encontrará mejores á los hombres que á las mujeres, pareciéndoles todos buenos mozos, y, cuando la vejez empiece á aparecer en su rostro, perderá sus ilusiones, no querrá vestirse con elegancia, ni aparecer en público; pues no era del marido, sino del mundo y sus placeres que estaba enamorada.

Tras de las damiselas venían los enamorados del sexo masculino, entre los cuales había especies de toda clase y algunas curiosísimas.

Cada uno de ellos al pasar nos fué diciendo todos sus méritos en la vida mundanal.

Este, como el Narciso de la fábula, había pasado su vida enamorado de sí mismo; aquel, más feo que Cuasimodo, no había hecho otra cosa que arreglarse y emperifollarse, enamorado de su gentileza y elegancia; otro fué enamorado platónico de todas las hembras de la creación, llamando su atención hasta los maniqués de las modistas; otro, materialista puro, corrió siempre tras las bellezas plásticas, enamorándose hasta de las hermosuras negras y hermafroditas; otro, persiguió á todas las sirvientas de su casa y de las casas de sus amigos; uno hacía el amor en los mercados; otro, en las iglesias: el que le seguía, en los teatros; otro, en las casas de tolerancia; éste, á las casadas; aquel, á las chiquilinas; otro, á las maritornes.....

Había entre ellos quienes seguían á todas las mujeres por la calle, sin que jamás les hubieran dicho á ninguna: «qué lindos ojos tienes»; aquel les ofrecía su compañía y les decía toda clase de cuchufletas en los paseos, aunque á cada galantería ó grosería (pues se confunden muchas veces las dos cosas) recibiera un «no sea Vd. zonzo», ó «pavo» ó le sacaran la lengua, mostrándole la parte trasera; otro las manoseaba pasando por bruto ó insolente; otros, en fin, enamorados de todas, á todas se declaraban, fuera en la calle, en el baile ó en la iglesia, donde las podían pescar, pasando en todas partes por tilingos, ó queriendo á todas, á ninguna se lo decían por vergüenza, hablándoles del tiempo ó de otras insulseces por el estilo, ó estúpidamente les ofrecían dinero ó las acometían brutalmente, considerándolas á todas corrompidas, ó se dedicaban al terreno vedado, recibiendo á veces una paliza por cada conquista sin conquistar, ó se vanagloriaban de triunfos que nunca habían obtenido; y otras tantas majaderías por el estilo.

—En qué frivolidades y tonterías pasan los hombres su tiempo! dijo Dante, desdeñosamente.

—

En seguida de los enamorados, pasaron los *guapos*, contoneándose á fuerza de *puro corte con quebrada*, y prendiéndole á la *cañifla* que era un placer. A dos por tres, armaban un *batuque*, sacando á relucir dagas, navajas y pistolas; pues hasta en el infierno bebían é iban armados esos caballeros.

—Qué lástima, le observé á mi compañero, que no se prohiba de una manera severa, el uso de las armas.

—Y el despacho de bebidas, agregó mi mentor; sobre todo en los inmundos bodegones.

Disputaban y se peleaban los *guapos*, pero sin pasar nunca á las vías de hecho. Sin embargo, para cualquiera ageno á sus compadradas y fanfarronadas, no dejaban de meter miedo.

—Mirá el *grévano*, ché! decía un compadrito de esos de pelo cortado á la redonda, afeitado el pescuezo y sombrerito chambergo.

—*Nu sea zunzu, burrachun*, contestaba el aludido, que era otro compadrito, italiano, de melena rizada y bien aceitada con el de Mompelás, pantalón corto, botín de color, flor en la oreja y cigarro de la *paca*.

—Callate, *gringo*.... dijo otro compadre, terciando en la disputa.

—*Gringo! so mamita*.... Soy tan *crigollo* como tú, sabés?

—Ah! trompeta, rugieron los dos compadres, y acometieron al italiano, daga en mano; pero... los contuvieron y.... caló el chapeo, requirió la espada, fuése y no hubo nada.

—*Eu non renuncio!* vociferaba con aires de matón un *capoeira* que ha metido mucho ruido en una monarquía, que ahora es una república *sui generis*.

Y los compadres, por pifiarlo, le decían; Pim... pam... pum!... pum!...

—*Antoun*, renunció! renunció! exclamaba todo azorado y temblando como un azogado.

—Que te doy más puñaladas que besos te dió tu madre, galleguito compadrón, le decía otro compadre á un chulo de chaquetilla corta, gorra de *siete pisos*, faja ancha, colorada, y pantalón ajustado, que caminaba zarandeándose y escupiendo por el colmillo.

—Quiá! dijo el chulo; me río de tus bravatas, *compare!* Ni *osté* ni *toita* la corte celestial pueden con este barbián.

—A qué sí!

—A qué nó!

Y zás! trás!... Allí salieron á relucir dagas y navajas sevillanas, pero al fin... nada entre dos platos. Y por último, después de ponerse de vuelta y media y decirse mil injurias, fraternizaban y bebían amigablemente en el mismo vaso. Y aquí paz y gloria en las alturas.

Otros compadritos ó compadrones de distintas cataduras y de diversas clases sociales, militares y civiles, de levita y de chaqueta, pequeños y grandes, narraban sus hazañas de *guapo* entre grandes risotadas y festejos: unos habían sido más valientes que el Cid Campeador, aunque jamás habían peleado con nadie; otros se jactaban de haber insultado á todo el mundo, llevando más porrazos que besos les dió la madre; otros que habían proferido á cada paso las más obscenas palabras, sin reparar el sitio ni las personas que estuvieran presentes, aunque fueran damas, apesar de haber recibido más multas y bofetadas que años tuvo Matusalen; otros que resistieron siempre á la autoridad, concluyendo por ser conducidos á palos; y otros que habían armado bochinche en todas partes, recibiendo una paliza por cada bochinche, ó que habían *caloteado* á todo ser viviente, pagando luego el doble ó el triple del importe del *calote*. Otros compadres, menos provocativos ó más cobardes, contentábanse con decirse á sí mismos compadras, ó

decírselas á los seres más infelices; quienes, por ejemplo, arrastrando el poncho ó la capa, y caminando sobre los tacos de los botines y contoneándose como si bailaran habaneras, decían:

—«¡Puro que me caiga muerto!» — «¡A mí no hay quien me tosa en el pago!» — «¡No hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista!» — «¡Soy torito en mi rodeo, y torazo en rodeo ageno!»

Y otros, riéndose de los desgraciados, decíanle á un pardo cuarterón: «Parece hijo de negra con inmigrante», y á un jorobado: «Cargado va el mocito», y á un rengo: «Que bien nada con las patas», y así sucesivamente.

—Qué sabandijas! exclamó Dante con desprecio infinito.

—Efectivamente, dije yo; pero no hay que confundir á esta basura, con los verdaderos valientes.

—Tienes razón; aunque entre los valientes hay varias clases de valor; unos más meritorios que otros.

—Así es; por ejemplo, considero que es más valiente el que sufre resignado las vicisitudes de la vida que el que brilla por su arrojo en los combates; el que se sacrifica por sus semejantes, que el que se bate á cada paso, ó el que torpemente se suicida: considero valiente, al soldado que muere conscientemente en el puesto del deber; al marino que perece antes de abandonar su buque en el peligro; al misionero que lleva la civilización á los salvajes, exponiéndose á ser asesinado por ellos; al médico que expone su vida por asistir á sus semejantes en las epidemias; al que en un momento de arranque generoso, salva la vida á su prójimo, con peligro de la suya, y, sobre todo, son verdaderos valientes, los que resisten al vicio, los que contrarían su amor propio, los que corrigen sus errores y los que, contra el odio ó el desprecio de sus semejantes, cumplen con los dictados de su conciencia.

Aparecieron en tropel, los atorrantes, con los alarmistas, visionarios, ilusionistas, solistas y maestros de escuela.

Estos desgraciados atronaban los aires con lamentos continuos. Los primeros se quejaban de su debilidad extrema de carácter, que los había conducido al vicio y á la vagancia, convirtiéndose en idiotas y cretinos.

Los alarmistas en su facilidad para creer y propagar exagerando, las noticias mas disparatadas que llegaban á su conocimiento.

Los visionarios, de haber forjado hechos y cosas que jamás habían existido; los ilusionistas, de haber perdido lastimosamente su tiempo en creerse transportados al pináculo de la gloria por simple arte de birle birloque, sin haber hecho ni la mas pequeña cosa útil en la vida.

Pero los mas graciosos de todos, eran los solistas. Ellos no se quejaban, pero como en la tierra molestaban á todos con su cháchara sempiterna, no hablando sinó de sus personas ó de sus asuntos, ó de cosas completamente tontas ó triviales; en su furor de hablar, no dejaban títere con cabeza, deteniendo á todos y no dejando hablar á nadie, dándole *solos* hasta á los pobres atorrantes. Entre estos charlatanes había algunos muy curiosos, por ejemplo, uno que formaba tema de todas las palabras que pescaba al vuelo; otro que le tapaba la boca á su interlocutor cuando este pretendía contestarle y otro, por último, que se adormecía charlando, con los ojos entornados y la mano puesta en la mejilla.

Y los maestros de escuela? Desgraciados!... Lamentábanse de haber sido unos tilingos, pues se habían sacrificado por sus semejantes, obteniendo en recompensa vigiliias y ayunos interminables. Hasta allí, en el Infierno, tenían hambre los pobretes!

Por último, venían los monomaniacos, entre los que habían *specimens* de todas clases; monomaniacos de la política, de las letras, de la medicina, de las

leyes, del suicidio, de la morfina, del ópio, del valor, del anarquismo, de la exhibición, de las religiones, del amor al prójimo ó á los animales, de las enfermedades, de los remedios, de las noticias, etc., etc.

De los más graciosos que ví, contábase un monomaniaco por el espiritismo, que pretendía haber encarnado treinta veces, ó lo que es lo mismo, poseer treinta padres y treinta madres; y otro que no había quien le quitara de la mollera que tenía una mosca en la nariz; y otro que pretendía agarrarse el dedo pulgar con la misma mano. Venían también con los monomaniacos, unos seres muy originales, entre otros, los que pretenden arreglarlo todo y que á la postre todo lo desarreglan, los aficionados á dar consejos sin que nadie se los pida, los capaces de decirle una verdad al lucero del alba, los que viven siempre escupiendo por el colmillo, los que se dan aires de protectores sin que nadie les pida su protección, y otros y otros del mismo jaez.

—Pero, entre estos infelices, habrá también muchos honrados; le observé á Dante, suplicándole benevolencia.

—Honrados!... Todos son honrados en vuestro mando, díjome con tono áspero y displicente: pero vuestra honradez es en extremo original. Considerais honrado al jóven de buena familia que deshonra vilmente á las doncellas ó casadas que puede seducir, ó al casado que no es ladrón pero que se degrada en las casas de prostitución ó que posee queridas á montones, y á la mujer casada que sin ser prostituta abandona hogar y familia por las frivolidades y exhibiciones mundanas; considerais honrado al amigo infiel, al hipócrita y al cornudo. Considerais honrado al comerciante que explota á sus marchantes, al abogado que esquilma á sus clientes y al médico que saquea á sus enfermos; considerais honrado al jugador, porque paga sus deudas de juego; al ladrón, porque acude puntualmente á la cita del robo; al asesino porque cumple con su palabra, asesinando la

victima que le han designado; y considerais honrados, por último, á las prostitutas, los cabrones y hasta los rufianes, porque cumplen escrupulosamente con sus compromisos.

—Callad, por favor! señor Dante, que me haceis mal con vuestra terrible crítica. No todos son como creéis; hay también gente buena en el mundo.

—Son contados, amigo; muy contados.

*
* *

En aquel instante comenzaron su desfile los beatos y las beatas. Con los primeros venían infinidad de malos sacerdotes y con las últimas, muchas monjas y hermanas de caridad, que no habían cumplido honradamente con sus promesas y demostraciones.

Persignábanse los beatos y rezaban apresuradamente. Caminaban con cierta cautela, mirando recelosamente para todas partes, aunque aparentando dirigir su vista al suelo. Aguzaban el oído al ruido más insignificante y, cuando creían que nadie los veía, arañábanse y se mordían desafortadamente los unos á los otros, con verdadero furor de beaterio.

Sobre todo, era de ver á los sacristanes pelearse con las beatas y á éstas arañar á los sacristanes. Los sacerdotes murmuraban entre sí y se decían los mayores improperios, y las monjas y hermanas de caridad, pellizcábanse sin compasión, recordando sin duda los pellizcos que dieran en vida á las pobres educandas ó á los míseros enfermos.

Separose uno del grupo, y con aire socarrón y voz entre meliflua y chillona, dijonos estas palabras:

—Nosotros aparentamos en el mundo, todas las virtudes teologales. Nos creen piadosos, humildes y caritativos. Qué engañados están, sin embargo!... A Dios lo negamos á cada paso, invocando su nombre falsamente; la religión nos sirve para encubrir nuestras faltas y esplotar á los creyentes; nuestra humil-

dad es finjida; fomentamos la hipocresía y la vanidad; llevamos la chismografía á todas partes; calumniamos á nuestros enemigos; sostenemos á los tiranos y á los aristócratas, y no tenemos ni hogar, ni patria, ni Dios. Si en nosotros estuviera, volveríamos á instituir la Santa Inquisición.

—Qué gente! gritó encolerizado Dante, son peores que los *guzpos*, estos malos religiosos; mucho más perjudiciales.

—Así es, dije yo; y como verdadero creyente, rechazo con más indignación á los que falsean la religión, dentro de la misma religión, que á los que la niegan y protestan contra ella.

—De perfecto acuerdo, expuso mi guía. Pero las religiones, ó ciertas religiones vuestras, de la manera como están hoy constituidas, sosteniendo en absoluto añejas declaraciones é interpretando algunas veces torcidamente las sanas doctrinas de sus apóstoles, tienen mucha culpa que eso suceda, pues sostienen la ignorancia y la soberbia, y sosteniendo la ignorancia, engendran el fanatismo, y con el fanatismo y la soberbia, engendran la vanidad, que produce también la especulación. Es lo mismo que los pleitos, que son engendros de la ignorancia y el orgullo, y producen la especulación y las prevaricaciones.

—También entre los llamados liberales, hay ignorantes fanáticos y bribones especuladores.

—Teneis razón. Por regla general, *todo lo que tocan los humanos lo corrompen*. Este es un principio que podeis aplicar casi á todas las asociaciones y cosas de la humanidad.

—

En esto, llamamos la atención una gran algarabía que armaban dos tipos originalísimos, que venían vociferando á gritos destemplados y dándose de mogicones, sin compasión ni consideración alguna.

—He dicho y lo sostengo, decía uno de ellos, que

está transformado completamente nuestro astro. Surcan los mares en todas direcciones bajeles de andar rápido, hendiendo las olas su hélice poderosa; recorren los continentes las flamíferas siluetas de la locomotora, arrastrando en pos de sí riquezas enormes y los habitantes de uno y otro polo; el vapor da vida y fuerzas desconocidas á millones de motores é industrias: el hilo eléctrico toma las pulsaciones instantáneamente de la humanidad entera: el teléfono lleva nuestra voz á inmensurables distancias, y el fonógrafo la conserva por una eternidad. Estos son los progresos materiales, y la ciencia moderna, que les da vida y acción, no es la alquimia del charlatanismo, ni la nigromancia antigua, sino la verdad representada por el químico, que en su laboratorio observa y descompone la materia, pesando y midiendo sus componentes y dándole nuevas formas y aplicaciones distintas; por el anatómico, que descubre en su mesa el mecanismo del cuerpo humano y las funciones de la vida; por el matemático, que fija las distancias y resuelve los más intrincados problemas en la relación numérica de las cosas; por el botánico, que con su microscopio descubre los primeros vacilantes pasos de la vida universal; y por el astrónomo, que con su telescopio descubre nuevos mundos y los millares de soles que pueblan el infinito.

— Pero que es todo eso, decíale el otro, sacudiéndole un tremendo mojiçón; que es todo eso, si la virtud no existe, la moral vése ultrajada, y el vicio impera en todas partes. Prefiero la pobreza honrada á la riqueza prostituida. Y este principio individual aplicado para la colectividad, daría ópimos frutos, pues sería preferible que la humanidad fuera buena y virtuosa, aunque no tuviera grandes progresos materiales, que siendo como es, llena de vicios adornados con el progreso, y de viciosos cubiertos de oropel y acicalados con bellas y elegantes exterioridades.

Y elogiando uno los progresos y censurándolos el otro, gritaban cada vez mas y continuaban pegán-

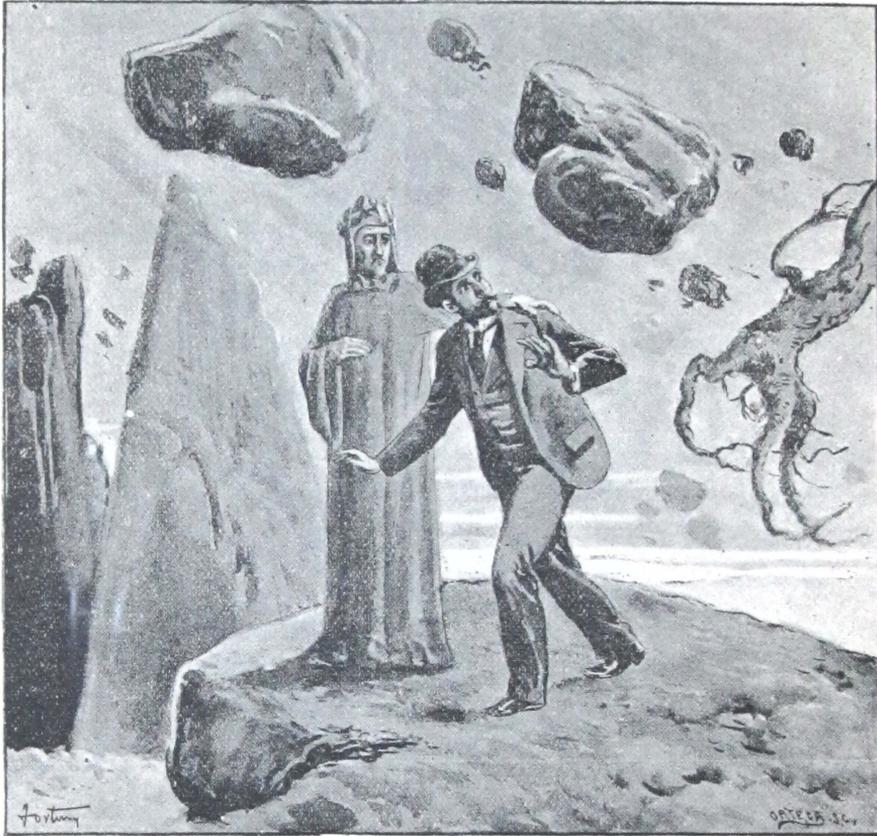
dose de lo lindo á lo mejor, hasta que los perdimos de vista, internándose dentro del grupo de los frailes y de los beatos.

Pasaron las modistas, zapateros y sastres.

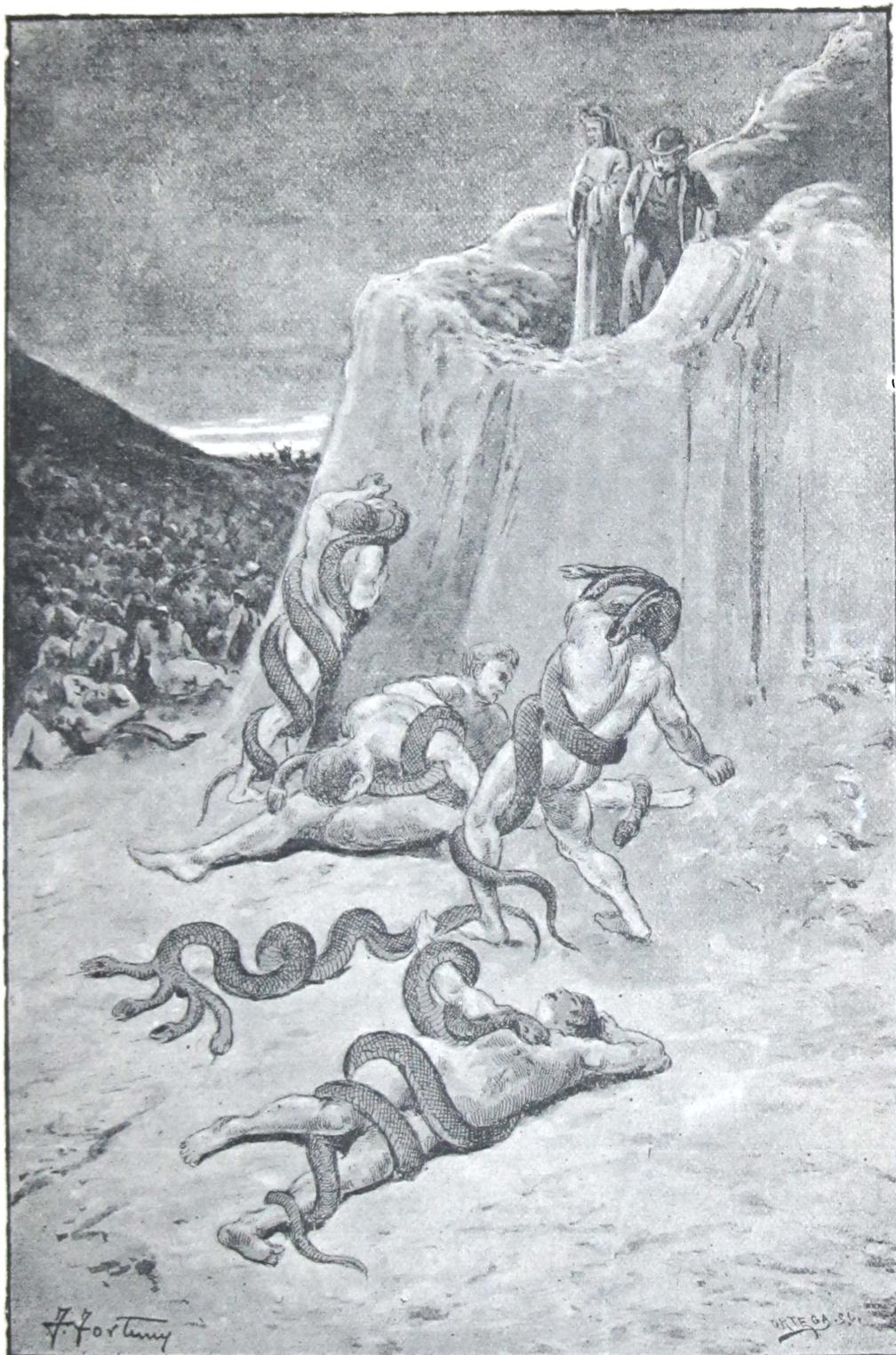
Iban las primeras acusándose por las telas que habían robado á sus clientes al confeccionarle los vestidos, y el engaño por el valor y la clase de adornos y géneros que les habían puesto á los mismos, considerándose todas unas grandes ladronas. Los zapateros se vanagloriaban de haber vendido botas de cuero de carnero por cabritilla y de caballo por becerro, riéndose de lo que habían hecho sufrir á la humanidad con las formas estúpidas del calzado. Y los sastres se enrostraban haber engañado á sus clientes, haciéndoles pasar casimires franceses por ingleses y alemanes por franceses, jactándose de haberlos saqueado en venganza de sus diarias exigencias por la elegancia artificial.

Los dejamos pasar á estos malandrines, y como era el último grupo, continuamos nuestro viaje hacia el tercer departamento, llegando á él un momento después.

Aquí también cambiaba algo el paisaje, pues de trecho en trecho, veíanse inmensas rocas, y árboles gigantescos, completamente pelados, imitando á enormes esqueletos; pero lo que me causó gran impresión,



fué el viento aterrador que allí había, no comparable ni con los más fuertes ciclones de la tierra, y que arrancaba de raíz en un torbellino monstruo, los árboles y las rocas, llevándolas como pajas de trigo



.... VOMITAN ENORMES SERPIENTES

(INFIERNO VII.)

por los aires. Sin embargo, á nosotros ni si quiera nos movía la ropa.

—Aquí están, me dijo mi guía, infinidad de clases de delincuentes, divididos en tres secciones, como en los demás departamentos. Primera sección: los traidores, asesinos, ladrones, fraticidas, incestuosos, parricidas, traficantes de mujeres, estupradores, rufianes, corruptores de hijas y las adúlteras; segunda: jugadores, falsificadores, cabrones, prostitutas, fulleros y sodomitas, y tercera: libertinos, seductores, mujerzuelas, calumniadores, padres inmorales, hijos insolentes, lujuriosos, estafadores y los que viven del vicio ó de sus amantes ó mujeres.

—Y ¿cómo se esplica esta promiscuidad, mi querido poeta, cuando allá, en la tierra, se clasifican de distinta manera todos esos delitos y hasta algunos no se les considera como tales?

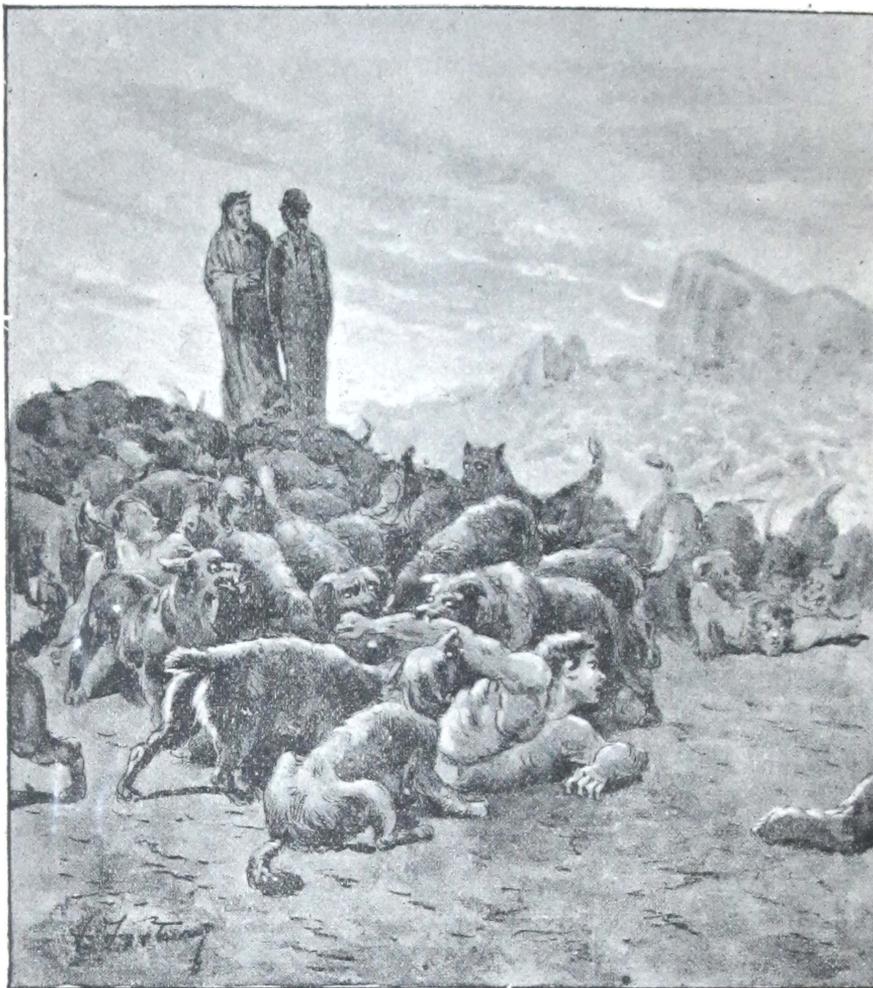
—Acá también se clasifican en tres categorías y varios castigos, como ahora lo vereis; pero como poco más ó menos todos esos delitos son iguales, pues tanto dá matar de una puñalada que deshonar ó enviciar á un ser humano, no se han clasificado por departamentos. Por lo demás, aquí se distribuye la justicia y se castigan los delincuentes con mucha más equidad que entre vosotros, y ya lo veis como se cumple inexorablemente, sin prevaricaciones ni influencias de ningun género.

*
* *

Estos pobres diablos (los condenados) sufren diferentes tormentos.

En la primera sección vomitan enormes serpientes, con varias cabezas y bocas de fuego, que en seguida vuélvense contra ellos mordienolos despiadadamente y persiguiéndoles con un tesón indescriptible. Es tal el número de aquellos reptiles, que se podrían contar por millones de millones y nunca se llegaría al fin,

En la segunda, son perseguidos los condenados por numerosas jaurias de perros y gatos rabiosos, que, así que caen las víctimas en su poder, jadeantes,



deshechas de tanto huir, son mordidos por todas partes del cuerpo y quedan allí destrozados, hasta que sanan y vuelve á empezar la persecución.

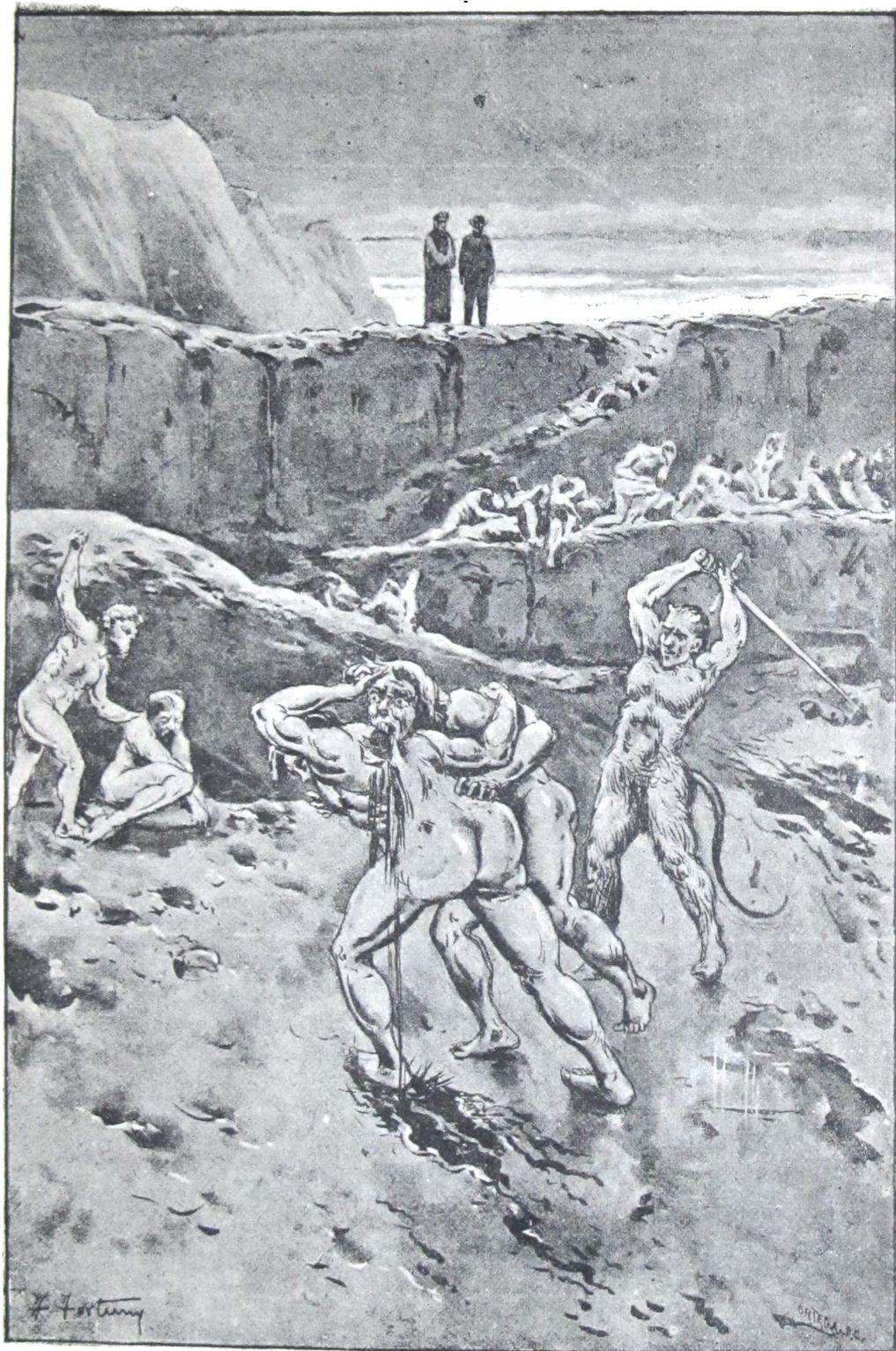
Y en la tercera, hay varios tormentos; unos car-

gan enormes piedras que los aplastan, pero que tienen que marchar, porque los diablos los azotan sin compasión cuando caen ó pretenden descansar; otros tienen



que transportar de un sitio á otro distante, brasas enormes encendidas, quemándose las manos y el cuerpo horrorosamente, siendo castigados también si no cumplen su tormento; otros y otros pelean con fieras de

todas clases, que los desgarran de arriba abajo, ó los diablos les cortan los diferentes miembros del cuerpo con cuchillos mellados, volviéndoselos á colocar inmediatamente entre dolores sin cuento, ó se deshacen rabiosos los unos contra los otros, ó viven en sitios enteramente helados, ateridos de frío, ó se ahogan sin cesar en grandes lagos de sangre, ó los tuestan en enormes molinillos, como si fueran café ó maní.



SE DESHACEN RABIOSOS LOS UNOS A LOS OTROS.

(INFIERNO VII.)

VIII

—Pasemos al cuarto departamento, me dijo Dante, echando á andar; donde están los delincuentes de menor cuantía.

—¿Quiénes son? le pregunté.

—Infinidad: los pedantes, orgullosos, mezquinos, chismosos, soberbios, vanidosos, coléricos, envidiosos, excépticos, fanáticos, fanfarrones, pródigos, insolentes, especuladores, borrachos, hipócritas, charlatanes, inconsecuentes, petardistas, holgazanes, sinvergüenzas, y los que todo lo posponen al dinero ó los placeres, los que transigen con el vicio, contribuyendo á que se tolere; los que se casan por interés, los partidarios del papel inconvertible y de nuevas emisiones, los que creen y proclaman que la civilización trae consigo la corrupción; los que admiran y consideran personajes á los bribones; los que admiten que el deber de los militares en las repúblicas consiste en apoyar ó estar sometidos á los malos gobiernos; los que aceptan que no es del todo malo un gobierno ladrón, cuando deja algunas obras públicas que le sirvieron de pretexto para robar; los que juzgan el mérito de su patria por los grandes edificios aunque sus connacionales sean muy pequeños; los que se extasian ante el brillo de los uniformes militares y los grandes ejércitos y poderosas escuádras, aunque le chupen la sangre á los pueblos; los que se creen autorizados á cometer actos punibles siempre que

guarden las apariencias, ó los que por no violarlas no llevan á cabo buenas obras, y, por último, los que tienen en poco á los humildes y menesterosos, los que nunca hacen limosna so pretexto que los mendigos no la necesitan ó que fomentan la mendicidad, los que juzgan á los hombres por sus actos políticos ú. oficiales y no por su vida social ó privada, los que por conservar una posición falsa embrollan á todo el mundo: los que hacen una dualidad de la moral pública y privada, proclamando que nada tiene que ver la una con la otra: los que creen ó aparentan creer que están disculpados á cometer todos los delitos y á practicar todos los vicios que cometen y practican los demás ó hacer todo lo que hace la sociedad, y los que juzgan el mérito de las personas por sus apariencias ó por su fortuna.

—Pues, siguiendo ese orden, dije sonriendo, toda la humanidad no se escapa de venir al Infierno.

—Es tan cierto lo que decis, me contestó Dante, que el año pasado solo entraron dos almas al Cielo, y este año aún no ha entrado ninguna.

—Pero que es preciso entonces para conseguir la Gloria?

—No tener ninguno de los crímenes y vicios que hemos visto, y ser patriota verdadero, honrado en todos los asuntos, humilde sin afectación, resignado con fe, generoso sin prodigalidad, y caritativo sin ostentación. En una palabra: *ser verdadera persona decente*.

—Una pregunta, mi querido poeta. Aunque ya he visto sacerdotes en el Infierno, quisiera saber si están incluidos en los mismos tormentos de los demás mortales?

—Claro que sí: son hombres como todos, y, por consiguiente, iguales pecadores, ó mas pecadores aún, por la investidura que llevan y la sagrada misión que desempeñan en el mundo.

—Y, decidme otra cosa. ¿Como consideráis vos las religiones?

—Las religiones, desde el *teísmo*, que fué la primitiva ó que se supone tal, hasta el *cristianismo*, que es lo más moderno, han sido todas inspiradas en una idea superior, en un ser poderoso, que es la divinidad, que es Dios.

«Respondiendo á las evoluciones de la humanidad, se le adoró primero instintivamente, con la sola inspiración de los sentidos: ese fué el *teísmo*. Luego, segun las necesidades y anhelos de los pueblos, influyendo poderosamente en todos ellos el clima de la zona que ocupaban y sus industrias y comercio, se le adoró en la Naturaleza y en los hechos materiales, surgiendo entonces el naturalismo en la India y en el Egipto, con las modalidades propias de cada nacionalidad. Mas tarde surgió la mitología en Grecia y en Roma, poética la primera y razonada la segunda, inspirada una en el sentimiento y la otra en la inteligencia.

«En ese inter y aun después, y anteriormente, las religiones han tenido variedad de faces, desde el fetichismo mas repugnante hasta el idealismo mas sublime, adorándose siempre, sin embargo, bajo una forma ú otra, con los sentidos, ó la razón ó el sentimiento, á un ser superior, á la divinidad, pues lo mismo el teísmo primitivo, el naturalismo, la mitología griega, el racionalismo romano, que el politeísmo oriental, bajo sus diferentes faces; el monoteísmo, el judaísmo, etc., todas hacian depender sus creencias de seres divinos, de una idea superior, que siempre era Dios. Solo los ateos y los materialistas no tienen creencia alguna divina, peor aun que los paganos de la antigua Roma.»

—Entonces son divinas las religiones?

—Divinas en cuanto á la idea, si; en lo demás son puramente humanas. De ahí que, apesar de haber sido inspiradas en Dios, han adolecido de defectos como toda obra de los hombres, y lo peor de todo, que han sido esplotadas, como sucede con todo lo humano, para dominar á los pueblos.

«En su origen, las religiones fueron creadas todas de buena fé, con mas ó menos verdad ó belleza, segun el adelanto moral é intelectual de la humanidad; con

finés morales casi todas y hasta higiénicos — la salud del alma y del cuerpo,— y otras, bajo principios sublimes. Sus primeros propagandistas han sido verdaderos apóstoles y mártires muchos de ellos, pero luego después se adulteraban por y para la especulación que se hacía de ellas, manteniendo la ignorancia, alhagando la vanidad ó engendrando y alimentando fanáticos, ó se destruían para crearse otras religiones, mas avanzadas ó mas retrógradas, según el adelanto ó atraso de las masas populares ó de sus directores.

«Mucho bien han hecho; pero cuantos crímenes y cuantos abusos se han cometido en nombre de las religiones y de la libertad de los pueblos!

—Entonces, se oyó esclamar á una voz, que nunca pudimos averiguar de donde saliera; es lo que decía Savonarola, vuestro casi contemporáneo, que poco antes de ser torturado y muerto en Florencia, atacando á los que usaban de la religión como un medio para gobernar ó como una ruin hipocresía, explotando al pueblo, también corrompido y fanatizado en esa época, decía lo siguiente: «Vosotros los veis llevando sobre sus cabezas mitras de oro, adornados con piedras preciosas, y con báculos pastorales de plata, paseándose delante del altar con capas pluviales de brocato, entonando lentamente las vísperas y otras fiestas de gran ceremonia, con un órgano y cantores, hasta que os quedais estupefactos... Ciertamente, los primeros prelados no tenían tantas mitras, ni tantos cálices de oro, y se desprendían de lo que tenían para ayudar las necesidades de los pobres. Nuestros prelados obtienen sus cálices quitándole á los pobres aquello que es su sosten. En la iglesia primitiva había cálices de madera y prelados de oro; pero ahora tiene la iglesia cálices de oro y prelados de madera.»

—Ah! Florencia! Florencia!... exclamó Dante. Qué recuerdo! Pero bendita seas, continuó diciendo como hablando solo, aunque no os pude ver en los últimos momentos de mi vida de destierro, muriendo en Ravena, y aunque, como dije entonces, cuando se me propuso el perdón en cambio de presentarme como un criminal:—No he de ver el sol y las estrellas donde quiera que esté yo? No he de poder reflexionar sobre la grata verdad en cualquier parte debajo del cielo, sin tener que entregarme antes, desnudo de gloria y casi en la ignorancia, al pueblo de Florencia? El pan no me ha faltado aún. No! no! no regresaré!... Pero dejemos eso, agregó después de recordar á Virgilio, Beatriz y hasta al Conde Ugolino; dejemos eso y continúa preguntándome.

—Bien, maestro, Pero los recuerdos siempre son agradables; aunque sean desagradables. Ahora os preguntaré otra cosa: — Jesu-Cristo, ¿no es una verdad?

—Ah! eso cambia de especie. Pero, ¿quién sigue sus máximas, ni imita su ejemplo? Quién es humilde como él, como él abogado, gran le y noble en la verdadera acepción de la palabra? Jesu-Cristo es lo más sublime que ha existido en nuestro mundo, divino ó humano, como quiera que lo presentéis.

—Entonces, convendría conmigo en que los pueblos deben tener religión?

—Indudablemente; pero para tenerla como es debido, preciso es creerla y cumplirla.

—Y ¿cuál creéis vos que sea la condición necesaria para que la humanidad crea en la religión?

—Cuál? Que no sepa demasiado otra cosas.

—Cómo! Negais, entonces, la bondad de la ilustración?

—Tratándose de ciertas religiones, casi, casi la niego. El dilema es de hierro: la creencia mística de esas religiones, como vosotros la presentais, está en contradicción con vuestra ilustración. Esta solo reconoce la religión humana, de la conveniencia y la necesidad.

—Pero entonces; según vuestras doctrinas, es y no es buena la religión, pues necesitándose de la ignorancia para creerla, engendra, según vos, el fanatismo. Pero convenid también que un pueblo sin religión es como un buque sin brújula ni timón á merced de los vientos. Que la religión por lo tanto, sea ó no mistificación, es necesaria por lo menos como moral, como un freno á las bajas pasiones de la humanidad.

—¿A que religión os referís?

—A la católica, á mi religión.

—Pero no confundamos. Yo no he dicho que las religiones sean malas en el sentido general de la palabra, aunque las haya calificado duramente en cuanto a su práctica, y menos la religión vuestra, que de todas, es, indudablemente, la mejor en principios morales. Pero no hay que confundir á la religión con los encargados de practicarla, á los principios con los hombres, que corrompen casi todo lo que tocan; pues sería lo mismo que confundir á la ley con los jueces malos, á los gobernantes perversos con los derechos políticos, y así sucesivamente. Creedme: no es lo mismo en ciertos casos, el Evangelio que el Syllabus; no es lo mismo la humildad del Maestro que la vanidad de algunos papas y su cónclave de Cardenales, y no es lo mismo la pobreza de los apóstoles que la magnificencia y especulación en que ha incurrido algunas veces la iglesia; bien entendido que hablo en tésis general y como principio, pues ha habido y hay sacerdotes dignísimos, que honran á Dios, á la religión y á la humanidad.

«En cuanto á la ignorancia, sostengo mi tesis; vuestra ilustración está en contradicción con ciertos principios proclamados por vuestras religiones. Pero aun así, prefieren algunos éstas, con su fanatismo ó especulación, al completo descreimiento.

“Sin embargo, eso tiene un expediente muy sencillo: arreglar una religión de acuerdo con la ciencia, que os garanto, no está en contradicción con las doctrinas de Cristo; por el contrario, las confirma y las sanciona; pues una cosa es creer en Dios, en la existencia del alma, la vida futura, la libertad de los pueblos, la confraternidad universal, en ayudar al prójimo y ser bueno y virtuoso, lo que la ciencia no niega, ni podría negar, y otra cosa es pretender

hacer creer en toda la corte celestial de vuestras religiones, en algunas de sus penas y recompensas, y en patrañas, como muchas de las proclamadas por ellas, como juzgar, por ejemplo, que nuestro astro, como los demás que pueblan el Universo, no se ha formado sucesivamente por medio de la evolución y transformación de las materias cósmicas desprendidas del astro solar.

“Luego, el sacerdote debe ser abnegado, héroe del bien, un mártir de su apostolado. Yo, como verdadero creyente, nunca lo concebí sino humilde, modesto, liberal, virtuoso, haciendo siempre el bien, por el bien mismo; sacrificándose por sus semejantes, sin ostentación aparatosa, ni fastuosa vanidad y misera especulación mercantil, política ó social.

“En estas condiciones, la religión sería una gran cosa para la humanidad. Se creería y se cumpliría por todos, consolando á los desgraciados y haciendo buenos á los felices y hasta á los potentados.”

— Permitidme otra pregunta, mi querido Dante. ¿Cómo juzgais á la masonería y al espiritismo?

— Otras tantas farsas en la práctica, como las religiones y todas las asociaciones mundanas, inclusive los partidos políticos, creados todos generalmente con propósitos elevados, pero explotados siempre por los más pillastres. La masonería fué creada para derribar á los tiranos, y hoy tiraniza á sus asociados; y el espiritismo se creó con la pretensión de formar una religión del porvenir, que se armonizara con la ciencia, para lo cual Allan Kardec, su fundador, trató de establecerla bajo principios que estuvieran en concordancia con los hechos científicos; pero ni los espíritus tienen nada que hacer con la religión, ni pasan de alucinaciones sus misterios ó fenómenos físicos, perfectamente esplicables; pues os garanto que los espíritus no se comunican jamás con los humanos.

— Y ¿qué es lo que es verdad, entonces?

— Lo que es verdad eterna, inmutable, es Dios, y la ciencia y la virtud, sus atributos más bellos.

—¿Cómo la ciencia y la virtud?

—Sí: porque por medio de la ciencia podreis llegar á ver á Dios en la Naturaleza y por medio de la virtud, llegareis á conocerlo.

—No me explico bien eso; particularmente lo que me decís de la ciencia; pues los sabios, pretenden negar á Dios, y por eso no lo ven, como vos afirmáis, en los estudios de la naturaleza.

—Vaya unos sabios, que son los vuestros! Porque saben un poco de química, la ciencia que dicen se ocupa del volúmen y del peso de los cuerpos, examinando sus combinaciones y determinando sus relaciones; un poco de física, que pretenden busca las propiedades de esos mismos cuerpos, observa sus relaciones y las leyes generales que las rigen; un poco de botánica que suponen estudia las primeras condiciones de la vida de las flores y las plantas; un poco de zoología, que creen sirve para profundizar las formas de la existencia y registrar las funciones asignadas á los órganos y á los principios de la circulación de la materia en los seres vivientes, su sostenimiento y su metamórfosis; un poco de antropología, que sostiene confirma las leyes fisiológicas que actúan en la organización humana y determina el papel de los diversos aparatos que la constituyen; un poco de astronomía, que afirman marca los movimientos de los cuerpos celestes que pueblan el Universo y averigua la verdad de las leyes que rigen en él; un poco de matemáticas que proclaman ser las que formulan las leyes universales y llevan á la unidad las relaciones numéricas de todas las cosas. Porque saben un poco de todas estas ciencias, sin conocer ni jota de la medicina y del derecho, ya pretenden ser sabios y vosotros los aplaudís con ese título, cuando para ser sabio, para conocer la ciencia, teneis que aprender muchísimo, pero muchísimo más de lo que sabeis.

«De ahí que en vuestra ignorancia, siempre pretenciosa, llegueis hasta negar la existencia del que os ha dado la inteligencia para obtener esa poca

ciencia, autor y director de todas las admirables leyes que rigen el Universo. Cuando alcanceis, si alcanzais, á la meta de la verdadera ciencia, entonces conoceréis á Dios y lo admirareis como se debe y lo merece.»

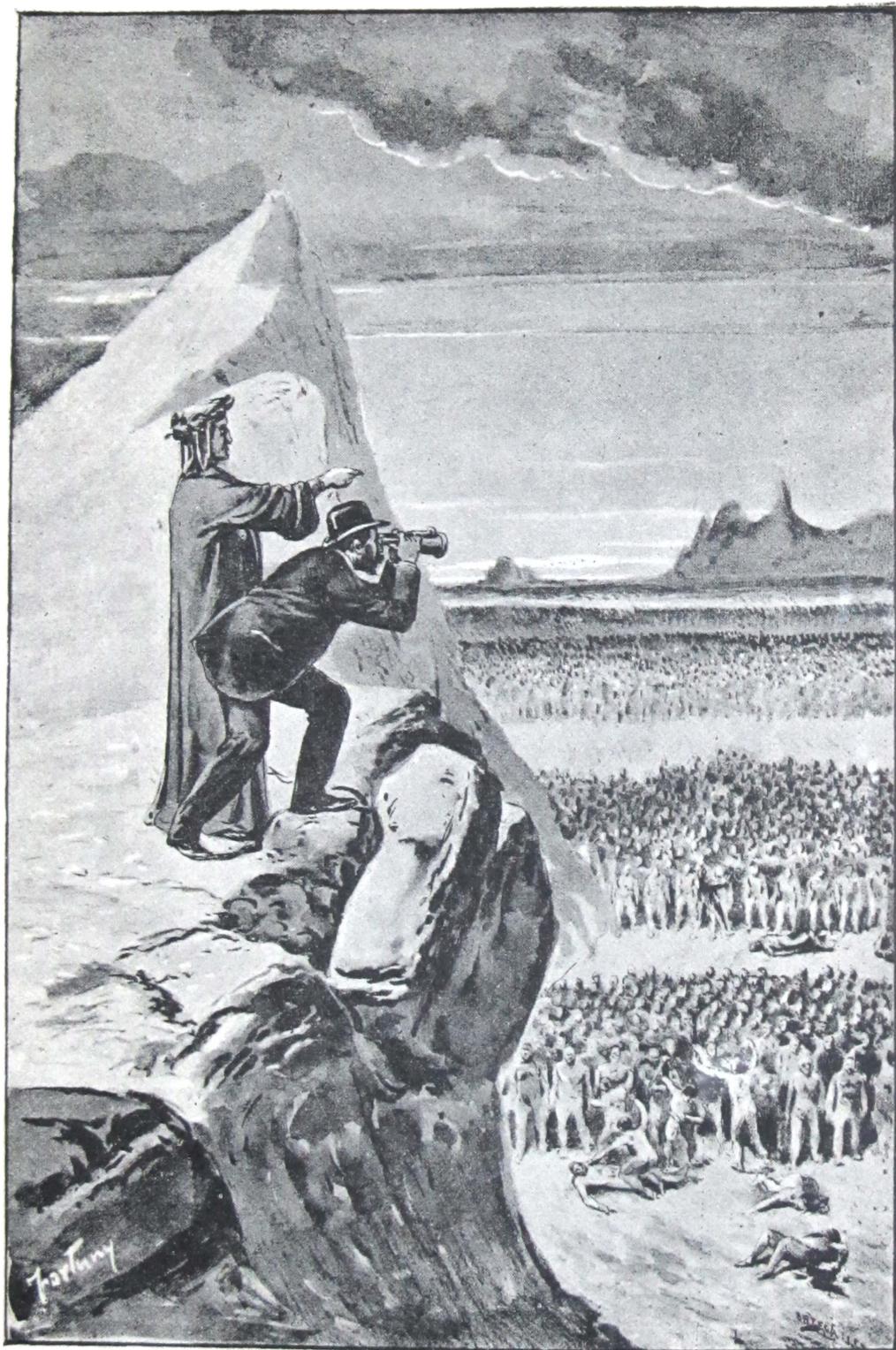
Y despues de una breve pausa, agregó estas palabras con profundísima convicción:

«A excepción de esas dos cosas — la ciencia y la virtud — todo lo demás, como la historia de los grandes hechos, de los gobiernos puros, de la virtud de los partidos y las religiones, de todas las glorias mundanas en una palabra, es casi, en su mayor parte, pura farsa, inventada exprofeso para seguir engañando á los pueblos, como aquellos los habían engañado antes, ó el producto de escritores apasionados ó fanáticos, que juzgan esos hechos y acciones por su pasión ó fanatismo.»

Y al concluir mi guía su peroración, sacó un pequeño antejo y me lo alcanzó diciéndome: — Ved á la humanidad desde sus primitivos tiempos.

Miré atentamente y en medio de una confusión y laberinto universal, en donde me parecía que los mundos se chocaban unos contra otros, que arrojaban brillantes luces miles de soles, que los mares y los continentes cambiaban de sitio en vuelcas vertiginosas, en medio de todo esto, empezaron á desfilar ante mi vista atónita, millones de seres humanos, en grandes agrupaciones, representando las diversas naciones de la Tierra en sus distintas épocas y uniformemente ví á la humanidad, siempre igual, aunque con diferentes costumbres y necesidades, pero con las mismas tendencias, buenas y malas, y con los mismos vicios y virtudes.

Como en un gran kaleidoscopio, pasaron sucesivamente todas las generaciones, infladas de vanidad y egoísmo, luchando incesantemente entre sí, y devorándose por ambiciones que no veían jamás satisfechas, persiguiendo errores funestos y engolfados en vicios y placeres perjudiciales á la salud del cuerpo y del alma. Y allí iban en una confusión espantosa,



— VED Á LA UMANIDAD DESDE SUS PRIMEROS TIEMPOS.

(Друцтво VII.)

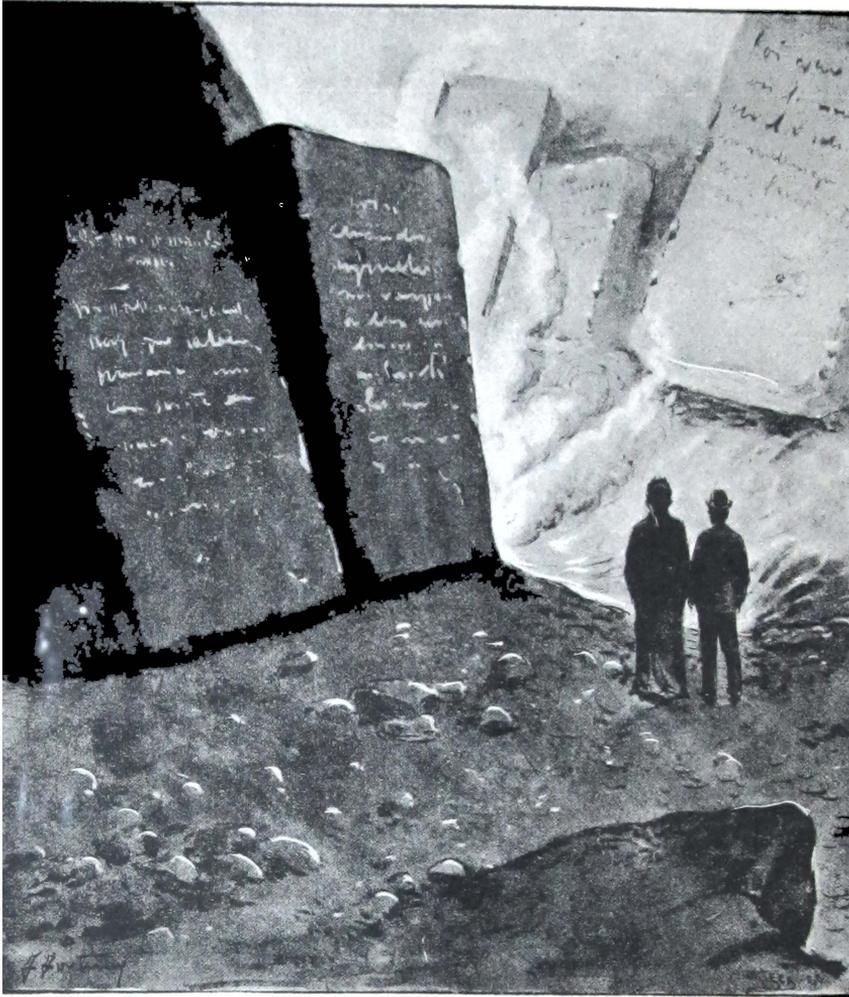
como las mismas pasiones que los dominaban, grandes y pequeños, ricos y pobres, nobles y plebeyos, aristócratas y demócratas, y en mayor confusión aún, revolvíanse y se retorcían como los gusanos se revuelven y retuercen en una osamenta, en su período álgido de putrefacción, «carcajadas estruendosas y llantos horribles, rabias comprimidas y risas histéricas, *spleens* que inspiraban risa y risas que inspiraban lástima, frivolidad y filosofía, humor negro por dentro y risueño por fuera, hastío de la vida y ansias por vivir; dolor en el alma y alegría en los labios, felonías y desengaños, ironías como puñaladas é ingenuidades como *estiletazos*; oraciones y maldiciones, impotencias humillantes y poderosos ridículos, falsas sonrisas y sátiras como latigazos, juramentos y bendiciones, mentiras indignas y actos de virtud conmovedores, cobardes valientes y valientes cobardes; farsa y sinceridad; reputaciones que rodaban por el fango y fango que manchaba á todo el mundo; crímenes bárbaros y nobles pasiones; cielos é infiernos, idealismo y materialismo; luz y sombras; premios que parecían castigos y castigos que parecían premios; juego desenfrenado y orgías estruendosas, odios profundos y cariños sinceros; abrazos de Oso y miradas de Hiena; alabanzas como dardos envenenados y consejos como puñaladas; personajes que hacían reír y rabiar á la vez, angustias que se ahogaban en carcajadas y carcajadas que concluían en llanto; impunidades que asombraban y asombros que espantaban; paz y guerra: sol y tinieblas, dolor y alegría, opulencia y miseria, caballeros y rufianes, honor y bajeza»: y sobre todo esto, predominando la mentira y el vicio y humilladas la virtud y la verdad.

Retiré disgustado el antejo ante aquel espectáculo desconsolador, y sin saber casi lo que decía le pregunté á Dante:

—Decidme: ¿no hay esperanza de salir nunca del Infierno?

—No lo sé; pero creo que esta cuestión se resol-

verá el día del Juicio Final: máxime cuando ha sido refundido el Purgatorio en este reino, y el Limbo ya no existe.



En esto, alcancé á divisar unos grandes pizarrones, ó al menos así me parecieron á la distancia: y así eran en efecto: pues pronto llegamos allí, en los cuales algunos condenados habían escrito los pensamientos y sentencias que á continuación transcribo;

PRIMER PIZARRÓN

Dios y las religiones.

Dios existe, y es la parte y el todo, lo grande y lo pequeño: en todas partes está, y no está en ninguna parte; porque no es materia, porque es espíritu y esencia.

El que no crea en Dios, el que no ame á Dios, el que no adore á Dios, es menos que un ser humano, menos aun que un ser viviente; es cualquier cosa ó cosa ninguna.

Los espiritualistas como los materialistas no hacen más que divagar en cuanto á probar la existencia ó no existencia de Dios y el alma, y del principio y el fin de todas las cosas, inclusive y principalmente el hombre.

Tan absurdo es afirmar, no pudiendo probarlo, que Dios existe en el Cielo ó la Naturaleza, palabras que por sí ya son una paradoja, como decir que no existe en ninguna parte. Tan absurdo es afirmar la existencia del Paraíso y de Adán y Eva, como decir que la fuerza y la materia son las que han creado la grande obra universal. Y tan absurdo es, por último, afirmar la existencia del alma ó del espíritu, como negarlo y decir que la idea es una combinación análoga á la del ácido fórnico, y que el pensamiento depende del fósforo, y la virtud, el sacrificio y el valor son corrientes de electricidad orgánica.

La idea verdadera de Dios es tan elevada, tan superior, tan sublime que solamente los espíritus es-

cesivamente cultos pueden concebirla y comprenderla en su grandiosa concepción.

—

Algunos filósofos pretenden que el Universo, la gran obra de la Naturaleza, es obra exclusiva de la materia.

—¿Y quién ha hecho la materia? se les pregunta.

—Nadie, os contestan; ha surgido de la nada.

—Pero la nada, no puede producir nada, y la materia es algo, que alguien debe haberla producido, pues no hay efecto sin causa, ni obra alguna sin constructor.

—Pues en las mismas condiciones se haya Dios, exclaman triunfalmente; que no puede haber surgido de la nada, que alguno también, superior á él, debe haberlo formado.

Pero esta tésis es insostenible, pues no puede prevalecer el mismo principio que prevalece para la formación de la materia, que no es más que materia, que el que prevalece para el Ser Supremo, para la grandeza de su creación, para el misterio sublime en que se envuelve, porque él, espíritu, esencia pura, ideal, no tiene principio ni fin, no nació ni morirá; siempre, eternamente, infinitamente, antes y después, siempre existió y existirá.

Y este mismo principio puede aplicarse acaso á la materia? A la materia que por si sola no tiene ni vida ni acción de ninguna clase?

—Si, os responden los materialistas, porque esa materia tiene inteligencia, que es la fuerza, la vida por la cual se tranforma todo, creando constantemente nuevos seres y nuevos mundos, que luego se desarrollan y mueren en su forma primitiva para convertirse en nuevos seres y en mundos nuevos.

—Pero eso es un absurdo, replicamos; pues esa inteligencia, esa fuerza, no son materia, que debe ser, que es inaminada, sin acción ni vida; esa inte-

ligencia, esa fuerza, son espíritu, es Dios, el Supremo Hacedor, el Gran Arquitecto del Universo.

Lo más grande que tienen los pueblos, después de Dios, es su religión.

La religión para que sea verdadera debe ser creída, y para que se crea debe ser verdadera.

No quiero entrar á juzgar si las religiones son ó no divinas ó simplemente creaciones humanas, si son ó no imposiciones ó verdades; lo que si debo declarar es que un pueblo sin religión, sin creencia en la divinidad ni en la existencia del alma, sin promesas de recompensas ó temores de castigos en una vida futura, es un pueblo propenso al vicio y al crimen, que va derecho á su perdición como corcel desbocado que corre ciego al abismo, pues la religión es el freno de las pasiones, es la moral social y la resignación y el alivio de las desgracias de la vida.

SEGUNDO PIZARRÓN

El Universo.

El universo, ó el cielo ó la naturaleza, como quiera llamársele, es el espacio, la inmensidad, el vacío del infinito, y sus habitantes los millares de millares de soles que irradian su luz y comunican el calor á los millones de millones de astros ó globos terrestres que giran á su alrededor con la misma igualdad y proporción que nuestro sol y nuestro astro.

Las distancias que separan unos soles de otros so-

les, apesar de su enorme, incalculable cantidad, son incomensurables: lo que prueba la inmensidad del espacio, que no tiene principio ni fin, siendo infinitamente infinito.

Y sin embargo, que admirable exactitud la que rige en las leyes del movimiento universal! Todo es igual y preciso en él, lo mismo tratándose del astro principal que del insecto más pequeño é insignificante. La fuerza, la vida, la luz, el sonido, todo lo que sentimos y admiramos, todo lo que vemos y oímos y gustamos, todo obedece á un principio sin fin, pero regido por leyes habilísimas, exactas y permanentes.

Para estudiar el universo, se necesita ciencia: para sentirlo, creer en Dios.

TERCER PIZARRÓN

La Tierra.

La tierra es un pequeño globo, un átomo que gira y se mueve en el espacio infinito del cielo.

Todos los fenómenos atmosféricos ó terrestres que en ella se producen, le son absolutamente propios, y aunque se produzcan iguales fenómenos en los demás astros que pueblan el cielo, respondiendo á la igualdad de las leyes del universo, sin embargo, nada tienen que ver con aquellos: son completamente extraños á su existencia.

La tierra es un pequeñísimo globo material, comparado con los otros globos que pululan en el infinito, que gira con otros astros alrededor de uno de los tantos soles del cielo, exhibiéndole todas sus faces alternativamente, que es lo que produce el día y la noche, y recibiendo su luz y calor vivificadores.

La tierra ha nacido, vive desarrollándose y al fin morirá, cumpliendo la ley general y suprema del Universo.

CUARTO PIZARRÓN

La patria.

La patria no es solamente el país donde nacemos, no; es también la ciudad, pueblo ó villorrio donde residimos en nuestra infancia, el barrio ó sitio en el cual nos creamos, y el hogar (palacio ó choza) donde vimos la luz por primera vez. Es el sol que nos ilumina, que parécenos distinto que en otras partes; el clima nuestro, el aire y el viento. Son nuestras campiñas con sus bosques y valles, y nuestros mares y ríos; es nuestro idioma, las costumbres, los recuerdos; nuestra historia, cuentos y tradiciones; nuestra educación paterna, nuestra religión, nuestras afecciones políticas, los juegos infantiles, las visicitudes y alegrías de nuestros padres y parientes; en fin, es todo lo que somos, lo que pensamos, lo que valemos, lo que amamos y lo que sabemos.

—

El hombre que no quiere á su patria, que no se sacrifica por ella ó que subordina el interés de su país por el interés personal, ese hombre no quiere á Dios, ni á sus padres, ni á sus amigos, ni á nada sino á su propio egoismo.

Es un ser perjudicial.

—

La idea patria es de un orden esencialmente espiritual. De ahí que la querramos lo mismo grande que pequeña, rica ó pobre, en progreso ó desgraciada. La grandeza material podrá agradar y hasta enorgu-

llecer al patriota, pero no influirá en el amor que le profese. Por el contrario, queremos más á la patria cuando está en desgracia, lo mismo que nos sucede con nuestros hijos calaveras ó desgraciados.

La patria universal, es una gran utopia. Podrá simpatizarse con una idea universal, aplaudirse en todas partes lo bueno y lo bello; pero nunca, jamás, podrá quererse igual otro país que el de uno mismo, que el país donde nacimos y nos creamos; pues aunque muchas ocasiones prefiramos otro país al propio para vivir en él, por habernos acostumbrado despues de larga residencia y por tener nuestros amigos y relaciones, sin embargo, jamás, nunca, podriamos reemplazarlo en la idea por nuestra patria.

QUINTO PIZARRÓN

El hombre y la mujer.

El hombre (y al decir el hombre, decimos también la mujer) es el ser más perfecto y más inteligente de la creación.

Tiene defectos orgánicos como todos los seres vivos, pero es el único que puede corrégirlos por su fuerza intelectual, que no solamente le presta un rayo de luz divina para juzgar lo malo y lo bueno, sino que por medio de ella puede imprimirle dirección á su voluntad y á sus pasiones.

No hay hombre absolutamente malo, ni hombre absolutamente bueno; el hombre malo ó bueno se

manifiesta en cualquier parte donde actúe: de ahí que lo mismo en las sociedades religiosas ó políticas, que en las profesiones ó simplemente en la sociabilidad, hay buenos y malos, y malos y buenos.

Todo es humano.

SEXTO PIZARRÓN

La política y el anarquismo.

La política debía ser y es una ciencia para gobernar y administrar los estados; pero en la práctica se ha hecho una *merienda de negros*, en la cual el pueblo saca siempre la peor parte, pues es la eterna víctima y está explotado permanentemente por los políticos.

El anarquismo es un crimen; será una utopía el socialismo, pero hay que convenir en que ambos han sido creados y son fomentados por la maldad de los ricos y los potentados.

SÉPTIMO PIZARRÓN

Las ciencias y las artes.

La ciencia es el conjunto de verdades adquiridas por la humanidad y coordinadas para llegar al conocimiento exacto de las cosas. Se divide en dos grandes grupos que se denominan *ciencias cosmológicas* y *ciencias noológicas*; subdividiéndose la primera en *ciencias cosmográficas*, que la componen la astronomía, geografía, física, la mineralogía y demás ramos del conocimiento del mundo inorgánico —

en *ciencias biológicas*, ó sean las relacionadas con los seres organizados y vivos, como la botánica, zoolo-
gía, anatomía, histología y otras anexas á la me-
dicina — en *ciencias físicas*, ó sea la física y la
química, que conocen del estado, calidad, propiedad y
modificaciones externas é internas de los cuerpos —
en *ciencias exactas*, ó sean las matemáticas, que en-
señan los principios relacionados con la cantidad
entre el número, su forma, potencia y dimensiones;
las segundas se subdividen en *ciencias filosóficas*,
comprendiendo la psicología, ó sea el estudio de la
naturaleza y facultades del hombre consciente y so-
cial, la lógica, la estética y la ética ó moral, que
determinan los principios que rigen el ejercicio de
las facultades psicológicas, la metafísica, que fija las
ideas de los primeros principios, y la gramática ge-
neral, ó sean las leyes del lenguaje, como medio de
espresarse y comunicarse las ideas, y en *ciencias
sociológicas*, que las constituyen, el derecho, cuyos
principios presiden la organización y el orden de
las colectividades humanas, la economía, ó sea las
leyes que rigen la actividad de las sociedades, en re-
lación con sus riquezas, y la historia, complementada
con la geografía política y otras ramas secundarias,
tendientes á enseñar el desarrollo y asiento de la
humanidad, al través del tiempo y del espacio.

El estudio de las ciencias, no solo instruye al
hombre, sino que lo separa de los placeres materia-
les y lo eleva hacia Dios.

—

El arte es la perfección del espíritu humano, en
el sentimiento y la cultura.

Se subdivide en la pintura, que describe las
bellezas de la verdad, en la literatura que pinta la
verdad de las bellezas, en la música que canta las
melodías de la belleza verdadera, y en el canto que
toca la verdadera belleza.

OCTAVO PIZARRÓN

La prensa.

La prensa, es un gran ariete á favor del progreso y la libertad, cuando es dirigida por escritores independientes y honrados; pero no hay nada mas perjudicial en una sociedad, que la prensa asalariada ó dirigida por escritores sin conciencia.

NOVENO PIZARRÓN

Filosofía.

Las pasiones en el ser humano, ya se subdividan como las subdividían los filósofos antiguos, estóicos ó epicúreos, ó los teólogos de la Edad Media y los filósofos peripatéticos, ya la subdividan como las subdividen los psicologistas, médicos ó economistas modernos, no son otra cosa que predisposiciones ó tendencias orgánicas estimuladas por la tentación del deseo ó aspiración de esas tendencias, sean ellas de amor ó de venganza.

Las emociones, sentimientos, afecciones, virtudes y vicios, son impresiones más ó menos fuertes que se reciben en relación con aquellas predisposiciones ó tendencias orgánicas.

—

La existencia del alma está probada por los instintos que poseen todos los seres de la creación; pero particularmente por el instinto hácia Dios.

Todo en la vida tiene alma; pero cada ser la demuestra según su organismo.

Proclaman los anatómicos que el cerebro más pesado de todos los animales de la creación es el del hombre, deduciendo de ahí que en ese sitio es donde se anida la inteligencia humana, compuesta de dos sustancias, una gris, entre parda y amarillenta, y otra blanca; pero esto no es exacto, pues si fuera así los elefantes y los grandes cetáceos que no se distinguen indudablemente por su gran intelecto, serían más inteligentes que el hombre, porque sus cerebros son más pesados.

También se afirma que cuanto más sinuosidades presentan las anfractuosidades del cerebro, más profundidad en los surcos, más impresiones y ramificaciones, asimetría é irregularidad, tanta mayor inteligencia denota el individuo; pues bien, esto tampoco es exacto: los animales mas estúpidos, tales como el asno, el buey, el carnero y el hipopótamo (caballo de los ríos), son los que ofrecen mayores circunvalaciones en sus cerebros.

DÉCIMO PIZARRÓN

Higiene.

La higiene es la base racional de la medicina.

Una buena higiene prevé las enfermedades y las evita, y la higiene, en fin, es la que las cura purificando la sangre y limpiando los cuerpos enfermos.

Los trabajos materiales desarrollan la fuerza fi-

sica y dan vigor al individuo y los trabajos intelectuales, desarrollan y alargan la vida.

Una buena higiene, pues, debe aconsejar ambas cosas: moderadamente.

Las plantaciones de árboles preven las secas en las campiñas, disminuyen las inundaciones, destruyen los insectos y dan oxígeno á la atmósfera, absorbiendo el hidrógeno.

Es, pues, de buena higiene pública hacer plantaciones en un país; y en las grandes poblaciones, es de rigor; pues se consume mucho oxígeno por el hombre, que despide, en cambio, gran cantidad de hidrógeno.

Conviene también destruir las basuras animales y vegetales por medio del fuego, y rellenar los pantanos de aguas cenagosas y en putrefacción, pues todas esas inmundicias producen ó aumentan las enfermedades, particularmente las fiebres palustres. Los buenos afirmados, los edificios ámplios y con arreglo al clima del país, comprendiendo su limpieza, y la purificación de su atmósfera, es igualmente necesario para una buena higiene y preferible al ornato de una ciudad.

Salus populi, suprema lex est.

UNDÉCIMO PIZARRÓN

Economía política.

La verdadera economía, pública ó privada, consiste únicamente en no gastar todo lo que se gana, ó en no exceder los gastos de las ganancias; fomentando el Estado, por medio de primas y liberación de impuestos, á los verdaderos progresos, para estimular la iniciativa particular.

Si se trata de negocios, la verdadera economía se concreta á no entrar sino en aquellos de positiva ganancia.

DUODÉCIMO PIZARRÓN

Educación é Instrucción.

La instrucción sirve para ilustrar al hombre, dándole conocimiento y saber, y la educación le forma sus sentimientos, haciendole amar lo bueno y lo bello.

Una buena instrucción debe ser sólida y basada en verdaderos principios científicos, y la educación no es buena sino está fundada en Dios y en la moral.

DECIMOTERCIO PIZARRÓN

Amor y sociabilidad.

El amor es la pasión más noble y mas grande del género humano.

No hay nada más abnegado que el amor.

Jesu-Cristo murió en la Cruz por amor á la humanidad; los mártires cristianos sucumbían por amor á Dios; las ciencias y las artes han sido inspiradas por el amor á la gloria; los grandes héroes y los hechos notables de la vida, todo ha sido impulsado por el amor.

Y el amor de dos seres que unen sus almas con el perfume de ese lazo divino? Y el amor á la patria, al hogar y á la familia?

Todo lo grande, todo lo bello, todo lo sublime,

deben su origen, se han inspirado en el amor, porque el amor es lo ideal, lo bello, lo sublime: es Dios.

El mas bello atributo de una buena sociedad, es la cultura; pero su base mas sólida es la moral.

La sociedad que posea esas dos condiciones, puede vanagloriarse de ser una gran sociedad.

El teatro y la literatura son un gran elemento de sociabilidad; pero solamente cuando descansan en la moral: pues de lo contrario, no hay nada mas perjudicial.

DUODÉCIMO PIZARRÓN

Médicos y Sacerdotes.

El médico bueno, es un sacerdote, y el sacerdote virtuoso, un santo; pues mientras uno trata de hacerle bien á la humanidad curandole las dolencias del cuerpo, el otro le alivia las dolencias del alma, elevándola hácia Dios, y prometiendole grandes recompensas en una vida futura, por los sufrimientos morales que padece en la vida humana.

PIZARRÓN FINAL

Militares y Abogados.

El militar pundonoroso es el verdadero defensor de la patria, y el abogado recto, el gran defensor de la sociedad.

*
* *

Al terminar de leer los pensamientos que dejo transcritos, los que seguramente fueron escritos por

espíritus selectos, que por sus pecados habrían ido á dar por aquellos lugares, distinguí asombrado una hermosísima ciudad, que arrojaba al parecer, divinos resplandores de una luz celestial, y luego de pasarme el estupor, preguntéle á mi amigo lo que aquello significaba.

—Es la ciudad recreativa de la alta sociedad infernina, contestóme, en la cual pasa una temporada de cierta época del año.

«Si quereis, agregó, podremos penetrar á ella.»

—Con mil amores, le contesté en seguida. Me place conocer la gente principal en todas partes que vaya.

Así, caminando, cruzamos por deliciosos verjeles, en medio de soberbios jardines y régios palacetes, hasta que llegamos á la puerta principal de la ciudad, que estaba custodiada por una guardia de soldados demonios, vestidos lujosamente y de porte elegante aunque severo.

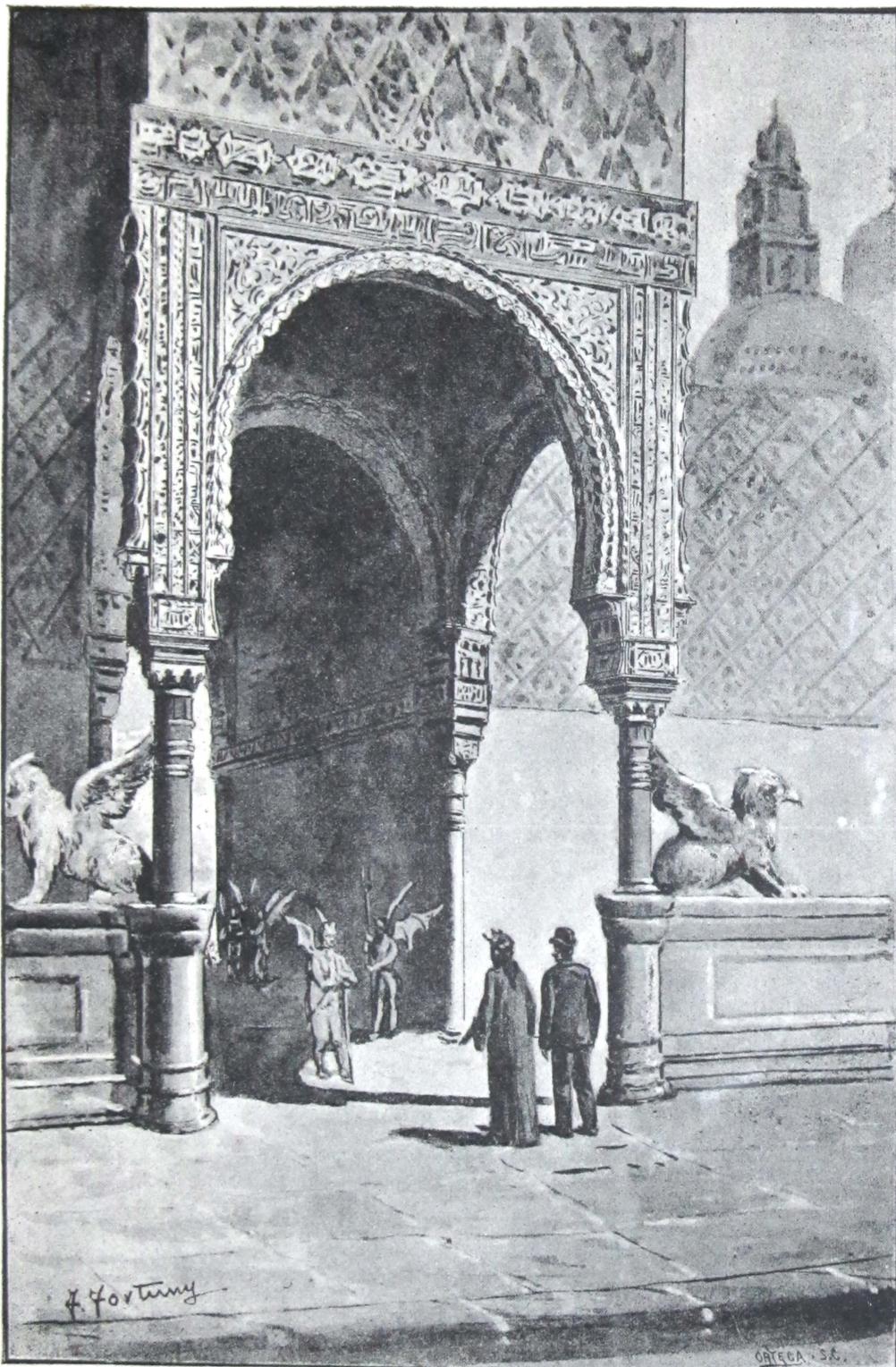
—Somos forasteros, díjole Dante al que parecía jefe de aquella bizarra legion, que venimos á pedir hospitalidad.

—La hospitalidad al forastero, contestó con suma galantería, no debe negarse jamás. Pasad, pues estais en vuestra casa.

Satisfécho quedé de tanta galanura y generosidad, y así se lo hize notar al diablo aquel, penetrando luego á la ciudad, que era bellísima sin ninguna ponderación, de aspecto alegre y elegantísimo, sin edificios churriguerescos ni chillones colores, de grande magnificencia en su construccion, pero de contornos sencillos y suaves, con un gusto y tono esquisitos. Resplandecía de frescor y limpieza, con sólidos é higiénicos afirmados, arboledas coposas y espaciosos boulevares.

—Así me gustaría que fuesen nuestras ciudades, no pude menos que decirle á mi compañero, admirado de tanta belleza. ¿Que os parece?

Iba á contestarme Dante cuando se presentó de



SOMOS FORASTEROS — DÍJOLE DANTE, QUE VENIMOS Á PEDIROS HOSPITALIDAD.

(INFIERNO VIII.)

repente una pareja de diablos (macho y hembra), elegantemente vestidos, pero con rigurosa sencillez, que paseaban lentamente por aquellas frondosas alamedas, diciendose ternezas y aspirando la fragancia de las flores de que estaban llenas las casas y calles. Al vernos pararonse respetuosamente y saludaronnos con extrema galanteria. Contestamos nosotros, y antes de poderles dirigir la palabra, la muchacha, dirigiendose á su acompañante, le dijo:

—Si quereis ser grande, empezad por ser pequeño.

—Para poder cumplir con su deber, dijo él, es preciso ante todo ser libre y tener conciencia de su mision en el infierno.

—No se obtiene libertad espiritual, replicó ella sin una sólida instrucción y, sobre todo, sin fé en el Gran Hacedor.

—Sin fé en Dios, el diablo obedece á los sentidos, á la pasión, al egoismo, agregó él.

—Nádie está obligado á ser grande, ni rico, ni sabio; pero todos estan obligados á ser honrados y cultos, agregó ella.

—Todo diablo, grande ó pequeño, afortunado ó desgraciado, que haya cumplido con su deber estará satisfecho.

—Es más facil que un diablo justo sea engañado á que desconfie de los demás; pero el que lo engañe, ya no valdrá nada para él; aunque le perdone la ofensa: esa es su justicia.

Y en ese órden, como Sancho Panza con sus refranes, continuaron hablando un gran rato, sin discutir ni acalorarse, hasta que los dejamos, diciendole á Dante, si habrian querido darnos una lección.

—No, me contestó; es costumbre de la alta sociedad infernina, hablar sentenciosamente, como hacian los atenienses, ilustrando su espiritu con máximas filósóficas y moralizando las costumbres.

En todos los frontispicios de las casas habia también letreros sentenciosos, como estos, por ejemplo:

«El caracter se crea en el cumplimiento de los pequeños deberes.»

—

«No hay nada más grande ni más sublime, que la abnegación y el sacrificio por sus semejantes.»

—

«Es más fácil aconsejar que practicar.»

—

«En la amistad es donde se conoce al diablo.»

—

«El que nunca ha sido desgraciado, no sabe valorar la desgracia; ni la pobreza, el que nunca ha sido pobre.»

—

«Lo que ha de suceder, sucede; pues no se puede prever lo imprevisto.»

—

«La abundancia hastia, y la miseria excita los deseos.»

—

«No hay nada más repugnante en un diablo, que la traición ó la mentira.»

IX

El ruido leve de un carruaje, amplio y cómodo, sin dejar por eso de ser elegante; como debían ser los nuestros; marchando velozmente por aquel afirmado plano, sin sacudimientos violentos y peligrosos, sacóme de la abstracción en que me encontraba leyendo sentencias á granel. Paró el vehículo suavemente y el cochero,

con gran respeto y galantería, cosa bien estraña por cierto en sus cólegas terrestres, que son casi todos groseros y perversos,—nos preguntó si éramos nosotros los forasteros. Contestándole afirmativamente, invitónos á subir, para llevarnos, dijo, á la casa del gran señor de la ciudad, que nos invitaba á un gran banquete y baile que se daba esa noche en su palacio; espetándonos antes de hacer efectivo tan agradable ofrecimiento, la siguiente sentencia: «El Diablo que todo lo pospone al dinero, es mucho más perjudicial á la sociedad, que el reptil ó insecto más repugnante y ponzoñoso.»

*
* *

En breve rato estuvimos en la morada de nuestro anfitrión, donde fuimos recibidos soberbiamente, haciéndonos los honores que merece la hospitalidad, y principalmente á los forasteros.

Al recibirnos el gran señor y su esposa en la escalinata del palacio, vestidos de rigurosa etiqueta, nos pronunciaron su arenga filosófica.—Los deberes del diablo, dijo él, son los siguientes:

«Crear en Dios y amarlo sinceramente. Mirar á la colectividad como á su propia familia, prestandole ayuda y consejo á su prójimo. Cultivar su inteligencia é ilustrarse en los grandes principios filosóficos y sociales, á fin de poder agregar un grano de arena en la evolución y civilización infernina, propendiendo á su adelanto moral y bienestar. Y abogar por todas las causas justas, sacrificándose por sus semejantes.»

Y estos, dijo ella, son los deberes de la diabla:

«Crear en Dios y amarlo sinceramente. Ser cariñosa y respetuosa con sus padres; buena con sus parientes y amigos; amable y discreta con todo el mundo. Ser esposa virtuosa, madre abnegada y viuda honesta.

«La diabla que cumpla estrictamente con estos deberes, puede morir tranquila y satisfecha, pues ha cumplido con su mision en la vida.»

No quise yo ser menos tampoco, no fuera el *diablo* que me tomaran por topo ó mal educado, y solté este discurso con voz clara y ademan resuelto.

«Son deberes sociales, dije: anatematizar todos los vicios, dando el ejemplo con la pureza de costumbres. Formar una familia honrada é ilustrarla. Crearse un porvenir honesto por medios lícitos, que asegure la independencía del hombre ó del diablo y el bienestar de los suyos. Cultivar las buenas relaciones y desviarse de las malas. Protejer al débil y al necesitado, y, en fin, ser culto y agradable á todo el mundo.»

—Muy bien! díjome nuestro huesped, haciendo una graciosa reverencia, que es la manera que tienen de saludar en aquella ciudad, sin darse las manos, ni besarse las mujeres, pues consideran de mal tono esta costumbre y anti higiénica.

Dante, mi compañero, quiso tambien mostrarse cortés, y profundo como era, dijo estas hermosas verdades:

«Son deberes del ciudadano: defender á la patria de cualquier peligro que le amenaze, sacrificando sus bienes y su persona. Luchar incesantemente, sin transacciones ni claudicaciones contra los malos gobiernos. Cumplir con sus deberes cívicos, propendiendo que vayan á ocupar los puestos públicos los hombres más eminentes por sus virtudes y talentos, prefiriendo los primeros á los últimos, sin necesidad de enrolarse en ningun partido ó bandería política, salvo los casos en que estos concurren real y eficientemente al bien público. Proponer y tratar de que se lleven á cabo todas las reformas que mejoren los progresos morales y materiales del país. Y protejer á sus connacionales por todos los medios á su alcance, defendiendo á todos los habitantes de la nacion, de las arbitrariedades é injusticias que se cometan ó pretendan cometerse con ellos.»

—Espléndido! Magnífico! exclamó entusiasmado nuestro distinguido huesped, y lo que despues se nos dijo que importaba el colmo de la galantería, fué que, le replicó á Dante en seguida, diciendo estas pocas pero

bellas palabras:—Habeis hablado de los deberes del ciudadano; pues bien, voy á deciros ahora cuales son los deberes del gobernante:

«Los gobernantes deben cumplir estrictamente con su deber y propender por medidas hábiles, al progreso del país que gobiernan y al bienestar de sus habitantes. No negar audiencia á nadie; atender todos los reclamos justos que se le hagan; dar libertad á sus conciudadanos; administrar honradamente y con tino los dineros públicos; prever las catástrofes y evitarlas; proteger á los necesitados y ayudar, en todo y por todo, á sus gobernados.»

—Muy bien. Perfectamente; dijimos Dante y yo, haciendo grandes reverencias en señal de saludo y aprobación.

—

Después de esta ceremonia, condujéronnos los mismos dueños de casa á la habitación que nos estaba reservada, retirándose luego para que hiciéramos lo que se nos antojara y diera la real gana.

Pasado un momento visitamos todo aquel hermoso palacio, construído con suma sencillez, pero con notable elegancia y majestad. Todas las habitaciones eran amplias y altas; estucadas sus paredes y los pisos de relucientes y hermosos mosaicos de madera. Casa hecha con arreglo al clima del país, y con todas las reglas de estética y condiciones higiénicas modernas. Un *chiche*, por lo cómoda, hermosa y limpia.

El mueblaje corría parejas con la construcción del palacio. Todo era sencillo y elegante, todo sólido y confortable.

Después de un breve rato que empleamos recorriendo Dante y yo, la hermosa villa del gran señor de la ciudad, admirándonos de todo lo que veíamos, particularmente de los espléndidos jardines que rodeaban el palacio, no parecidos á nuestros pobres

parques ingleses, frondosos y cubiertos de flores y hermosas plantas por todos lados, que saturaban la atmósfera de deliciosa fragancia, fuimos invitados á pasar al gran comedor, pues iba á dar comienzo el banquete.

Pero no quiero continuar más: baste deciros, que en el banquete ahora, luego en el baile, más tarde en el teatro, y en los paseos, y en las tertulias, y hasta en los conciertos y conferencias, obsequiéosenos espléndidamente, siendo los niños mimados de todas las fiestas, y que aprendimos mucho con lo que presenciábamos y oímos en aquella verdaderamente noble y aristocrática sociedad.

Qué sencillez y qué buen gusto en todo. Aquel modo de hablar campanudo y sentencioso que oí en el primer momento, y que creí, entonces, fuera como se expresaran los habitantes de aquella ciudad, resultó todo lo contrario, pues eran de un trato esquisito y franco, cuya amena é ilustrada conversación, seducía á cualquiera, aun al individuo más irascible é indisplícite. Las sentencias y los refranes filosóficos, usábanse únicamente para saludar á los forasteros, dándoseles á conocer; en los brindis de los banquetes para aconsejar cierta abstinencia y buen *sprit*; en los bailes para recordar las reglas que rigen para el ejercicio y la elegancia, y, por último, en las conferencias ó veladas literarias, que eran una especie de contrapunto en pensamientos, dichos y refranes.

Lo que me pareció un poco original fué el teatro: en vez de representarse piezas por secciones con chulos y chulas, como entre nosotros, que pervierten el gusto y estragan el pensamiento, allí la función dura unas dos ó más horas, según los temas que se van á tratar, observando esta curiosísima manera de representar: el actor principal está en un púlpito colocado en el centro del teatro; de aquí dirige la palabra al público, explicando los cuadros que se van á representar, que siempre son morales é instructivos, atacando vicios y malas costumbres. Una vez hecha la



FUIMOS INVITADOS A PASAR AL GRAN COMEDOR.

(INFIERNO IX.)

explicación, levántase el telón y aparece un escenario igual al de nuestros teatros, y allí, en pantomima, se produce el cuadro gráficamente por otros actores. Lo que me chocó también en cuanto á sus gustos teatrales, fué que no les gustara la gran ópera. Pretendían que se exageraban los sentimientos; suposición explicable únicamente por su sencillez de costumbres. Sin embargo, apreciaban la buena música y el *bel canto*.

Las costumbres en general de la sociedad infernina, son muy sencillas, pero en extremo alegres: constantemente están de fiesta, pues no desperdician oportunidad para recrearse honestamente. Bailes, banquetes, teatros, paseos campestres, reuniones íntimas, científicas y artísticas, pintura, música, canto y literatura, son sus diversiones favoritas; pero especialmente la sociabilidad, mucha sociabilidad, en la que se permiten bromas y chascos de toda clase, es decir, siempre que no ultrapasen los límites de la moral, y en donde son una ley la franqueza, la alegría y el gracejo espiritual. El resultado de todas sus fiestas, lo que es también una virtud, es la caridad, que la practican de todas maneras, aconsejando á los miserables la moral y la virtud.

La murmuración no se conoce allí, pues es mirada con desprecio la persona murmuradora; se ódia la envidia, y en cualquier reyerta considérase un deber caballeresco arreglar á los contendientes y no se des cansa hasta que no quedan reconciliados.

Los trajes úsanlos á la manera de cada individuo, sin más exigencia de la moda que la decencia y la elegancia. Sobre todo, lo que se considera *cursi* y pobre es que se vista nadie con ropa que desfavorezca su físico. Así, pues, la verdadera moda de la alta sociedad del Infierno es conciliar la belleza de la raza con el físico del individuo. Solo hay una excepción á esta regla: en las conferencias literarias, por el respeto que les merecen, todo el mundo va de etiqueta, frac, etc.

*
* *

Sorprendido después de lo que había oído y visto referente á la sociedad del reino de Lucifer, pregunté á mi conductor, que cómo me explicaba lo que acabábamos de ver.

—Es que esta es la sociedad antigua, me dijo Dante; que vive absolutamente separada de la nueva asociación infernina, que es á la que se refería aquel diablo presidente honorario del club en que presenciábamos aquellas bochornosas escenas, y la sociedad que alcanzasteis á vislumbrar en la otra ciudad que visitamos.

—

Una preciosa leyenda nos contaron en esta ciudad bellísima, cuya tradición, transmitida de padres á hijos, era la base primitiva de la organización de aquella aristocrática pero noble sociedad: leyenda que me hizo recordar las irrupciones de bárbaros que existieron en antiguos tiempos, y que se repetirán algún día entre bárbaros ó no bárbaros, y de continente á continente ó entre una y otra parte del mundo.

Cuando empezó á fundarse la primera sociedad infernina, los diablos, que como sucede en todos los pueblos primitivos, eran refractarios á toda tendencia de cultura y sociabilidad, rechazaron y aun persiguieron atrozmente á los afiliados al grandioso progreso social. Entonces éstos, que vieron perdida la causa si luchaban con sus solos elementos, pues representaban una inmensa minoría; y elevándose en su propia cultura hasta el trono omnipotente de Dios, le hicieron una plegaria, pidiéndole su incontrastable y omnimoda protección.

El Señor, que nunca desoye una súplica cuando es justa ó noble, accedió al pedido y envióles dos

angeles con un escuadrón de lanceros para que pusieran en quicio á los demonios, imponiéndoles su excelsa voluntad: que no era otra que la del fundamento de la primitiva sociedad, culta y noble, del gran reino de Lucifer.

—Estos ángeles, me decían entusiasmados los habitantes de la ciudad, eran un mancebo y una doncella hermosísimos. Él reunía en sí toda la belleza masculina: era alto, de formas atléticas, pero bien conformado; pelo negro y ensortijado; bigote que recién empezaba á esbozarse, negro como el cabello y como sus ojos negros: de mirada ardiente y penetrante, que lo mismo imponía que sonreía, según los casos; de tez pálida, ademanes desenvueltos y de una irreprochable distinción: vestía de púrpura, un traje al estilo de los caballeros de la Edad Media, con capa y sombrero con pluma, y en su divisa, con letras negras como la muerte, se leían estas palabras, que observaron siempre fielmente sus protegidos, y es el lema, como se sabe, de los grandes señores: *Dios, la patria y mi dama*. Cabalgaba un brioso y negro corcel, que arrojaba espuma por la boca y fuego por los ojos, no llevando otra arma que una larga y filosísima lanza. Ella, la doncella, era el prototipo de la hermosura femenina: alta, delgada, de formas esculturales y flexible como una palmera; rubia, muy rubia, de pelo sedoso y abundante, semejando á una copiosa lluvia de hilos de oro; ojos azules, grandes, de cejas arqueadas y mirar de cielo; nariz y boca bellísimas, perfectas: cuello de cisne; tez entre nacarada y sonrosada, y tierna, suave, como un suspiro de amor: toda su figura parecía transparente, diáfana, como una aureola boreal, de ondulaciones graciosas y delicadas, como las armonías de una música celestial y divina. La divisa que ostentaba, en letras de oro bordadas primorosamente, tenía esta poética leyenda: *Soy de mi caballero y de mi amor*.

El representaba la fiereza y el amor ardiente; ella la sublime debilidad femenina y el amor puro, tierno, casto, la esencia del amor.

Su escuadrón lo componían cien caballeros de fiereza sin igual, vestidos de negro y montados en negros corceles, llevando por estandarte una horrible bandera negra con este tétrico letrero: *Caballeros de la muerte*.

—El escuadrón de *Caballeros de la muerte*, nos contaban, produjo la muerte y casi la desolación de todo el reino de Lucifer; pues los diablos, creyéndose invencibles por su soberbia, tuvieron la osada temeridad de oponerse á los mandatos de Dios, hasta que aniquilados, deshechos, expuestos á perder todo el reino, suplicaron y al fin obtuvieron la paz concediendo la estabilidad por los siglos de los siglos de esta hermosa y nobilísima sociedad.

*
* *

Al retirarnos de la casa de nuestro anfitrión, quiso éste hacernos un obsequio, el cual consistía en un precioso libro de pensamientos, escritos por algunos diablos y forasteros de nuestro mundo, filosóficos y espirituales algunos y otros disparatados y hasta torpes. Aceptamos el obsequio como cosa de gran valía, y á título de curiosidad por los variados asuntos de que trataba, transcribo á continuación los principales pensamientos y chascarrillos, para solaz ó aburrimiento del que se tome la molestia de leerlos.

Llamábase el libro: «de pensamientos, dichos y sentencias, diablunas y no diablunas», y empezaba con este prefacio, después de advertir que si el lector criticaba la forma en que estaban escritos, fijándose más que en el fondo de verdad que pudieran encerrar, en su falta de belleza literaria, les haría el efecto á sus autores, de que los criticaba una hermosa prostituta, que pretendiera encubrir su inmunda vida y su interior podrido, con las bellezas exteriores de su



PRODUJO LA MUERTE Y CASI LA DESOLACIÓN DE TODO EL REINO DE LUCIFER.

(IMPIERNO IX.)

cuerpo. Luego concluía el *introito* con estas palabras: Y quién eres tú, átomo miserable, para podernos juzgar por tu único y quizás estrecho criterio, y por tu vanidad y perversa voluntad? Reunid al mundo entero que nos lea: formad un plebiscito con toda la humanidad, y entonces, sí, aunque fuera una barbaridad su fallo, pues casi nunca está en lo cierto, nos someteríamos á su decisión:

PREFACIO

Son grandes calamidades:

Las guerras y las epidemias, los malos gobernantes y los vicios y la miseria; los grandes especuladores, los políticos corruptores y los jueces prevaricadores; los escritores venales, los comerciantes bribones y los abogados y médicos sin conciencia.

Son pequeñas calamidades:

Las preocupaciones sociales, los deudores tramposos y los acreedores exigentes; los sirvientes responsables, el amigo *pechador*, la gente sin educación, los pequeños industriales explotadores, y, en general, todo lo que nos fastidia, enferma ó explota.

Es malo ó fastidioso:

Las enfermedades (sobre todo si hay que pasarlas en los hospitales), la pobreza, los disgustos, el trabajo excesivo, el hambre y el sueño, la caridad del avaro, los sustos y los peligros, las cuentas de los abogados

y los médicos, la esclavitud ó la dependencia, las literatas y las solteronas, los hombres brutos y las mujeres guarangas, los maridos haraganes ó viciosos y las mujeres adúlteras ó sucias, las suegras fastidiosas y las mujeres impertinentes; los anarquistas, los sordos, los tontos é ignorantes, y lo peor de todo en la vida, es la vida misma, que acarrea todos esos y otros males mayores.

Es tonto y antihigiénico:

Besarse en la cara las mujeres; dar la mano en señal de saludo, particularmente en verano; el abuso del amor; el corset y el albayalde; el cigarro y las bebidas espirituosas; leer, escribir, pensar ó cohabitar antes de hacer la digestión; comer mucho ó hacer excesiva vigilia; pasar las noches en vela de parranda; exagerar el traje hasta el punto de andar incómodo por estar á la moda; gastar más de lo que se tiene ó se puede por aparecer en sociedad; no atenderse cuando se está enfermo, y, en general, no hacer uso ó hacer abuso de las fuerzas, ya sean físicas ó corporales, ya sean estomacales, *amorosas* ó intelectuales.

Son actos de bajeza:

Ser soberbio con los humildes; malo con los débiles; abusar de la inocencia y de la desgracia; ser grosero con sus amigos; guarango con el público; prestar con usura; aprovecharse de los oprimidos; guardar rencor y vengarse; mentir ó cometer falsedades, y no ayudar y salvar á un prójimo en cualquier circunstancia de la vida, pudiendo salvarlo y ayudarlo.

*
* *

Cuando queráis escribir con verdad la vida de un hombre, no olvidéis los pequeños detalles.

La verdadera industria no necesita protección de nadie.

La protege el público.

Una mujer hermosa y amable puede más que mil hombres y cien mujeres feas.

Tanto en el reino animal, como en el vegetal, cambia la fisonomía de los seres y de las plantas según el ambiente ó clima en que se desarrollan, y los alimentos que los nutren; pero nunca se extingue absolutamente el origen de su raza ó especie.

No hay nada más seductor que una hermosa voz y el talento espiritual.

El arte, si no es verdadero, no es arte. Sus manifestaciones deben estar basadas en la verdad, en la sinceridad, demostradas por la ciencia ó la naturaleza.

Lo contrario es artificio ó cualquier cosa, pero nunca es arte.

Si por circunstancias especiales protejen los gobiernos á las industrias, jamás debe recaer esa protección cerrando la puerta á los similares de otras partes.

Que divertidas son las conferencias literarias, y los conciertos, y la música clásica!

Sin embargo, nadie os dirá que no se divierte y que no ha comprendido admirablemente todo lo que dijeron, cantaron ó tocaron. Qué esperanza! sería de mal tono el declararlo.

Y ciertas tertulias y recibos de los que quieren y no pueden..... Dios nos asista! vale más suicidarse.

—

De todos los furores humanos, no hay ninguno mas perjudicial que el furor de las grandezas y el furor uterino.

—

La venganza es mala; pero es muy humana: á todos les agrada vengarse.

Sin embargo, todo el mundo la anatematiza y se castiga por la justicia.

Aberraciones de la humanidad!

—

La pena de muerte será necesaria, pero debia dulcificarse hasta el punto que el condenado la ignorase y muriera sin darse cuenta de su horrible castigo.

—

Los vicios son especie de válvulas de las pasiones humanas.

Cuando la sociedad no les pone un freno, viene la corrupción, que es el desborde de las pasiones.

De ahí que la libertad absoluta sea un gran mal; debiendo ser restringida moderadamente para no incurrir en el despotismo, que es un mal mayor; dando lugar á ese *modus vivendi* que se llama la *libertad dentro del orden*.

En los vicios sucede á la inversa de la libertad, esto es, que así como á esta conviene reprimirla un tanto á aquellos hay conveniencia de permitirlos, cuanto, cuanto: una puntita — de lo que resulta lo que se dice la *reglamentación de los vicios*.

—

El hombre defectuoso, que la sociedad rechaza y ridiculiza, tiene que agriar su carácter y hacerse

malo á la fuerza, resultando de esto que no hay casi un defectuoso que sea bueno.

Los méritos de los personajes estan en relacion directa con las virtudes ó vicios de las sociedades en que actuan; por eso en los tiempos que corremos cualquiera medianamente honrado es considerado como poseedor de todas las virtudes.

El hermafrodisimo solo existe en el reino vegetal y, segun dicen, en la *solitaria*, del reino animal.

El sodomismo es solamente un vicio, como es vicio la mansturbacion; vicios que conducen á la muerte y á la degradación mas infamante.

En el sensualismo, para ser mas engañoso y perjudicial, la naturaleza parece que se fortaleciera cuanto más se debilita.

Las demoras é inconvenientes que se producen en los desafios, son, generalmente, recursos para no llevarlos á cabo.

Los desafios, usando de una metáfora, deben hacerse por detras de la sociedad; pues si esta los siente, no puede ni debe permitirlos.

Así como en las alturas atmosféricas vése retratado el fondo de los mares, en el fondo de los mares se ven retratadas las alturas atmosféricas.

Seria pues un buen medio, poderse colocar en uno y otro sitio para estudiar respectivamente las corrientes de las aguas y las de los vientos, que resolvieran definitivamente los problemas del buque submarino y él de la dirección de los globos.

En los matrimonios, como en cualquier otra sociedad, ó sencillamente para vivir con otro individuo,

conviene siempre tener en cuenta los caracteres de los conyuges ó de los s3cios: si unos son violentos é irascibles, por ejemplo, los otros deben ser pacíficos ó tolerantes.

Lo contrario, produce choques, que sino siempre provocan rompimientos, hacen, por lo menos, insupportable la vida.

Puede producirse la lluvia por medio de conmociones violentas en la atm3sfera, que produzcan el rompimiento de la agua helada.

Es prueba de ello, que casi siempre llueve despues de las grandes batallas ó durante ellas se producen.

La mujer como tiene mas sentimiento que el hombre, es mas propensa á la religion y á todo lo que es grande y bello.

Toda pena ó disgusto concluye por extinguirse; pues para todo tiene su conformidad el tiempo. Pero el recuerdo de las penas es mas durable siempre que el de las alegrías y los placeres.

La única ventaja que tienen las penas es hacer mas llevaderos los sufrimientos físicos, así como hacen siempre menos mella en los espíritus alegres.

En política, se relaciona uno con gentes que en otro orden social ni los miraria á la cara, y se enemista con personas que en otro caso serian sus verdaderos amigos.

Una de las cosas que mas debe tenerse en cuenta para la economía doméstica, es abstenerse de com-

prar aquello que no haga absolutamente falta, por barato que parezca.

Así como en política consiste el genio con frecuencia en saber esperar, armándose de paciencia, en el genio militar suele consistir en proceder con viveza, cayendo rápida y audazmente sobre el lado vulnerable del enemigo.

No existiendo dos individuos que piensen absolutamente igual en el mundo, todos se ponen de acuerdo sin embargo, cuando los guía é impulsa el interés, la necesidad ó el miedo.

La pena moral que sufre el penado desde que se le notifica la sentencia de muerte y la odiosa capilla, es peor, mil veces peor y mas cruel que la misma muerte, que el acto material de morir.

El banquillo, como la cárcel, son ignominiosos para los criminales, pero son honrosos para los apóstoles de una idea política, religiosa ó social.

La pena de muerte sangrienta y pública, en vez de ser moralizadora, es, por el contrario, inmoral; pues pervierte el sentimiento humano y le incita a la matanza.

Por consiguiente, llevando las penas por fin primordial la vindicta pública y la moral social, mas que el castigo individual, debían ellas ser ejecutadas secretamente y lo menos sangrientamente posible, dándose á conocer públicamente después de ejecutados los reos.

Filosóficamente, es insostenible la pena de muerte.

La publicación de los crímenes y suicidios y de

los robos y estafas y, en general de los hechos criminales, con todos sus detalles y antecedentes, son perjudicialísimos, pues despiertan instintos y provocan imitadores.

Sin embargo, no hay nada que agrada más que la narración de esos hechos y de los escándalos sociales en general ó de cualquier orden que sean.

—

El arte, el verdadero arte, es originario de Grecia; los demas, son modalidades de cada raza y de cada país.

—

Los hombres honrados son los únicos que tienen derecho á enrostrar los delitos á los viciosos.

—

Si dos bribones se enrostran sus vicios, la moral social queda mal parada, pues solo el vicio ha quedado en transparencia.

—

Un deudor embrollón, merece un acreedor grosero.

—

Cuando he visto la desgracia y la miseria á mi alrededor, encontrándome yo feliz y satisfecho; cuando he visto los sacrificios del pobre para ganarse el sustento de su vida y he comparado la facilidad que tenía yo para ganar el dinero sin trabajar casi, francamente, he tenido miedo de una vida futura, donde se nivelara en recompensas y castigos al que sufre ó goza en la vida humana.

Y ya veis..... me encuentro en el Infierno.

—

Pensar en lo irremediable, es pensar un imposible. Por consiguiente, solo debemos pensar en lo que tenga remedio.

—

Lo que mas puede considerarse verdadero en

Historia, son los documentos y, sin embargo, nada hay menos verdadero, pues generalmente se escribe lo que conviene y no lo que debe decirse.

Las leyes (sobre todo las liberales), sistema y práctica de gobiernos, relacion de costumbres, prácticas religiosas, biografías, inscripciones y tradiciones, todo obedece al mismo criterio.

Las religiones, desde las primitivas que se conocen, como el teísmo, el naturalismo, la mitología, el racionalismo, el politeísmo, lamamismo, monoteísmo, etc. etc., hasta el judaísmo, islamismo, cristianismo y protestantismo de nuestros días, todas han sido obra de los hombres inspiradas en una idea superior, que es la divinidad, Dios, ya se le presente como un ser supremo, único, ya se le mirase bajo varias faces, representando distintos atributos.

Han sido formadas según la cultura de cada pueblo y según sus anhelos y necesidades, respondiendo en su origen á la accion evolutiva y progresiva de la humanidad, moral, intelectual y materialmente.

Por eso han ejercido una gran influencia en los destinos del mundo, y continuarian ejerciendola si siguieran evolucionando dentro del progreso, á que han respondido.

Cuando se han estacionado, manteniendo la ignorancia de los pueblos y obteniendo, por ese medio, su dominación y gobierno, el progreso no ha avanzado y hasta ha retrocedido.

La excesiva susceptibilidad ó desconfianza, es guaranguismo.

El sensualismo se despierta generalmente con mas facilidad en la mujer que pierde su virginidad de una manera violenta y en temprana edad, que

en la que se entrega y la pierde suavemente en edad ya avanzada ó proporcionada.

Dios nos libre de la tirania de los gobiernos, pero librenos tambien de la tirania de los pueblos ó las muchedumbres.

En realidad, no se sabe cual es peor: si la tirania ó la licencia.

La paz armada, ¿es verdaderamente una prevision de los gobiernos para evitar conflictos internacionales, ó es un pretexto para dominar á los pueblos?

Lo que puede asegurarse, es que constituye una verdadera calamidad.

Desgraciado del huérfano! Pues no encontrará un cariño que reemplaze al de sus padres, porque nadie quiere como ellos. Por eso el amor de Dios es el amor mas grande, porque Dios es el padre universal, el padre eterno de la humanidad.

El amor de una muchacha se consigue á veces mas facilmente con una frase feliz ó un rasgo simpático, heróico ó abnegado, que con toda una temporada de galanteo insulso y tonto.

En ninguna parte tiene mas libertad el hombre ni necesita mayor arrojio, que en el mar ó en el campo. De ahí que el marino ó el campesino, aunque piensen menos que el hombre de ciudad, piensan más elevadamente, porque comprenden y aman á Dios en la Naturaleza.

¿Pueden considerarse como un honor los titulos de nobleza que espida un rey ó un gobierno depra-

vado? Y aunque no sea depravado ¿pueden considerarse siempre como un honor?

Y sino siempre son un honor los títulos de nobleza, ¿que le quedará á sus descendientes ó á los que compran esos títulos?

No concibo el carnaval y la mayor parte de las fiestas populares sin el canallaje y la prostitución, como no concibo la guerra sin horrores, los desafíos sin sangre, el juego sin interés y las corridas de toros sin muerte.

Lo retrógado y lo vicioso, es lo mismo en la parte que en el todo.

Es mas fácil adquirir fortuna ó fama, que gozarla y conservarla.

En el reino vegetal, rigen las mismas leyes de higiene y cuidado que en el reino animal.

Por eso en las ciudades, donde las especies de uno y otro reino viven con menos libertad que en el campo, necesitan de mayor cuidado y mas higiene.

La esclavitud, ó sea la falta de aire y de sol, de contrariedades y escaseses, de hidrógeno y de oxígeno, requiere indispensablemente el contra peso de ambas cosas á la vez.

El sensualismo es un vicio, y en ciertos temperamentos, se convierte en una calamidad.

Sin embargo, hay sugetos refractarios al placer sensual, como los hay tambien que no inspiran al mismo sensualista ningun sentimiento libidinoso.

El marido hace á la mujer, y la mujer hace al marido.

Un servicio en el que no se sacrifica el protector, no es verdaderamente servicio.

Encuentro poesía, en el canto del gallo á la madrugada, en el bramido del mar furioso, en el silbido del viento, en la soledad del campo, en el gorjeo de las aves, en el murmullo de los bosques, en el aroma de las flores, y en el suspiro de la mujer amada.

Me gusta el fragor del combate, la fiereza de la tempestad y los actos heróicos y grandiosos.

Pero sobre todo lo que me agradaría, en lo que encontraría mayor poesía y placer, sería en gozar á todas las mujeres del Universo y apurar todos los placeres de la vida, y luego, presenciar la destrucción de todo, en un choque mónstruo de todos los soles y astros que pueblan el infinito.

Podeis tenderle una mano generosa á la mujer que ha cometido una falta: tenerle compasion, protegerla y aconsejarle el arrepentimiento; pero es peligroso hacerla vuestra esposa ó permitir que vuestra mujer se trate con ella.

Si elevais demasiado á un ser insignificante, lo hareis vanidoso y perjudicial, concluyendo por ser vuestro mayor enemigo.

Cada uno en la vida debe tener la posición que le corresponda por su cultura y por sus méritos.

El que sale de esa esfera, conviertese en un individuo inútil é inaguantable.

La esclavitud, durante ha existido en los pueblos, mas que á una necesidad social, como creen algunos, ha respondido á la vanidad é infamia de los

potentados, convertidas en abuso de los fuertes contra los débiles.

No hay razon ninguna, social ó política, que nos permita esclavizar á nuestros semejantes.

La concentracion del poder y su cohesión que persigue el sistema unitario republicano, que nosotros aplaudimos, tiene el inconveniente, si se abusa, de llegar al absolutismo y despotismo.

Despues de la religion y el amor, es el arte lo que mas domina el corazón de la mujer — y en el arte, la poesía es lo que mas la domina.

El arte encanta; esclarece la ciencia, pero la moral y el bien moral es unicamente lo que nos vivifica.

La política no cambia las creencias sociales, pues las leyes no pueden ir contra las costumbres; pero la filosofía por un lado cambiando la conciencia y por otro lado la poesía cambiando el sentimiento, pueden muy bien cambiar el espíritu, y con el espíritu á su vez cambiar la sociedad.

Para esta mutacion el mejor factor es la mujer.

El placer exagerado nos lleva á la estravagan-
cia, y hasta al vicio y él crimen.

La sangre es la última aspiración de los apetitos humanos.

Los grandes motores de la humanidad son: interés, vanidad, ódio y amor.

Para gobernar bien, mas que ciencia y talento se necesitan buena voluntad, criterio y energía.

La verdadera virtud no es recelosa, pues el mal y el vicio solo se conocen por los que han vivido en ellos.

Decia Séneca, el gran filósofo romano, que debía hacerse lo que decían los sábios y no lo que hacían, pues ni él, ni Sócrates, ni Platón, ni ningún otro filósofo enseñaron á vivir como vivieron ellos, sino como debe vivirse, según los principios eternos de la moral y de la ciencia.

En esto — agregaba — consiste el gran mérito de los hombres privilegiados.

Sin embargo, nosotros opinamos que no debe ser así, pues el ejemplo es la mejor filosofía, y la honradez, la austeridad los mejores principios sobre moral y libertad.

En todo el mundo hay propension para imponer sus gustos, ideas y creencias; porque todos creen que ellos están en lo cierto. Pero eso no es la verdadera libertad, que aconseja el respeto de lo que piensan los demás para que respeten lo que uno piense ó le agrade.

Las tiranías y los vicios no tendrán jamás verdaderos oradores y verdaderos poetas, pues estos como los mártires por la fé, solo surgen y se desarrollan con la libertad y con la virtud.

Podrán tener retóricos y versificadores; ripios y no ideas, como pueden tener sacerdotes la duda y la hipocresía.

La mujer sin voluptuosidad, es como la flor sin aroma, como la fruta sin jugo ni sabor.

El abuso de la música y del baile y del teatro, corrompe á los pueblos, pues si bien el uso mode-

rado no solo deleita sino que cultiva el sentimiento, su abuso, por el contrario, envicia y pervierte el alma.

El trabajo moderado es higiénico, moral y recreativo; pero el trabajo excesivo, no solo es contra la higiene, desequilibrando las fuerzas, sino que convierte en bestia al ser humano.

Mas que el *volapük*, ó *el argot* ó jerga de los criminales, es universal, y lo ha sido todo la vida, el lenguaje por señas.

Por ejemplo, pedid de comer en cualquiera de aquellos dialectos y no siempre os entenderán; en cambio, en tódas partes os comprenderan la idea haciendo el ademan peculiar de llevar la mano hácia la boca — é igual cosa pasa con las otras espresiones para dormir, beber y las demas necesidades corporales.

Un pais de buen clima y que sean sus hijos liberales, acudirá á él la emigración espontaneamente.

Los idiomas como los dialectos, como las ciencias y las artes, se han creado por la necesidad ó por el placer, y han sido perfeccionados por el estudio y la observacion.

Las naciones muy grandes, de extenso territorio, mas tarde ó mas temprano tendran que subdividirse respondiendó á las leyes del progreso.

No es lo mismo tirar al blanco en una sala de armas, que frente al enemigo; sin embargo, es una gran ventaja estar familiarizado con las armas.

La esgrima forma un carácter caballeresco; la gimnasia un carácter bondadoso, y la instrucción un carácter tolerante.

La mujer en el amor, en la ambición y en el orgullo, es mas exagerada, pero mucho mas exagerada que el hombre.

Las leyes en ciertos casos hacen el mismo problemático efecto en las costumbres, que la instrucción y educación en ciertos temperamentos refractarios.

No es feliz y propende á su degradación, el matrimonio que trata de no tener hijos sustituyendo los placeres naturales por medio de artificios y á veces de brutales placeres.

La paz armada es una sanguijuela de los pueblos. Imponese su desarme, como se impone la higiene para la salud pública.

Los consumos se abaratan suprimiendo los monopolios.

La opinión pública ó la sociedad, tiene tambien su conciencia, que cuando no alcanza las cosas por intuición, las advina por medio de secretas y misteriosas revelaciones.

Para distraer y aun divertir nuestro pensamiento de cosas tristes, alentemos el corazón á lo grande y á lo bello.

Mientras los hijos de un país no tengan el hábito del trabajo, tendrá este que hacerse de elementos estraños.

La corrupción, de los gobiernos es mas terrible cuando se produce gradualmente que de un solo golpe, pues paulatina é insensiblemente corrompe á los pueblos y los prepara para la tiranía y para todas las degradaciones.

Los placeres envejecen y matan mas facilmente, que el escesivo trabajo.

Los servicios hacedlos siempre fuera de vuestra casa; atended vuestros negocios ó deshacedos de ellos; si os casais vivid en casa propia; no pidais nunca á usureros: ofreced unicamente lo que podais cumplir, y jamas pidais un servicio sino es por absoluta necesidad.

Las mujeres, el vino y los vicios en general, hacen mas daño, son mas perjudiciales para la humanidad que las mismas enfermedades.

Hay hombres que tienen buena voluntad y firmeza; los hay que son firmes y de mala voluntad, y los hay con una voluntad débil ó absolutamente sin ninguna voluntad. Esto es lo que se llama no tener carácter, que á veces es más perjudicial que tenerlo malo.

El verdadero bien, es aquel que se hace espontáneamente.

Lo demás es interés.

La voluntad nace con el individuo, pero puede también formarse por medio de una educación des-

de pequeño, que acostumbre al hombre á cumplir con su deber. Para este objeto no hay como el ejemplo de los padres, pues en los niños puede más el hábito que el razonamiento — luego vendrá este con aquel y la instrucción.

No siempre el perdon de las ofensas, es humildad. En la generalidad de los casos, suele ser vanidad ó cobardía.

El gran propósito de la educación, es la libertad individual y la disciplina social.

El hombre ocioso no puede ser hombre educado, ó viceversa, el hombre educado no puede ser hombre ocioso.

La ociosidad por lo general lleva al hombre al vicio y al crimen; pero lo que es indudable es que todo ocioso es murmurador.

A todo matrimonio, debía preceder una inspección física de los contrayentes, no debiendo casarse los que fueran imperfectos.

Es más fácil adquirir educación en la adversidad, que en la felicidad.

La adversidad suele hasta detener al ocioso en la holgazanería, y dá experiencia y ciencia al individuo reflexivo.

Y hasta aguza el ingenio al hombre de talento.

No debe nunca perderse una buena oportunidad; pues se presenta pocas ocasiones en la vida.

La palabra no demuestra muchas veces sino lo que debiéramos ser, pero los hechos demuestran siempre lo que somos.

En la palabra todos son honrados, todos cumplen con su deber, nadie es cobarde; pero en los hechos generalmente sucede lo contrario.

El trabajo es el mejor amigo de la humanidad. No solo ennoblece y proporciona comodidades al hombre, sino que hasta le ayuda á sobrellevar la vida, matando el hastío de la ociosidad.

Bailar moderadamente es una diversion honesta é higiénica; con exageración, es corruptor y destruye las fuerzas físicas.

La vejez es uno de los peores enemigos de los artistas..... y de los peluqueros.

No sabe el mal que se hace una mujer que, por atrapar marido, engaña al hombre con su falsa edad, con sus afeites ó en sus vicios ó defectos.

Después de casada, cuando pase la ilusión del engaño, lo pagará.

La verdadera luna de miel para la mujer, empieza quince días después de su matrimonio. Para el hombre suele empezar la luna de hiel.

El matrimonio que no consiga lo primero, no podrá nunca ser feliz.

Los remedios externos, las unturas, para enfer-

medades internas, ó que no sean cutáneas, solo hacen algún efecto los que son caústicos.

Me gustaría ser médico para estudiar en los laboratorios, haciendo experimentos; y abogado para escribir obras de derecho ó de sociología.

Pero no me agradaría ser médico para curar enfermos, ni abogado para defender pleitos.

En gustos, cada cual tiene los suyos.

Nunca los hijos recompensan á sus padres los sacrificios y disgustos que han pasado por ellos; pero lo pagarán con sus hijos, cumpliendo la ley del progreso humano.

No dejeis nunca salir á vuestras hijas con gentes que no conozcais bastante, ni permitirles que se queden á dormir fuera de vuestras casas, pues muchas muchachas se han perdido por esas condescendencias mal entendidas.

La mujer guaranga se enoja con las queridas de su marido, celando al *macho*: la mujer culta y distinguida las desprecia, castigando al marido ó resignándose.

Me agrada sobremanera la gente compasiva con los animales; odio á los que cometen crueldades con ellos; pero soy enemigo de los que siempre andan con perros, gatos, pájaros y caballos.

Si los médicos se dedicaran absolutamente á la higiene, adelantaría muchísimo la medicina.

Una de las más hermosas conquistas del progreso moderno, es, fuera de toda duda, el arbitraje inter-

nacional para arreglar por medio de un tercero las diferencias que se susciten entre las naciones.

Si él se llevara á efecto escrupulosamente, concluirían las guerras, que son el peor azote de la humanidad, justificadas únicamente como una aberración humana, basada en el orgullo, maldad ó estupidez de los pueblos y los gobernantes.

La razón, está en contra de toda violencia.

La gente es muy fácil para aceptar que se hable bien ó mal de los demás.

De ahí que casi siempre que se habla en una reunión mal ó bien de un individuo, todos acepten una ú otra cosa con mayor facilidad que oponerse al detractor ó benefactor.

Esto es maldad, estupidez ó negligencia?

La nota que más descuella en cierta clase de obras del teatro español, son las mujeres malas; las prostitutas en el francés, en el italiano las románticas y las extravagantes en el inglés.

Representará esto las costumbres?

El mejor aguinaldo que puede hacerse una familia modesta para año nuevo, es arreglar su casita limpiándola y componiendo todos los desperfectos que se hayan ocasionado durante el año.

El orden produce la comodidad y la economía.

Una madre sensata, no debe permitir más de dos visitas por semana á los novios de sus hijas, dándoles el portante á las diez ó cuando más á las once de la noche.

Es un error de los padres de familia y particularmente de las madres, suponer que van á perder casamiento sus hijas si no admiten diariamente la vi-

sita de sus novios, ó no les permiten que hagan visitas largas, *chichoneando* á todos los habitantes de la casa.

Por el contrario, muchas veces este exceso de verse, por aquello de que la abundancia hastia ó la pólvora arde facilmente, ha dado lugar á rompimientos y á otros desaguisados.

Los placeres deben ser moderados para que agranden y mantengan constantemente escitado el deseo.

—
Es peligroso en la vida:

Dejar á las muchachas solas con sus novios; la mucha intimidad entre primos de ambos sexos; permitirle á su mujer que tenga *corte* ó amigos íntimos, ó ser indiferente con ella ó celarla demasiado; prestar dinero á cualquiera; hablar de sus amigos ó del prójimo; dejar que su mujer baile con todos ó permitirle que tenga temporadas en los bailes; inspirar celos á su consorte; arriesgarse en aventuras amorosas callejeras; tratarse intimamente con la gente del *demi-monde*; frecuentar las casas de juego, y, por último, todo aquello que pueda constituir un abuso ó un vicio prematuro.

—
Los caseros que cobran alquileres módicos, que no apuran en el pago á sus inquilinos y que arreglan constantemente sus casas, merecerían el título de caballeros.

Los que proceden de manera contraria, merecen el calificativo de *piojos*.

—
Las digestiones difíciles, que producen excesos de bilis en los temperamentos sanguíneos biliosos, son causa de muchos desaguisados en la vida.

Es prudente no proceder durante una mala ó tardía digestión.

—
Hablamos de fieras, de animales carnívoros y sanguinarios, y mientras tanto, ninguna fiera, ningún

animal feroz ha hecho lo que el hombre, que ha quedado vivos à sus semejantes é inventado los tormentos más horrorosos para sus congéneres y los demás séres de la creación.

Si fueran verdaderos los notables descubrimientos de Pâsteur, Kock, Roux, Roentgen y Marmorek, ¿que demostrarían?

Una cosa muy sencilla: que la medicina y la misma cirujía marchaban completamente á oscuras.

No seguiremos marchando lo mismo?

Veremos.

San Pablo dió la palma — y la dió bien — á las mujeres que permanecían en sus casas trabajando; porque reconocía que el hogar es la pureza de la sociedad y que el deber y el amor doméstico, son la mejor seguridad para todo aquello que nos es más querido en el mundo.

La honradez es la verdad, y la verdad es la honradez.

Hasta los mentirosos protestan decir verdad, y los pillos proclaman su honradez, lo que significa que no hay nada más bello que ser honrado y veráz.

La mentira puede ser ofensiva ó inofensiva, pero de cualquier manera no hay nada más feo que mentir.

En vez de enseñarse en los colegios del pueblo, astronomía, leyes y anatomía, debieran aprender los pobres un oficio mecánico con el cual pudieran luego ganarse la vida,—conducta que no estaría de

más que la observaran también los ricos; pues así como un pobre puede hacerse rico, un rico puede hacerse pobre.

A trabajar y cumplir con su deber — esa debía ser la aspiración de la educación popular, dejando las ciencias y las letras para quien pueda cultivarlas.

El hombre que solo piensa en los placeres materiales y en el lujo, nunca es, ni podrá ser verdaderamente honrado.

Vale más que nos roben ó perdamos nuestra fortuna, que exponernos á perder ó á que nos roben nuestro buen nombre.

El hombre que se vende es esclavo, y el que lo compra es un bribón.

Al teatro en general no debian ir los niños, ni las mujeres solteras: es pernicioso casi siempre.

Con cuánto mayor cariño tratáis á un hombre, peor os corresponde; pues se cree que vale mucho: lo mismo sucede si le haceis un servicio, os pagará con un perjuicio: es la regla general.

Los ignorantes sérios consideran locos á los hombres de talento, y estos consideran borricos á los hombres sérios ignorantes.

Ningún hombre de estado debe firmar nada sin antes leer lo que firma, pues se cometen muchas pillerías en su nombre.

En la lucha por la vida no siempre vence el mejor, sino el que tiene mejores armas para luchar.

La verdadera distinción de una persona se conoce en su bondad y generosidad.

El hombre vulgar, es siempre grosero y mezquino.

La destrucción en el reino animal, es un principio de la Naturaleza.

Todo individuo tiene alguna preocupación y debilidad en la vida.

Para que verdaderamente sea respetada la autoridad, debe ejercerse sin despotismo y con justicia; sin opresión el orden, sin demagogía la democracia y sin libertinaje la libertad.

Los descubrimientos, como las ciencias, se desarrollan y extienden sin cesar, llegando á ser al fin propiedad de todos.

Las sociedades viven de antagonismos naturales, provenientes del choque de las pasiones y de las ideas, como el orden y la libertad, la estabilidad y el movimiento, el principio autoritario y el espíritu de iniciativa, la sociedad y la unidad, todo lo cual, manejado habilmente, forman el contrapeso y el equilibrio social.

El hipnotismo y magnetismo, como el espiritismo y los milagros, son sencillamente una farsa ó explotación por parte de unos, y la estupidez, la credulidad por parte de los demás.

La gloria es pura ilusión: la realidad la destruye, como el viento deshace á una burbuja de jabón; sin embargo, cuando se gusta, deséase más y más.

—

Cada individuo se divierte ó goza de la vida según sus tendencias y educación.

—

En la vejez nos gusta todo lo contrario de lo que hacíamos cuando jóvenes.

—

La persona que tiene mucho parecido con un animal, tiene también sus gustos é inclinaciones.

—

La censura del honor á la mujer, sería un crimen, bajo el punto de vista de la Naturaleza, si no respondiera á una elevada necesidad social.

—

El trato femenino, suaviza el carácter del hombre; y la falta de sociabilidad hace irascibles ó melancólicos á los individuos, según el temperamento de cada uno.

—

Fastidia tanto el elogio al enemigo, como el ataque á uno mismo.

—

Los hombres y las cosas, se achican ó se agrandan según la distancia en que se les observe.

—

En el extranjero, todos elogian á su país en contra del país en que se encuentran, y luego, en su país, encuéntrase mejor lo que se ha visto en el extranjero.

Todo esto es efecto de la distancia, lo mismo que sucede con los ancianos, que encuentran mejor siempre sus tiempos juveniles, en los momentos de la vejez, que cuando eran jóvenes.

Creo que puede imponerse la voluntad por medio del terror, del talento ó del amor; creo que se pueden curar las enfermedades nerviosas ó simplemente de preocupación, por medio de crisis producidas por la fé exagerada ó por las creencias fanáticas; pero lo que no creo, ni creeré nunca, es que la voluntad ó el pensamiento puedan trasmitirse de un individuo á otro como quien saca el líquido de una copa y lo pone en otra copa, ni menos que se curen las enfermedades por medio de esa trasmision.

Cuanto mas modesto es un gobernante ó cualquier hombre de posicion, resalta mas y mas su personalidad.

Solamente á los ilustres grotescos puede darles por el exhibicionismo.

No hay idea por estúpida que sea, que no tenga algun admirador; reproduciendose así, constantemente, la graciosa leyenda de Don Quijote y Sancho Panza.

El hombre que no tiene tino para sus actos en la vida, labra su propia desgracia.

Quisiera haber tenido la virtud del Diablo Cojuelo, para ver lo que pasaba en el interior de todos los hogares. ¡Cuantas cosas habría visto diferentes de lo que sucede en su exterior!

Por lo general, toda fortuna es adquirida por medio del fraude ó de la usura.

Los remedios que pretenden curar todas las enfermedades, por lo general no curan á ninguna.

La voz y la palabra las poseyó el hombre desde su origen, formando y aumentando la última según la impresión que recibía ante la vista de los objetos y por la necesidad de comunicarse sus impresiones.

En principio, el origen de todas las lenguas ha sido uno; pero después se ha ido modificando y variándose hasta el punto de haber formado diversidad de idiomas y dialectos, debido á la distinta impresionabilidad que recibía cada individuo ó colectividad y por la forma de lenguaje que cada cual encontraba aparente para manifestar su pensamiento ó sentimiento.

El conjunto de esas voces ó palabras, es lo que formaron después los idiomas; y la necesidad de coordinar esos idiomas y la cultura, formaron la gramática y la retórica.

La igualdad social y de fortuna es imposible por muchas causas: 1^a. porque mataría todo progreso; 2^a. porque hay desproporción física, intelectual y moral en todos los humanos; y 3^a. porque no se puede conciliar, bajo ningún principio práctico, igualar lo que es imperfecto y completamente desigual.

Los socialistas admiten la diversidad de trabajos según el físico y las facultades intelectuales de cada individuo, dividiéndolo en todas las profesiones y oficios; pero matan todo esfuerzo individual

según sus teorías pretendiendo que las utilidades se repartan en la colectividad; pues así como hay humanos que solo aspiran á la gloria del poseer un nombre y esos trabajarían de cualquier manera, son los menos: la mayoría de los hombres aspiran principalmente al dinero y á los placeres materiales que él proporciona.

Yo creo que todo lo que puede racionalmente conseguirse es que se grave la fortuna particular por el Estado (el cual debe subsistir, pues es también una utopía, su desaparición) para socorrer á los necesitados, á excepción de los viciosos y haraganes, que deben sustraerse de la sociedad, sustituyendo por este medio la acción más eficaz del gobierno por la no siempre posible ni bastante de las asociaciones de caridad.

La vida colectiva solo puede hacerse en las fábricas y demás negocios, habilitando el patrón á sus dependientes ú obreros, en proporción á los méritos y valer de cada individuo.

—

La vida es mala: por los disgustos, las enfermedades, por la lucha por la existencia y por la muerte.

—

Las enfermedades son cuerpos extraños que penetran al organismo animal por falta de higiene: pues bien, el medio de extraerlos, es higienizar á los enfermos, interior y exteriormente.

Otra opinión: Las enfermedades, por lo general, son constipados ó irritaciones, que se curan por medio de sudores ó cáusticos; ó suciedad del cuerpo, producida por la bilis, que se cura por medio de purgantes, vomitivos y método de vida.

—

Yo sería partidario del sufragio popular, si los votos se pudieran pesar y no contar.

Vale mas el solo voto de un hombre honrado, que miles de las muchedumbres corrompidas ó inconscientes.

En una república solo debían votar los hombres honrados, y entonces no habría malos gobernantes ni mejor sistema de gobierno.

El poder político que se usa egoistamente, es una maldición; usado con imparcialidad, inteligencia y honradez, puede llegar y llega á ser una de las mejores bendiciones para la colectividad.

Los hombres honrados y esforzados no trabajan solamente por dinero; trabajan por amor, por honor, por carácter.

Hay mas valor en tener miedo de cometer acciones bajas é indignas, y en saberlas soportar si se las hacen á uno, que en arrostrar la vida en los combates.

Es muy loable la caridad que ayuda á sobrellevar las necesidades materiales, pero es mas fecunda la que también tiende á educar el alma y á destruir los vicios sociales, entre los que se cuentan principalmente la bebida en los hombres y la fácil perdicion de la mujer desamparada, que son el azote más grande entre la gente del pueblo.

El hombre es mas fuerte para los trabajos fisicos que la mujer; pero la mujer tiene mas fortaleza que el hombre para sobrellevar las visicitudes de la vida.

Las supersticiones ó preocupaciones se contagian lo mismo ó mas fácil que las enfermedades.

Los geólogos y los astrónomos, como los médicos y abogados, macanean que es un placer en sus cálculos y apreciaciones: suponen los primeros, que la tierra, á la profundidad de 60 kilómetros, debe ser líquida ó gaseosa, y en extremo caliente, pues segun los cálculos de temperatura que se ha hecho en las minas y siguiendo el orden progresivo de dicha temperatura, á la profundidad aquella no puede resistir nada sólido, disolviéndolo el excesivo calor. Aseguran tambien que los volcanes, terremotos, temblores y demás conmociones terrestres son ocasionados por las aguas ó humedad de ellas, que penetra hasta la materia gaseosa hirviente y como sucede con el plomo hirviendo cuando choca con algo frío, produce la explosión y con ella las conmociones.

Será esto verdad? Bah! Es lo mismo que las distancias calculadas por los astrónomos y las condiciones de los cuerpos que pueblan el mundo sideral.

El mentir de las estrellas
Es muy fácil de mentir,
Pues ninguno ha de ir
A preguntarselo á ellas.

Cuanto más seria se pone la humanidad, cuanto más solemne quiere hacer sus actos, causa más risa y se hace más ridicula.

Razon, pues, tenía Voltaire en tomar todas las cosas á la chacota.

Los gobiernos corrompidos, corrompen á los pueblos, como los moralizan los gobiernos morales; pues

el gobierno para el pueblo, es lo que el padre de familia para sus hijos, que la moralidad ó inmoralidad de estos corre parejas con la de aquel.

La raza sajona, obra en todo con la cabeza; es práctica, positivista. La latina, en cambio, procede con el corazón; pero es atolondrada, media loca. Sin embargo, prefiero á esta última con todos sus defectos.

El que tolera los vicios es un vicioso, y un bribón el que comercia con ellos

Es más espiritualista un sábio ó filósofo materialista, que un ser vulgar espiritualista.

Las familias de los enfermos, creyendo hacerles un bien á estos, permiten que los médicos los martiricen hasta el último momento, y después que mueren, dicen: *hemos hecho todo lo que ha sido posible para salvarlos*; en vez de decir: *hemos hecho todo lo posible para martirizarlos*. Estupidez humana!

Llamais bruto á un pobre, y perverso porque no tiene educación y es renegado. Pero no os dais cuenta, que ese ser desgraciado nació en la pobreza y fué maltratado desde pequeño; que en vez de ir al colegio y ser mimado por sus padres tuvo que trabajar desde sus primeros años, recibiendo el maltrato de sus patrones, y que vive siempre aporreado por la sociedad, no ganando ni para vivir, por más que se rompa el alma, y que todo son desgracias, miserias y reproches á su alrededor. Quién es culto ni bondadoso en esas condiciones!

Para hacer una buena crónica social en el pe-

riodismo moderno, es de rigor usar los terminachos: *Hig-lif, Haute, Firt, Five ó clock tea, etc., etc.*, aunque el público se quede en ayunas de lo que significan y el mismo que los escriba no entienda ni jota. Eso no importa!

Si se habla de modas, debeis llamarle *toilette* al traje ó al tocado y *trousseau*, si se trata del ajuar de una novia. Cuando os refiérais á géneros, por ejemplo de la *toilette* ó *trousseau*, debeis denominarlos con estos ó parecidos términos, para hacerlos más inteligibles: *Point d'Angleterre, Pompadour, Satin liberty, Pekin, Guipur, Glasée, Diamant, Fichu, Serin, Tuyauté, Valenciennes* y *broché ton sur ton*. Y al referiros á los colores de las telas, suprimid los nombres vulgares, empleando el de *gacela dormida, cisne melancólico, garza moribunda, etc.*, que son muy particulares y sobre todo muy *chic*.

Por último, usad dos ó tres *clichés* con más ó menos variantes en los cuales figure un número dado de familias, que llamareis indistintamente de nuestros *haute-fine*, del gran tono, de nuestros centros aristocráticos, y seguidlas á todas partes, á los paseos, al teatro, al campo, dándoles á todas éstas diversiones nombres retumbantes en francés ó en inglés, aunque parezcan extrambóticos para el vulgo; publicando los *menus* con todas sus clasificaciones *soi-disants* de los *maitres d'hotel*. Y á los hombres llamadles caballeros distinguidos, *dandys, fashionables*, condes, marqueses, barones, filántropos, valientes, talentosos; y á las señoras, hermosas, virtuosas, espirituales y bellas; divinas á las señoritas, y aun cuando sean unos adefecios, elegantes, simpáticas é interesantes.

Con todo esto y otros agregados como *flirt, savoir faire, soirée, grands mariages, promenades, success of the seasson*, poco os importe el que muchos tontos digan que es una *chifludura* ó *ensalada rusa*, tendreis una buena crónica social del moderno periodismo, que el pueblo leerá y pagará satisfecho.

En ninguna parte se le admira y se vé mejor á Dios, que profundizando los estudios astronómicos; pero tampoco en ninguna parte aparece más visible la pequeñez humana, pues un hombre no es solamente una parte de ciento y tantos millones de habitantes humanos que pueblan la tierra, sinó que esta es un pequenísimó átomo en los millones de millones de astros ó mundos que pueblan el universo. Sin embargo, haciendo abstracción de la materia y de los bienes terrenales, que nos empuéñecen y elevandose en espíritu hácia el Gran Hacedor, agrandase el hombre colosalmente hasta poder aspirar á formar parte de su glorioso reino y dominar todos los mundos ayudado de su incomensurable poder.

La silueta de los grandes hombres, se destaca más después de muertos, porque en vida las pasiones empañan sus meritos; y sus acciones, el reflejo de su ejemplo, son la verdadera enseñanza de la humanidad.

El hombre nunca está satisfecho de sus adelantos, ni de sus comodidades y placeres, porque lo ciega la ambición y está condenado á no poseer la completa felicidad; pero esa aspiración no satisfecha nunca es el verdadero progreso y emulación de la humanidad.

Los coleccionistas, de cualquier clase que sean, son unos grandes monomaniacos; pero, sea dicho en honor de ellos, su monomania es útil casi siempre á la ciencia, á la historia y al progreso humano.

El choque de las pasiones suele traer, por lo general, el bienestar relativo de la humanidad.

Por ejemplo, en el choque de la demagogia y lu

tiranía, se produce la reacción del orden dentro de la libertad, entre el anarquismo y la autocracia vendrá el socialismo moderado, y entre el fanatismo religioso y el ateísmo ó el liberalismo desenfrenado, se llega á la tolerancia de las creencias.

De ahí que la oposición, en todas las cuestiones, en vez de ser un mal, es un gran bien para la humanidad. De ella surge el termino medio, lo relativo, que es lo real, lo práctico en la vida humana.

La fuerza (que es Dios) y la materia (su grande obra) son las que producen todo lo existente en el Universo.

El hombre (que es el espíritu en la materia, ó sea una parte de la esencia divina) puede perfeccionar una y otra cosa, sin llegar jamás á inventar nada, que no esté inventado ya por Dios.

La materia sin la fuerza no valdría nada ó viceversa. Una y otra se complementan, siendo necesarias las dos para la creación de los mundos y los seres que los pueblan ó para su reproducción, pues no hay efecto sin causa, ni fin sin principio en toda la obra universal.

Si todos los actos de la humanidad no fuesen revestidos de esa seriedad y circunspección, que generalmente les da la ignorancia, la especulación ó la exageración, serían risibles comunmente.

Todos los grandes cálculos, las combinaciones de los grandes hombres, todo parecería pequeño y hasta ridiculo.

La chismografía de la prensa, contribuye en su caso á presentarlos bajo las dos faces.

Cuánto más nos connaturalizamos con los peligros, menos los tememos, encontrando siempre que

son inferiores en la realidad de lo que nos los habíamos supuesto.

Así como los soles son los grandes focos de donde surgen los átomos que engendran la materia y la fuerza que les da vida y calor, Dios es el foco donde irradian la voluntad y la inteligencia para mover esa fuerza y esa materia, dándole su acomodo proporcional.

La muerte, por delitos políticos ó religiosos ó por cuestiones sociales, en vez de disminuir al enemigo, lo aumenta considerablemente.

La sangre en vez de calmar al adversario produce indignación y le crea prosélitos, haciendo simpática su causa.

El hombre que se casa sin conocer algo por lo menos de lo que es el mundo, tiene que ser marido zozco ó calavera.

En los combates, ya sean terrestres ó navales, no puede utilizarse simultaneamente el arma de gran alcance ó de usarla á grande distancia y la que es necesario maniobrar con ella encima del enemigo.

Este principio nunca es más aplicable que actualmente con el armamento moderno.

Dos aforismos militares:

En los combates á grandes distancias es donde se conoce menos el valor del soldado.

Toda arma nueva produce el pánico en el enemigo.

Los ingleses pasan toda la vida haciendo gim-

nasia; discutiendo los españoles, negociando los italianos y entusiasmándose los franceses.

Los americanos... los americanos vivimos de ilusiones.

La hermosura física hastía y repugna en seguida: lo que no hastía ni repugna es la hermosura del sentimiento.

Con el armamento moderno, siguiendo el orden progresivo de los inventos y de la perfección para destruirse la humanidad, llegará un día que las naciones se temerán las unas á las otras, como se temen los matones, roncándose sin irse á la manos; ó concluirán por desarmarse y pelear á trompadas.

Lo que se ve mucho, por bueno que sea, concluye por hastiarnos, como nos hastían los mejores manjares comiéndolos continuamente.

Todos los seres orgánicos de la creación, divididos en géneros y hasta en especies, tienen costumbres y gustos diferentes, no existiendo igualdad, física ó moral, sino en el nacimiento y en la muerte.

La vida es un cúmulo tal de circunstancias y de hechos complejos, que nunca se llega á adquirir la experiencia necesaria para poderlo prever todo y conjurarlo; adquiriéndose ésta según el carácter de cada individuo; pues hay también quien no la adquiere jamás, por más vicisitudes que haya pasado.

Cuanto más lejos se encuentra el autor de una idea parece que ella tuviera más fuerza: de ahí que nos

parezcan mejores las ideas que nos vienen del extranjero ó que pertenezcan á un individuo que ya no existe.

—

La ciencia bacteriológica, ¿es una verdad ó es sencillamente una fantasía? El microbio, ¿es causa ó es efecto?

Estas preguntas se me han ocurrido muchas veces, fundándome para creer lo primero en la existencia del micro-organismo (producto ó germen de las enfermedades, en su mayoría), que se encuentran por millones (los que se ven) en el agua, en la atmósfera, en la comida y hasta dentro de uno mismo, aumentándose enormemente en las aguas corrompidas ó en las atmósferas viciadas; y otras veces creo lo segundo, porque me aferro en esta idea: que debiendo su existencia la mayor parte de esos seres (y todos los seres en general) á la descomposición que se opera por medio de la fermentación de la materia, el micro-organismo es efecto y no causa de las enfermedades.

Pero en fin, sea lo que fuere, la higiene, ya sea como preservativo, ya sea como curativo, es y será de cualquier manera, la base racional de la medicina.

Un buen régimen de vida (viviendo en el campo mejor que en las ciudades, á orillas del mar mejor que en los parajes mediterráneos, ó en las montañas mejor que en los llanos); comprendiéndose por tal: rodearse de limpieza en primer lugar, estando entre vegetación si es posible; trabajar material é intelectualmente de una manera moderada, evitando las emociones; alimentarse con productos sanos; mantener la higiene en el cuerpo, limpiándolo no solamente por su exterior sino por su parte interna (purgantes ó laxantes, dentríficos, sudores y limpieza de las fosas nasales) — esta es la mejor medicina como preservativo; — y en el caso de enfermarse, emplear las medidas profilácticas, cualquiera que sea

el origen de las enfermedades, y atenderse á tiempo y esmeradamente, teniendo presente siempre en primer término á la higiene, esto es, limpiarse bien el organismo: he ahí la mejor curación.

Sea cual sea la causa de las enfermedades, producen siempre en relación con el organismo de cada individuo y según la predisposición en que se encuentre por su estado higiénico; y de ahí que no siempre el mismo medicamento, ó la misma dosis, produzca iguales resultados.

Un organismo fuerte y sano resiste más fácilmente el choque de las enfermedades y sus consecuencias, ya se trate de los gases atmosféricos como causa de la enfermedad, ya se trate de los microbios que aspiramos.

La vacunación, ¿es verdaderamente un preservativo contra la viruela y otras enfermedades infecciosas?

Quien sabe! Hasta ahora no hay más prueba (al decir de algunos) que la estadística; pero la estadística, como se toma en este caso, puede ser una base falsa, pues podría suceder perfectamente que en el momento de tomar los datos hubiera desaparecido la enfermedad como epidemia ó se presentara en carácter más benigno, ó hubiera desaparecido del todo; pues las enfermedades pueden desaparecer también de las funciones del Universo transformándose en otras enfermedades.

Sobre todo, así como de lo inmoral no puede surgir la moral, menos puede surgir la higiene, la salud, de lo pestilente y corrompido.

La humanidad se verá azotada siempre por grandes calamidades.

Los que creen haber resuelto un gran problema,

propendiendo á la supresión de las grandes guerras y de las grandes epidemias, no contaban seguramente dentro de sus sentimientos filantrópicos, que evitando la destrucción humana por medio de la muerte provocaban otra destrucción de otro orden, que es la miseria permanente, el pauperismo, producido por el aumento siempre creciente de la humanidad, y atacado hoy, además, por el progreso material que suprime brazos con la maquinaria moderna.

Todo lo que se podría conseguir dentro de lo humano — y aquí es donde deben tender los esfuerzos de todos — no es precisamente atacándose los unos á los otros de la manera violenta que se hace, sosteniendo derechos utópicos potentados y no potentados, por defectos que no son del orden social sino efectos de la misma organización ó creación humana, y con lo que, solo se consigue agravar la situación de pobres y ricos; lo que debe hacerse, teniendo en ello una intervención directa los gobiernos, es ceder algo cada uno por su parte, conciliarse, buscar el término medio, lo relativo, que es lo único práctico en la vida humana, empezando por suprimir ejércitos que cuestan ingentes sumas al pueblo; reglamentar los precios de los artículos del consumo, particularmente el pan, la leche, la carne, las legumbres y el pescado, abaratándolos hasta donde sea posible; disminuir las horas de trabajo (de ocho á cuatro por ejemplo) empleando el doble numero de operarios con los sueldos por la mitad, como es consiguiente; establecer los impuestos sobre la fortuna de cada uno, á fin de que el más poderoso pague más que el mediano y este más que el proletario; establecer cajas de ahorros oficiales para los empleados y obreros que tengan forzosamente que retirarse del trabajo y sean menesterosos; que los patrones abonen medio sueldo vitalicio mientras duren los trabajos á todo jornalero que se inutilice en ellos; que se establezca una cantidad dada por los gobiernos para habilitar anualmente á un número de operarios que sobresalgan

por su competencia y buena conducta, y por último, que los gobiernos costeen grandes asilos donde se dé hospedaje y la comida á los pobres de solemnidad y se les ayude hasta donde sea posible en todas sus necesidades. Para todo lo cual, suprimiendo ejércitos, no defraudando las rentas públicas y haciendo economías, los impuestos bastan y sobran hoy por hoy, para atender todas esas necesidades.

Esto y algo más en el mismo orden es todo lo que se puede conseguir dentro de lo humano, sin contar (es claro) con las catástrofes que pueden y deben sobrevenir. Lo demás son puras utopías.

Antes que desaparezca el amor á la libertad en el pueblo y la esperanza en los oprimidos de una completa redención, desaparecerá el calor de nuestro astro y cesará de alumbrarnos el sol.

Pero á la humanidad le pasa en esto lo mismo que á los habitantes del Limbo, que viven eternamente deseando una cosa que jamás la conseguirán.

Las ciencias experimentales demostrando las diversas fuerzas cosmogónicas, llegarán á demostrar la unidad de esas fuerzas, como van demostrando las ciencias de indagación, que estado, religión, arte y filosofía son partes varias de una sola idea: la libertad.

La educación del hombre debe empezar por enseñarle á ser hombre desde muchacho.

Es más fácil conquistar una posición política, social ó comercial, que saberla conservar.

Los borrachos y los locos, dicen y hacen lo que son.

En idea, en espíritu, todo el mundo tiende á la igualdad y de ahí que se proclame la república universal, el sufragio, la supresión de castas y de jerarquías, en fin, la libertad en todas y sus múltiples manifestaciones; pero en la práctica todos buscan la dominación política y social.

—

Cuánto más trata de saber la humanidad, menos sabe y se hace más desgraciada.

Lo mismo sucede con los progresos y el *comfort*. Cuanto más se los proporciona la humanidad, menos le satisfacen y es más infeliz.

—

Las religiones que no se amoldan á las ideas y progresos de su época desaparecen ó se desprestigian por falta de creencias.

Admitido pues esto, y así como mató el cristianismo al paganismo, la nueva religión que debería prevalecer en el siglo actual, en que la ciencia ha destruido muchos de los principios ó dogmas proclamados por el catolicismo, sería la que atacase el egoísmo de las clases prepotentes y que protegiera al proletariado, verdadera religión del porvenir, hasta que nuevos problemas sociales no presenten la oportunidad de otra nueva religión.

Esto demuestra por otra parte, que las religiones no son manifestaciones divinas; pero ni siquiera la verdad absoluta como moral, pues de lo contrario no podrían, no debían variar en sus principios para que fueron creadas por la humanidad.

—

Son tan necesarias para el progreso humano las diferentes razas que pueblan la tierra, como son necesarios para el agua el hidrógeno y el oxígeno, y el ázoe, el oxígeno y el carbono para el aire, y el sol

y los planetas para la naturaleza del universo y las grandes conmociones atmosféricas para la higiene en general.

El día que desaparezca esa desigualdad, ese contraste que le da vida y armonía á todo, habrá desaparecido la humanidad por consunción de su propio raquitismo.

Es preferible dar á pedir, y ser explotado antes que dejar sin socorrer al necesitado.

La mujer que quiere saber demasiado, no es feliz, ni hace feliz á su marido.

El hombre que tiene querida con hijos, es hombre al agua.

Nadie quiere ser feo, cobarde ni bruto.

El juez se convierte en verdugo cuando exagera la pena.

La libertad, cuando se escede es despotismo.

Las industrias, como todos los progresos no deben forzarse ó precipitarse, pues producen la crisis ó la especulación.

Un país que no ha llegado por su evolución progresiva á ser industrial, solo producirá malas industrias; debe empezar por ser pastoril ó ganadero (si la naturaleza le concede esas bondades), continuar siendo agricultor y terminar por ser industrial y fabril. Durante ese tiempo se irán resolviendo, sucesiva

y gradualmente, todos los problemas que constituyen el planteamiento verdadero de las industrias, como ser la baratura de la mano de obra por el aumento de población y subdivisión territorial, la producción de materias primas por medio del fomento de la agricultura; viabilidad barata con las carreteras, ferrocarriles y canales que se creen por las necesidades del transporte, y por último, con la perfección necesaria entre los hombres de ciencia y prácticos para formar industriales.

—

Los pueblos muy bullangueros ó patrioteros son generalmente cobardes.

—

Si las multitudes procedieran conscientemente; si el conjunto de inteligencias que las forman constituyera un solo ser homogéneo inteligente ¡que gran cosa serían las multitudes!

Pero generalmente sucede lo contrario: proceden inconscientemente, sugestionadas casi siempre por hechos ó influencias del momento, y en vez de obrar con la razón y la inteligencia, se despiertan en ellas los instintos feroces ó sensuales de la bestia humana.

Y dado este antecedente, ¿pueden considerarse responsables á las muchedumbres, como se le responsabiliza á un individuo, que procede conscientemente, de los crímenes ó delitos que cometan? De ninguna manera; sin embargo de que son responsables en una gradación relativa, dividiéndose esa responsabilidad entre los que aplauden ó sancionan el delito con su presencia.

—

Las conquistas como medio de civilización, ¿es civilización ó destrucción?

—

El alma, ¿es inmaterial ó material? ¿se compone de materias cósmicas ó es puramente espíritu?

Nadie lo sabe, lo mismo que no se sabe nada sobre el principio ó el fin del hombre y de todas las cosas que pueblan el Universo.

En este orden, todo lo que se diga en pró ó en contra son sencillamente teorías ó hipótesis más ó menos fundadas, pero nunca verdades científicas.

Todo lo que la esperiencia no demuestra y comprueba, no es ciencia, porque no es verdad.

La esperiencia es el principio y debe ser el fin de la ciencia.

Un testamento curioso; pero es mi testamento:

1.º Nací pobre, y lo mismo moriré.

Pude haber sido rico, pero tuve escrúpulos en serlo.

2.º Luché toda mi vida, por necesidad y por temperamento.

Fuí político y hombre de mundo, concluyendo por retirarme completamente decepcionado.

3.º He tratado de hacer y hecho mucho bien, pero solo he encontrado ingraticudes y sinsabores.

4.º Deseo morir tranquilo, de repente si fuera posible, para que ningun médico moleste mis últimos momentos, y como moriré pobre, no les dejaré pleitos á mis herederos.

5.º Cuando muera, que no se invite á nadie para mi entierro; póngase mi cadáver en un cajón de pino; que lo conduzan en el carro de los pobres, enterándome en una sepultura sin nombre. *Amén.*

La idea de un ser superior, ha existido siempre y existirá en todos los seres del Universo.

Las naciones, como los pueblos y los individuos, salvo rarísimas excepciones, viven odiándose las unas

á las otras y envidiándose recíprocamente sus progresos, aunque demuestren, en la apariencia, que mantienen la más cordial amistad.

—

Ningún hombre trabajador y sin vicios, se encontrará nunca en la miseria.

Esta, es patrimonio de los haraganes y viciosos.

—

¿Se conoce el origen de la humanidad? No. Entonces, lo que dice la Biblia respecto de Adán y Eva ¿no es verdad? No.

El origen de la humanidad se pierde en la obscuridad de la noche de los tiempos.

—

El autor que busca bombo, es porque sus obras nada valen.

—

La maldad de un individuo, no está en su origen elevado ó humilde; depende de sus buenas ó malas inclinaciones.

—

Los títulos nobiliarios, académicos ó de cualquier clase que sean, halagan mucho á la humanidad. Vale mas un Conde, un Doctor ó un General ante la vanidad social, aunque sea un bribón, que un hombre honrado, pero sin título alguno.

—

El efecto ó ficción que producen entre el pueblo los duelos ó desafíos, es el siguiente:

Si muere uno de los combatientes, manifiéstase ódio contra el matador. Si ninguno se hace nada, causa hilaridad en el público. Solo cuando uno ó los dos son heridos es que produce verdadero efecto un desafío.

Los duelos debían proscribirse absolutamente, considerándolos hasta como degradantes para los que se batieran y para los que intervinieran en él, pues es un anacronismo ante la civilización.

Sin embargo ¡oh, aberraciones humanas! la sociedad impone el duelo — la razón de la fuerza y la barbarie — como un medio para lavar las ofensas que se infieren sus miembros, sucediendo generalmente que viene á ser la razón de la sin razón de la razón, como decía Quevedo.

—

Nosotros no atacamos á los médicos y abogados, ni á la medicina y el derecho.

Lo que deseáramos es que unos y otros se colocaran en su justo medio, no exagerando méritos y aprovechándose de la esperiencia.

—

Es tan benéfica la higiene para la curación de las enfermedades, que aquí vamos tres almas, los autores de este pensamiento, que nos hemos asistido en vida, uno de una diavetis ó mal de azúcar en el último periodo, purgándose y tomando vomitivos de Le Roy y con un sistema de alimentación moderado, otro de hipertrofia al corazón, modificando su sistema nervioso por medio de la higiene y purificándose la sangre, y otro de anemia en último grado haciendo gimnasia y alimentándose debidamente.

Higiene estomacal, de nervios y de músculos.

—

Los partidos políticos permanentes, traen el retroceso á las naciones; solo sirven para engendrar ódios y provocar venganzas.

—

Las mejores finanzas de los gobiernos, son la

economía y la honradez en la distribución de las rentas.

El papel fiduciario inconvertible, produce el desequilibrio en todas las operaciones mercantiles, encarece los artículos por la explotación y constituye un robo permanente. *Un financista.*

Desde que leí las ordenanzas militares, odio á los ejércitos de línea. *Un guardia nacional.*

Para conocer con propiedad las cosas, es preciso pasar por ellas.

La pasión y la locura, tienen muchos puntos de contacto, ó por lo menos puede considerarse á la primera como una monomanía.

Los médicos que recetan á los pobres vinos finos ó viajes á cualquier parte, debían empezar por recetarles dinero primeramente para costear los gastos que demandan aquellos remedios.

Un enfermo pobre.

El pariente que me deshonra, no es mi pariente, ni mi amigo el que me pida un acto degradante.

Si la mujer no se guarda á sí misma, nadie la guardará.

El vino y el alcohol enardecen la sangre excitándola; la cerveza la calma.

¿Creeis que las medidas llamadas profilácticas *et sic de caeteris*, concluyen con las epidemias? Bah! son paparruchas; cuando se desarrollan las pestes, solo Dios, que es el que las produce puede concluir con ellas.

Hay hombres que no enamoran á la mujer: la atropellan.

Cuanto más difícil es la conquista de una mujer, mayor es el placer que experimenta en su posesión el hombre de corazón. Para el hombre vulgar, en cambio, su mayor placer consiste en la dificultad y sufrimiento material de la mujer al entregarle su amor.

El hombre de sentimiento goza más del amor espiritual que materialmente. El hombre vulgar goza más material que espiritualmente.

Uno enamora á la mujer; el otro la atropella.

En la mujer militan los mismos sentimientos: unas gustan que las enamoren y otras gozan siendo atropelladas

Es cuestión de tendencias y del grado de civilización de la bestia humana.

La generalidad de las mujereres prefieren un hombre robusto aunque sea vulgar, á un hombre distinguido pero que sea enclenque.

Casa sin niños, flores ni pájaros, no parece casa de familia, sino casa de huéspedes.

La humildad y la caridad proclamada por la iglesia, es como la libertad y la honradez proclamada,

por los gobiernos: pura farsa, en la práctica hacen todo lo contrario. — *Un socialista.*

Si quereis reiros en una reunión, fijaos en las narices de los concurrentes: además de encontrarlas desiguales, hallareis en todas, un parecido á algún animal. — *Un chusco.*

La mujer que quiera tener buen parto, que no abuse de su marido después de estar en cinta. — *Una partera.*

Cuando las instituciones se debilitan por falta de verdad y honradez en las ideas que representan, no hay inteligencia ni valor, ni virtud que puedan sostenerlas: perecen irremediabilmente.

Este mismo principio y con mayor fundamento, puede y debe aplicarse á los gobiernos.

Si es mal mimar demasiado á los hijos, peor es preferirlos entre sí.

La vida es una série de transacciones y de decepciones.

Hay ideas malas ó destituidas de verdad, que se desarrollan y viven con mayor robustez que las buenas; pero su existencia es siempre efimera: á la larga perecen.

Las que no mueren jamas y que cada vez toman mayor consistencia, son las buenas ideas ó las ideas verdaderas.

El desarrollo de una buena ó mala idea, de una

idea verdadera ó falsa, es cuestión de épocas y de educación moral de los pueblos.

—
Según van envejeciéndose el hombre y la mujer, gusta más el primero de las muchachas y la última de los jovencitos.

Después de los 30 años, es más fácil engañar á cualquiera, sea mujer ú hombre en las cuestiones amorosas.

—
Todos los comilones no son haraganes, pero todos los haraganes son comilones.

—
Sacad á la mujer del hogar, y la convertireis en un marimacho.

—
No existen dos personas íntimas, absolutamente íntimas; ni dos personas absolutamente iguales, física ó moralmente.

—
Algunos frailes, creen en Dios en teoría; en la práctica, creen en el Diablo. — *Un liberal.*

—
Cuando tenemos una pena, es mucho más fácil encerrarnos en un claustro ó en cualquiera parte, que afrontar las vicisitudes de la vida.

—
Hay libros buenos y malos. Los primeros son el mejor compañero del hombre, particularmente de la juventud; pero no hay nada más pernicioso que los últimos.

Entre los peores, considéranse los obscenos y los fantásticos, pero sobre todo estos últimos cuando tratan de justificar amores ilícitos, pues mientras aquellos son brutales y se esquivan, estos son sutiles y se leen con placer.

En este sentido, creo que son peores los libros de Lamartine ó de cualquier otro autor por el estilo, que los de Zola, por ejemplo, ó cualquier otro libro obsceno ó pornográfico.

El materialismo es la negación de todo sentimiento, de toda belleza y de toda moral y virtud.

Si la humanidad lo adoptara absolutamente, desaparecería la familia y hasta la sociedad.

El matrimonio es la base de la sociedad humana. Suprimiéndosele, pasaría lo que en Turquía ó en los países donde existe la bigamia, que desaparecería la familia y el amor para enseñorearse el vicio y la corrupción.

Con cuanto más aparato se le rodee al matrimonio, se le ensalza más y se poetiza. De ahí que el matrimonio religioso sea mucho más moral y más bello que el matrimonio civil, que es prosaico y parece más bien la compra de una propiedad que el acto de amor que representa, ó que debe representar.

En la guerra es conveniente hacer creer mayor número de fuerzas de las que se posee, y disminuir las del enemigo.

Alrededor de cada individuo, por modesta que sea su posición, siempre hay un círculo de admiradores y de envidiosos.

En los beneficios teatrales, el beneficiado sirve casi siempre de pretexto para la explotación. — *Un aporreado.*

Hay varias clases de vanidad en la vida. La vanidad de la fortuna, que desprecia á todos los

que no tienen dinero, ó que representa dinero; la vanidad del talento, que tiene á menos á los que no lo poseen, ó que no brillan poseyéndolo; la del valor, que mira en poco á los que no son valientes ó que no aparentan serlo; la de noble abolengo ó alta alcurnia, que considera insignificantes á todos los que no poseen títulos de nobleza ó grandes genealogías, ó que por lo menos no son muy conocidos sus nombres; la del trabajo, la del saber, de la religión y hasta la de los descreídos.

Todos tenemos vanidad en la vida humana, aunque aparentemos liberalidad ó humildad en los otros afectos que no nos atañen.

Cuanto más os retireis de la vida humana, la juzgareis peor, porque mejor la vereis.

El torbellino de la vida, como el fuego del combate, os enceguera vuestra vista y vuestro criterio.

Dos cosas no se imponen en la vida apesar de todo el poder humano: el cariño y el crédito.

El hombre que se deja explotar de mercaderes sin conciencia ó de mujeres meretrices ó de cualquiera de los cretinos que pululan en la sociedad, no es generoso: es un zonzó.

Si el hombre se preocupara de todos los peligros que le rodean en vida, se moriría de susto.

En las situaciones extremas, todos los hombres, aun los más extraordinarios, tienen alternativas en su caracter, de confianza y abatimiento, de severidad y condescendencia: hasta los tiranos se vuelven blandos y liberales.

El desorden no es la mejor economía. La persona económica debe empezar por ser ordenada.

Cuando una idea sola domina á un hombre, puede convertirse en un loco ó en un héroe, ó en ambas cosas á la vez.

Desgraciado de aquel que no pueda ayudarse á sí mismo.

Es más fácil un cambio de gobierno en un Estado despótico, que en un Estado libre; pues en el primero solo hay que derrocar al déspota y en el último se necesita destruir las instituciones.

Los hombres que se imponen á la humanidad, son los que poseen mucho talento ó son muy valientes; sin embargo de que debían ser los que tuvieran mejor criterio.

He conocido sacerdotes virtuosísimos, que se inspiraban únicamente en las máximas del Evangelio, que todo lo que ganaban se lo daban á los pobres, que hacían vigiliias y grandes abstinencias, macerándose el cuerpo con cilicios y azotainas, para no tener tentaciones mundanas, que confortaban y elevaban su espíritu en el estudio y la contemplación á Dios: á estos sacerdotes el vulgo les llamaba *hipócritas*. En cambio he conocido sacerdotes completamente despreocupados, que solo aspiraban á los placeres de la vida, explotando al pueblo para poder satisfacer sus apetitos carnales, concurriendo á todas las fiestas y á todos los sitios, hasta á los *non sanctos*, con hábitos y sin hábitos, que no estudiaban, ni adoraban á Dios y se expresaban con toda libertad y á veces

con licencia: á estos sacerdotes el pueblo les llamaba liberales. — *Un cualquiera.*

En la vida humana, suele ser peor juzgado el que procede bien, que el que procede mal; porque proceder bien, es la excepción de la regla.

En el trato social, es preferible un bribón á un bilioso.

Cada casa de negocio en ejercicio es, por lo general, un enemigo de la humanidad.

Si cuando uno estuviera enfermo atendiese todos los remedios que le dan, se convertiría en una farmacia, pues todos le recetan implacablemente.

La paz armada, entre otras calamidades, produce la *chifladura militar en los pueblos.*

Los médicos y cirujanos recetan y operan con más facilidad en cuero ageno que en el propio.

Si la humanidad no fuera tonta y majadera, empezaría por llevar trajes cómodos; haría sus habitaciones arregladas al clima en que vive, y no tendría las exigencias y preocupaciones sociales que la molestan y perjudican; pero como es tonta y majadera, hace todo lo contrario.

La mujer honrada debe huir como del demonio, de las oportunidades amorosas.

De cien mujeres caen noventa cuando el amante es hábil y propicio el momento.

Si consultais con cien médicos vuestra enfermedad, seguro que os administran cien drogas diferentes.

En general, en toda asociación humana, sea del orden que sea, se dan bombo ó especulan unos cuantos en gravamen de los demás, que hacen el papel de zonzos.

Son excitantes en el ser humano: la vanidad, el amor, la cólera, el dolor y la bebida,

No hay hombre que no cometa disparates estando poseido por cualquiera de esos escitantes.

Si no hubiera pecadores en el mundo, no habria jueces, ni cárceles, ni infierno, y nadie podría ser clemente y hasta Dios mismo no tendría oportunidad para ser magnánimo y perdonar.

Las *mujeres* son un gran enemigo para los ricos, y la bebida es el verdadero enemigo del pobre.

Si hubiera menos libertinos y menos borrachos, sería un poco mejor el mundo.

Cuando un hombre no hace caso á los cargos de la prensa que puedan dañar su reputación, nada se puede esperar de él: ha perdido la vergüenza.

El calor que recibimos en nuestro mundo, ¿proviene de los rayos solares, del movimiento de los astros ó de la refraccion en nuestra atmósfera?

Los mundos, ¿se han producido por sí solos, de un

solo acto, ó deben su origen á la acumulación de lo que se llama materia cósmica. ¿Existe esta materia en el espacio ó solamente lo cruza desprendiéndose de los astros?

El principio de los seres orgánicos, ¿ha surgido espontaneamente en todas partes, ó ha sido creado en un solo sitio, como dice la Biblia, proviniendo del Paraiso ó del Arca de Noé?

¿Por qué experimentamos placer en el amor?

¿Cuál es el principio y fin de todas las cosas?

Todo el que pruebe lo que dejo dicho, si no sabe más que Dios, sabe, por lo menos, tanto como sabrá él.

—

Cada nación, como cada individuo, tiene su manera especial de divertirse y entristecerse, de reír y de llorar.

—

Es preferible no hacer un servicio, á echárselo en cara ó recordárselo al beneficiado.

—

Desairar á su prójimo ó humillarlo prevaliéndose de su posición ó de su fuerza, es una de las ruindades mayores que puede cometer el hombre.

—

La vanidad de los hombres les hace creer que nadie es más valiente que sus conciudadanos, ni más grande que sus héroes, ni más ilustrado y talentoso que sus prohombres, lo que dá por resultado que todos son valientes en el mundo, y héroes, ilustrados y de talento.

—

El que quiera tener siempre razón, defienda las causas justas; y no mienta el que no quiera verse en conflictos.

—

Todo hombre público, tiene sus detractores y admiradores.

Las enfermedades crónicas quebrantan, á la larga, el caracter más fuerte.

Vule más mujer limpia sin amor, que sucia enamorada, y es preferible hombre bueno sin cariño á enamorado irascible.

La persona que comunica sus disgustos á otro, no encuentra remedio y es criticado. La mujer casada sobre todo, si no quiere ridiculizarse, no hable mal nunca de su marido.

La moral solo anda en teoría por el mundo.

Las mujeres saben querer más que los hombres, pero en general son más frías para el placer.

El cruzamiento de las razas, no solo las mejora, sino que concluye con las razas inferiores.

La prensa ensalza ó deprime exajeradamente á las individualidades que pasan por su escalpelo.

Atrás de un diario, no siempre hay un individuo; por lo general es menos que un individuo. —
Un funcionario público.

Siempre guarda algun rencor el vencido, y las ofensas jamás se borran en el ofendido.

Sed intransigentes con las ideas; pero transigid con el adversario.

Siempre hay alguien que aprueba una idea, aunque esta sea pésima.

Las conquistas siderales, en la ciencia astronómica, como ser los descubrimientos del espacio infinito, de los millones de soles y planetas que nos rodean formando el universo en conjunto, y el método empleado para conocer las distancias, el sonido, la luz, el calor y la electricidad, me sorprenden tanto ó más por su grandeza que los descubrimientos de todas las otras ciencias, inclusive los inventos asombrosos de Edison (el gran hombre del siglo XIX) encontrados en la composición é imitación de las corrientes eléctricas, que han demostrado, á su vez, la diversidad de objetos á que puede ser aplicada la gran materia cósmica que fecundiza el rayo en las grandes capas atmosféricas de los astros del universo

No hay nada más contrario á la higiene que el hacinamiento de animales en las habitaciones ó casas pequeñas, pues todos y cada uno de ellos por sus especiales y diferentes organismos, adquieren diversidad de enfermedades que luego las transmiten al ser humano en iguales ó peores condiciones al de su propio origen.

Los volcanes apagados, producen los terremotos; y las pasiones concentradas, son causa de las catástrofes.

El hombre, casi por lo general se casa por egoismo; la mujer casi siempre por amor.

La conclusión del mundo, se efectuará siglos más ó menos tarde; pero no por los medios que indican las religiones, sino como cualquier hijo de vecino: muriendo cuando le llegue el momento patológico del enfriamiento. Sin embargo, la humanidad debe desechar ese pensamiento, porque entonces el progreso y la instrucción no tendrían razón de ser.

—

Los astrónomos pretendiendo averiguar las causas de las conmociones terrestres, me hacen el mismo efecto que los médicos cuando pretenden descubrir las causas de las enfermedades: unos y otros *macanean*. — *Un patán*.

—

Para morir no vale la pena vivir, ni haber nacido para soportar una vida tan llena de contrariedades y tan limitada.

—

La alimentación vegetal es mejor que la alimentación animal; se digiere más fácil y fortifica al organismo humano.

El agua es mejor digestivo que el vino y los alcoholes.

Sin embargo, la costumbre influye mucho en los alimentos.

—

La mujer no es igual, ni física ni moralmente al hombre. En lo primero es más delicada, y más sensible en lo segundo.

De ahí que su misión debe ser y es otra que la del otro sexo, y otra debe ser su educación.

El hombre debe educarse para el mundo y para el trabajo; la mujer para el hogar y para contribuir á gozar el resultado de ese trabajo.

Pero en uno y otro caso no están reñidos la higiene y el ejercicio corporal, que unidos á la edu-

cación moral é intelectual, conseguirán la salud y el desarrollo físico, el cual, siendo moderado y con arreglo á cada sexo, embellece y complementa una buena educacion.

Lo bueno y lo malo, de la manera que está establecido, es solamente una convención social, pero es tan necesario para el mantenimiento de la humanidad, como lo es la religión ó el temor de un castigo póstumo para el enfrenamiento de las pasiones, y la ley ó un castigo de presente para contener los crímenes.

Si es una torpeza edificar las viviendas humanas en desacuerdo con el clima de la zona en que se edifica, es mayor torpeza aún, y hasta estupidez, edificar en las proximidades de los volcanes ó en sitios propensos á temblores ó terremotos, ó si se edifica por necesidad, no hacerlo en condiciones de que no se puedan destruir los edificios ó si se destruyen, que no sean ofensivos en su derrumbe.

El *toilet* del hombre debe ser esmerado, pero no afeminado.

Cierto desaliño estudiado en el traje y en el individuo, es muy favorable, pues causa muy buen efecto entre las damas.

La mujer debe arreglarse lo mejor que pueda y debe ser un poco coqueta en su *toilet*, para agradar cuando joven y no desagradar cuando sea vieja.

Sin embargo, debe proscribir la pintura de su tocador, pues no solamente causa mal efecto, engañándose solamente ella, sino que concluye por quebrantar el cutis y producir enfermedades cutáneas graves ó repugnantes. Esto no obsta para que use polvos para la cara (prefiriendo los de arroz sobre vaselina), se colorea ligeramente los labios con un

lápiz rojo, se ennegrezca las pestañas y las cejas con un palito quemado, se cuide el cabello lavándose con huevo batido para hacerlo más flexible y brillante, y emplee mucha higiene en su cuerpo, cuidándose especialmente las manos y los dientes. El *corset*, usándolo moderadamente oprimido, no es perjudicial y embellece la configuración femenina.

La mujer, por su organismo, es más propensa á la ternura, que el hombre; por eso es más propia para el amor que para la ciencia, para el hogar que para la calle.

Cuanto más insignificante es un hombre, más soberbio y pretensioso.

El hombre que vale es sencillo, y hasta humilde por lo general.

El hombre se acostumbra hasta á los dolores, y hasta los dolores se imponen cuando el hombre quiere. — *Un guapo*.

Toda enfermedad se cura, hasta la tisis y el cancer, pues la naturaleza, que ha producido las enfermedades, ha producido también el medio de destruirlas.

La cuestión es dar con el remedio, ó con el medio de aplicar la higiene, pues siendo infección toda enfermedad, lo que se requiere es producir su limpieza.

Las tiranías desembozadas matan ó adormecen el espíritu del ciudadano, y las embozadas lo corrompen.

Dios, la patria y la familia, son los grandes principios que debe profesar el hombre.

El hombre debe trabajar y la mujer debe amar: esa es su verdadera misión.

Un buen amigo, pocas veces suele ser un mal hombre.

La mujer ama con ternura y delicadeza. El hombre es sensual y grosero.

Un buen amigo, debe, ante todo, ser tolerante.

La virtud sin lucha, puede no ser virtud; pues todos desean aparentar virtudes.

La vanidad, la soberbia y el amor propio, son los grandes defectos de la humanidad. Si no existieran se cometerían menos tonterías y serían más felices los hombres.

Cortadle el rabo á un perro ó un dedo á un hombre: repetid esa operación en varias generaciones, y al fin saldrán rabones los descendientes del primero y mochos los del segundo.

Pierden el sentido de la vista, ó del oído, ó del tacto, ó del olor, ó del gusto, los que en varias generaciones no ven la luz, ó no sienten ruido, ó no tienen contacto, ó no experimentan olores, ó toman alimentos sin sabor.

Vale más la mujer sin honor que sin pudor.

Así como no hay sermón sin San Agustín, verso sin Homero, muchacha sin amor, música sin Orfeo, vieja sin dolor, teatro sin Esquilo, pobreza sin Job, elocuencia sin Demóstenes, fealdad sin Picio, hermosura sin Venus ó Narciso, crueldad sin Nerón, hambre sin Heliogábalo y sueño sin Liron, no hay vida sin Sol, ni alegría sin luz y sin salud.

El susto, siempre está en relación con el miedo.

La simpatía es la inteligencia entre dos temperamentos que se complementan, y la antipatía el choque entre dos temperamentos que se rechazan.

No ha existido un solo hombre notable en la vida, que no se haya mofado de los médicos.

Catón le prohibía á su hijo los médicos, porque podrían matarlo con sus remedios; Plinio, hablando de médicos y boticarios, declaraba que no había existido profesión que hubiera cometido más envenenamientos, y al hablar de sus remedios secretos, *que venden tan caro á los enfermos*, y de los antidotos compuestos de un montón confuso de innumerables drogas, de las cuales algunas no entran sino por una parte infinitesimal, decía que para vender todo más caro, hacían ostentación y se jactaban de ciencias prodigiosas, de las que ignoraban hasta las noticias más elementales.

Demócrito decía que los médicos eran más locos que los gramáticos; Juvenal exclamaba, á propósito del celebre médico Themison: ¡cuantos enfermos mató Themison en un solo otoño!

Quevedo los llamaba *Mata sanos*; los filósofos se

reían de ellos; J. Jacobo Rousseau, le decía al médico en sus últimos momentos: «*Déjeme morir, pero no me mate Vd.*», y Napoleón I manifestaba en la Isla de Elba: *que deseaba morir de la enfermedad y no de los médicos y los remedios.*

Escritores distinguidos los han ridiculizado, y hasta médicos famosos como Sydenham del siglo 18, Van Helmont, Boerhave y otros, han hecho mofa de sus pobres conocimientos.

Por último, Julio Verne, el escritor mas científico, aunque fantástico, de los modernos tiempos; Julio Verne ensalzando las hermosas condiciones de su imaginaria Isla á Hélice, dice lo siguiente, hablando de médicos y abogados:

«Abogados hay muy pocos, lo que hace que los pleitos sean bastante escasos; médicos, todavía menos, lo que ha hecho bajar la mortalidad á una cifra irrisoria.»

Y José Coroken, autor de la historia de la colonización, dominación é independencia de América, dice lo siguiente, refiriéndose á los exorcismos y encantamientos con que los *adivinos* pretendían curar á los indigenas de la Isla de Haití, que Colón denominó la Española: — A cuyo propósito dijo Gomara, anticipándose á Molière y á Quevedo: si el doliente moría, no les faltaban excusas, como así hacen nuestros médicos; *ca no hay muerte sin achaque*, como dicen las viejas.

Forzando la naturaleza, aunque sea con incitantes, concluye por debilitarse y hasta perderse completamente, adquiriendo un sin número de enfermedades y hasta la muerte.

En un buen método higienico, entra también no habitar casas recién construidas, hasta que se sequen debidamente; no leer durante la comida ó despues de ella hasta pasado por lo menos una hora; no

pensar ni ocuparse de negocios tampoco durante **ese** tiempo; no exagerar el trabajo, ya sea material ó intelectual, ni entregarse á la holgazanería; no comer, por último, ni beber, ni hacer absolutamente lo que uno comprenda que le hace ó le puede hacer mal.

—

El aplauso exagerado mata las obras medianas, y empalidece las buenas.

—

Diez hombres no seducen á una mujer, y una mujer seduce á diez hombres.

—

El suicida es un cobarde y estúpido. Lo primero porque se abate de las decepciones de la vida, **no** teniendo valor para luchar con las contrariedades, y lo último, porque ignora ó no se da cuenta que todo se borra ó se mitiga con el tiempo.

—

La capacidad visual difiere según los individuos y las especies y según el grado de civilización.

Los animales nocturnos no tienen las mismas facultades en la vista que los diurnos y vice versa.

El ejercicio en la vista la desarrolla, lo mismo que cualquier otra parte del cuerpo que haga gimnasia. Lo mismo sucede con la inteligencia y la memoria.

Nadié nace viendo, y gradualmente se van viendo los objetos y los colores.

En la evolución humana ó animal, la vista, como los demás miembros del cuerpo, han ido **modificándose** y adquiriendo nuevas facultades.

—

Todo **perverso** abraiga ódio contra aquel que tenga derecho á **despreciarlo**.

¿Las dimensiones del ángulo facial y la corpulencia del cerebro, serán, como dicen los sabios, las que denotan la mayor ó menor inteligencia humana?

Yo creo que son pamplinas.

La extravagancia en los artistas, aumenta su popularidad.

El uso y el abuso del corset en las mujeres, no solamente deforma sus cuerpos y les quita hasta la belleza artística, sino que las predispone á engendrar hijos raquíuticos ó deformes.

El valor siempre ha sido y será el principal factor en los combates.

No hay nada más desagradable, que recordar las penas en el momento del placer.

Del examen químico-microscópico de la sangre, averiguareis con exactitud si un hombre está muerto ó vivo.

Las enfermedades del útero en las señoras, provienen generalmente del abuso en la luna de miel.

La sociedad es demasiado dura con la pobre mujer. Si una joven inesperta, apasionada de un hombre que ama, cede á los impulsos de la carne ó á la seducción, la considera una mujer prostituida.

Si otra casada á la fuerza con un hombre que no ama, se enamora luego y se entrega al amante, ó

una viuda que cede á las tentaciones del amor; son también consideradas unas prostitutas.

Pero este rigorismo es absolutamente necesario, pues si bien no se justifica ante Natura, que lo mismo es la mujer que el hombre, con idénticos apetitos carnales, está sancionado por las exigencias de la sociedad y la familia.

Es cosa de guarangas ir al teatro con sombreros voluminosos, particularmente en la platea — *Un concurrente.*

Muchos periodistas se prevalen del anónimo para deprimir ó ridiculizar por la prensa á sus enemigos ó á las personas que están altamente colocadas, tratando siempre de decir las cosas de manera que no haya lugar á una acusación judicial ó á una reparación caballeresca, negándose luego los diarios donde estampan sus elucubraciones á rectificar ó levantar los cargos que se han hecho.

Este proceder lo califican algunos de viveza ó talento; nosotros lo juzgamos bajeza y cobardía; prostituyendo el apostolado de la prensa, que en vez de ser un vehículo de ruines pasiones, debe ser el centinela avanzado de la libertad y de la cultura.

El rico solo concede favores al pobre por medio de la adulación. El que no los adula, considéranlo soberbio. *Vanitas, vanitates!*

No hay nada más estúpido que los individuos que gastan todo lo que tienen para darse bombo en los casamientos, ó las familias que derrochan su caudal en el entierro de sus deudos.

Las crónicas que hacen diariamente los periódicos, de los teatros, casamientos, entierros, funerales y hasta comidas, mencionando constantemente los nombres de las mismas señoritas y caballeros, de los que han dado en llamar de diferentes nombres, para hacernos creer sus méritos por la alta posición social ó pecuniaria que ocupan, me hacen el efecto de los *reclames* que lanzan, *urbi et orbi*, algunos comerciantes cursilones de sus géneros casi siempre averiados ó fallutos.

Oh! *tempora* Oh! *mores*.

El teatro moderno exige brevedad, rapidez en las representaciones y en las escenas.

La filosofía, como las religiones, es un gran consuelo para los desgraciados.

La mujer es excesivamente más tierna y cariñosa que el hombre, como madre, como amante, como amiga y como hija. Qué triste sería la vida si no fueran los ratos de placer que ella nos proporciona!

La humanidad aumenta cada día. La ciencia y la civilización contribuyen á ese aumento, la primera destruyendo las epidemias por medio de la higiene y la segunda tratando de concluir con las guerras por los arbitrajes internacionales ó evoluciones políticas internas.

Bien, pues, aumentando la humanidad y disminuyendo el trabajo por la supresión de brazos con el progreso mecánico y la electricidad, ¿qué será de los humanos dentro de algunos siglos, siguiendo ese orden progresivo? La respuesta es imposible con-

cretarla; pero vendran cataclismos sociales, el retroceso y todas las calamidades imaginables, para volver á empezar de nuevo, siguiendo el flujo y reflujo de la humanidad.

Mientras no ama, no tiene verdadero sentimiento una artista, y más sentimiento tendrá si sufre por su amor.

Por sus gustos musicales, puede juzgarse el sentimiento de una persona. Al que no le agrada la música es porque no tiene sentimiento.

La música vagneriana para el público en general, hace el mismo efecto que un discurso científico en una reunión popular.

Los pueblos se imponen por su derecho, y el derecho se impone por el deber y el sentimiento de los pueblos.

La temperatura aumenta en calor progresivo hácia el interior de la tierra, y disminuye en las profundidades del mar y al ascender de la atmósfera.

Es perjudicial á la salud el trabajo, material ó intelectual, que esceda de ocho horas al día.

El escecivo trabajo en la juventud, no solo es contra la salud, sino que obstaculiza el desarrollo del organismo humano.

Si la mujer no se educa al carácter de su marido durante la luna de miel, en la cual está dispuesta á

concederlo todo por el amor, despues... después difícilmente se educará.

La mujer es más feliz cuando el hombre se le impone, que cuando ella se impone al hombre.

Los cobardes, en el peligro, muestranse como son, declarandose gusanos.

La locura, como el suicidio, son orgánicos: desarrollandose con los sinsabores; en la lucha por la vida, el exhibicionismo y los placeres.

El hombre que duerme más de seis horas, es un haragán.

De los paseos y fiestas, lo único que queda es el disgusto de haberlos hecho ó el de haber concurrido a ellas.

Hay más salvajes en las grandes ciudades, entre el populacho, que en los bosques ó en las selvas vírgenes.

El amor á la gloria, nunca se satisface.

Cuanto más se gusta, más se desea; no obstante que apenas deja un recuerdo vago é ilusorio, emponzoñado casi siempre con las amarguras que proporciona la envidia y la calumnia.

Sin embargo, el amor á la gloria acusa verdadera grandeza de alma en el individuo.

Hay popularidades honrosas y popularidades infamantes.

Todos tienen en la vida algún detractor y algún admirador.

El recuerdo más duradero en la vida humana, es el de los poetas y los filósofos: los primeros porque embellecen el sentimiento, y porque lo educan los segundos.

Las cartas ó misivas deben escribirse siempre de acuerdo con el carácter y educación de la persona á quien van dirigidas.

Deben ser lo más breve posible, salvo casos excepcionales y no prodigarlas.

Los asuntos delicados, no deben nunca tratarse por cartas, pues lo hablado se puede retirar y lo escrito queda.

El argot ó dialecto de los criminales, ha sido creado con el objeto de especializarse en un lenguaje que les sea propio, exclusivamente de ellos, dentro del ambiente repugnante en que actúan, como sucede, poco más ó menos, aunque en otro orden de ideas, con el tecnicismo ó dialecto de los sabios y de algunas profesiones.

Todos quieren aparecer honrados y valientes; pero la honradez y el valor, deben probarse muchas veces.

El hombre debe tratar de perfeccionarse moralmente y adquirir honradamente riquezas é ilustración.

Si la gente anduviera desnuda ó con vestimenta mamarracho, á la postre, parecería tan elegante como vestida por el último figurín.

Tal es la moda y la costumbre.

Los malvados, cuando no tienen nada que decir de sus enemigos ó de la gente honrada, los calumnian.

Nada pone en mayor ridículo á un hombre, que la mentira.

Lo que más seduce á la mujer en el hombre, es su elevada posición ó la distinción de su nombre. Sin embargo, ¡cuantos chascos se llevan!

No se puede juzgar si un hombre es corrompido, hasta que tiene oportunidad de corromperse.

Si quereis corromper á la mujer, sacadla del hogar y de la educación cristiana.

No deben casarse los viudos con hijos, ni los individuos raquíticos.

Un padrastro ó una madrastra son las peores plagas morales; y las peores plagas materiales, una mujer ó un hombre problemático.

Si quereis juzgar al hombre, probadle por el interés ó dadle mando.

Si el talento y la sabiduria admiran y seducen, es porque el hombre está predispuesto á admirar lo superior y le seduce lo desconocido.

Quitadle esas dos preocupaciones y á nadie admirará ni le seducirá nada que no sea material y provechoso.

Rara vez se encuentran protectores desinteresados. La protección, por regla general, obedece á intereses mutuos ó á bajeza del protegido.

Existen dos clases de decepciones: la decepción de la corrupción y la de la adversidad. La primera produce al crápula y al filósofo la segunda.

En una reunión de sabios ó simplemente de oradores, todos parece que tienen razón; lo que demuestra una de dos cosas: ó que ninguno sabe nada ó que la sabiduría humana no es tal sabiduría.

No es la civilización la que produce la corrupción; es la ostentación y el vicio.

No hay nada absoluto en la vida: todo es relativo. Por consiguiente, la vida humana debe ser y es una série no interrumpida de transacciones.

El interés aumenta en proporción directa con las dificultades de la lucha por la vida. Y la mala fé y los vicios aumentan en proporción directa con el interés.

No hay nada que aparentemente demuestre mayor suficiencia para la vulgaridad, que expresarse en tecnicismos ó hacer citas de cualquiera clase que

sean; y sin embargo, suele ésta ser la demostración más palmaria de la insuficiencia.

El ejemplo, el estímulo y el rigor, son grandes factores para la educación y el estudio.

Las crisis económicas y sociales (ruina é inmoralidad) se han producido siempre y se producirán en todas partes en períodos más ó menos iguales, con la misma exactitud que dan las horas los relojes.

Todas las creencias de las religiones y de la filosofía; son suposiciones; nadie sabe nada del principio y fin de la humanidad. Sin embargo, las religiones son saludables para los pueblos, pues elevan el hombre hacia la divinidad y lo reprimen en sus pasiones; pero para que se crean, para que sean verdaderas religiones, deben evolucionar en sus principios, menos en el de Dios, que es inmutable, amóldandose á los adelantos de la ciencia.

Al recordar á Dios la humanidad cuando muere, ¿es un instinto divino ó es el terror de la muerte?

Dios es un ideal; el mundo una utopía, y el hombre un problema.

Los milagros, ó son una farsa ó sencillamente son producto de imaginaciones calenturientas.

Como religión, lo mismo es la mitología que el catolicismo, el budhismo que el mahometanismo, el espiritismo que el fetiquismo: todas creen en divini-

dades. Y en cuanto á verdad, corren también parejas, pues ninguna sabe lo que dice, ni ha visto lo que proclama.

La imaginación abulta los peligros y las desgracias.

Nada demuestra mejor el mal corazón de una persona, que ser malo con los animales ó con sus inferiores; lo contrario es prueba de buenos sentimientos.

La creencia sobre la bondad de los médicos, es como la ciencia sobre la bondad de las religiones: cuestión de imaginación.

El pueblo sigue casi siempre á los que no debía seguir; no sabe por lo general lo que pide ni lo que quiere; acepta sin beneficio de inventario lo que le dice cualquier quidam, y aplaude lo malo y cria cuervos para que le saquen los ojos.

Seria mucho más humano matar al individuo que sufre un mal incurable, que atormentarlo con drogas y muchas veces con operaciones dolorosas; como seria un bien para la especie humana destruir en su germen á los seres raquíuticos.

Cuanto más cruentos al principio los combates, son al fin menos sangrientos. — *Un militar.*

Es más fácil buscar al médico ó al abogado, que sacárselos de encima; y después de toda enfermedad ó pleito, seguro que hay cuestión por los honorarios de los médicos ó abogados. — *Un escamada*

Es falso que haya sucedido nada extraordinario ó sobrenatural en la vida humana y del Universo. Todo lo que sucede, hasta el más insignificante movimiento del insecto más pequeño, todo obedece á los efectos mecánicos de las leyes inmutables de la Naturaleza ó la Creación, establecidas é impuestas por Dios.

No hay que confundir la verdad con la ciencia; pues si bien ciencia es verdad y la verdad es ciencia, no siempre es verdad lo que se llama ciencia.

Ejemplo: los médicos y boticarios.

El hombre que maltrata á las mujeres ó á los niños, no es un hombre: es una bestia.

Si quieres ser reputado como bueno, muérete.

Hay hombres honrados cuando son ricos, otros cuando tienen posición, otros aunque sean pobres (estos son los verdaderos honrados) y otros que no son honrados nunca.

Médico joven, muy chapucero; abogado viejo, muy chicanero.

En la casa que no entra sol, entra el médico.

Todos los ricos querrían ser descendientes de nobles.

Saber decir la verdad y encontrarla en todos los casos, he ahí el verdadero genio, la verdadera inteligencia.

Casi todos los seres tienen en su cuerpo lesiones orgánicas, que pueden producir y producen la muerte en muchos casos, y sin embargo, no las sienten, ni las vé el médico.

Los americanos se ríen de los brasileros, y de los portugueses los europeos. Sin embargo, todos tienen algo de portugueses y brasileros.

Los pobres de oficio, alimentan la caridad que se hace por vanidad.

Ejemplo: algunas asociaciones de beneficencia.

A los seres raquíticos, ya que se les deja vivir, debía prohibírseles la procreación, pues hacen mal á la especie humana.

Los milagros curativos son efectos de la fé, que produce reacciones ó pone en movimiento á la naturaleza adormecida.

La exhuberancia del reino vegetal, mata al reino animal, ó vice-versa.

La doctrina bacteriológica podrá ser una verdad en cuanto á la causa de las enfermedades, pero en lo que se refiere á su curación, aun admitiendo aquella hipótesis, está tan atrasada como antes del descubrimiento, pues lo mismo muere ó no sana el enfermo con los medicamentos modernos, que con los antiguos.

En la educación de la mujer deben entrar los quehaceres de la casa y saberse hacer sus vestidos y

ajuar, y en la del hombre una profesión ú oficio, pues si no tienen necesidad de utilizarlos personalmente, tendran la necesidad de ordenarlos. — *Un maestro.*

El orgullo se confunde muchas veces con el honor, pues constantemente se ve á individuos que son capaces de cometer toda clase de fechorias, sulfurarse por una palabra más alta que otra ó por una verdad más ó menos amarga; *porque ofenden á su honor.*

Los hombres que nunca han actuado en política, que no han tenido que luchar, y se consideran incorruptibles, son lo mismo que las mujeres virtuosas, porque nunca han sido solicitadas.

En literatura, como en muchas otras cosas, es más fácil criticar que producir. Con saber hilvanar dos frases basta, algunas veces, para ser critico; y así no más no produce cualquier quidan con frases hilvanadas.

Hay mucha gente que no tiene ideas ni convicción de nada, y hay gente que por figurar, hasta soportaría con gusto la desgracia.

No hay nada que acobarde más al hombre que la falta de razón, ni que le dé más valor que la razón.

De los placeres, queda solo el hastío; de las desgracias, queda el recuerdo.

Las penas, elevan al hombre; las alegrías suelen materializarlo.

De la calumnia, puede decirse lo que de las manchas de aceite: que no se extinguen en absoluto, si no se lavan radicalmente.

No hay nada más sensato, que arreglarse cada cual á su situación, sin pretender ser lo que no se puede.

Si no fuera la mujer, — esa preciosa mitad del género humano, — la vida del hombre sería un martirio, y su existencia un sarcasmo de la naturaleza.

La sensualidad es la degradación humana: convierte al hombre en un marica ó en una bestia, y á la mujer en el ser mas repugnante.

Sería un timbre de honor para la humanidad suprimir los medios violentos, particularmente el cuchillo, para destruir á los pobres animales.

Sobre todo, ciertas muertes crueles que se les da con el propósito de mejorar sus carnes ó por otras circunstancias análogas, es una verdadera infamia.

El macho busca siempre á la hembra, pero ésta no lo rechaza nunca.

En los países progresistas no debían admitirse partidos retrógados.

Todos decimos: «mi tierra», «mi ejército», «mi policia», y si nos morimos tenemos que pagar la sepultura y si nos desmandamos, la policia ó el ejército nos muele á palos.

Vaya una propiedad!

Es una ley histórica, que los hijos de los conquistadores, arrojaran á estos de los países conquistados.

Los indígenas, si su civilización es inferior á la de los conquistadores, son destruidos ó desempeñan un rol pasivo en la reconquista.

Entre los animales, como entre los humanos, también hay viciosos y criminales; proveniente, como en estos, de su imperfección orgánica ó de su mala educación.

No hay nada que favorezca más á un enfermo, que los solícitos cuidados de un enfermero cariñoso.

El mejor enfermero es la madre ó la mujer propia, y en general, es mejor la enfermera que el enfermero.

Los hospitales son tristes y á veces terribles, por la falta de cariño en los enfermeros.

Es preferible un genio *pólvora* á un genio *horchata*: el primero obra al impulso de la pasión y el segundo todo lo hace por cálculo. Sin embargo, uno produce al genio y al sabio el otro.

Hay caracteres que hacen una gran cuestión de una insignificancia, y otros que no hacen cuestión alguna ni aún de las cosas grandes.

Permitid al ser humano (chico ó grande) que haga su voluntad, y tendreis al tirano.

La mujer es un instrumento de placer para unos; para otros, es la compañera que Dios le ha deparado.

Quitad el pudor á la mujer y tendreis á la bestia humana.

Los médicos son como los mentirosos, que creen en sus mentiras á fuerza de repetirlas: ellos creen en su ciencia.

La gente muy gorda, me hace el efecto de carniceros, y los muy flacos, de maestros de escuela.

El soberbio y no el humilde, es quien se humilla.

Los médicos tienen muchas tangentes para salvarse de las responsabilidades de su nulidad. Cuando por ejemplo, se les prueba que el contagio es una pamplina, apelan á lo refractario ó á la falta de predisposición; si se les prueba que son zonceras sus medidas profilácticas, cambian entonces la oración por pasiva, y *hablan de la predisposición*. Y, por último, si, como casi siempre sucede, no conocen la enfermedad del paciente y se les interroga, salen del paso con un término técnico cualquiera, que concluya en *itis*, ó se *reservan* el diagnóstico hasta las calendas griegas.

Muy sábios, los señores médicos!

Ninguna teoría puede estar en contra de la cremación de los cadáveres, abonada por la higiene. Si somos materia, porque somos materia, y si no lo somos, porque el espíritu no se quema.

De toda la sabiduría humana, la más pobre, la que menos merece el nombre de ciencia es la medicina. Está siempre en pañales.

Un médico acierta una vez y erra noventa y nueve.

Los médicos disminuyen en ciencia cada día, pero aumentan en especulación. Ya no visitan á sus enfermos, ni les fían sus honorarios; hay que ir á sus casas y pagarles adelantado.

La mujer que da un tras piés, da cien ó mil.

Los casamientos por conveniencia ó á la fuerza, nunca son felices; para que exista la felicidad debe haber amor.

No confundais la calentura con el amor, ni abuséis de la luna de miel, pues en uno ú otro caso vendrá el hastío y hasta el adulterio de vuestra mujer.

Si no quereis dar fiasco en vuestras declaraciones amorosas, estudiad primero el temperamento y la educación de la mujer á quien os declareis; sobre todo, sed siempre galantes con ellas.

El hombre que abusa de la mujer, ó le da malos tratamientos, es un canalla; y la mujer que abusa del hombre, deshonrándolo, es una prostituta.

El pícaro a la corta ó á la larga, cáe envuelto en sus mismas picardías.

El hombre de bien donde quiera tiene aceptación.

El zozzo, sufre él y hace sufrir á su familia; y el tímido nunca llega á nada en la vida humana.

Los pueblos que no tienen educación política y moral social, no saben hacer uso de la libertad, ni la comprenden.

El pudor, es para la belleza moral de la mujer, lo que la higiene para su belleza física.

El que se venga de una mala acción, es tan pícaro como el pícaro de quien se venga; y el que es estafado por estafar, es un estafador.

Es peligroso hallarse á solas un hombre y una mujer; hablar con brutos; tratar con pícaros; vivir con locos; no comer todos los días; trasnochar continuamente; empinar el codo; comer demasiado; *amar* mucho; dormir poco, y, sobre todo, ser muy pobre y majadero.

El amor verdadero no mata: sucumbe.

No es buena madre la que desatiende su casa, ni buena esposa la que sacrifica á su marido.

La libertad que se restringe, no es libertad; es el despotismo disfrazado de libertad.

Ante el amor y la moral, tan crimen es la infidelidad de la mujer como la infidelidad del hombre; ante

la sociedad, ya es otra cosa: la criminal es la infeliz mujer, el hombre es aplaudido.

La familia, no es solamente la base, el fundamento; la parte y el todo de la sociedad, — sino que es la calma, la tranquilidad y la única felicidad que encuentra el hombre en la tierra.

Después de la juventud sobre todo, cuando han desaparecido las pasiones que alhagan el mundo, es horrible vivir sin los afectos y cuidados de la familia.

El verdadero amigo, si existiera, oh! qué gran cosa sería.

La tranquilidad y el placer gustados, lleva á los hombres á los mayores excesos para poderlos sostener.

Esa es la disculpa de los posibilistas en política y de los embrollones en sociedad.

Es más fácil que haga fortuna el que gana poco pero que no gasta mucho, que el que gana mucho pero que no gasta poco.

Las tendencias de un individuo no siempre se despiertan si no tienen la oportunidad de demostrarse.

Hasta los idiotas viven en el mundo; pero no todos saben vivir.

Los pueblos se acostumbran á la corrupción de sus gobernantes hasta el punto de permitirles las mayores extravagancias, infamias y crímenes.

Esa es la única explicación que se encuentra en el pueblo romano, tan viril en otrora, para haber sopor-

tado y hasta aplaudido las infamias de sus emperadores César, Calígula, Tiberio, Claudio y particularmente Nerón, que no sólo asesinó á los prohombres de Roma y hasta sus esposas y á su misma madre, sino que envileció á la sociedad prostituyendo á las principales damas romanas, y hace lo que quiere y es aplaudido por el pueblo en sus bufonadas artísticas y en todos sus actos de crapulismo y bestialidad.

Está bien que no le deis pan al pobre; pero tampoco le debeis dar palo.

La exageración ó prodigalidad de las penas, concluyen por no producir efecto en los penados ni entre el pueblo.

El exceso de libertad, es licencia; de rectitud, despotismo; y el exceso de hambre quita las ganas de comer, como el exceso de abundancia repugna, y empalaga el exceso de amor.

Un buen actor es el complemento de un autor teatral.

Con un actor nulo no hay obra buena, y vice versa, no hay obra mala con actor bueno.

Los médicos explican más fácilmente las enfermedades, que lo que las curan.

No hay libro de medicina ó simplemente un prospecto de específicos ó especialidades médicas, que no explique admirablemente todos los síntomas de las enfermedades, pero ninguno de los remedios aconsejados, por lo general, curan á nadie.

Es muy buena la instrucción militar y la disciplina para triunfar en los combates; pero el factor principal es el valor, pues un instructor cobarde no acierta en el peligro con la instrucción.

Lo que le pasó á Bertoldo con el Rey, al cual creía el más hermoso y grande de los hombres, le pasa á todo el mundo con los personajes famosos ó de gran renombre: muchas veces como le sucedió á Bertoldo, suelen encontrarse con tipos feos y raquíticos.

Toda hoja de publicidad que quiera hacer camino en sus primeros tiempos, debe buscar asuntos de sensación y grandes polémicas.

Todas las religiones han sido creadas de buena fé, bajo la inspiración de Dios y respondiendo á principios morales y hasta de higiene: — la salud del alma y del cuerpo, — sirvieron luego para dominar á los pueblos, manteniéndolos en la ignorancia; concluyendo por ser destruidas y reemplazadas por otras, según se iba instruyendo la humanidad en la evolución de los progresos ó porque la instruían espíritus superiores y honrados.

Conviene mucho como higiene, evitar los resfríos y las indigestiones, que suelen ser principio de grandes desarreglos y enfermedades en el organismo humano.

Los religiosos tienen muchas maneras de poner en práctica sus creencias piadosas, consultando casi siempre sus conveniencias ó sus tendencias y educación.

Unos, sin hacer ostentación alguna ó la menor posible, son buenos, aman á Dios y á su prójimo, ha-

ciendo todo el bien que pueden y tratando de no hacer mal á nadie. Estos son los verdaderos religiosos.

Otros, sin hacer mal ni bien á nadie, se lo pasan rezando toda la vida, postrados noche y día ante la divinidad. Estos son religiosos en teoría.

Otros muchos, hacen todo el mal que pueden ó no hacen bien ninguno, pero no faltan nunca á los preceptos del culto religioso, pidiéndole á Dios constantemente el perdón de sus faltas ó los bienes terrenales. Estos son religiosos.... de pega.

Y por último, los que especulan con la religión; que no creyendo nada aparentan creerlo todo. Estos son malos religiosos.

El hombre cobarde, es cruel y bajo en sus sentimientos.

Este principio puede aplicarse á los pueblos y á las naciones.

La caridad pública mata la caridad privada.

La muerte, por más que se sepa que es natural, siempre causa horror.

No se puede dejar morir impasible ni á un animal.

Lo desconocido, así como atrae, tratándose de placeres, horroriza cuando se temen castigos.

Cuando no existen enfermedades ó epidemias, conviene crearlas ó aparentarlas, pues el miedo es un gran factor para los médicos.

En cualquier posición de la vida se adquiere una independencia relativa procediendo correctamente.

La sátira muchas veces degenera en calumnia, y casi siempre se le parece.

Reirse de los demás, es siempre una maldad.

En nombre de la civilización se cometen muchas infamias, como por ejemplo, destruir una nación que se pretende salvaje, matando á los hombres, esclavizando y corrompiendo á las mujeres, quitándoles los hijos á las madres, y las esposas á sus maridos; en nombre de la libertad se cometen toda clase de crímenes y se le imponen ideas á todo el mundo; en nombre de la moral se esclaviza á la sociedad y se castiga á todo ser viviente, y en nombre de la higiene se cometen las mayores arbitrariedades y torpezas.

Dados estos antecedentes, conviértese en barbárie la civilización, en despotismo la libertad, en inmoralidad la moral y en estupidez y contra natura la higiene.

Una opinión:

Con el descubrimiento de Roentger, los médicos van á retratar á todo el mundo; pero lo dejarán morir como siempre.

Cuando se hace un servicio, si no se adquiere el reconocimiento del beneficiado, gánase fama y buen nombre.

No hay nada más ridículo é irritante, que elogiar exageradamente ante un extraño las grandezas de su país y deprimir los progresos del país de su interlocutor.

Son una calamidad las criadas con marido ó con hijos, pero aún es mayor calamidad las cocineras con *retiro*. Es preferible tener ratas en la casa.

La civilización que mata; la civilización que corrompe, no es civilización.

Cada uno tiene en la vida la suerte que se merece.

Hay gente tan miedosa que va á ver médico hasta por un *tropexón*, y luego, son tan exagerados, que pregonan por todas partes que el *médico los ha salvado*. De ese modo todo hace carrera en la vida.

Toda enfermedad, producida la muerte del individuo y su descomposición, tiene un microbio característico; pero no son los microbios que producen las enfermedades, sinó las enfermedades las que producen los microbios: el microbio, pues, es efecto y no causa; producto y no factor.

Las enfermedades deben su origen á los gases mefíticos que pululan en la atmósfera, producidos por la descomposición de los cuerpos, inclusive la de los microbios, cuyos gases son aspirados por los reinos animal y vegetal, en proporción relativa del organismo de cada ser y en las condiciones de salud que lo encuentre.

Una buena higiene, pues, no debe concretarse solamente á destruir los cuerpos descompuestos: debe también tratar de purificar la atmósfera, destruyendo los gases de esa descomposición.

Las mujeres que matan me hacen el efecto de un Santo Cristo con un par de pistolas.

Me agrada la mujer fuerte en espíritu, pero odio á las mujeres fuertes de brazo y acción.

El honor que mata suele ser el honor del deshonor y fruto, casi siempre, de una mala educación.

Existe la decepción de la corrupción y la decepción de la adversidad. La primera produce al cretino y la última forma al filósofo y moralista.

La cirugía es la higiene; cortar un miembro podrido es limpiar el organismo humano. Pero si la medicina fuera perfecta, no habría necesidad de ninguna amputación.

No hay nada más degradante que el casamiento de un joven con una vieja ó de una joven con un viejo. Es la unión de un ser decrepito físicamente, cuyos espasmos amorosos parecen muecas sarcásticas y fétidas de la materia en estado de putrefacción, con otro ser decrepito moralmente, que vive al calor de sentimientos repugnantes, convirtiendo su espíritu en verdadera podredumbre moral.

Un trozo de literatura muy recargado de imágenes, me hace el mismo efecto que un hermoso jardín muy recargado de flores, al punto que parezca un bosque de malezas.

Los tísicos son muy enamorados y muy lujuriosos los jorobados.

El tirador no debe ejercitarse en un mismo sitio y rodeado de los mismos objetos, pues el día que tenga que variar de una ú otra cosa, será torpe su rayo visual.

Tampoco debe ejercitar su destreza en un objeto constantemente inmóvil.

Las exposiciones de manufacturas suelen ser generalmente un *engaña pichanga*, pues casi nunca los

espositores venden al público los mismos artículos que exponen.

Un buen procedimiento para evitar la especulación de los médicos y abogados:

1º. Pagarles sus honorarios por anualidades.

2º. Descontárselos cuando uno esté enfermo ó tenga pleitos.

No hay nada más feo, ni más odioso que la vejez. Y si todavía el corazón, los sentimientos se envejecieran en la misma proporción que se envejece el cuerpo...! Pero qué! como un sarcásmo de Natura, cuanto más viejo es el físico, más joven el deseo. En fin, paciencia y.... barajar. — *Un viejo verde.*

El hombre en estado de cólera ó encelado, no es hombre: es una bestia.

De lo conocido la ciencia supone lo desconocido; ó en otros términos: la ciencia solo conoce lo material, lo tangible que nos rodea; lo demás lo ignora.

La limpieza y el orden de los hospitales y los asilos, me hace el mismo efecto que un cuerpo humano sin alma, ó que un hogar muy limpio sin cariño, ó un hombre muy correcto, pero excesivamente calculador y egoísta.

En una palabra, no veo sino orden y limpieza; pero no encuentro afecciones de ninguna especie.

Es la caridad fría de la necesidad social, no la caridad afectuosa del amor al prójimo.

Los pueblos me hacen acordar á los enfermos graves ó crónicos, que siempre esperan un cambio favorable. Y mientras tanto.....

Dicen que el hombre es más poderoso que la mujerEso no es exacto, y la prueba está en la forma de la familia, que es la base de la sociedad: una mujer puede darle hijos al marido sin su intervención, y el hombre no puede darle hijos á su consorte sin su forzosa participación.

Ergo: es más poderosa entonces la mujer que el hombre.

Filosóficamente, los milagros son un disparate; pero suelen ser y son un consuelo para los creyentes, contribuyendo muchas veces al alivio y curación de sus enfermedades por medio de la fé, como contribuye la fé que se tiene á los curanderos y á los mismos médicos: todos los sistemas de curación son buenos, aunque ninguno quizás cure verdaderamente.

Muere un individuo.... ¡Ah!
Se casa un individuo..... ¡Oh!
Nace un individuo..... ¡Ah! ¡Oh!
Se enriquece un individuo..... ¡Hum!
Se empobrece un individuo..... ¡Já! ¡já! ¡já!

En la gente de alto rango es muy general abrazar la religión ostensible y la caridad *pública* para encubrir su impiedad y la falta absoluta de sus sentimientos caritativos, y la religión ostensible y la caridad *pública*, se dejan explotar para explotar ellas á su vez á los explotadores.

El padre que saca á sus hijos de su esfera (sobre todo si es muy humilde) para elevarlos demasiado, por lo general tendrá por recompensa la ingratitude.

Influye tanto en el ánimo de una persona la fe que pueda tener á un sistema ó la confianza que le inspire otra persona, que si os creéis enfermo y acudis á un médico que os inspire verdadera fe y confianza y os dice que no teneis nada, os curareis ú os creereis curado de vuestra dolencia.

El temor produce también sus reacciones, y sinó ahí teneis lo que os pasa cuando vais á sacaros una muela, que al llegar á la casa del dentista se os alivia el dolor.

La distracción ó preocupación sobre cualquier idéa, produce también sus reacciones favorables.

Es más rico el pobre que se conforma con su situación, que el rico que ambiciona mayores riquezas y placeres.

De todos los seres de la creación el más carnívoro y sanguinario es el hombre.

La verdadera independencia y libertal no la consigue jamás el hombre en la vida. Cuando no depende de sus superiores ó la miseria, que son las peores de las dependencias, depende de sus negocios de su fortuna ó de las conveniencias sociales ó de su caracter y afecciones.

La protección á los animales es tanto ó más noble que la que se presta á nuestros semejantes, pues son los seres más débiles de la creación.

La humanidad se deja impresionar más fácilmente de los nombres retumbantes, que de los antecedentes honorables de los que no poseen esos nombres, confundiendo el ruido con las grandezas.

La táctica ó el génio de un gran militar no se demuestra solamente en la formación de un plan de batalla; se demuestra también y principalmente en salvar los inconvenientes que se produzcan durante la prosecución de ese plan.

El hombre al cual le conocéis un mal ó vicio secreto seguro que será vuestro enemigo.

Los hijos de los pobres llegan con mas facilidad á las alturas del saber que los hijos de los ricos, pues la pobreza suele ser un estímulo y el dinero por lo general corrompe ó idiotiza á los que lo poseen.

No hay nada más ridículo y tonto que la gente *cursi*, comprendiéndose por esta la que quiere aparentar lo que no puede ó no es, ó no sabe.

El matrimonio es la base y la felicidad de la sociedad humana, y el divorcio su disolución y su desgracia.

Ninguna hembra, entre los animales, cohabita á la vez con varios machos, y por lo general tiene su pareja; tampoco cohabita después de preñada ni abandona sus hijos antes de criarlos. ¿Sucede lo mismo con la hembra humana?

Así como para un borracho de ley no hay mayor placer que una gran garrafa de bebida, y para un comilón su goce más grande es una olla abundante, para el *solista*, su delicia mayor es encontrar á un individuo cualquiera á quien *chichonear*. — *Un conversador*.

Los artistas muy conocidos y vistos, por buenos que sean, son hombres perdidos.—*Un artista*.

Es mas fácil, en la abundancia filosofar sobre la pobreza, que encontrándose en la miseria; y es mas disculpable el pobre que se envicia por sus necesidades, que el rico que se corrompe por sus placeres.

Todos aconsejan valor y virtud á los demás, pero pocos, muy pocos, son los que poseen el primero y practican la última.

Todos los venenos tienen un antídoto en la naturaleza.

Nadie ó casi nadie, puede asegurar que es lo que haría en tales ó cuales circunstancias graves de la vida, pues nadie ó casi nadie se conoce á sí mismo.

Filosóficamente es insostenible la pena de muerte, como lo es el asesinato político; pero humanamente es una necesidad: el terror es también educación.—*Un criminalista*.

Indudablemente que los hospitales y hospicios son necesarios; pero desgraciados de los que tienen que acudir á ellos; la caridad allí es la *caridad del garrote*

(hablo metafóricamente): al que hay que medicinar lo endrogan, al que hay que operar lo achuran, y al que hay que mantener lo atorán; y todo esto á *ordenanza*, sin chistar ni admitir excusas ni lástima. Vaya una caridad la pública. ¡cáspita! — *Un pobrete.*

El mejor amigo de uno, es uno mismo; y á veces su peor enemigo.

Todos son buenos despues de muertos, porque en vida todos eran malos.

Todo rico al morir debía dejar la mitad de su fortuna para la colectividad, y ser mal considerado, forniendo su nombre en la picota pública, el poderoso que en vida no ayudara á los pobres. — *Un socialista.*

El amor y el cálculo se dan de cabezadas; pero el último es más positivo.

La verdadera política consiste en el éxito, y cuantas más evoluciones, cambios y fullerías se cometan, es mas aplaudido el político y se le considera mas hábil.

Desgraciado, en política, el que no acierta! Si es honrado y patriota, se le considerará un soñador ó un loco, y si es pillo se le echará el mundo encima, quitándole al diablo para ponerle á su santo.

Esto es la verdad verdadera de lo que pasa en la humanidad.

En absoluto, no hay situación difícil en la vida; todo tiene remedio. La cuestión está en mirar las cosas con verdadera filosofía..

Una mujer satisface á cien hombres, y un hombre no satisface á cien mujeres.

En general, el hombre es mas ardiente que la mujer; pero una mujer ardiente es mas ardiente que todos los hombres juntos.

No hay nada mas perjudicial á la humanidad ni mas contrario á la felicidad general que la difusión y posesion de ideas políticas ó filosóficas irrealizables.

Cuanto mas práctico sea un hombre, es mucho mas feliz en la vida.

El individuo que, sin existir la naturalizacion obligatoria, toma parte en las contiendas civiles de un país, que no es el suyo, debe considerársele como un aventurero ó un quidam.

No hay nada mas inmundo que un cementerio, ni mas tonto y vano que los entierros fastuosos: la cremacion, pues, y la modestia se imponen.

No hacen tanto mal los ladrones como los jueces que no los castigan.

Las ideas parecen mejores cuanto mas lejos está el que las ha vertido, ó hace mas tiempo de su muerte.

La inmigracion aumenta los progresos materiales de un país, pero mata los progresos morales.

El aparato terrorífico con que rodean los cirujanos á los preparativos de las operaciones, me hace el mismo efecto que el tenebroso aparato que rodea á las ejecuciones de muerte.

Unos y otros deben suprimirse por amor á la humanidad.

Si no fuera por las guerras, las epidemias y las catástrofes, aumentaría de tal manera la humanidad, que los hombres tendrían que devorarse los unos á los otros.

La patria ha llegado á ser una fórmula que explotan los bribones.

El aumento de poblacion disminuye el trabajo y encarece la vida.

Cada sábio que aparece, lo único que prueba, es que los demás sábios no saben nada.

Es tan perjudicial el aplauso inmerecido como la crítica injusta y exagerada.

Donde los temperamentos ardientes se apasionan, calculan los apáticos.

El que abandona un negocio seguro por otro dudoso, es un tonto ó un loco.

Las influencias son mas decisivas que los buenos antecedentes.

Vale más ser honrado pobre que rico pícaro; pues las riquezas mal adquiridas no hacen feliz al que las posee y se parecen al lujo de la prostitucion.

Quienes son peor en el gobierno, ¿los abogados ó los militares? Difícil es determinarlo; pues unos y otros engendran defectos muy graves, como que unos todo lo resuelven con el sable y los otros todo lo resuelven por el alegato. Gana la batalla el que pega más fuerte y gana el pleito el que amontona mas argumentos.

Acostumbrado el militar á resolver las cuestiones con arreglo á ordenanza, le fastidia la controversia y procede entonces como Alejandro, cortando de un sablazo el *nudo gordiano*, es decir, procediendo arbitrariamente ó dictatorialmente. En cambio el abogado, acostumbrado á interpretar la ley á la luz del interés individual, torciéndola unas veces, y otras, destorciéndola; provocando discusiones siempre, que alargan los asuntos, concruyendo por llevar al gobierno la costumbre involuntaria de interpretar la ley de modo que quede siempre encima de la parte contraria y debajo de la suya. Su arte está confinado entre el juez y el pleito, entre la ley y el asunto. *Aplicar la ley al caso* y convencer al juez de que su interpretación es la valedera, tal es su oficio: *Mala lex, tal lex*.

Pero la política y el foro, son dos cosas muy diferentes. En el foro se atiende al pasado, en el capitolio al presente y porvenir. Tiene éxito en el foro el que muestra razón; en política tiene razón el que muestra éxito.

El efecto de la propaganda de la prensa y los discursos de los oradores políticos, está en proporción directa con la moralidad ó inmoralidad social del país en que actúan. Cuanto más corrompida la sociedad, menos efectos producen.

Cuanto más vive el hombre menos desea morir, y la vida es una ilusión constante llena de realidades desconsoladoras,

La raza latina es mas formas que fondo, y la sajona mas fondo que formas.—*Un inglés.*

La anarquía política de una nación, es producida por la falta de educación política de los ciudadanos ó por la corrupción social.

Cuesta más educar á un hijo y darle carrera, que domar cien potros; y ningún hijo recompensa jamás los beneficios de sus padres.

Para ser criminal ó vicioso, es preciso ser ignorante; pues hasta por egoísmo conviene ser virtuoso.

La pillería se confunde comunmente por la inteligencia, como la hipocresía por la virtud, la falsedad por la bondad, la audacia por el valor, el cinismo por la verdad, la grosería por la franqueza, y la riqueza por el verdadero valimiento.

Quisiera que fuese tan buena y tan perfecta la humanidad, que en lo sucesivo no viniera una sola alma al infierno: que todos fuesen á la gloria.

A los tontos é ignorantes, les cautiva mas una bonita forma de letra que una buena redacción; y les causa mayor admiración un individuo que posee dos ó tres idiomas, que un estadista notable ó un eminente jurisconsulto.

Por regla general,—los médicos y cirujanos aparentan mayor gravedad en los enfermos cuando emprenden su curación ó tratan de hacer operaciones.

Claro! esto dá más bombo y.... más pesos.

Pero tienen una disculpa muy plausible: que todos en la vida hacen lo mismo con sus oficios ó profesiones.

La mujer floja de piernas es peor que el hombre de manos sueltas— *Un ladrón.*

El comerciante cuanto más bruto es y más mezquino, es más comerciante.— *Un despilfarrador.*

El matrimonio como convención social, será una gran cosa, pero ante la naturaleza y la libertad, es un anacronismo.— *Un libertino.*

Antaño los barberos eran charlatanes; ogaño son explotadores.— *Un escamado.*

La moral es una é indivisible: sólo los pillos establecen dualidad entre moral política y social, y moral pública y privada.— *Un filósofo.*

El animal más desgraciado y paciente de la creación, no es el buey: es el maestro de escuela.— *Un hambriento.*

La homeopatía, es para la medicina, lo que el espiritismo para la filosofía: una superchería.— *Un sabio.*

La política y el patriotismo son dos enemigos mortales.— *Un ciudadano.*

La humanidad ha rendido y rendirá siempre homenaje al que está elevado. — Gusta más la adulación que la franqueza — Es más fácil enviciarse que purificarse — *Un decepcionado.*

No hay nada más estúpido en el mundo que la etiqueta, las convenciones sociales y las modas; pues son contra Natura y Libertad. — *Un dandy.*

Los pueblos no serán felices mientras no sean virtuosos. — *Un moralista.*

El español que pudiéndose expresar en su idioma, emplea frases extranjeras que no siempre entiende, como decir *kermesse* á una fiesta, *sportsman* á un jugador y así sucesivamente, si no es tonto es un ignorante. — *Un crítico.*

¿Qué importa una felicitación de año nuevo ó Navidad? — Interés — Y una invitación á casamiento? Especulación. — Y á un entierro? — Vanidad — *Un funcionario público.*

Las felicitaciones de año nuevo y los aguinaldos, las invitaciones á casamiento y á entierro, y las propinas y las empresas inglesas, son mayores calamidades que las plagas de langostas, los empréstitos de los gobiernos y las visitas importunas. — *Un aporreado.*

Nadie se rasca para afuera, todos uñatean para adentro. — *Un comerciante.*

El socialismo, es el ideal de los pobres, como el *turrón* es el ideal de los golosos presupuestívoros y

una buena olla es el ideal de los hambrientos. —
Un atorrante.

El borracho es el ser mas estúpido y degradado de la humanidad.

Su trato es rechazante, prefiriéndose en ese sentido hasta tratar con un ladrón, que puede ser simpático apesar de su infamante vicio.

La borrachera causa miles de víctimas en todas las clases sociales, pero particularmente entre la gente del pueblo, que concluye en todas sus fiestas con el abuso de la bebida.

En el hogar que hay un borracho, la miseria y la desgracia asoman en seguida su horrible cabeza. Es todavía preferible el hogar del jugador, que siquiera tiene sus alternativas de abundancia y de miseria.

Francamente, debía castigarse severamente la borrachera y reglamentarse de una manera seria los despachos de bebidas.

Sería un gran bien social y un preservativo, en el orden moral, como lo es la vacuna en el orden físico. Evitaríanse malos vicios y hasta crímenes.

Nada apetece mas el hombre que la virginidad de la mujer, y nada, sin embargo, es mas difícil de apreciar por el hombre y afirmarlo. La sangre, el desgarramiento y la estrechez que se creen signos inequívocos de la virginidad, son vaguedades: pueden producirse no siendo virgen una mujer y pueden no producirse siendo virgen.

La verdadera prisión de un individuo, mas que en la carcel puede estar en la contrariedad de sus tendencias.

Nada excita el apetito como la abstinencia, trátese de lo que se trate.

Existe la generación espontánea?—No; porque si existiera continuaría produciéndose siempre, ó en caso de haber perdido la tierra su fecundidad, habríamos dejado de existir ó degeneraríamos.

Y de donde surgió el hombre y los demás animales de la creación?—Nadie lo sabe, ni lo sabrá nunca por mas que se hagan mil conjeturas.

Si el duelo es un anacronismo ante la civilización, es más anacronismo concurrir á un duelo y salir ilesos los combatientes.

En la audacia está el secreto de las conspiraciones, y el de las revoluciones en la sorpresa.

Algunos médicos cobran adelantado dando tarjetas en cambio, lo mismo que las antiguas academias de baile dábanle latas á los bailarines.

Los cobardes se envalentonan con los más cobardes, como los humildes se imponen á los más humildes, pues en la humanidad todos desean preponderar.

Nadie como los médicos para tomarse libertades con las mujeres, pues á dos por tres las desnudan y las inspeccionan hasta en su interior. Quién fuera médico!

El genio desbordado causará admiración, pero suele ser una calamidad.

El valor y el talento son las primeras cualidades para llegar el hombre á hacer fortuna.

Todos los países tienen su especialidad en costumbres, en sus productos y hasta en el clima; como todos tienen su idiosincracia propia ó lo que se llama *carácter nacional*—lo que demuestra el poder que tiene el clima y la educación en el transformismo humano.

Hay organismos refractarios á ciertas enfermedades, y otros inmunes.

La mujer quiere más al amante que á su marido, y éste quiere más á la querida que á su mujer; pero á la larga viene el desengaño y el hastio.

Una de las primeras condiciones en la educación de la mujer, es aprender los quehaceres de una casa, pues si no llega á tener necesidad de hacerlos, tendrá la necesidad de mandarlos hacer, y no se sabe mandar bien lo que no se sabe hacer bien.

Luego, eso le servirá de estímulo para mandarlos y le librará de muchos males y vicios, distrayéndose.

Nada prueba mejor el atraso de la medicina, que el progreso de la cirugía.

Si la medicina fuera perfecta, la cirugía no presentaría ningún papel ó casi ninguno, pues se destruirían todas las enfermedades sin necesidad de amputación alguna, ya sea en su germen; ya sea en un estado más avanzado

Pero es mas fácil y se sabe mas en ciertos casos, curar cortando, que curar medicinando.

El sacerdote que desee ser respetado, que sea virtuoso; y el médico bueno, el abogado recto y el político honrado, también merecerán respeto.

Los suicidas serían útiles á la humanidad si mataran á un tirano antes de suicidarse, y se harían populares.

Hay mujeres que se dejan amar por medio del romanticismo (románticas); otras por el materialismo (vulgares); otras por la constancia (pensadoras), y otras por la audacia y precipitación del ataque (atolondradas).

En fin, cada mujer tiene su manera de amar ó de dejarse amar, pero todas se dejan amar á la larga, pues la constancia es el gran recurso del amor. La habilidad del amante consiste en saber preparar su declaración ó aprovechar la oportunidad, influyendo poderosamente la primera impresión, pero sobre todo la constancia y galantería. — *Un conquistador.*

Todos hablan de los médicos, pero ninguno deja de acudir á ellos cuando está enfermo.

Sin embargo, ¿sabeis por qué se llaman? — Pues por la esperanza de curarse, que generalmente queda defraudada.

El suicidio es una monomanía, producida por la debilidad de carácter. La publicidad, le sirve de estímulo.

Hay poetas que no hacen versos, y hay versos que no hacen poetas.

Los puestos públicos ó los negocios, sea cual sea su significación, deben cumplirse ó abandonarse.

Para ceder á lo malo, es mucho más fuerte la mujer que el hombre, é infinitamente más débil para ceder á lo bueno.

Si los grandes hombres fueran juzgados por todos sus actos, serían quizás hombres pequeños.

Las mujeres y sus criados, son los que los conocen perfectamente.

El sacrificio de las familias en los fastuosos entierros y los llamados lutos, como las mogigaterías que acostumbran á usar en esos actos, que no siempre y casi siempre no son el sentimiento del dolor; y los suntuosos regalos que se usan en las saluciones de Año Nuevo y Navidad, son costumbres estúpidas y onerosas, que deben abolirse, pues sólo representan la vanidad, la insensatez y la explotación.

Bastaría un recuerdo cariñoso para demostrar el sentimiento del dolor ó de la amistad.

Son tan poca cosa las diversiones de la vida, que la sociedad se divierte bien poca cosa y no vale la pena vivir para divertirse.

El individuo comilón ó el que sólo piensa en los placeres de la comida ó en otros igualmente mate-

riales, sin preocuparse ni desear los goces morales é intelectuales, no es verdaderamente un hombre: es el intermediario entre el hombre y la bestia.

La administración de un gobierno, es lo mismo que la administración de una casa comercial, y para administrarla bien, lo que se requiere principalmente es criterio, honradéz y economía.

Si todos y cada uno contase lo que cada uno y todos hablan de los demás, la vida sería un puro enredo (como casi lo es), pues la humanidad entera habla de la entera humanidad.

Raro es el hombre que se sátsface con una sola mujer, y hay muchas mujeres que se satisfacen con un sólo hombre.

No hay placer más grande que la compañía de una mujer querida, ni mejores consejeros que esa mujer, nuestros padres y los buenos libros.

Todos los animales de la creación se devoran entre sí, pero ninguno más destructor que el hombre, que se los devora á todos.

Si mezquino es juzgar á los hombres por su riqueza, más mezquino es juzgarlos por su nacionalidad.

Todo lo que toca la humanidad lo corrompe. Religiones, partidos, asociaciones, todas son buenas en sus principios, pero los hombres al hacerlas prácticas las desnaturalizan y las pervierten.

Los genios son los que tienen genialidades.

Los gobiernos, casi siempre confunden el despotismo con el orden; y los pueblos la licencia con la libertad.

El militarismo es la peor gangrena de los pueblos; después son los.... haraganes. — *Un libre pensador.*

Las consultas de los médicos sólo sirven para taparse los unos á los otros; no debían pues llamarse consultas, sino tapaderas.

La verdadera sabiduría estriba en conocerse á sí propio. Antes de juzgar á los demas, juzgaos á vosotros mismos. Criticaos antes de criticar, y seréis tolerantes.

Después de leer de una hojeada rápida, que causóme verdadera admiración, los pensamientos, dichos y hasta las torpezas que estaban escritas en aquel libro, disgustándome sobre manera, las habladurías que contenía contra sacerdotes, militares, médicos y abogados, apostolados y profesiones, que tanto estimo, y que si los he transcripto es solamente para demostrar la diversidad de pareceres y creencias que existen entre los humanos, y, porque, apreciándome de liberal no rechazo para el debate ni las más estúpidas ideas, — continuamos nuestra marcha para el cuarto departamento.

Acá, como en los otros departamentos, son distintos los tormentos en cada sección y variados en todas ellas, pero todos medianamente pasables.

Parecidos, en su mayor parte, á los castigos humanos; sobre todo á los que se dan en algunas cárceles y batallones de línea.

Lo que es horroroso allí, es la temperatura, de un calor tan subido, que no hay nada comparable en el mundo, ni aún el fuego elevado á su grado máximo. Y los condenados tienen que vivir sufriendola!

Ibamos caminando hácia el quinto departamento, cuando allá muy lejos, alcancé á divisar en medio de aquél desierto, algo así como uno de los más pobres pueblos de nuestra campaña.

—¿Qué es aquello? le pregunté á Dante. Parece un pueblito.

—Es verdad, me contestó. En ese pueblo vive aquel hombre honrado, aquél ciudadano patriota de que os hablé que vivía voluntariamente retirado y casi olvidado de sus compatriotas.

—También, le observé á mi interlocutor,—para vivir entre semejantes compatriotas, que el que no es un pillo, es un bribón, preferible es mil veces soterrarse en cualquier parte. Por lo demás, es mucho más honroso merecer el olvido y hasta el ódio de los malos, que sus aplausos y su cariño, pues lo primero significa que es un hombre bueno el odiado y lo último que debe ser tan malo como los que lo aplauden.

—Teneis razón, pues solamente los bribones pueden vivir y ser queridos de los bribones. El hombre honrado es la *bête noir* de los pícaros, y tiene que hacerse antipático, odioso con su prédica moral y austera conducta.

—¿Y qué crimen ó qué delito ha cometido ese hombre?

—Crimen ni delito alguno. Pero ha cometido una cosa peor, ó que se considera peor á lo menos. Ese hombre ha incurrido en un error, en un error político! que aquí como entre vosotros —porque todo es farsa — se condena con más acritud que á todos los vicios juntos. Puede una persona ser muy patriota, muy honrada, muy justa, pero tiene la desgracia de incurrir de buena fé en un hecho contrario al falso patriotismo, á la honradéz men-

tida, que exige decir lo que no se siente y hacer lo que no se debe, y bastó: es suficiente para que todos los falsos patriotas, los honrados de pega, fulminen contra ella todos los rayos y centellas del Olimpo. En cambio, si sois un gran bribón, un vicioso repugnante, pero aparentais patriotismo y honradéz, todos os aplaudirán y os llenarán de mercedes, pues sois el hombre que necesitan.

«Aquí, como en vuestro mundo, las apariencias son el todo; el patriotismo, la virtud, no son nada.»

—Pero ese hombre no habrá persistido en su error? habrá confesado noblemente que se había engañado?

—Sí, ha hecho todo eso con una franqueza que le honra; pero de nada le ha valido. Estaba condenado implacablemente, y condenado quedó y quedará para *eternam vita*.

—Pero mientras cometía ese error—pregunté con insistencia á mi compañero, creyendo que todo eso fuera una exageración,—consumó algún asesinato ese individuo, perpetró algún robo, hizo, por lo menos, alguna de esas acciones que envilecen y degradan á los hombres?

—Quiá! Nada de eso. Su única falta consiste en que creyó de buena fé en el arrepentimiento de un bribón, á quien acompañó al principio de su gobierno, porque supuso que con ello serviría al país ó á su partido, y luego, despues de todos estos sacrificios, fué engañado miserablemente.

—Pero en esa situacion—insistí nuevamente,—aprovechó de su posicion para obtener fortuna, honores ó mercedes?

—Por el contrario, rechazó todo, acreditando su honradez acrisolada, y vióse, por último, espulsado del gobierno por el bribón que lo engañó, irritado por la valiente censura que le hizo nuestro hombre de sus bribonadas y de su perfidia.

—Pues, os confieso ingénuamente, Sr. Dante, que por lo que vos me decís considero á ese individuo un

gran ciudadano, un patriota á toda prueba y un verdadero hombre honrado.

—Y así es, no lo dudeis. Su vida es ejemplar; ha sabido sacrificarse por su patria y por todos los nobles ideales, como ya lo vereis; y está dispuesto siempre á servirla sin aceptar la más mínima recompensa, no obstante las grandes decepciones que ha sufrido. Aceptadlo por vuestro compatriota, os lo suplico, pues el hecho de no haber nacido dos hombres honrados en un mismo país, no implica que no puedan ser compatriotas. Es mas fácil entenderse con un extranjero que tenga nuestros propios sentimientos, que con un connacional que sea un bribón. Las fronteras de la patria, en este caso, son una quimera; los hombres honrados son lo mismo en todas partes, y por consiguiente, no debían tener otros compatriotas que á los hombres honrados.

Llegamos al pueblito. Era un caserío como de cincuenta casas, muy bonitas todas y todo muy limpio.

No había autoridad alguna. Sin embargo, el orden era inalterable. Cuando alguno cometía un crimen ó un delito, se reunia todo el pueblo y lo expulsaban de su seno.

Todos los habitantes se ocupaban de la agricultura y la ganadería, sin frailes ni filósofos que los sermonearan, ni médicos que los mataran, ni boticarios que los envenenaran. No había mas comercio que un almacén, administrado por ellos mismos, que á la vez era tienda, ferretería y todos los negocios reunidos. Allí se fiaba á todo el mundo, y los artículos se expendían sin adulteraciones ni especulaciones ilícitas, cobrándose escrupulosamente al recogerse las cosechas, destinándose las ganancias para los pobres del pueblo.

Así vivían aquellos seres, tranquilos y felices. Ellos se encargaban de la limpieza del pueblo, sin municipalidades que les cobraran impuestos; resolvían sus



TODOS LOS HABITANTES SE OCUPABAN DE LA AGRICULTURA....

cuestiones, sin necesidad de jueces que cometiesen cohechos, y se lo hacían todo, bastándose á sí mismo, sin que los preocupara la política, ni negocios que les trajesen ruinas, y sin vicios que los enfermaran ó los hiciesen desgraciados. Y entre todos, nuestro hombre, el patriota de que me habia hablado Dante, descolando por su bondad, por su honradez, por su buen criterio en dirimir todas las cuestiones, mimado por todos y de todos querido.

Los códigos ó leyes, estaban refundidos en unos cuantos versículos que se exhibían en la plaza del pueblo, en un gran tablero, á guisa de máximas ó sentencias.

Para soláz y conocimiento de nuestros lectores, los transcribimos aquí:

No queremos cementerios
De inmundicias mal rellenos.

—

Ni grandes agrupaciones
Que produzcan muchos pobres.

—

Ni cárceles, ni hospitales
Ni basuras animales.

—

Todo en el pueblo es limpieza
Y en la atmósfera pureza.

—

No tenemos prostitutas
Ni mujeres disolutas.

—

Por lo tanto no hay rufianes
Ni súcias enfermedades.

—

Tampoco existen cabrones
Ni hombres que carguen *pilones*.

—

La vanidad y la soberbia
No viven en esta tierra.

—

Borrachos y jugadores
No hay ni en los alrededores.

El lujo es aquí mirado
Con desprecio soberano.

—

No hay avaros ni usureros
Ni hipócritas ó pendencieros.

—

Y sobran los militares
Y los.... tipos haraganes.

—

Nos dan grima los curiales
Y las artes liberales.

—

Y en vez de escribanos, gatos
Preferimos, sin zapatos.

—

Y á ingenieros y escritores
Preferimos los temblores.

—

Por eso en este lugar
Marcha todo regular.

—

Todos por uno, decimos,
Y uno por todos seguimos.

—

Nadie á ninguno hace mal
En su honor ó en su caudal.

—

No hay pleitos ni enfermedades
Ni chismografías sociales.

—

Ni duelos, ni calabazas,
Ni desaires, ni asechanzas.

Al que asesina se mata
Y al que roba se le espatria.

—

Esta es nuestra libertad ;
Igualdad y fraternidad.

*
* *

Nos presentamos en la casa de nuestro hombre, que era exactamente igual á las demás del pueblo, recibiéndonos con la mayor franqueza y amabilidad. un Después de un cambio de cumplidos, que nunca son inconveniente, aun tratandose de gente liberal; nos dijo estas palabras con el tono más afable del mundo:

—Yo soy feliz acá ; completamente feliz. Decepcionado de la política y de la sociedad y comprendiendo que se vive más tranquilo en la medianía de las posiciones modestas que en las turbulencias de las grandes posiciones, me retiré del gran mundo y fundé este pueblito á mi modo de ser y de pensar, dándole leyes y costumbres como desearía, si fuera posible, que rigiesen en todo el Infierno. He constituido, á mi modo de ver, la verdadera democracia; pues aquí todos somos iguales, todos tenemos las mismas gerarquías y comodidades, los mismos deberes y los mismos derechos. El pueblo se basta á sí mismo, es nuestra divisa. Y como no hay puestos públicos ni clases sociales, no hay ambiciones; como todos nos debemos protección y tenemos el derecho de exigirla de la comunidad, no hay desgraciados; tampoco hay criminales, ni viciosos, ni avaros, ni envidiosos, pues á la más pequeña falta, es espulsado el delincuente, quedando su familia, si la tiene, bajo la protección del pueblo. Aquí se respeta el hogar, se estima la amistad, y todos marchamos de perfecto acuerdo ; y

como las necesidades son pocas, nos basta y sobra nuestra pequeña hacienda; nos recreamos en diversiones honestas y no tenemos preocupaciones de ninguna especie.

—Verdaderamente, dije á nuestro huesped; podeis vanagloriaros de haber resuelto el árduo problema de la democracia, que tantos sacrificios y afanes cuesta entre nosotros, sin poder jamás conseguirlo. Pero creo, en conciencia, que sería más que difícil, imposible, ponerlo en práctica en todo el mundo, pues no todos han de vivir de la agricultura y de la ganadería, ni es lo mismo conseguir que se entiendan cien ó doscientos individuos, que cien ó doscientos millones.

—Convengo que no sería fácil realizar en todo el infierno lo que yo he hecho en este apartado rincón para mi uso particular; pero no admito que sea imposible: sinó una cosa exactamente igual, algo muy parecido, por lo menos. Para qué quereis, vosotros, autoridades, decidme, que en vez de conducirnos por la senda del deber y de la moral; de resolver vuestras cuestiones justicieramente, de atender vuestras necesidades, os corrompen, dándoos ejemplos de inmoralidad, os hacen vivir eternamente embrollados y os explotan vuestras haciendas? Para qué creáis exigencias sociales, ni inventais placeres dispendiosos, que solo os sirven para haceros más difícil y corta la vida, creándoos necesidades imposibles ó difíciles de llenar, y arrojándoos muchas veces al vicio ó al crimen para satisfacerlos? Suprimid todo eso, reglamentad vuestros trabajos ó industrias, daos un régimen de gobierno de todos para uno y de uno para todos; suprimid castas y gerarquías sociales; castigad á los criminales y viciosos con la justicia popular; protejeos los unos á los otros, remediándoos en vuestras necesidades; bastaos así mismo, en una palabra, y vereis entonces como es posible, como es muy fácil hacer la democracia, como yo la he hecho; como debe ser.

—Sí, está muy bien. Será todo lo bueno y bello

que queráis. Pero opino que no pasan de teorías vuestras ideas. Sería una democracia ideal lo que quereis; mas ideal aún que la ideada por Platón,— allá, para su época, pues hoy la ciencia política, ha instituido principios que son más liberales que los proclamados por el filósofo griego, que dividía á los habitantes de cada república en ciudadanos y esclavos, y colocaba á la mujer en condiciones más inferiores que el hombre, poniéndola como intermediaria entre éste y la bestia. Y eso no es posible realizarlo con la humanidad.

—No creais, me replicó; sera difícil, pero no imposible el ejecutarlo. La cuestión sería que tuvieseis carácter y sentido común.

—Qué quereis; yo creo que todos los extremos son imposibles entre nosotros; que lo sensato, lo verdadero, es el término medio; pues considerando que en lo humano todo es relativo, que tenemos pasiones que no podemos dominar, y defectos que no es posible prescindir de ellos, lo práctico, lo que haría feliz relativamente á la humanidad, sería un sistema de gobierno, que ni fuera el nuestro lleno de inconvenientes, pero que tampoco fuera el vuestro, que es demasiado ideal para ser humano, tomándose lo bueno realizable de los dos y rechazando lo malo. No obstante pensar así, desearía, si no tenéis inconveniente, me dijerais cómo haríais vos para realizar vuestro proyecto?

—¿Cómo? Educando las masas populares á fin de prepararlas convenientemente para recibir mi sistema de gobierno, pues ya sabeis que sin estar preparado el pueblo, de nada sirve que se implanten las mejores ideas. No conociéndolas, no pudiéndolas apreciar debidamente, las rechazaría tumultuariamente.

—Sí, perfectamente. Pero, ¿cómo educaríais á las masas populares?

—Excitaría y estimularía á las madres de familia, que son la piedra angular, el cimiento del edificio social, mientras no las separeis del hogar, — cuyo

cuidado es la verdadera y única misión de la mujer; las escitaría y estimularía para que educasen sus hijos desde pequeñuelos dentro de la moral y el deber, formando caracteres honrados, en vez de educarlos, como hacen hoy, que los crían voluntariosos y los preparan para el lujo, la vanidad y los placeres; establecería un sistema de educación é instrucción en las escuelas y colegios, que secundaran los propósitos del hogar, propendiendo siempre á la formación de caracteres hasta con preferencia, si fuera necesario, al desarrollo del talento y la ilustración, — un sistema que no se concretara solamente á enseñar, que educara y enseñara á la vez; y propendería, por último, valiéndome de todos los medios de propaganda para penetrar á la sociedad, de demostrarle el deber en que estaba de coadyuvar con su esfuerzo, para que no se defraudase la educación formada en el hogar y sazónada en la escuela. Obtenido esto, que es posible, pues está en lo humano ó infiernino, iría paulatinamente cambiando los sistemas de gobierno hasta llegar al verdadero gobierno popular, en el cual sea el pueblo, por sí mismo, quien delibere sus asuntos, los resuelva y ejecute.

—Pero eso último ya está instituido en las repúblicas, observéle á mi interlocutor. Es un principio proclamado por todas las constituciones republicanas, y la base en que descansa nuestro sistema democrático y aún el monárquico constitucional, en contraposición de las monarquías absolutas, que es el rey ó emperador quien delibera por sí y ante sí, resuelve y ejecuta.

—Perdón, no confundamos. Lo que está instituido, lo que proclaman las constituciones republicanas, es precisamente lo contrario de lo que sostengo. Yo quiero que sea el pueblo, por sí y ante sí, quien delibere, resuelva y ejecute, y lo instituido, lo proclamado por esas constituciones, es que el pueblo no delibera por sí, sinó por medio de sus representantes; lo que en la práctica dá un resultado pésimo, primero:

porque nunca son genuinamente representantes del pueblo, ni lo podrán ser jamás por más sistemas que se implanten y libertades que se prometan, pues cuando no sea la coacción oficial, será la coacción de los caudillos ó de la corrupción ó de la ignorancia, la que prevalezca en el sufragio; segundo: por que si fuera posible evitar toda coacción, aún así, sería imposible que los representantes supieran siempre y quisieran lo que saben y quieren los pueblos, pues tendrían que ser todos incorruptibles, tener nociones claras y precisas de la vida pública y poseer gran preparación para el gobierno, lo que es muy difícil encontrar reunido en la mayor parte de los estadistas y políticos; y tercero: porque cuestan muy caro al pueblo esos señores representantes, que constituyen los gobiernos generales.

—Y, decidme, le pregunté á mi interpelante, asombrado de sus teorías y dudando entre tomarlo por un sábio ó un loco; decidme, ¿no habeis intentado nunca durante vuestra permanencia en la vida pública del Infierno, poner en práctica vuestras ideas?

—Si, lo he intentado una vez; pero como el pueblo no estaba preparado para recibir la reforma, no tuvo el éxito que me esperaba. Entonces hice lo que os he aconsejado: ir paulatinamente produciendo la evolución, educando al pueblo y cambiando los sistemas de gobierno.

—¿Y conseguistes vuestro objeto?

—Algo conseguí; pero á lo mejor, cuando más ilusiones tenía del éxito, tuve la desgracia de cometer un error político y me espulsaron del gobierno mis compatriotas, inspirándose en sus malas pasiones y en sus vicios repugnantes, que les hace mirar las cosas bajo un punto de vista muy diferente á lo que aconseja la razón y los intereses generales del país.

—¿Seríais tan amable, que quisiérais contarme lo que hicisteis en pro de vuestra idea?

—Con tanto gusto. No sé si sabeis que antes el

Infierno era gobernado por un rey absoluto. La voluntad y los caprichos de Satanás eran las leyes y costumbres que imperaban en todo el país. Yo miné poco á poco su omnímodo poder, haciendo una propaganda incansable para que se arrojara la monarquía y constituyésemos la república; consiguiendo al fin mi objeto por medio de una revolución popular, que dió por tierra con aquel gobierno. Triunfante la revolución y como no se había fijado de una manera precisa cual sería el sistema de república que estableceríamos, esto fué el primer problema que se puso en el tapete de la discusión. Yo opinaba que adoptásemos el sistema unitario, aleccionado del mal resultado que en vuestro mundo ha dado en algunas repúblicas el sistema federal, y porque es también más sencillo y mucho más económico. Y aprovechando esa misma experiencia, decía que el Presidente fuera nombrado por veinte años y por diez las Cámaras, pues así evitaba las elecciones continuas y adormecía las ambiciones, que tantos males os traen á vosotros, despertando al mismo tiempo el interés electoral de los ciudadanos, que el tanto batallar amortigua y le daba tiempo al gobierno para desarrollar sus planes administrativos y lo imposibilitaba para pensar en el sucesor que le conservara el poder; quería que el Estado no tuviera religión, que es la manera verdadera de dar libertad de cultos y que cada religión se sostenga por los que la profesan, sin gravar á los unos las creencias de los otros; proponía las elecciones por medio de plebiscitos, que considero el medio más legal para que los ciudadanos voten con libertad y conciencia; proclamaba el derecho de revolución en los casos supremos, fundado en el principio de derecho natural sobre propia conservación; prohibía terminantemente que los gobernantes realizaran empréstitos que solo sirven para empeñar á la nación y escamoteárselos, ó que fundaran bancos ó cualquier otra clase de empresas que no fueran de indispensable necesidad para la buena administración

ó percepción de las rentas fiscales, proscribiendo absolutamente el papel moneda inconvertible ó de curso forzoso, que con sus oscilaciones del agio produce el desequilibrio financiero y económico de los gobiernos, comercio y habitantes del país; establecía primas para los agricultores, ganaderos é industriales que sobresalieran en sus productos, y establecía el puerto franco y los impuestos directos, fijando un límite al máximun de lo que debía pagar cada individuo y la fortuna particular, ordenando que los presupuestos tuvieran siempre superavits, que servirían de grandes recursos para atender las crisis; prescribía que todos los puestos públicos elevados fueran honoríficos; que la justicia se hiciera por jurados de diablos buenos, debiéndose terminar los asuntos, fueran civiles ó criminales, antes del año de su iniciación; establecía la responsabilidad de todos los funcionarios de primera categoría, siendo el pueblo quien los juzgara en última instancia, absolviéndolos ó condenándolos; y sobre todas estas cosas, reglamentaba las costumbres, prohibiendo el juego, el lujo y todos los vicios que hacen desgraciada y envilecen á nuestra sociedad; organizaba á las escuelas públicas, en las condiciones que ya os he hablado para preparar la verdadera democracia, y, por último, instituía otros tantos principios proclamados ya en vuestras constituciones republicanas, como ser, en primera línea, la libertad individual, que es la primera de las libertades, y la de la prensa y la de reunión, estableciendo la descentralización de las rentas municipales departamentales y la supresión de costas judiciales, dándole á todos estos derechos y libertades, el justo límite para que no degenerasen en abuso y en licencia. Finalmente, proponía esta innovación fundamental, esta gran innovación: que la misión del Estado no debía ser solamente política; que fuera también social. Protegerá á los ciudadanos en sus libertades, decía, y en sus necesidades, para lo cual destinará la suma necesaria de las rentas que crée para su sostén, ó

estableciendo impuestos especiales sobre la fortuna, no solamente para el mantenimiento de hospitales y asilos para los enfermos pobres y para los inútiles, que debe costearlos el gobierno, sino también para fundar casas en que habitaran gratuitamente los jornaleros sin trabajo y pobres, costeándoles la manutención hasta que se les pudiera emplear, ya fuera en las oficinas del Estado, ya fuera en los trabajos que se produjeran en la república, ó creando una gran caja de ahorros, cuyo destino sirviera para socorrer á los obreros sin trabajo y á los desgraciados, desterrando á los vagos ó revoltosos en el orden social, anárquicos ó comunistas. Fijaba las tarifas de los jornales y establecía el precio de los consumos de primera necesidad, como reglamentaba y vigilaba, prohibiendolo castigando, todo lo que importara un abuso ó una explotación al pueblo.

—Hermosas teorías. ¿Y conseguisteis vuestro objeto?

—Qué esperanza! Las ambiciones de los caudillos en las provincias y el entusiasmo estúpido de los pueblos por la nueva idea, que bastaba que fuese nueva para que todos la proclamasen, queriendo cada ciudadano una república para su uso particular, y por otra parte, la picardía ó estupidez de la mayor parte de los políticos, que siempre buscan el éxito ó las mayorías para formar opinión, hizo zozobrar mis ideas y se adoptó el sistema federal, como más fácil de contentar á todos, proclamándose el principio de autonomía de todas las provincias, dándoles cámaras y gobernadores, sin más restricción que el derecho de intervenir el gobierno nacional en ciertos y determinados casos; se fijaron seis años únicamente para la duración del Presidente de la República y demás autoridades nacionales, y tres para los gobernadores y cámaras provinciales, pues querían satisfacer las ambiciones de todos, reservándose constantemente los puestos públicos; y aceptaron además todas las libertades que proclaman por ahí todas las constituciones republicanas.

—¿Y qué más queriais? El sistema federal, es el mejor de los sistemas republicanos, pues es esencialmente descentralizador y distributivo en las libertades, derechos y rentas de cada provincia ó estado.

—Parece ser; lo es efectivamente en teoría; pero yo más que teórico soy práctico; prefiero las leyes malas que se cumplen, ó las relativamente buenas que se pueden cumplir, á las hermosas leyes que se violan ó que tienen forzosamente que violarse, porque no son compatibles con los defectos y pasiones de los diablos. Y eso es lo que ha sucedido, lo que tenía que suceder con el sistema federal. Al principio, como todas las cosas que se toman con entusiasmo, marchó regularmente bien la república; las provincias nombraban bien ó mal sus autoridades y el gobierno nacional permitía la libertad electoral, daba garantías en todo el país y administraba las rentas públicas con relativa honradez; pero poco á poco fueron apareciendo las ambiciones insanas, insensiblemente se fué violando el voto libre y las rentas fiscales no se administraban con la honradez anterior. Los gobiernos de provincia fueron los primeros en violar la constitución y las leyes y el gobierno nacional concluyó por violarlas del todo, destituyendo y nombrando gobernadores por su cuenta y orden y apropiándose toda la suma del poder general, gobernando tanto ó más absolutamente que Satanás, y sin sus responsabilidades, pues aquél ejercía solo el poder y ahora el Presidente aparentaba compartirlo con el Congreso y los gobernadores de Provincias; y al pueblo le salía más caro el nuevo sistema, y las finanzas se embrollaban cada día más y todo estaba en desorden y miseria.....

—Pero, ¿los ciudadanos no hacían nada? ¿No intentaban derrocar al gobierno? ¿No protestaron siquiera contra sus actos inicuos?

—Sí, intentaron varias revoluciones, pero fueron completamente derrotados, pues el gobierno violando los principios democráticos y so pretexto de futuras

guerras nacionales y de vigilancia en las fronteras, había formado un numeroso ejército de línea con mercenarios y criminales, que nadie podía con él; intentaron después conspirar y como todas las conspiraciones eran descubiertas por los innumerables espías que tenía la policía, fueron encarcelados ó desterrados y por último, intentando protestar por la prensa se les hizo callar persiguiendo á los periodistas, amordazando la libertad del pensamiento.

—Y vos, ¿qué hacíais, intertanto?

—Yo hice lo que debía hacer. Había esperado aquel momento supremo, pues mi experiencia me ha enseñado siempre que todas las cosas ficticias, que no se amoldan á las costumbres y á las pasiones de los pueblos, no son duraderas; tienen que derrumbarse más tarde ó más temprano por la lógica destructora de los hechos. Llegada esta oportunidad, después de haber acompañado al pueblo en todas sus desgracias, demostré que la culpa de todo estaba en el sistema federal, que era una utopia y que si queríamos la tranquilidad del país y su felicidad futura adoptásemos el sistema unitario en la forma que lo había propuesto al constituirse la república; agregándole los siguientes principios, que lo perfeccionaban y, al mismo tiempo, preparaba el terreno para traer más tarde la verdadera democracia:

1º. la proscripción absoluta de la formación de ejército de línea, creando en su reemplazo, como institución verdaderamente democrática, la guardia nacional; 2º. la naturalización amplia de todos los extranjeros ó almas que nos vienen de vuestro mundo, pues con este elemento y la guardia nacional, constituíamos una oposición formidable contra los malos gobiernos, borrábamos de nuestro diccionario la chocante palabra «extrangero», que no debe existir en el Universo, que es la patria de todos y purificábamos esas almas si conseguíamos purificarnos nosotros, pues así como se corrompieron en la atmósfera viciosa que habían respirado en la Tierra se

moralizarían ahora, respirande el puro ambiente del Infierno; 3°. creación de escuelas donde se educara á la juventud al cumplimiento más estricto del deber, pues reflejándose en el gobierno la moral ó la corrupción social, y no habiendo mas que una sola moral, llámese pública ó privada, creí y creo necesario, ante todo, moralizar la sociedad para pensar en poseer buenos gobiernos, debiendo elejirse siempre para ocupar los puestos públicos á los hombres más virtuosos en su vida privada, — y escuelas agrónomas para hacer agricultores, y de artes y oficios para formar artesanos del país, suprimiendo los colegios de estudios superiores pagados por el Estado; y 4°. instituía la dictadura por un año, prorogable hasta dos para los momentos difíciles de la patria, ocasionados por guerras exteriores, grandes crisis ó epidemias, nombrándose al dictador en un plesbicio, — pues los pueblos como los individuos cuando se enferman gravemente, necesitan remedios enérgicos para su curación: con los paliativos, van á la sepultura.

—¿Y fué aceptado vuestro proyecto?

—Lo fué el sistema, pues hoy rige en el Infierno la república unitaria, pero se aceptó sin guardia nacional, ó al menos sin la prohibición expresa de no crear ejército de línea, ni la naturalización de los extranjeros: sin la creación de las escuelas como yo las quería, sin la separación de la Iglesia del Estado, y, por último, disminuyendo á cuatro años la permanencia del Presidente de la República y las Cámaras, lo que ha dado lugar á que las ambiciones se despierten más desafortadamente por la constante renovación de los poderes públicos y que el espíritu del ciudadano honesto se adormezca casi por completo, fatigado de concurrir todos los días á las elecciones y porque se ejerce peor que antes el dominio brutal de la coacción oficial y del militarismo prepotente.

—Y sobre las escuelas, ¿qué se proveyó?

—Nada absolutamente, dejándose para después crear el sistema de educación que mejor conviniera;

adoptandose últimamente el peor de todos; pero que, como lo teneis vosotros, y aquí se os imita en todo, sin darse cuenta que somos completamente antagónicos por raza, costumbres y hasta por el clima, no hubo mas que hacer que adoptarlo, y se adoptó incontinenti.

—¿Y cuál es ese sistema tan malo?

—El que vosotros llamais allá en la Tierra «Sistema Charamusca.»

—Já! já! El mismo que nosotros imitamos de Norte América, pues también en mi patria tienen la monomanía de imitar todo lo que hacen los norte-americanos, sin fijarse, como vosotros, que somos también de raza antagónica, tenemos diferentes costumbres y hasta pasiones y temperamento distinto; pero ese es un defecto de la humanidad en general, pues siempre tratan los hombres de imitar á los que están ó creen que están más arriba que ellos por cualquier circunstancia.

—Es un sistema infame, mi querido amigo, ese sistema Charamusca. Los muchachos parecen papagayos; y como quieren enseñarles tantas cosas á la vez, que muchas veces ni las conocen los mismos que se las enseñan, resulta que no aprenden ninguna, concluyendo por formar pretensiosos ridiculos, en vez de hacer ciudadanos útiles. Así tenemos que hoy, en el Infierno, todo el mundo parece sabio, y, sin embargo, nadie sabe nada, todos proclaman moral y ninguno la practica y todos hablan del trabajo y pocos son los que quieren trabajar. Y los hijos se abochornan del origen humilde de sus padres, y no quieren dedicarse á trabajar honestamente, ni casarse con sus iguales, y todo está subvertido, y no hay honradez, ni carácter, ni patriotismo: lógica consecuencia de una educación perniciosa y desordenada.

Dante, que no había desplegado sus labios durante este diálogo, pidió permiso para emitir su opinión, el cual, no hay para que decir, le fué acordado inmediatamente.

—Todas vuestras teorías son muy buenas, dijo el poeta sentenciosamente. No hay teoría mala. Pero el problema no está en vuestros sistemas de gobierno, que todos son buenos, desde la monarquía absoluta hasta el socialismo; no, el problema está en vosotros, que todos sois malos, diablos y hombres; malditos de Dios los primeros, porque según la leyenda, descendéis de aquel perverso que se reveló contra el poder supremo por satisfacer su infame soberbia, y malditos de Dios los segundos por descender de aquel vicioso que faltó á su palabra empeñada por satisfacer sus lujuriosas pasiones.—Continuad, pues, agregó Dante, revolviéndoos dentro de los tizones del Infierno y entre los vicios de la humanidad. Sois una manada de lobos que os devorais los unos á los otros en política, en los negocios, en sociedad, y hasta en familia Eternamente tendreis malos gobiernos; jamás os contentareis ni satisfareis vuestras pasiones. Nunca os entenderéis ni lograreis enmendaros. Malditos sois y malditos sereis por los siglos de los siglos de la eternidad.

El diablo honrado no dijo una sola palabra á la terrible arenga del poeta florentino y á mí me pareció prudente no irritarlo, haciendo para mí, sin embargo, esta reflexión.

—Cáspita! Si Dante tuviera que reformar á la humanidad empezaría por destruir á la misma humanidad!

Después de un rato de silencio embarazoso para todos, nos despedimos de aquel buen diablo, continuando nuestro viaje hacia el quinto y último departamento del Infierno, que era el más grande de todos, y como no hay regla sin excepción, aún entre los diablos, este departamento consta de una sola sección.

XI

El clima aquí, á la inversa del cuarto departamento, era de un frío glacial: todo estaba completamente helado, caía hielo de una manera fenomenal.

—Acá están las masas populares, díjome Dante con aire despreciativo.

—Y ¿qué es lo que han hecho? pregunté sorprendido. ¿Por qué están aquí?

—Por zonzos, me contestó el poeta con el mismo aire de desprecio.

—No comprendo, le observé.

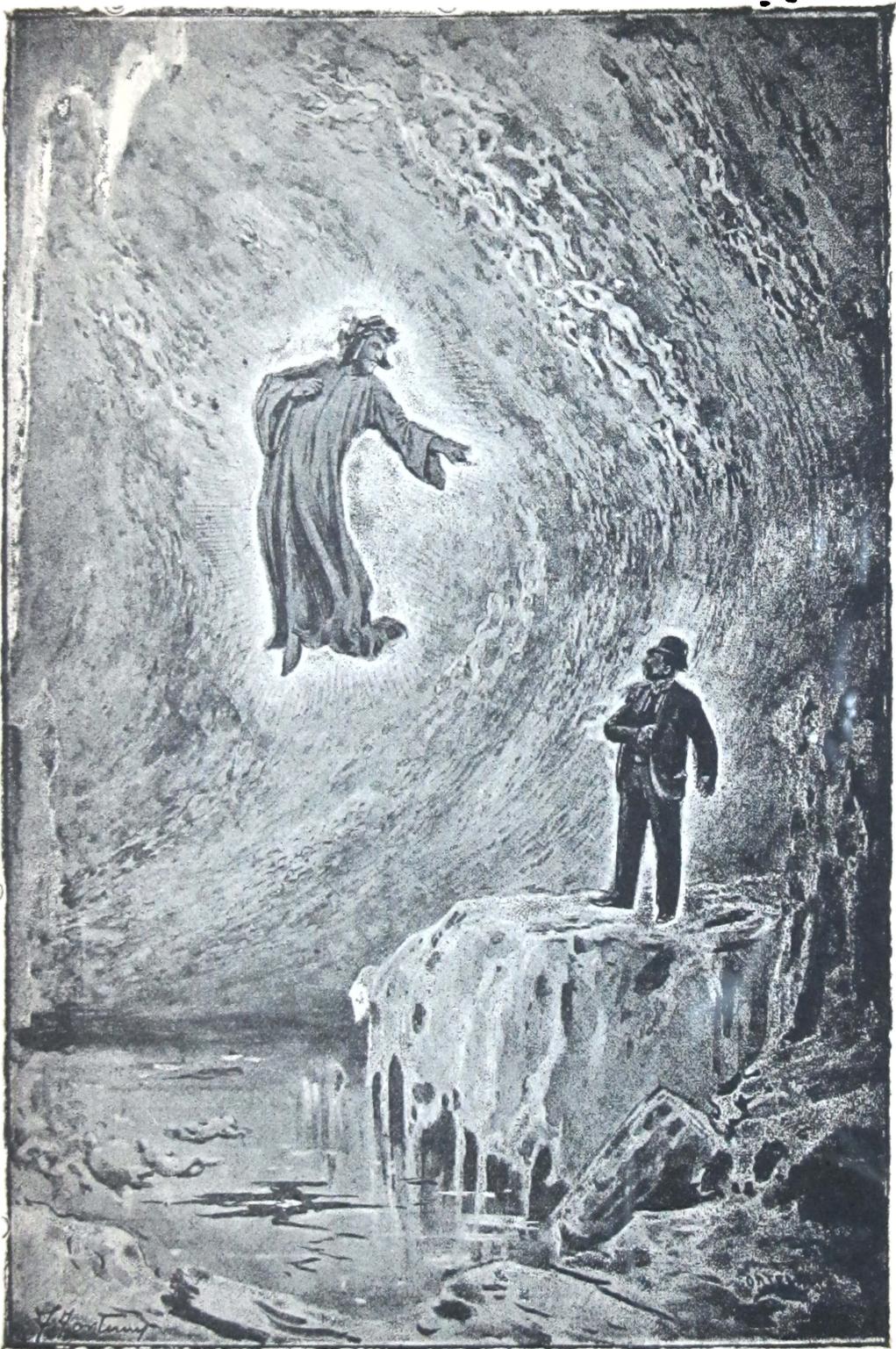
—Pues es muy sencillo: las masas populares han sido siempre inconscientes, idiotas en la más genuina acepción de la palabra: con la misma facilidad aplauden ó censuran un mismo hecho, sin darse cuenta ni meditar si lo que aplauden ó censuran merece elogio ó crítica, dejándose explotar toda la vida por los malos políticos, escritores y oradores sin conciencia, religiosos hipócritas y comerciantes especuladores.

—Pero entonces, Sr. Dante, merecerían ser premiados en vez de sufrir castigos: pues son víctimas de todos.

—Sí; pero víctimas inconscientes, estúpidas. Por eso son castigados.

Miré al sitio de los condenados, y como solo viera una masa entre líquida y sólida, que como por música y convertida en hilos delgados y muy largos, exactamente igual á los fideos *macarroni*, subían y bajaban acompasadamente, exclamé admirado: Pero esto ¿qué es, que así se mueve y se comprime?

—Esos hilos que veis son las almas de esos pobres diablos, que obran separadamente y la masa ó el



— ADIOS, MISERABLE CRIATURA HUMANA,

conjunto, son las almas de todos procediendo en muchedumbre. Las únicas penas que soportan consisten en no poderse quejar y sufrir una languidez infinita, y por mas hambre y sed que los devore no pueden tomar una gota de agua de las cristalinas fuentes que corren á su frente, ni servirse una migaja de comida de los esquisitos manjares que los rodean.

Dirigí mi vista nuevamente y, en efecto, ví todo aquello que decía el poeta, y distinguí también á las almas en aquellos hilos que me habían parecido fideos, pero que ahora veía hombres y mujeres muy delgados, absolutamente delgados, en un estado de liquidación completa de carne y huesos.

—Pobres infelices, dije, dándoles vuelta la espalda.

Y agregué, dirigiendome al poeta:

—Ahora, mi querido amigo, espero me conduzcáis al cielo.

—¿Y para qué?.... me observó. Ya os he dicho que allí no están vuestros contemporáneos....

—Mentís! dije indignado. Protesto contra esa afirmación absoluta.

—Já, já, já! Qué inocente pretendéis haceros. Pero es en valde; conmigo no se puede: leo en vuestro pensamiento mejor que muchos en un libro abierto. Já, já, já! Me ha hecho gracia vuestra indignación.

Y remontando el vuelo á las regiones ignotas del infinito, rodeado de una aureola luminosa:—Adios, gritó, miserable criatura humana; anda, vete, barro inmundo, y dile á los vuestros que están todos en el cielo gozando de sus virtudes y de sus méritos.

Já, já, já!
.



XII

Y si como esa risa sarcástica que quedó perenne en mis oídos, causándome daño, hubiera sido una señal convenida, me desperté en el mismo momento y arrojéme del lecho en un estado horrible de excitación nerviosa.

Tenía el cuerpo deshecho y me dolía la cabeza espantosamente; no pudiéndome dar cuenta cabal si todavía soñaba ó estaba despierto, si vivía ó había muerto. No obstante, me vestí y salí á la calle maquinalmente.

Daban las cuatro de la mañana en ese instante. El ruido de la diana que tocaban en un cuartel inmediato, el rodar de los primeros vehículos que salían á la faena del día, y el paso precipitado y sonoro de los jornaleros que iban á luchar por las necesidades de la vida; el aire fresco que respiraba; la luz, los edificios en fin y todo lo que caracteriza el aspecto y movimiento de esta gran ciudad á la hora mencionada, dióme la realidad de la vida, comprendiendo entonces que todo lo que había visto, ó creía haber visto y oído no pasaba de un sueño, de una pesadilla más ó menos mala.

Pero debo confesarlo con franqueza, en ese momento sentí un disgusto inmenso, hubiera preferido no haber soñado, haber visto y oído lo que creí haber oído y visto en sueños, ó no haber visto ni oído nada, en una palabra: hasta hubiera deseado haber muerto, no vivir mas en esta vida miserable, donde hay tantos vicios y viciosos; que mi cadáver, envuelto en pobre sudario y encerrado en una modesta caja de pino, estuviera enterrado en el osario ó en una sepultura sin nombre, y que nadie, ni los míos, hubiesen

acompañado mi féretro. Y pasando de este orden de ideas á otras y otras del mismo sentimentalismo, y sin darme exacta cuenta de mi estado psicológico, comenzó á aletargarse mi espíritu insensiblemente, hasta quedar en un estado *sui generis*, que no era ni dormido ni despierto, aunque á la vez participaba de las dos cosas; convirtiéndose luego todo mi ser, mi yo, en lo que antiguamente se llamaba *éxtasis*, pero en un éxtasis delicioso, como el de los turcos cuando beben hatchis ó el de los chinos cuando fuman opio.

*
* *

En ese estado, mi imaginación empezó á vagar por los espacios infinitos, remontándose hasta la gran mansión celestial.

¡Qué placer tan inmenso experimenté al encontrarme transportado á aquel sitio encantador!

¡Qué dicha inefable embargó todo mi ser, al sentir los efluvios deliciosos de aquellas regiones!

En el trayecto que recorrí hasta llegar al solio del Divino Hacedor; ¡cuántas cosas admirables presencié!

Ante mí vista asombrada, pasaron globos inmensos, girando sobre sí mismos en rápido torbellino, lanzados á una velocidad inconcebible en los desiertos del vacío, imitando á balas gigantes que una fuerza poderosa hubiera arrojado al infinito.

Eran la infinidad de soles que pueblan el Universo y los millares de planetas que giran alrededor de esos soles y los millones de satélites que giran alrededor de esos planetas.

Y todos esos astros, bajo la acción irresistible de fuerzas colosales que le imprimen las imponderables leyes de la creación, recorrían distancias inconmensurables, en movimientos varicos, sin pararse ni desviarse, siguiendo escrupulosamente una ruta fija, trazada por esas mismas fuerzas.

Y en mi viaje vertiginoso, recorriendo con la velocidad del pensamiento distancias indecibles, fui cruzando planeta por planeta de los que giran alrededor de nuestro sol; pasé luego por éste internándome en el espacio; me aproximé á otros soles de los de primera y sucesivas magnitudes, viendo en mi desmesurada marcha por los mundos siderales, las constelaciones de uno y otro polo y todas las nebulosas formadas por millones de estrellas, proclamadas hoy por la ciencia astronómica debido á la fuerte potencia de los grandes telescopios. Después me interné más hácia el infinito y sucesivamente, lo que me parecían ahora nebulosas ó simplemente una lluvia de polvos dorados, encontrábame luego que eran millares de estrellas, que más tarde convertíanse en soles de proporciones gradualmente enormísimas, y á cuyo alrededor giraban rodeados de brillantes atmósferas, millares de mundos en distintas y caprichosas formas, circulares ó elípticas, pero obedeciendo todos á leyes precisas é inmutables.

Y en este orden seguí encontrando nebulosas y soles y mundos en una cantidad incalculable, fabulosa, no obstante estar separados unos de otros por millones de millones de leguas.

¡Qué pequeños me pareció en aquel momento que éramos nosotros, y hasta nuestro mundo, que es de los más insignificantes entre los que, por sin fin, pueblan el universo! Aquí, me dije, en esta grandiosidad es donde debían impregnar su pluma nuestros grandes escritores y filósofos; y beber su inspiración en estas bellezas, nuestros poetas y artistas eminentes!

Ví también sistemas planetarios con soles dobles y triples, y soles de luz blanca y rosada, azul y roja, verde y anaranjada, reflejando esos colores múltiples en los mundos que iluminaban. Ví la mutación de la noche y el día en todos los astros y el cambio de las estaciones: admiré las auroras matinales y los vespertinos crepúsculos del universo en-

tero; presencié la fabricación del viento en las altas regiones del aire y la del rayo en los grandes depósitos de electricidad que forman y guardan las atmósferas de todos los mundos. Descubrí los fenómenos de la luz, del calor y del sonido y pude darme exacta cuenta de las leyes del movimiento y gravitación que rige la marcha de todos los astros, gobernados por la atracción solar; ví y sentí el poder colosal de la fuerza que impulsa y hace girar á todos los habitantes del universo; presencié en medio de horribles estruendos y ebullición espantosa la formación, desarrollo y muerte de miles de soles y de mundos; me extasié ante la vista espléndida de lunas de diferentes colores, pálidas y brillantes, y otras frías completamente, yertas, sin vida alguna, ni aire ni luz, y sin vegetación ni seres de ninguna clase, y ante esplendorosos cometas de colores varios y cabelleras distintas, recorriendo las regiones celestes como grandes y extravagantes *touristas*, y ante arco-iris luminosos de maravillosos colores; contemplé eclipses por millares y carreras y choques de aerolitos mónstruos, y, por último, profundizando todos los mundos existentes de la creación, ví sus mares y montañas, admiré su vegetación y sus progresos, sus grandes berrascas atmosféricas y terrestres, y lo que más me admiró, fué reconocer habitantes en todos ellos, desde el ser humano y los animales mas colosales hasta el insecto más pequeño de los que ni aún el microscopio ha descubierto, y en medio de todas estas grandezas, presencié absorto la vida material infinita, reproduciéndose por millares de millones entre la muerte y la vida de todos los seres, del reino animal y vegetal, y las armonías de la luz y del sonido dándole alegría y cadencia musical á la obra del gran Dios.

Y lo que ví también después de todas estas grandezas y bellezas, lo que no ha visto nadie hasta ahora, fué el choque ó coalición de dos astros y su completa absorción por un sol magnífico, de colores violáceo

y acarminado. Fue un choque terrible, espantoso á toda ponderación; y al detener su marcha vertiginosa los dos astros, saltaron ó volaron á grandes distancias, todos los seres vivientes y todo lo que era movable en aquellos lejanos mundos, y los mares salieron de su quicio, inundándolo todo, bosques y praderas, cambiando de superficie los dos planetas en un abrir y cerrar de ojos. Luego, agrandaronse los dos astros en una extensión ó abultamiento gigantesco, y el sol, como hace el imán con el acero, atrájoslos hacia su órbita en una carrera apocalíptica, absorviéndolos en un solo movimiento de su lava ardiente, allí, en sus horribles y misteriosas entrañas.

Qué otras cosas sorprendentes ví también en esos mundos celestes, y que diversas bellezas admiré!

Los humanos que estan acostumbrados á ver las cosas pequeñas de esta vida; que se admiran ante las facetas de un pedazo de *carbón* que brilla, ó en las pobres esculturas churriguerescas de un *casucho*, ó en una yunta de *mancarrones* rusos, ó en una *vestimenta* elegantemente ridícula, no podrían formarse ni una idea remota de lo que allí existe y de lo que yo admiré. Por lo tanto, para que no lo comprendan, vale más no describirlo.

Pero sí quiero mencionar á la pléyade de hombres ilustres que encontré á mi paso en los sitios privilegiados del Paraíso Celestial: filósofos, poetas, artistas, sabios, caudillos, etc.

De todo había en el Cielo, y los había de la antigüedad y de los tiempos modernos y hasta ví muchos que todavía viven entre nosotros, pero que ya se reflejan sus divinas sombras en aquellos bellísimos parajes.

*
* *

Allí estaban los padres del género humano, según el Génesis, Adán y Noé, y los fundadores de pueblos, sus descendientes: Elám, de los clamitas ó

persas; Assur, de los asirios; Lud, de los indios; Arám, de los arameos ó sirios; Arfaxad, de los hebreos y árabes; Chus, de los etíopes y toda la raza negra de Africa; Misrain, de los egipcios; Fut, de los libios; Canaán, de los fenicios y cananeos; Gómér, de los celtas, germanos y eslavos: Javán, de los javánidas ó pelasgos: Madai, de los medos ó arios: Magag, de los turenios: Tubal, de los tabelios ó íberos; Moroch, de los chinos; y Tiras, de los tracios: pueblos todos estos que hoy ya casi no existen, pero que sin embargo descienden de ellos los actuales, y que poblaron el mundo en los primitivos tiempos, estendiéndose por el Asia, Africa y Europa. Nembrod, fundador del primer imperio y el que edificó á Babilonia; Ciro, fundador de Persia; Assua, fundador de Nínive; Niseo, fundador del imperio asirio; Nabopolom y Nabucodonosor, fundadores del imperio caldeo-babilónico, y el último, reconstructor de la Torre de Babel; y Sargon, fundador de la dinastía de los sargónidas. Los grandes profetas, poetas, filósofos y legisladores del pueblo hebreo, autores del Génesis, las Tablas de la Ley, de los Salmos y de las Leyendas Bíblicas y Líricas de Ruth, Esther y Judiht, entre los que conocí á Abrahám, Moisés, Samuel, Salomón, David (el primer músico) y Fenelón; los de la India, autores de los Vedas y el Ràniàgan, sobresaliendo Maha-Bharat, que escribió la famosa relación de los 250 millones de versos; los chinos Lao Tsée, Meng Tsée y Semathesian (padre é hijo); y los persas, autores del Zend-Avesta, verdadera biblia del pueblo de Zoroastro.

En varios grupos y departiendo amigablemente, ví á los filósofos: Sócrates, el que prefirió tomar la cicuta antes que retractarse de sus ideas; el divino Platón, llamado así por la bondad de sus ideas; Aristóteles, Diógenes, el de la linterna; Xenophanes, Anaxágoras, Simplicio, Theofrasto, Pitágoras, Plinio, Aristofi, el fundador de la secta sirenáica; Esopo, el de las fábulas; Epimendas, filósofo y poeta de Creta;

Confucio, Séneca, Abanzit, Thales, Helvecio, Bentham, Solón, el segundo fundador de Atenas; Spinoza, Juan Stuart Mill, Drew, Voltaire, el que tomaba á la humanidad por un chascarrillo; Epaminondas, Aristides, Kepler, Young, Mupiel, Faraday, Renato Descartes, el de la revolución en la filosofía, geometría y óptica; La Rochefoucauld, el de las máximas; Epitecto, el estoico; Rousseau, el filósofo racionalista; Haller, Clemente de Alejandria, Sexto, Kant, Balmes, Magy, Proudhon, Pascal, Catón, el virtuoso; Jenofonte, Tucídides y Heráclito. Los artistas: Rafael y Murillo, grandes pintores; Miguel Angel, el gran estatuario; el Ticiano, Velazquez, Claudio de Lorena, Jacobo Callot (pintores); Benvenuto Cellini, el maravilloso orifice, pintor, escultor, grabador, ingeniero y autor; Nicolás Poussino, Flaxman y Anni Carroce, pintores; Leonardo de Vinci, artista, arquitecto, ingeniero y filósofo; Gustavo V. Brooke, célebre trájico; Bacon y Juan Gibbon, escritores; Bethoven, Rossini, Meyerbeer, Marcheles, Gretry, Petreila, Mozart, Haendel, Offembach, Verdi, Gomez, Berutti y Giribaldi, grandes músicos y compositores; Stagno, Tamagno, Aramburu, Gayarre y Oxilia, cantores eminentes; Loudon, pintor paisajista y autor de las Enciclopédias; Wilson, Reynolds, Tintoretto, los Caravaggio, Salvador Rosa, Giotto, Zíngaro, Canoba, Jones, Barry, Dominichino, Blanes, West, Zucarelli, pintores; Paganini, el rey del violin; Rossi y Salvini, grandes trágicos.

Los médicos notables: Esculapio, Hipócrates, Celso y Galeno, los padres de la medicina, y Kock y Pasteur, los autores del nuevo y quizá verdadero sistema bacteriológico; Pagliano, Le Roy, Hauts, Holloway y Raspail, autores de sistemas curativos y Hahneman, de la homeopatía; y los cirujanos, médicos y abogados, verdaderos apóstoles de la ciencia, mis distinguidos amigos Ignacio Pirovano, Juan Angel Golfarini y José María Cabezón.

Los astrónomos: Bailly, Fergerson, Tornicelli y

Keppler, el filósofo; Copérnico, filósofo y astrónomo, que trabajó 30 años para dar á luz su famoso libro «Las revoluciones celestes;» Galileo (*Eppur si muove*), que trabajó 20 años para encontrar el principio del péndulo; Ticho-Brache y Newton, el gran matemático: los cuatro fundadores de la astronomía. Giordano Bruno, quemado vivo por no retractarse de sus ideas astronómicas; Rittenhoim, inventor del principio de los eclipses; Herschel, astrónomo tambien; Lagrange, el matemático, y Flamarión, autor de varias obras científicas.

Los grandes matemáticos y físicos: Arquímedes y Franklin, el famoso descubridor de los para-rayos.

Los grandes oradores: Demóstenes el griego y Cicerón el romano, colosales figuras de la oratoria antigua y Mirabeau, Gambetta y Castelar, maestros de la moderna oratoria.

Los naturalistas: Darwin, autor de la teoría «que el hombre es de la misma especie que el mono»; Buffon, que proclamó «éramos animales de costumbres» y Lamark, autor de la historia de los animales invertebrados.

Los filósofos y revolucionarios religiosos: Jesús, el Divino Maestro, fundador del Cristianismo; Mahoma, del islamismo y el fatalismo: Calvino, del puritanismo y la predestinación; Lutero, del libre albedrío; Loyola, del jesuitismo; Fox, del cuaquerismo; Wesley, del metodismo, y Clarkson, del abolicionismo.

Los padres del Derecho: Moisés y Salomón, ya nombrados (legisladores hebreos), los autores de las Pandectas Romanas y D. Alfonso el Sabio, gran codificador de las Leyes de Partida.

Los grandes escritores y poetas clásicos: Dante, mi querido guía y el fundador de las bellezas de la lengua italiana; Homero, el divino autor de la Iliada; Herodoto, el gran historiador; Platon, el eminente biógrafo; Virgilio, el poeta filósofo; Lope, Calderón, Cervantes, glorias de la literatura española; Camoens, de la literatura portuguesa; John Bull,

Shakespeare, Byron y Milton, de la inglesa, Esquilo y Sófocles, inmortales modeladores de la tragedia; el lírico Píndaro, autor de los místicos himnos y las poéticas Odas; Anacreonte, el poeta de las gracias, y Molière, Lamartine, Fontaineblau, Dumas, Balzac, Corneille, Racine, Victor Hugo y Thiers, maestros de la literatura francesa; San Mateo, San Anselmo, San Crisóstomo, San Pablo, San Agustín y San Vicente de Paul, de la literatura sagrada; el melancólico Tasso, el tierno Petrarca, el vigoroso Ariosto y el risueño Boccacio; Larra, el literato y filósofo; Quevedo, el gran improvisador y festivo poeta; Echegaray, el gran dramaturgo; los poetas alemanes Goethe, Schiller y Heine; los rusos Puskin y Sermantoff; los poloneses Michievviez, Llawacki y el poeta *anónimo*, cuya fama crece cada día; los húngaros Sandor y Petoefi y el dinamarqués Oelleschoeger.

Los eminentes químicos descubridores de la mayor parte de los cuerpos simples de la Naturaleza y de la combinación de los compuestos, cuyo conocimiento constituye la química en sus dos acepciones, orgánica é inorgánica: Gay-Lussac, Davy, Thenard, Brand, Kunakel, Homberg, Lavoissier, Juan Rey, Pichet, Lewy, Vanhelmon, Basilio Valentino, Chaptal, Berthelot, Raymundo Lulio, Cavendish, Scheeler, Delafontaine, Rose, Hermam, Cailleret y Rooul Pictet.

Los grandes políticos: Talleyrand, el de las célebres memorias; Mazzarino y Richelieu, los famosos cardenales; Maquiavelo, el diabólico; Gladstone y Palmerston, los grandes estadistas ingleses; Cavour y Mazzini, los eminentes republicos, fundadores de la unidad italiana; Sully, el político noble; Bismark, el gran canciller de hierro, y Rivadavia, distinguido estadista.

Los grandes generales y caudillos: César, el que creía haber visto en el Infierno, conquistador de Asia y autor de las famosas palabras: *fui, vi y vencí*; Aníbal, el conquistador de las Galias; Leónidas, el héroe de las Termópilas; Jerjes, el que ha mandado el

ejército más numeroso; Phociun, el gran general ateniense, apellidado el Bueno; Alejandro, el del nudo gordiano; Pompeyo, Pericles, Federico el Grande, Mahmoud, primer conquistador de la India; Pedro el Ermitaño, famoso propagandista de las cruzadas; el Cid Campeador, Bayardo, el caballero más noble que ha existido; el Califa Omar, Pelayo, el gran caudillo español; Leandro Gomez, el héroe de Paysandú; Juan Antonio Lavalleja, el valiente jefe de la homérica cruzada de los «33 Orientales»; Napoleón I, el moderno conquistador, gran militar, político y legislador; Guillermo Tell, el de la leyenda Suiza; Washington, el caudillo norteamericano y gran estadista; Cromwell, Wellington, Molke, San Martín, el gran republicano de Sud América; Carlos Napier Douglas, el que, como el Cid, ganó una batalla con su cadáver; Guillermo de Orange y Guillermo el Taciturno, Carlos V, el emperador caballeresco; Garibaldi, Francisco I, el que en la batalla de Pavia, pronunció aquellas célebres palabras: “Todo se ha perdido menos el honor”; Enrique IV, el del penacho blanco y Timoteo Aparicio, caudillo americano.

Y los grandes navegantes y viajeros: Cristóbal Colón, descubridor de América; Nelson, Américo Vespuccio, cuyo nombre impropriamente lleva la América, descubierta por Colón; Magallanes, el Capitan Cook, Francisco Drake, los hermanos Hoestman, Raleigh, Vasco de Gama, Havo-Kins, Díaz de Solis, Bouganville, Marco Polo, Maupertius, La Condamine, Boubet de Lagier, La Perouse, Capitan Marchand, Humboldt, Behering, Pedro Simon Palles, Volney, Guillermo Antonio Olivier, Le Vaillant, Mungo Park y Houghton.

En varios grupos también estaban gozando de aquellos divinos parajes, hombres notables en la literatura, en la ciencia y en las artes. Entre otros conocí á los siguientes:

Jeremías Taylor, el teólogo poeta; Ricardo Arkw-

right, inventor de las máquinas de hilar y de las manufacturas de algodón; Ricardo Owen, historiador naturalista; Vauquelin, el químico; Hugo Miller, teólogo; Juan Hunter, fisiólogo; Wilson, el ornitologista; Livingston, el viajero misionero; Harrison, fabricante de cronómetros; Inigo Jones, arquitecto; Sturgeon, electricista; Legard, el descubridor de los monumentos de Nínive; Guillermo Armstrong, inventor de la maquinaria hidráulica y del cañón que lleva su nombre; Hany, el mineralogista; Genner, naturalista; Hautefeuille, el mecánico; José Fonrico, matemático; Durand, el arquitecto; Fourcroy, químico y filósofo; Rosse, autor del telescopio de su nombre; Disraeli, y Bulwer, literatos; Jaime Watt, inventor de instrumentos matemáticos; Jorge Stephenson, inventor de la locomotora; Roberto Peil, el inventor del estampado de las zarzas y algodones; Guillermo Lee, del telar de medias; Juan Heathevat, de la máquina de brocas para devanar; Vaucanson, de la máquina para la hilanza de las sedas; Jacquard, de la máquina de tejer; Edisson del fonógrafo; Guttemberg, de la imprenta; Heilmann, de la maquinaria para hilar el algodón y la lana; Lesseps y Eiffel, grandes ingenieros, constructores del Canal de Suez y de la torre Eiffel; Agustin Thierry, autor de la Historia de la Normandía; Toricelli y Bayle, grandes observadores en el estudio de las leyes físicas; Enrique Clay, orador norte americano; Currau, orador irlandés; Del Valle, orador sud-americano; Velez Sarfield, gran codificador sud-americano; Sarmiento, político y educacionista sud-americano; Alejandro Murray, lingüista; Alfieri, literato; Macaulay, autor del paralelo entre Milton y Dante y de la Historia de Inglaterra; Bernardino de Saint Pierre, autor de los estudios de la naturaleza; Ben Johnson, el poeta incorruptible; Michelet, autor de la Historia de Francia; Girolamo Savonarola y Arnoldo de Brescia, sacrificados por sus ideas científicas; Menendez Pelayo, erudito español; Niepce, químico é inventor de la

fotografía; D'Alembert el enciclopedista; Pablo Luis Courier, autor de los *Simple Discours*; Las Casas y Moffart, Juan Williams, Petterson, Samuel Mardsen, Nackensce, Heber y Carey, misioneros; Napier, historiador de la guerra de la península británica; Palissy y Böttgher y Wedgwood, maestros y reconstructores de la alfarería; Adan Smith, escritor; Anderson, ornitologista americano; Walter Scot, literato; Juan Boitton, autor de valiosas obras arquitecturales, entre las que se encuentran "Las antigüedades de las Catedrales de Inglaterra y «Las bellezas de Inglaterra»; Samuel Drew, literato; Brunel, ingeniero y autor del túnel del Támesis; Samuel Brown, inventor de los puentes de suspensión; Volta y Bunzen, inventores de las pilas eléctricas, que llevan sus nombres respectivamente; los hermanos Mongolfier, inventores de los globos aerostáticos; Pedro Bayle, el más sincero y honrado quizá de los libre pensadores; Felipe Girald, inventor de la máquina de hilar el lino; Senefelder, de la litografía; Jacobi, de la galvanoplastia; Daguerre, del daguerreotipo; Tissandier, Sivel y Crocc-Spinelli, los aeronautas que han realizado la ascensión más elevada; Torricelli, inventor del barómetro; Nickolson, del areometro; Reammur, Farenheits y Leslie, inventores de los termómetros; Leyden, de las botellas eléctricas; Bell, del teléfono de su nombre; Hug, del impresor del telégrafo; Carselli, del pantelégrafo; Felipe Lebon, del gas; Worcester, del vapor; Wallaston, descubridor de principios físicos; Stolhard, inventor de la combinación de colores; Ferguson y Giffard, descubridores de principios científicos; Priestley, químico y descubridor de varios gases; Cuvier, Linneo, Jussien, Teissier y Delambre, naturalistas; Hume, historiador inglés; Montesquieu, escritor; Juan Hunter, anatómico y autor de varias obras científicas; Ambrosio Paré, gran cirujano é inventor de varios instrumentos de la cirugía; Harvey, descubridor de la circulación de la sangre; Jenner, que lo fué de la vacuna; Carlos

Bell, descubridor del sistema nervioso; Hall, descubridor del sistema nervioso diostáltico; Guillermo Smith, el padre de la geología inglesa; Roberto Dick, geólogo y botánico; Rodrigo Murchison, geólogo; David Ricardo, economista; Grote, historiador de Grecia; Tito Siver, historiador universal; Duruy, idem; Washington Mill, autor norteamericano; Tergumo, astrónomo; Stone, matemático; Muller, geólogo; Bossuet, Escrich, Campoamor, Breton de los Herreros, Teófilo Gauthier, Vauder, Heyden, Pablo Patter, Victoriano Sardou, Zorrilla, Rallmat, escritores y poetas; Germán Burmeister, naturalista; Cyrano de Berzene, autor del viaje al Sol; Julio Verne, autor de varias obras científico-literarias; Davy, electróforo; Smith y Leroy Beau-lieu economistas; Emilio Zola, escritor realista y fundador de esa escuela; Pinheiro de Chagas y Assis Brazil, escritores; Johnson, lexicógrafo; Burton, moralista; Stanley, misionero; Villani, autor de la Historia de Florencia; Vattel, autor de derecho de gentes; Taylor, autor de la historia del entusiasmo; Norris, filólogo; Ricardo, autor de "Principios de Economía Política é Impuestos"; Grote, historiador de Grecia; Menterola, orador español; Niehbur, historiador; Motley, historiador de los Países Bajos; Euler, matemático; Pope, escritor satírico; Lafontaine, gran escritor; Romaníames, el gran genio de los tiempos antiguos; Rabelais, segundo Juvenal, fustigador satírico de la dominación monacal; Hautefeuille, físico; Haüy, mineralogista; Conrado Gesner, naturalista; Gilbert, autor del libro contra el egoísmo universal; Samuel Smiles, el escritor moral; Meyer y Stilling, teólogos; M. Flourens, naturalista; Vicente F. Lopez, historiador y Daniel Muñoz, Carlos Maria y José Pedro Ramirez, Antonio Bachini, Manuel Lainez, Alberto Palomeque, Guillermo Melian Lafinur, Bartolomé Mitre y Vedia, Elcodoro Lobos, Carlos Vega Belgrano, Agustín de Vedia, Eduardo Acevedo Diaz, Davimios Terra, Adolfo Dávila, Juan José Herrera, Eduardo Acevedo, Angel Floro Costa, Samuel Blixen, José

Batlle y Ordoñez, Roberto Payró, Seeber, Albistur, Della Costa, O'Farrell, Citadine, Alma fuerte, Martin Martinez, Busto, Luis Melian Lafinur, Nicolás Granada, Alberto Martinez, Massioti, Carranza, Estrada, Magnascc, Ezcurra, Acha, Bauzá, Barroetaveña, Pelliza, Gouchon, García Merou, Duhau. Piquet, Jaime Broun, Atienza y Medrano, Tarnassi, Saldias, Quesada, Anibal Latino. Varangot, Moratorio, Setembrino Pereda, Lauro V. Rodriguez, Anaya, Muñños, Desteffani, Cambacéres, Oliveira César, Enrique Ortega, Rodriguez Larreta, Roldan, Goyena, Julian Martel, Holmberg, Lescano, Latzina, Schiafino, Podestá, Peña, Portela, Villafañe, Lamas, Onrúbia, Joaquin V. Gonzalez, Gran Montagne y Otaegui, Basaldúa, Alonzo Criado, Cané, Chueco, García Velloso, Bernardez, Urien, Anadon, Della Valle, Larsen del Castaño, Bahamonde y otros escritores sud-americanos; abogados distinguidos, Juan Carlos Blanco, Pablo De Maria, Norberto Quirno Costa, Brito del Pino, Domingo Aramburú, Romero, Pacheco, Alcorta, Bermejo, Juan Antonio Argerich, José H. Martinez Castro, Terri, Enrique S. Quintana, Eustaquio Tomé, Arturo Reynal O' Connor, Luis V. Varela, Igarzabal, Sierra Carranza, Amuchásteguy, Berinduague, Carbalho Lerena, Muñoz, Caravia, Velazco, Navarro, Villademoros, Lapidó, Piñero, Beazley, Moreno, Hipolito Irigoyen, Tejedor, Requena, Narvajas, Acevedo, Bustamante, Juanicó, Vasquez Acebedo, Sagastume, Vila, Zorrilla, Costa, Bunge, Nicolás Achaval, Juan Coustau, Ayerza, etc.; Edmundo D'Amicis y Perez Galdós, escritores notables; Luis Saenz Peña, Bernardo P. Berro, Tedin y José E. Uriburu, magistrados honorables; Baron Hirsch, gran filántropo; Malte-Brun, geógrafo; caudillos ilustres, Bolivar, Belgrano, Alsina y Artigas, fundador de la nacionalidad uruguayá; médicos ilustrados, Vizca, Baena, Wilde, Rawson, Montes de Oca, Ortega, Arraga, Martinez, Fonseca, Güemes, Berra, Castro, Llobet, Romeu, Roberts, Ovejero, Perez, Puig, Salterain, Arata, Susini,

Quiroga, Udaondo, Susviela Guarch, Imas y Lamas; oradores sagrados y virtuosos sacerdotes, Marcolino Benavente, Becco, De Leon, Jordan, Mariano I. Soler, Salvaire, Isasa, Castellanos, Espinosa, Boneo, Orzali, Alvaro Alvarez, Duprat, Rassore, Villanoba Sans, y mi querido amigo Luis de la Torre y Zúñiga; hombres notables en política, Roca, Mitre, Irigoyen, Rocha y Alem; militares distinguidos, entre otros, Lucio V. Mansilla, Arredondo, Capdevila, Burgueño, Andres Cáceres, Pampillon, Muñoz, Saura, Levalle, García y Palacios, Muñiz, Arrue, Garzon, Amilivia, Salvañach; ingenieros, Villanueva, Huergo, Lamole y Carlos M. Morales; dibujantes, Sojo, Stein y Fortuny; autores teatrales, Ferrer, Trejo, Gordon, Régules, etc., etc.

Y en un sitio especialísimo del Parnaso, como una henrosa distinción á la nueva aurora que aparece en el cielo de la literatura, estaban los autores y poetas de la América del Sud.

Cuántos conocidos había entre ellos!

Recuerdo á los de Nueva Granada: Torres Caicedo, Caro, Arboleda, Caldas, Anzizar é Isaac.

A los del Ecuador: Bolivar, Baralt, Olmedo y Calcaño.

De Cuba: Plácido y Heredia.

Del Perú: al Inca Garcilaso y Ricardo Palma.

A los chilenos: Lastarria, Amunateguy y Vicuña Mackena.

A los brasileros: Alençar, Alberto de Oliveira, Raimundo Correa, Alberto Conrado, Arturo Acevedo, Machado de Assis, Luis Guimaraens, Luis Delfino, Valentin Magalhaes, Gonzalvez Crespo, Telmit de Almeida, Teófilo Diaz y Rodrigo Octavio.

A los mejicanos: Luis Murat, Olavo Bilac, Navarrete, Luis de la Rosa, Zarco, Flores, Acuña y Altamirano.

A los de Guatemala: Irrizarri y Benitez.

Al colombiano Rúben Darío.

A los argentino: Echeverría, Marmol, Andrade,

Lopez, (autor del himno nacional) Carlos Guido Spano, mi gran amigo y poeta favorito, Gutierrez, Obligado, Oyuela, Ascasubi, Martin Coronado, Castellanos, Hernandez, del Campo, Martinto, Leopoldo Diaz y José María Gutierrez.

Por último, allí estaban mis compatriotas, los poetas uruguayos: Acuña de Figueroa, el autor de nuestro patriótico himno, Magariños Cervantes, Juan Carlos Gomez, Gonzalo Ramirez, Victoriano E. Montes, Aurelio Berro, Zorrilla de San Martin, autor de «La Leyenda Patria» y del poema «Tabaré,» Arascaeta, Victor Arreguine, Rafael Fragueiro, Washington Bermudez, Ponce de Leon, Antonio Lussich, Carlos Roxlo, Ramón de Santiago, Carlos F. Scotti, Del Busto, Fajardo, Juan Carlos Nosiglia y Guillermo Rodriguez.

XIII

Después de recorrer todos estos celestiales parages; donde tuve la satisfacción de encontrar á tanto hombre ilustre, continué remontándome hasta llegar al pináculo de la gloria.

Mientras remontaba, me hacía esta reflexión:

—En el Infierno, lo mismo que sucede en la Tierra en los malos sitios ó donde se reunen los malos, no existe, no puede existir ninguno bueno, ni los malos reconocen á los buenos jamás.

En efecto: para las prostitutas, no hay mujer virtuosa, ni para los ladrones existen los hombres honrados. Ergo: hay, entonces, malos y buenos entre los hombres: los que he visto en el Infierno, son los primeros: aquí están los últimos.

Y pensando como en un vertigo, decía estas palabras, que debían grabarse en letras de oro;

«Admiremos todavía los cuadros espléndidos de la naturaleza, elevemos nuestros pensamientos á esas alturas luminosas que dora el sol en las horas melancólicas del crepúsculo de la tarde, escuchemos las armonías de la música humana, y dejémonos mecer por las melodías de los vientos y de las brisas, contemplemos la inmensidad murmurante de los mares, trepemos á las cimas resplandecientes de las montañas, observemos la marcha tan bella é interesante de la vida terrestre en todas sus facetas, respiremos el perfume de las flores, elevemos todavía nuestras miradas hacia las radiantes estrellas que se ocultan en los esplendores de la azulada bóveda, pongámonos en comunicación con la humanidad y su historia, respetemos todavía á los géneos ilustres, á los sábios que dominaron la materia, veneremos á los moralistas perseguidos, á los legisladores de los pueblos, y en derredor nuestro permitamos también á la amistad reunir los corazones, al amor palpar en nuestros pechos, al sentimiento de la patria y del honor inflamar nuestra palabra »

*
* *

Ensimismado en estas ideas y gozando de las bellezas divinas del paisaje y del bienestar infinito que allí se sentía, no me había dado cuenta en el primer momento de los felices habitantes que pueblan la región más privilegiada del Paraiso, cuando me sacó de aquel nuevo éxtasis, una voz dulce y suave como una melodía de Bethoven, diciendome estas palabras cariñosas:

—Bien venido seais, dichoso mortal, á la bella mansión del amor y la virtud!

Miré al sitio donde había partido aquella voz, y mi sorpresa no tuvo límites al ver lo que allí vi.

Una mujer bellísima era la que me había dirigido



— BIEN VENIDO SEAIS, DICHOSO MORTAL

la palabra, pero de una belleza imponderable, como no la habrá soñado jamás el poeta de más ardiente y rica imaginación.

Y después, oh! después lo que ví, me hizo el más feliz de los mortales. Allí estaba Dios, el Gran Dios de los humanos, pero no terrible y vengador, como lo presentan los fariseos; era otro Dios distinto, según yo me lo había imaginado siempre: noble, grande, magnánimo. Allí estaba, sentado en su régio trono, y rodeado de miles de sércs que habían sido humanos, de todos los oficios y profesiones que hay en el mundo y de los cuales encontré tantos en el Infierno; sobresaliendo entre todos, los honorables padres de familia y las madres virtuosas, héroes oscuros del deber sublime, y sacerdotes dignos, verdaderos, entre los que conocí á nuestros obispos Vera y Aneiros; felices todos, por los inagotables placeres que gozaban en el Paraíso Celestial y por la bondad infinita del Gran Hacedor.

Rápido como un rayo, fui á postrarme á las plantas de mi Señor, y á besarle los piés, dándole gracias con lágrimas en los ojos por lo que veía y sentía; pero me detuvo con un gesto bondadoso, y tomándome de la mano, me dijo:

—Quitad; yo no quiero á nadie en esa actitud servil, ni ello importa reconocerme y adorarme: buenas obras, es lo que quiero y no adulación y jerciadas. Andad, y decid á vuestros hermanos, que el Dios á quien creéis cruel y vengativo, no existe; que vuestro Dios, es pura bondad y felicidad; que no castiga á nadie eternamente, ni posee un infierno con los horrorosos castigos que lo pintais; que todo lo que exige de vosotros, es que seais lo mejor posible, y todos vendreis á mi lado mas tarde ó más temprano, según vuestras mayores ó menores bondades, pues el único castigo que os impongo, es el *via crucis* que teneis que recorrer para llegar á mí, en las distintas estaciones que tendreis que hacer para dar cuenta á mis jueces de vuestros pecados,

purificándoos con vuestra confesión y arrepentimiento.

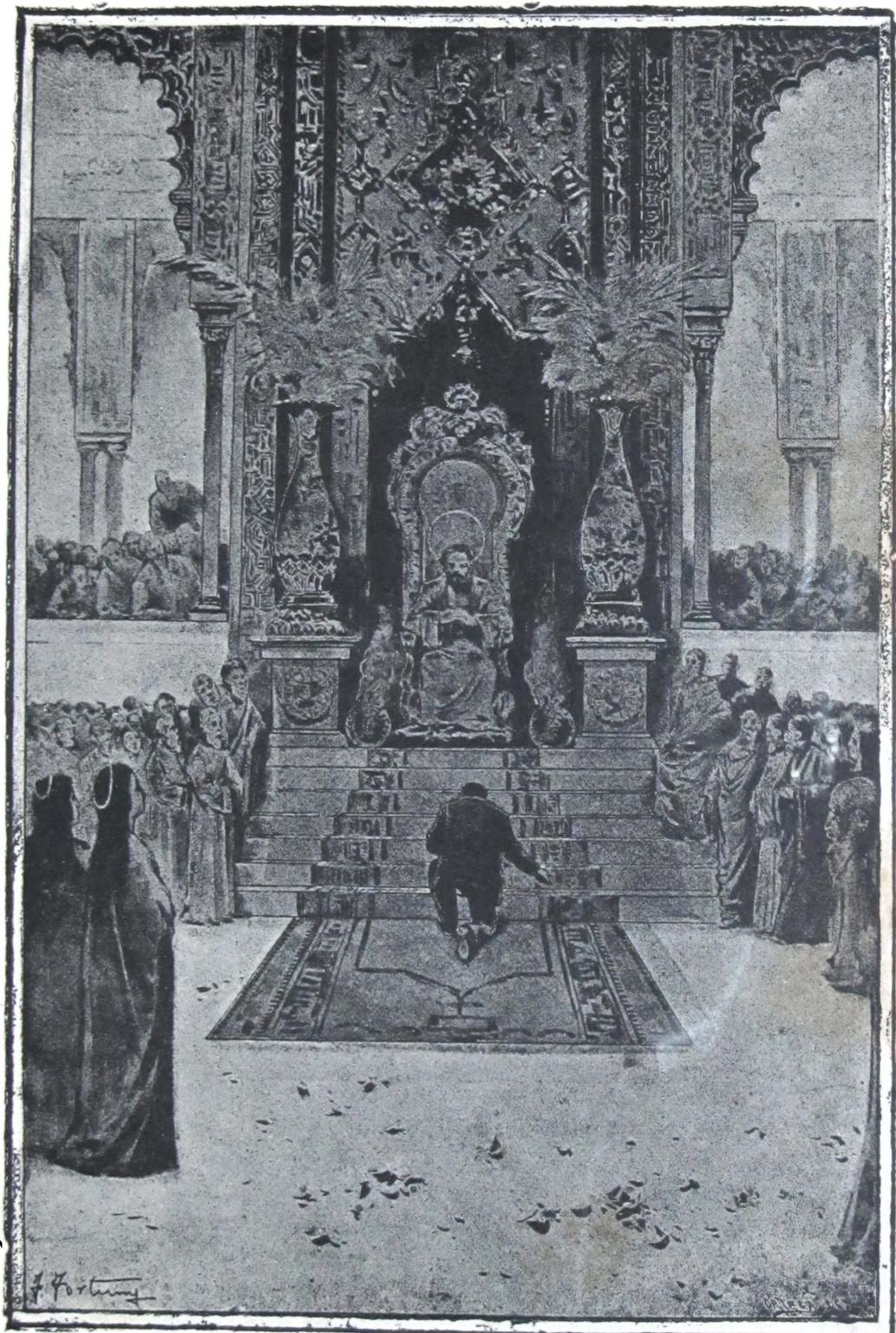
—Permitidme, Señor, dije yo, animado por aquella excelsa bondad é impulsado siempre del deseo de conocer la verdad; permitidme que os haga una pregunta.

—Haced cuantas querais, espuso el Señor con tono magnánimo y una voz dulcísima.

—Desearía saber, mi Gran Dios, si hicisteis el mundo en seis días, según el relato bíblico de Moisés, que muchos interpretan que se refirió á seis edades ó épocas, formando primero el cielo y la tierra y todas las cosas que ambos contienen, ordenando luego la materia informe y agitada, separando después el agua de la parte seca y mandando á ésta que produjera las plantas y las yerbas, y á aquella los reptiles, creando más tarde las aves, los peces y demás animales, y concluyendo al fin por hacer el hombre á vuestra semejanza y á la mujer de la costilla del hombre, dándole vida á Adam y á Eva, que si no hubieran cometido el pecado no le hubierais dado prole jamás.

«Desearía saber si es verdad que Caín mató á Abel y luego, sin hembra alguna, pobló la tierra, destruyendo vos esa población por su perversidad enviándole el diluvio universal, en el cual solo se salvó Noé y su familia en el arca famosa y una yunta de animalitos de cada especie, con lo cual volvió á poblarse el mundo. Si es cierto lo de la torre de Babel y la confusión de las lenguas, etc., etc.

«Ó si es verdad, en contra de lo que dice el Génesis, las afirmaciones de los geólogos y demás sábios naturalistas, que el mundo lo formasteis por medio de grandes conmociones y transformaciones, empezando por crear primeramente la materia incandescente, que obedeciendo á la mútua atracción y á las fuerzas centrífuga y centrípeta, tomó la forma de un inmenso esferóide, donde el antibol, el cuarzo, el feldspato, el talco y la mica se agruparon para formar las rocas de granito y protógino, nadando en un mar



— RÁPIDO COMO UN RAYO, FUI A POSTRARME A LAS PLANTAS DE MI SEÑOR.

de fuego, del que se desprendían densos vapores, inaccesibles á la luz. La estructura de aquellas primeras rocas, continúan afirmando nuestros sábios, era cristalina como resultado de la fusión ígnea; la materia al consolidarse, se hizo más compacta, dejando aberturas en las cuales se formaron los metales y composiciones silíceas, como el topacio, la amatista y el cristal de roca, sin encontrarse en estos terrenos rastro alguno de animales ni de vegetales. Luego hicisteis aparecer las aguas, y en ellas, mantenidas á altísima temperatura por una pesada atmósfera, se formaron las rocas de *transición*, esto es, aquellas en que se unen los caracteres de la estructura cristalina llevada á cabo por el fuego á los del lento sedimento de las aguas; dejándose ver islas y continentes, que se cubrieron de líquenes, musgos, algas y desmesurados helechos, mientras nadaban ya en las aguas los animales invertebrados, como pólipos, madreporas, amonitos, y la gran familia de los trilóbitos.

«Los fragmentos de aquella gigantesca vegetación, continúan diciendo nuestros sábios, formaron las capas de carbón fósil de los terrenos de transición. La atmósfera, en extremo densa, depositó varias sustancias en estado de vapor, y poniéndose con esto transparente, dió paso á los rayos solares. El agua, menos cálida, depositó sustancias salinas, que aumentaron los terrenos inferiores. Los animales primitivos, privados de la atmósfera densa, húmeda y tenebrosa, perecieron, y sobre los terrenos secundarios de esquisto, asperón gris, sal marina y creta blanca, aparecieron animales vertebrados, empezando por los saurios, lepidóideos, escualos y otros reptiles y peces, sin ningún mamífero; y la tierra se llenó de vegetales ramosos, de helechos arborescentes, de elevadísimas calamitas, como se ven hoy en los trópicos, pero sin ninguna planta dicotiledónea.

«Después se presentaron los reptiles de forma enorme y monstruosa, con miembros amontonados de una manera extraña, cuales hoy los vemos con asom-

bro al desenterrarlos del terreno secundario, entre la formación del asperón rojo y de la creta. Posteriormente, los mamíferos, acuáticos y terrestres, en unión de los peces, poblaron el mar y la tierra, donde dominaban y vegetaban ya palmeras, plantas amentáceas y dicotiledóneas; la atmósfera se purificó y los continentes crecieron con el alzamiento de los montes y el hundimiento de los valles, que se transformaron en mares; el agua, evaporada por el calor del sol, cayó en lluvia sobre la tierra, lo que hizo que fuesen distintos los sedimentos del agua dulce de los de la salada, y los terrenos terciarios, como la arcilla plástica, el asperón blanco y la piedra de afilar.

«Parece que el mundo, según siempre los sábios mencionados, fué entonces trastornado; quizá, suponen, por el sacudimiento de un cometa que desquició los polos, de modo que el Océano se precipitó sobre el continente y socavó profundos valles, dejando inmensos depósitos de cantos rodados, lanzando á lo lejos enormes trozos de montañas y destruyendo muchas razas de animales, cuyos esqueletos se encuentran en portentosos mares dentro de grutas, mezclados á los de algunas aves.

«Entonces, esclaman triunfantes los sábios humanos, las aguas, volviendo á su nivel, formaron nuevos depósitos; el terreno que resultó de aquí se llamó de transporte ó de aluvión, y todo se preparó para la aparición de la más noble de las criaturas: el hombre!

—Ni una ni otra cosa es cierto. Son *macanas* de Moisés y de vuestros sábios.

—Y entonces, dije admirado, ¿cuál es el origen del mundo?

—Eso no os lo puedo decir, pues si hoy me negais ya algunos de vosotros no sabiendo nada, ¿qué sería si supierais tanto como yo? Me negariais absolutamente ó pretenderiais en vuestra inmensa vanidad, ser tan dioses ó más dioses que yo.

*
* *

Concluyó de hablar el Señor, y como por arte de mágia desapareció de mi vista y con él, su corte y todo el Paraíso; encontrándome transportado á otras regiones desconocidas, donde no se veía á nadie ni nada, ni soplaba la más lijera brisa.



— DECÍME, PUES, ¿QUE ES LA HUMANIDAD?

XIV

De repente, sin saber de donde salía una voz potente, oí que me decían estas palabras:

—Estais en las altas regiones de la Filosofía. Preguntad, si quereis saber algo.....

Aunque sorprendido por estas transiciones rápidas de situaciones, pudo más en mí el deseo de saber, de conocer la verdad, que se había apoderado de mi voluntad, esclavizándola, a todo otro sentimiento.

Así fué que, sin inmutarme y queriéndome explicar lo que suponía haber visto y oído en el Infierno primero y luego en el Paraiso, me le descolgué al gran filósofo (pues supuse que fuera un filósofo el que me había hablado), con esta série de preguntas:

—Decidme, pues, ¿que es la humanidad?—¿Cómo hay que considerarla?—¿Qué habría que hacer para conseguir su perfección?—Y por último, ¿cuál es su misión y su fin?

—Vamos por partes, me contestó el filósofo, y os contestaré á todas vuestras preguntas, según mi ciencia y conciencia.

—Entonces, le repliqué, contestad á mi primera pregunta: ¿Qué es la humanidad?

—La humanidad en vuestro planeta, pues también hay humanidad en los otros planetas que pueblan el Universo: es una de las obras más perfectas del Supremo Hacedor.

—Perfectamente. Pero eso no es lo que yo deseo saber: lo sabía antes que vos me lo dijerais. Yo quiero conocer las particularidades de la humanidad.

—No puedo decíroslo; me está vedado revelar lo que siempre quedará para vosotros en el misterio. Contentaos, pues, con lo que os contesté.

—Si es así, me resigno y paso á la segunda pregunta: ¿Cómo hay que considerar á la humanidad?

—Hay que considerarla con tolerancia, pues debe tomarse como Dios se dignó hacerla y no como vosotros quereis que sea. Lo exacto, pues, es buscar el término medio en todas las cosas de la vida humana, porque todo en ella es relativo. La perfección es imposible, os lo declaro; por consiguiente, conformaos con tomar lo mejor de lo que no es lo peor.

—¿Y por qué no se puede conseguir la perfección?

—Porque existen infinidad de causas fisiológicas y sociológicas de un orden diverso imposibles de conciliar, para conseguir la perfección humana; pues la maldad ó la bondad de cada individuo, no provienen solamente de la educación mala ó buena que reciba ó del ambiente social en que actúe, sinó también de su temperamento y de su organismo. Si teneis ó no alma, pues eso también me está prohibido el decirlo; las causas y los efectos son los mismos, marchan al unísono de vuestro físico, obedeciendo las mismas leyes de su gestación y de su impresionabilidad. De ahí esa eterna lucha del bien y del mal, de los buenos y los malos por tendencias ó por educación, como os lo demostraré más adelante, y que es el fundamento de todas las contiendas de la humanidad en sus diferentes órdenes sociales, políticos ó religiosos, representada admirablemente en la bíblica leyenda de Caín y Abel, y de donde ha surgido la metáfora del Infierno y la Gloria de la religión Católica, y todas las penas y recompensas ofrecidas por las distintas religiones que han existido en vuestro mundo, desde el paganismo hasta la época presente.

—¿Y qué me decís de las teorías de Darwin, Lombroso y Buffon, acerca de la humanidad?

—Que no son completas y, sobre todo, demasiado materiales para ser verdaderas. Según Darwin, descendéis vosotros del mono, y eso no es cierto; vosotros descendéis de vosotros únicamente, como todos los demás animales que desciende cada uno de su

misma especie; lo que podeis admitir como una verdad es que, de todos los animales de la creación, solo os diferenciáis por vuestro organismo, y que si vosotros teneis alma, también la poseen los demás seres animados, marchando en todos al unísono con la materia. Las teorías de Lombroso serían exactas si se circunscribieran á las tendencias del individuo, que nacen y mueren con él, según os lo demostraré más adelante, pero que no anidan en la masa encefálica, ni en la configuración craneana ó en las manifestaciones externas del cuerpo humano, sinó en su interior, en la sangre y en todo su organismo, inclusive el alma si existe, pero sin manifestación material, que lo demuestre. En cuanto al principio proclamado por Condillac, Buffon y otros filósofos, de que sois “animales de costumbres,” es exacto hasta cierto punto, como los demás seres son “animales de necesidades,” pero la frase no es completa, pues debieron decir que sois “animales de tendencias y costumbres,” como los otros son “animales de instintos y necesidades,” porque las tendencias y los instintos nacen con el animal y las costumbres ó necesidades se adquieren por necesidad ó por educación ó por placer, venciendo unos y otros en la lucha por la vida, según sus fuerzas ó las circunstancias.

—¿Quereis demostrarme lo que decís?

—Con tanto gusto. Prestad atención: el valor ó la cobardía, el talento ó la estupidez, la bondad ó la maldad, la belleza moral ó la vulgaridad, la actividad ó la holgazanería, la gracia ó la insipidez, la memoria ó la distracción, el pensar ó la despreocupación, todo esto son tendencias; nacen con el individuo conjuntamente con su fuerza ó debilidad material, su fogosidad ó apatía, su fealdad ó hermosura física; están en su alma y su organismo, en la hipótesis que tengais alma. Los vicios y las virtudes, se adquieren después, son simplemente costumbres fomentadas por la educación, pero siempre en relación directa con las tendencias y el temperamento, siendo por consi-

guiente más ó menos acentuados sus efectos. Por ejemplo, educad al peligro á un cobarde, instruid á un estúpido, enseñad á ser bueno á un perverso, acostumbrad al trabajo á un holgazán, inspirad sentimiento á un ser vulgar ó gracia á un insípido, imprimidle voluntad á un débil de espíritu ó pasión á un apático, tratad que recuerde un distraído ó que piense un despreocupado, y jamás conseguireis ni un valiente, ni un genio, ni un bondadoso, ni un trabajador, ni un ser sublime ó gracioso, ni un carácter, ni un memorista ó pensador.

“En la sociedad humana, es donde menos se suele notar generalmente la fuerza de las tendencias, por el refinamiento ó la hipocresía á que con facilidad llega el ser humano, sobre todo el que se ilustra y posee un temperamento apático ó que no es escesivamente ardiente. Vosotros haceis más vida pública que privada, de ahí que ocultéis vuestros sentimientos. Si los otros animales hicieran lo mismo (y quien sabe no lo hacen entre sí), aparentarían también lo que no sienten, ocultando sus instintos.

“Por eso, cuando queráis juzgar á un individuo, no lo juzguéis por sus grandes actos, por su vida pública ó social; juzgadlo en los actos pequeños, en su vida privada, íntima, que allí lo encontrareis desprovisto del ropaje de las costumbres y de la hipocresía, sin otro vestido que sus tendencias, ⁽¹⁾ lo mismo que cuando queráis captaros la simpatía ó el amor de cualquiera, sea hombre ó mujer, tratad de conocer sus tendencias y de halagarlas astutamente, é inmediatamente obtendréis vuestro objeto. Lo que decía Napoleón I, “que todo se vendía, la cuestión era dar

(1) Al llegar aquí, of otra voz que me decía:—Donde podreis conocer también al hombre, es si e tá borracho ó loco ó soñando, pues en todos estos casos se presenta el ser humano sin careta, resaltando sus tendencias dominantes. En las disputas con los amigos, también se conocen las tendencias del ser humano, pues cuando se acalora desaparece la educación, y el culto aparece grosero ó vice-versa; el talentoso, ignorante ó el ignorante, talentoso; violento el pacífico. sin *sprit* el espiritual y malo el bondadoso.

con el precio,” es una gran verdad: el precio está en el halago de las tendencias. Los refranes que corren entre vosotros y que, en su mayor parte, son sentencias de la experiencia, corroboran la teoría que os estoy desarrollando: “Génio y figura, hasta la sepultura,” dice uno, y otro: “Cuando natura non dá, Salamanca non presta,” y sobre todo el de vuestros gauchos: “El que nace barrigón, es inútil que lo fajen.”

“Y en efecto, por más educación moral que deis á un ser que nace malo, por más bondad que le querrais infiltrar, será siempre malo: la educación y la bondad que le enseñásteis, solo le servirán para encubrir sus maldades; será un hipócrita. Lo mismo sucederá con un apático que pretendais entusiasmar: jamás sentirá pasión: lo hareis calculista. O con un ser vulgar que le querais hacer sentir lo bello: siempre será vulgar.

“Sin embargo, es una gran cosa la educación de las virtudes y la instrucción de los principios morales y las buenas costumbres, pues sin ello, la humanidad marcharía por sus solas tendencias, predominando las malas, por ser más numerosas y más tiránicas, y porque prima en vosotros la vanidad y el egoísmo, que son ingénitos en todo ser humano. La educación tiende á atenuar y en muchos casos á contener y hasta destruir las malas tendencias de vuestro organismo; pues éstas, como las enfermedades que son su producto, se presentan en distintas gradaciones, con más ó menos fuerza; y así como es imposible curar á un enfermo grave, mortalmente grave, pudiéndose apenas, en ciertos casos, atenuar la gravedad transitoriamente, sin lograr contener el mal y menos destruirlo, es imposible igualmente desarraigar una tendencia bien organizada ó decididamente acentuada: cuando más se podrá atenuar por medio de una educación esmerada, que es el remedio heroico para el enfermo grave; pero también se pueden contener ó destruir las que solo provienen de un organismo de-

fectuoso ó simplemente de un desarreglo del organismo, ó cuando la fuerza de unas tendencias es mayor, más poderosa que la de las otras.

“Soy partidario de la educación hasta para los animales irracionales, como quizá impropriamente llamais vosotros á las demás especies. Y si es un hecho que un sábio vuestro, el profesor americano Garner, ha conseguido entender el idioma de los monos y logra comunicarse con ellos (lo que no considero imposible), no será difícil educarlos ni que se descubra en adelante el idioma de los otros animales, consiguiendo entenderse con todos y á todos educarlos; pero su educación se circunscribirá á sus instintos y necesidades.

“La educación es una segunda naturaleza, como ha dicho no recuerdo quien de vosotros, y aunque no es exacto en absoluto ese principio, lo es en la generalidad de los casos. Por medio de la educación, se pueden atenuar las tendencias decididamente malas, como ya lo he dicho; contener las malas relativamente y destruir las defectuosas; haciéndose de un malo, un medio malo, de un malo regular, un malo contenido y de un malo defectuoso, un bueno relativamente; lo mismo que por una educación viciosa un bueno puede hacerse malo ó relativamente malo, aunque sus tendencias lo lleven como en el caso opuesto, al extremo contrario, segun se vé hasta en los criminales, que lo han sido por mala educación; pues á pesar de todo, hay muchos de ellos que no demuestran malos instintos en sus actos íntimos, á la inversa de los malos que reciben una educación buena.

“Y á propósito de criminales; debo deciros también que la justicia que habeis creado por la necesidad de vuestra defensa, es uno de los factores principales de la educación humana: sin ella las tendencias marcharían más desenvueltas, pues solamente las que son muy declaradas, ó el producto de una malísima educación, son las que no temen á la justicia, máxime cuando el individuo posee valor ó audacia.

“Reasumiendo: la educación sirve para enmendar las malas tendencias ó para fomentar las buenas. El amor á la gloria, al arte, á la pátria, á la humanidad, provienen de la bondad y de la belleza ingénitas acompañadas de una buena educación y un temperamento ardiente; el fanatismo, el amor al dinero, el odio ó indiferencia hacia sus semejantes, es el resultado de la maldad y la vulgaridad nativas secundadas por una mala educación, sea cual sea el temperamento. Y cuando á esas tendencias se une la del talento cultivado, entonces prodúcense los grandes héroes, los poetas eminentes y los grandes benefactores de la humanidad, y en el caso opuesto, aparecen los tiranos de los pueblos ó los grandes malvados contra sus semejantes.

“Y la humanidad siempre ha tenido las mismas tendencias. En lo único que ha variado es en su educación, que ha sido distinta, según las épocas de más ó menos barbarie porque ha pasado, ó de más ó menos necesidades; pues la educación está también en las ideas, costumbres y hasta en el clima de cada país y en sus dificultades de vida. Es un error creer, pues, como creen muchos, que antes erais mejores que ahora: había simplemente menos necesidades.

“Y la educación ha surgido de la necesidad primero y después por el interés, como de la necesidad y del interés han surgido la ciencia y todos vuestros adelantos materiales, morales é intelectuales. Necesidad é interés que habeis sabido llevar progresivamente debido á las felices disposiciones de vuestro organismo privilegia'o á los demás seres de la creación.

“La salud del cuerpo, como la lucha por la vida, tiene también mucho que ver en vuestro ser. En un país de mal clima é de poca higiene, lo mismo que donde la vida es muy difícil, la humanidad es mas mala que en un sitio higiénico, de clima hermoso y de vida próspera; así como en los climas cálidos

las pasiones son más fuertes que en los climas fríos, que todo lo absorbe el cálculo, igualmente que los vicios, son más desarrollados en las grandes ciudades que en las poblaciones pequeñas.

“Un ser enfermo pocas veces es bueno ó arreglado, sobre todo los nerviosos y biliosos, enfermedades que se producen por falta de educación ó higiene estomacal, ó por la marcha irregular del funcionamiento orgánico, como sucede con los que se aíslan del trato de sus semejantes negándole al espíritu el recreo necesario, ó los sedentarios que no ejercitan sus fuerzas con regularidad, ó los que mortifican exageradamente su talento ó la memoria, ó que contrarian cualquiera de sus tendencias naturales. La lucha por la vida, las conveniencias sociales exageradas, el exceso de los placeres ó de las fuerzas, cualquier cosa, en fin, que contrarie la naturaleza de cada ser, es motivo de la nerviosidad ó de la bilis ó de otras muchas, sino de todas las enfermedades.

“En conclusion debo decirlo siguiente: que en principio sois irresponsables de vuestros actos, pues dependen únicamente de vuestra buena ó mala organización y temperamento ó de vuestra mala ó buena educación, y que en consecuencia, las acciones buenas ó grandes de la humanidad, no tienen otro mérito que el valor intrínseco de las formas orgánicas de los que las producen y su temperamento, acompañados de una buena educación y de la oportunidad de aplicar esas facultades; contándose entre esas acciones las del valor llevado hasta la heroicidad, las del talento ó el pensamiento hasta el sacrificio, las de la bondad hasta la abnegación, ó de cualquier otra tendencia llevada hasta el martirio; producto todo de dos ó mas tendencias fomentadas por la educación, que es lo que produce los grandes hombres, sin que ello importe en ningún caso la perfección humana, desde que nunca marchan unidas todas las buenas tendencias, ni nace nadie en tan perfectas condiciones. Resultando de esto lo que veis á cada

paso, que hay buenos ó valientes que no poseen talento, ú otros que tienen talento y son malos ó cobardes, ó si tienen dos ó más tendencias buenas no se han fomentado ó han sido contrariadas por una mala educación. El libre albedrío no es otra cosa que la educación, que cada cual lo posee según el grado adquirido de esta: sin ella os dejaríais llevar de vuestras tendencias.

“Los estudios mismos influyen poderosamente en las tendencias humanas. Por ejemplo, el de la abogacía predispone al ser humano á la controversia y la querrela, el de la medicina al escepticismo y tolerancia, acompañado de la neurosis de las enfermedades; el de la ingeniería á la brevedad y concisión, y el de la milicia al mando ó despotismo, etc., etc.

“La educación, por último, son vuestros padres los que deben infiltrárosia, contrariando vuestras malas tendencias y fomentándoos las buenas, así como la salud debéis procurarla por medio de la higiene, aplicando una y otra según el físico ó temperamento de cada individuo; debiendo comenzar por ambas desde vuestra más tierna infancia. Y finalmente, si quereis hacer relativamente perfecta ó feliz á la humanidad, dadle creencias, que crea en el Ser Supremo y en una vida futura, pues no hay ser mas desgraciado entre vosotros, ni más imperfecto, que el incrédulo ó el escéptico; condiciones muy malas, además, para una buena educación.”

—Decídmeme una cosa: ¿Convendría la perfección humana?

—Si y no. Convendría porque siempre es bueno lo perfecto; pero esa perfección estancaría el progreso, y con el progreso la lucha que es indispensable para todos los seres y hasta para los astros que pueblan el Universo, pues éste, dentro de sus leyes admirablemente perfectas, produce toda su obra para la imperfectibilidad.

—¿Cómo comprendéis vos la civilización?

—La civilización es el progreso, reemplazando.

constantemente lo moderno por lo antiguo, en la ilusión de llegar á la perfectibilidad.

“Guay del que se oponga á la civilización entre vosotros! aunque sea un anacronismo de la libertad y del derecho que proclamais.

“Será arrastrado por el huracán, destruido completamente por la reforma, no salvándose ni las ideas, que es lo mas duradero en la acción universal, pues así como los razas se destruyen las unas á las otras, venciendo siempre la que marcha á la vanguardia del progreso, así se destruirán aquellas, reemplazando lo nuevo á lo viejo, lo moderno á lo antiguo, aunque después vuelva á empezarse por lo que se ha abandonado, engañados por falsos mirajes ó vencidos en la imposibilidad de llegar á la perfección.”

—Decidme otra cosa...ú otras cosas más. La justicia humana, ¿es verdadera justicia? ¿Es verdad la medicina? Las comunidades religiosas... ¿practican la verdadera religión? ¿Son necesarios los gobiernos para dirigirse los pueblos?... ¿Que debía hacer la humanidad para ser más feliz?

—Os contestaré por su orden. La justicia humana, por el hecho de ser tal, no puede ser verdadera justicia. Necesitaría que la humanidad fuera perfecta, que fueran justos los que la aplican, y, sobre todo, que se supiera con verdad lo que significa é importa la justicia y ser justiciero.

“La medicina es verdad mientras no se separa de la higiene y la naturaleza; fuera de ahí, es pura fantasía y superchería.

“No siempre practican la verdadera religión las comunidades religiosas, pues por religión se comprende la virtud, la abnegación, la humildad, el desinterés, la generosidad, la bondad y el amor al prójimo; y muchas comunidades religiosas lo que hacen es pedir constantemente, á Dios y á la Humanidad, creyendo con esto salvar el alma y el culto, que es la esterilidad de la religión, cuando no al cuerpo y sus pasiones, sin dar nada á nadie ó no darlo todo;

haciéndose egoístas como los mendigos, que acostumbrados siempre á pedir, pierden absolutamente el hábito ó la noción de dar.

“Los gobiernos son necesarios, porque no siendo perfecta la humanidad, necesita forzosamente quien la gobierne, y porque alguien se ha de ocupar de la colectividad ó de la cosa pública, como vosotros le llamais al gobierno; pero debía concretarse éste al principio aquel que poco se cumple entre los humanos, de: *maximum de libertad y minimum de gobierno*.”

“Lo que necesita la humanidad para ser feliz, por último, es tener más sentido común.”

— Otras preguntas: ¿Que es el socialismo y el anarquismo? Que puede y debe hacerse para concluir con esas plagas humanas?

— El socialismo y el anarquismo, son la lucha y desesperación de los pueblos por las necesidades de la vida. Para concluir con ellos, en vez de las medidas coercitivas y á veces violentas que toman los gobiernos para reprimirlos, mereciendo la aprobación de los potentados, y la ostentación del lujo y la vanidad de las clases elevadas, que pueden traer y traerán, grandes cataclismos; sería más prudente transigir, hasta por propia conservación, siendo más humildes y modestos los poderosos, y adoptando los gobiernos medidas protectoras á favor del proletariado, en cualquier sentido que sean, para que no se vea espuesto á morir de hambre, hacerle soportable sus trabajos, aliviarlo y confortarlo en sus necesidades, é instruirlo y educarlo para que participe también de los goces intelectuales y para que, en vez de ser un elemento perturbador y hasta de destrucción, contribuya á la sociabilidad y progreso en la transformación humana.

—Muy bien. Perfectamente. Decidme ahora: ¿cuál es la misión y el fin de la humanidad?

—Su misión y su fin, me preguntais? Son preguntas muy árdidas las que me haceis; pero os contestaré lo que pueda contestaros.

“La misión de la humanidad, es sufrir hasta que al Gran Hacedor le plazca otra cosa. Puedo declararos que por la vida únicamente, no valdría la pena la vida humana, ni Dios habría hecho una cosa tan imperfecta.

“Y en cuanto al fin..... el fin es un misterio.”

Y al terminar esta frase el filósofo, terminó también mi éxtasis, y dándome cuenta de que existía y era humano, volví á entrar resueltamente al torbellino del mundo, para seguir bregando en la lucha de la vida; prometiéndome, como así lo hago, narrarles este sueño á mis hermanos.



FÉ DE ERRATAS

- PÁGINA 55, LÍNEA 17, donde dice: *braman*, léase: *chispean*.
- » 60, » 18, donde dice: *oscuridad*, léase: *obscuridad*.
- » 63, » 1, donde dice: *y comentado*, léase: *é interpretado*.
- » 73, » 58, donde dice: *descritos*, léase: *descriptos*.
- » 76, » 8 y 9, donde dice: *é hizo con los dedos la señal de los pesos*,
léase: (*é hizo con los dedos la señal de los pesos.*)
- » 214, » 21, donde dice: *corporales*, léase: *nerviosas*.
- » 271, » 22, donde dice: *mujercres*, léase: *mujeres*.
- » 279, » 12 y 13, donde dice: *sino sabe mas que Dios, sabe, por lo
menos, tanto como sabrá él*, debe leerse: *sino sabe más
que Dios, sabrá, por lo menos tanto como sabe él*.
- » 316, » 24, donde dice: *depende de sus negocios de su fortuna*,
léase: *depende de sus negocios ó su fortuna*.
- » 319, » 12, donde dice: *poniend*, léase: *poniendo*.
- » 322, » 16, donde dice: *concluyenao*, léase: *concluye*.
- » 362, » 35, donde dice: *y los cirujanos, médicos y abogados*, léase:
y los cirujanos y médicos, abnegados.

